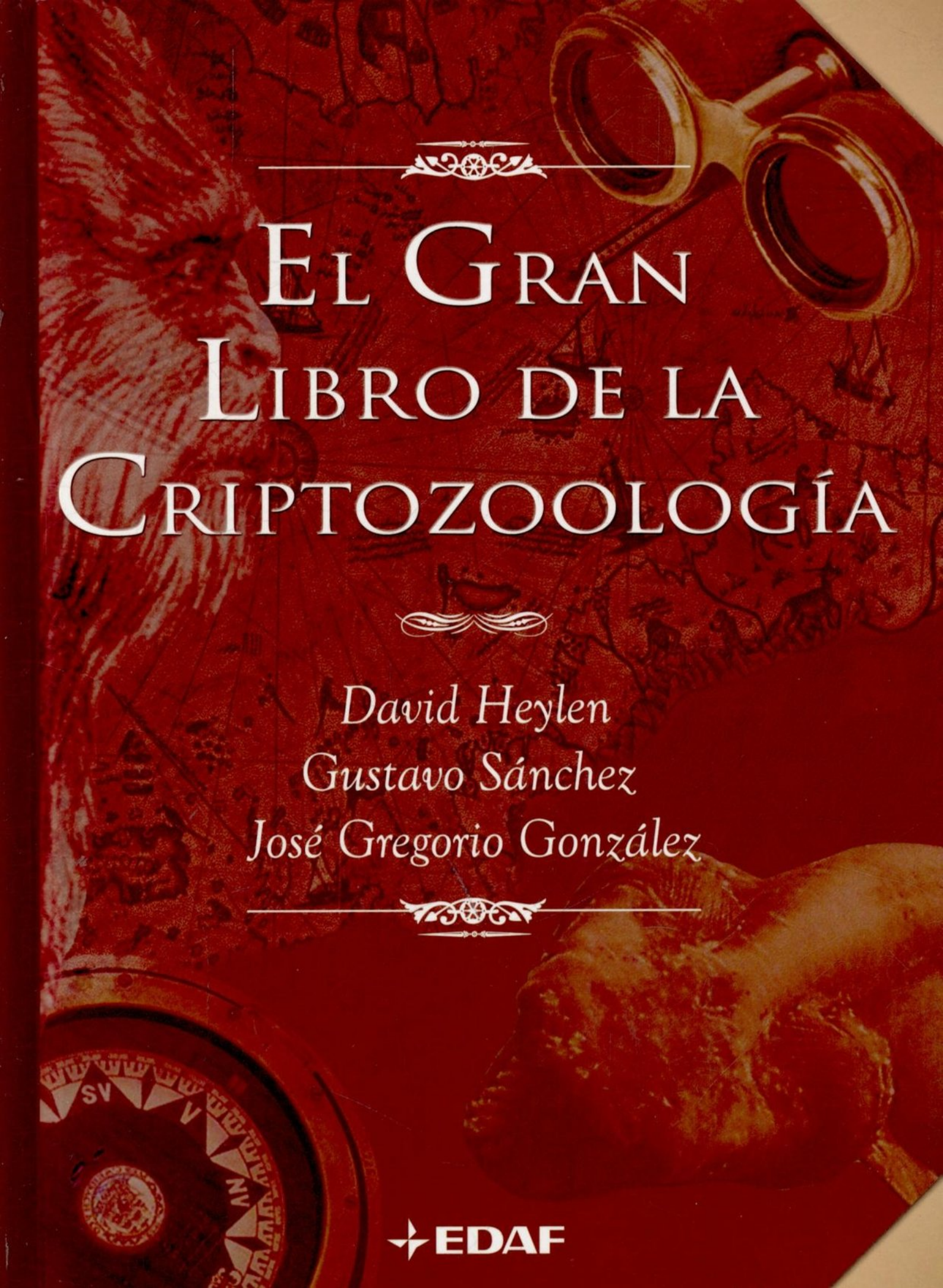


El Gran Libro de la Criptozoología

David Heylen
Gustavo Sánchez
José Gregorio González

EDAF

El Gran Libro de la Criptozoología

EDAF

MUNDO MÁGICO Y HETERODOXO

© 2008. David Heylen Campos, Gustavo Sánchez Romero y José Gregorio González
© 2008. De esta edición, Editorial EDAF, S. L.

Diseño y maquetación: Carlos Hernández

Editorial Edaf, S. L.
Jorge Juan, 30. 28001 Madrid
http://www.edaf.net
edaf@edaf.net

Ediciones-Distribuciones Antonio Fossati, S. A. de C. V.
Sócrates, 141, 5º piso. Colonia Polanco
C. P. 11540. México D. F.
edafmex@edaf.net

Edaf del Plata, S. A.
Chile, 2222
1227 Buenos Aires, Argentina
edafdelplata@edaf.net

Edaf Antillas, Inc.
Av. J. T. Piñero, 1594
Caparra Terrace (00921-1413)
San Juan, P. Rico
edafantillas@edaf.net

Edaf Antillas
247 S. E. First Street
Miami, FL 33131
edafantillas@edaf.net

Edaf Chile, S. A.
Exequiel Fernández, 2765, Macul
Santiago - Chile
edafchile@edaf.net

Octubre 2008

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicacion pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

I.S.B.N.: 978-84-414-2057-1

PRINTED IN CHINA / IMPRESO EN CHINA

Dedicatoria

A toda mi familia, que siempre han valorado incondicionalmente las diversas facetas y proyectos en los que me involucro. Y especialmente a Candy, la mujer que ilumina mi camino y comparte conmigo tanto las tristezas como las alegrías de la vida, pero siempre con una sonrisa en los labios.

David Heylen Campos

A mis padres y hermanos, amigos y colaboradores. También gracias a mi mujer por acompañarme durante el viaje.

Gustavo Sánchez Romero

A ese milagro llamado Alexander y a Toñi, su mamá, por hacerme descubrir que hay que inventar palabras nuevas para definir lo que sentimos. A mi familia y, por supuesto, a quienes sin buscarlo, e incluso sin saberlo, han transformado y enriquecido mi vida.

José Gregorio González

This One
F6BK-WKC-BGEE

Índice

13 Agradecimientos

15 Introducción

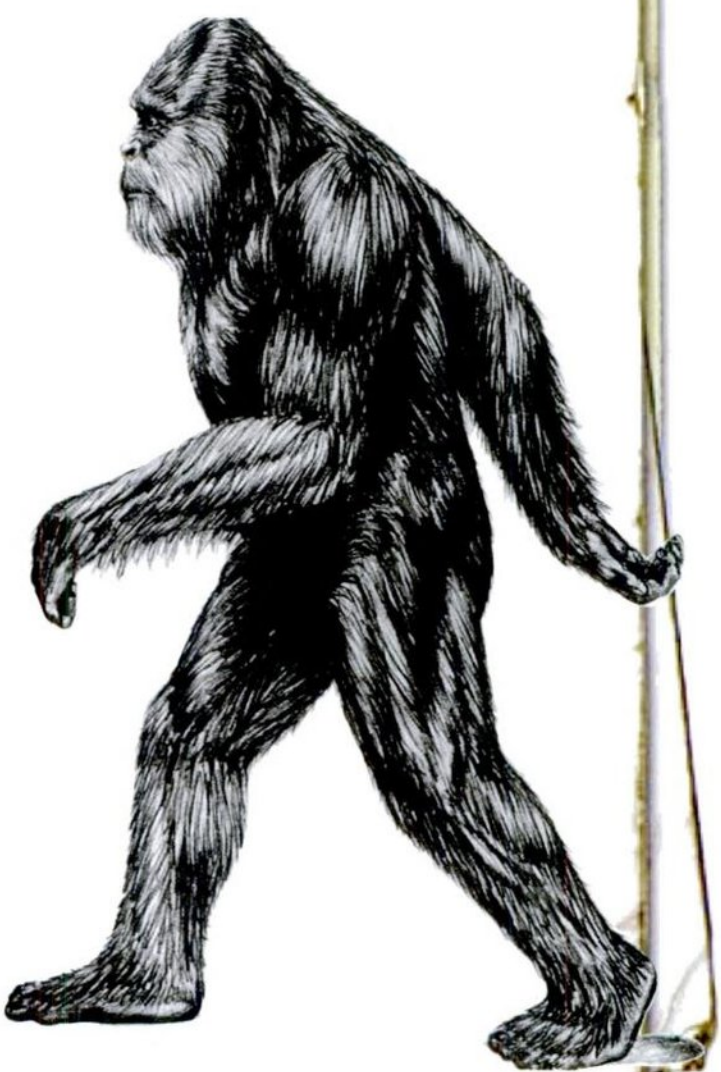
PRIMATES MISTERIOSOS

18 Yeti
27 Sasquatch y Bigfoot
36 Almas, Van-Manas, Yeren, Hun-Gouriosku y otros neandertales
44 Koolokamba
49 El hombre de hielo
56 Orang Pendek
61 Flores, hogar del Hobbit

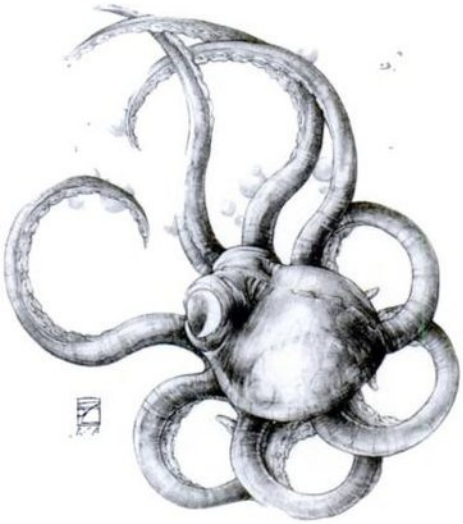
66 Histórico de Noticias: Antiguas

71 ¡Eureka!
82 El caso Oliver
85 El homínido de Johor

90 Cripto Álbum: auténticas, dudosas y falsas



Críptidos acuáticos



94 La gran serpiente de mar
106 Morgawr, Caddy y Altama-ha
117 El Kraken
128 Megalodón
135 ¿Tiburones serpentiformes o reptiles marinos?
139 Tortugas gigantes
144 Ictiosauros en Gambia
149 Nessie
157 Kelpie
161 Nahuelito
167 La bestia de Laime
173 Zuiyo-Maru
180 Chan

186 Histórico de Noticias: Modernas

194 Sexto sentido animal
202 El misterio de Cousteau
206 Pseudocríptidos

212 Cripto Álbum: auténticas, dudosas y falsas

Críptidos alados

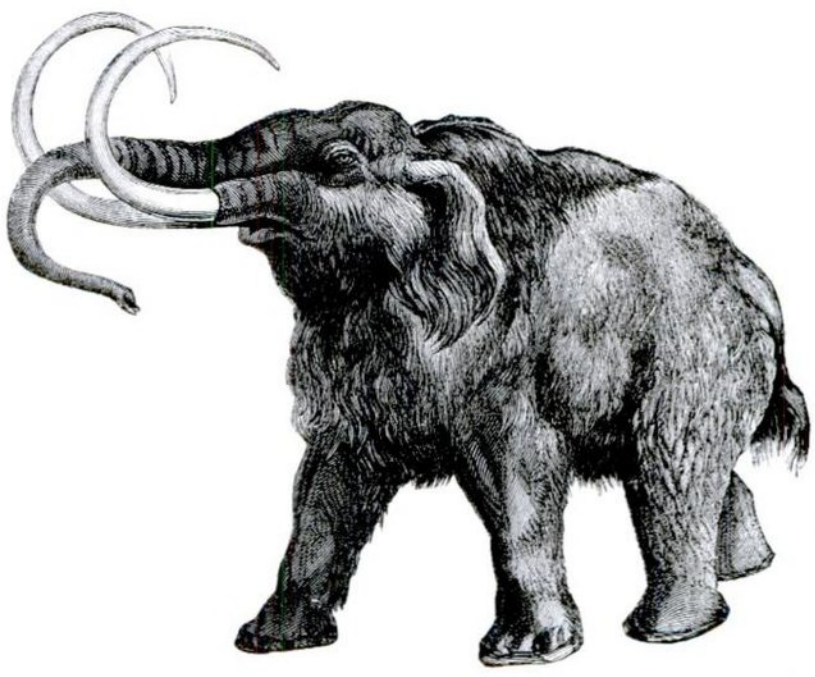
218 Kongamato
223 Pterodáctilos
230 Moas, Roa-Roa y Makalala
236 Vorompatra

240 Histórico de Noticias: Modernas II

246 Criptopaleozoología
254 Criptohíbridos
267 Criptobotánica
275 La culebra cornuda

276 Cripto Álbum: auténticas, dudosas y falsas

Críptidos terrestres



280 Diprotodón
283 Nunda
287 Mapinguary
291 Owhuama
294 Waheela
298 Bunyips
302 El elefante pigmeo
306 Mamuts
310 Shunka Warakin
313 Waitoreke
317 Marozzi
321 Emela-Ntouka
322 Thylacine
323 Tatzelwurm
324 Mokele Mbembe

AGRADECIMIENTOS

A nuestro editor, Sebastián Vázquez, que confió nuevamente en nuestra pasión por los animales ocultos y a quien, por experto en sabiduría perenne, le recordamos «que algo que sucede una vez puede que no vuelva a producirse, pero cuando sucede dos veces. sin duda lo hará una tercera».

A los biólogos mexicanos José Antonio García Hernández y Mario Garza, quienes desinteresadamente han aportado a estas páginas su genio y destreza como ilustradores, honrándonos con una amistad con la que esperamos estar a la altura.

A Anthony Wallis, artista e ilustrador profesional que amablemente cedió su arte para algunos capítulos, así como a Alejandro Bahamonde y José Rodríguez, de la revista *Más Allá*, que nos prestaron sus magistrales pterodáctilos y saetones.

Al conjunto de autores que nos han permitido utilizar sus respectivos materiales gráficos haciendo posible que podamos poner «rostro» a los evasivos críptidos.

A Eduardo de Benito, Ricardo Martínez y todo el equipo de la revista *Pelopicopata*, que han recibido con entusiasmo nuestros artículos, resignándose a nuestros retrasos y alegrándose –sin duda– de este libro.

El amigo doctor Fidel José Fernández y Fernández-Arroyo, un completo naturalista, aportó mucho entusiasmo y visión. Gracias. A José Carlos Molina y demás compositores... el regreso a los bosques es la solución.

A los oyentes de *Esencia de Medianoche*, esa familia cultivada al calor de las cientos de horas de radio que hemos compartido hablando de realidades alternativas.

No queremos olvidar a todos aquellos que han seguido nuestros pasos en este mundo de la criptozoología, compartiendo opiniones y discusiones interesantes en la web www.esencia21.com, nos referimos a los

foreros Criptusiano, Cuauhtli, Rodiums, Chastel, Fortean Cat, Luzan, Ojo de Tigre, Eva, Whitemind, Enoi, Petrazco, Kratos, Megalodón, Crocket, MG2G, Abc, Wolverine, Ángel, Bacara, y tantos otros. A todos ellos va dirigido este libro con la mayor de las ilusiones.

Y a toda la pandilla de amigos con los que compartimos pasión por «lo desconocido» y que han logrado que no sintamos en absoluto el océano que nos separa.

INTRODUCCIÓN

CADA año se incorporan a los catálogos zoológicos cientos de nuevas especies animales, algunas de ellas de un tamaño más que considerable, todas ponen de manifiesto que, a pesar de vivir sumergidos en la era de Internet, los viajes espaciales y las telecomunicaciones, el planeta que habitamos aún conserva regiones inexploradas en las que encontrar criaturas desconocidas para la ciencia. Sin embargo, ¿es plausible pensar que criaturas como el Yeti o el monstruo del Lago Ness son algo más que viejos mitos que persisten alimentados por el desconocimiento o la credulidad humana? ¿Qué se esconde tras los relatos que describen encuentros con presuntos dinosaurios en el corazón de África o con descomunales tiburones antediluvianos en aguas del Pacífico? ¿Existen canes prehistóricos en las tierras inuit o perezosos gigantes en el denso Amazonas? Cuesta creer que a estas historias pueda dárseles crédito, pero lo cierto es que han justificado durante décadas la puesta en marcha de expediciones y análisis multidisciplinares realizados no solo por asociaciones privadas o investigadores independientes, sino también por reputados profesionales y organismos académicos oficiales.

La criptozoología es la subdisciplina científica que investiga la existencia de animales «ocultos» o «desconocidos» para la ciencia, criaturas que teóricamente no deberían existir tanto por sus inusuales características, como sucede con el *Allghoi khorkhoi*, un gusano gigante que, al parecer, habita en el inhóspito desierto del Gobi, como por el hecho de considerárselas extinguidas hace decenas –como sucede con el *thylacine*– e incluso en ocasiones millones de años, tal y como parece ocurrir con el *mokele mbembe* africano, descrito como un dinosaurio saurópodo que frecuenta los pantanos del Congo. Sin embargo, ninguna de estas dos razones impidió que el «inusual» ornitorrinco fuera descubierto en el siglo XVIII, o que el celacanto, *Latimeria chalumnae*, volviera a aparecer en pleno siglo XX tras 65 millones de años de evasivo comportamiento, encabezando una larga lista de animales extinguidos y redescubiertos que se actualiza varias veces por año.

INTRODUCCIÓN

CADA año se incorporan a los catálogos zoológicos cientos de nuevas especies animales, algunas de ellas de un tamaño más que considerable, todas ponen de manifiesto que, a pesar de vivir sumergidos en la era de Internet, los viajes espaciales y las telecomunicaciones, el planeta que habitamos aún conserva regiones inexploradas en las que encontrar criaturas desconocidas para la ciencia. Sin embargo, ¿es plausible pensar que criaturas como el Yeti o el monstruo del Lago Ness son algo más que viejos mitos que persisten alimentados por el desconocimiento o la credulidad humana? ¿Qué se esconde tras los relatos que describen encuentros con presuntos dinosaurios en el corazón de África o con descomunales tiburones antediluvianos en aguas del Pacífico? ¿Existen canes prehistóricos en las tierras inuit o perezosos gigantes en el denso Amazonas? Cuesta creer que a estas historias pueda dárseles crédito, pero lo cierto es que han justificado durante décadas la puesta en marcha de expediciones y análisis multidisciplinares realizados no solo por asociaciones privadas o investigadores independientes, sino también por reputados profesionales y organismos académicos oficiales.

La criptozoología es la subdisciplina científica que investiga la existencia de animales «ocultos» o «desconocidos» para la ciencia, criaturas que teóricamente no deberían existir tanto por sus inusuales características, como sucede con el *Allghoi khorkhoi*, un gusano gigante que, al parecer, habita en el inhóspito desierto del Gobi, como por el hecho de considerárselas extinguidas hace decenas –como sucede con el *thylacine*– e incluso en ocasiones millones de años, tal y como parece ocurrir con el *mokele mbembe* africano, descrito como un dinosaurio saurópodo que frecuenta los pantanos del Congo. Sin embargo, ninguna de estas dos razones impidió que el «inusual» ornitorrinco fuera descubierto en el siglo XVIII, o que el celacanto, *Latimeria chalumnae*, volviera a aparecer en pleno siglo XX tras 65 millones de años de evasivo comportamiento, encabezando una larga lista de animales extinguidos y redescubiertos que se actualiza varias veces por año.

Primates Misteriosos

Misteriosas huellas, tal vez pertenecientes a un langur, primate asiático capaz de ascender hasta cotas de unos 4.000 metros.

El paleoantropólogo doctor Grover Krantz con el molde de una huella de un *Bigfoot* de más de 30 centímetros de largo.

Huella impresa en la nieve de un Yeti comparada con un piolet.

Idealización de un posible Rakshi.

Ye-Teh, Nyalmo, Dzu-Teh, Mih-Teh, Rimi, Teh-lma, Rakshi, Migo, Migu, Metoh Kangmi, Sogpa, Tok, Dremo o Chemo son algunas de las muchas denominaciones que recibe el más popular de los críptidos terrestres, el Yeti. Citado también en la literatura con el poco afortunado nombre de Abominable Hombre de las Nieves, nos encontramos ante el rastro de un hipotético homínido que extiende su hábitat por los valles selváticos y las cimas del Norte de la India, Pakistán, Nepal, Tíbet, Bután, Burma, Sikkim y algunas regiones chinas.

YETI

El gran primate del Himalaya

YE-TEH, Nyalmo, Dzu-Teh, Mih-Teh, Rimi, Teh-lma, Rakshi, Migo, Migu, Metoh Kangmi, Sogpa, Tok, Dremo o Chemo son algunas de las muchas denominaciones que recibe el más popular de los críptidos terrestres, el Yeti. Citado también en la literatura con el poco afortunado nombre de Abominable Hombre de las Nieves, nos encontramos ante el rastro de un hipotético homínido que extiende su hábitat por los valles selváticos y las cimas del Norte de la India, Pakistán, Nepal, Tíbet, Bután, Burma, Sikkim y algunas regiones chinas.

La rica tradición escrita budista incluye varias alusiones a la figura del Hombre Mono o Bestia Antropomorfa. En el *Ramayana*, poema épico proveniente del Norte de la India con más de 5.000 años de antigüedad, se habla de los Rakshis, salvajes habitantes del bosque y de las montañas. Estos seres peludos, descritos como mitad simios mitad humanos,

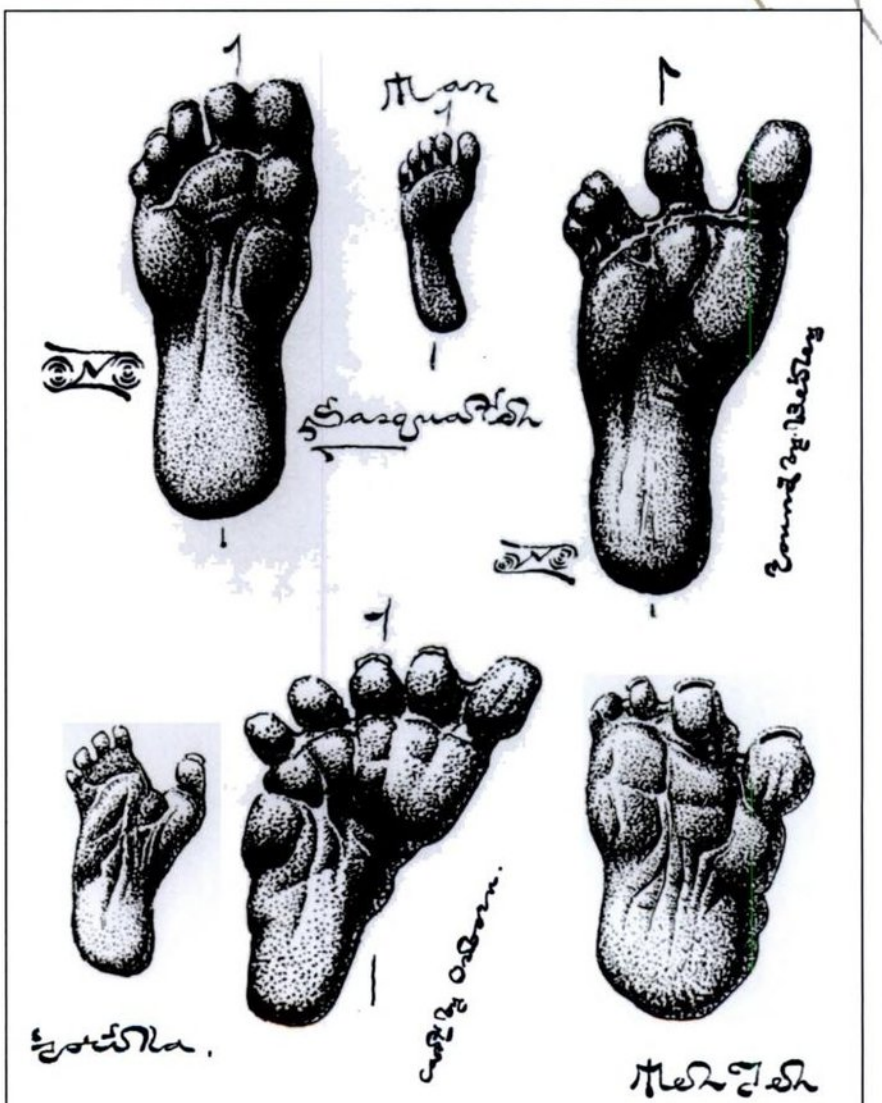
son considerados en este texto sagrado como enemigos o criaturas demoniacas de los que, junto a las fieras silvestres, hay que protegerse. Por su parte, el libro tibetano *Mani Kambun* narra la historia acerca de cómo las enseñanzas de Buda fueron transmitidas a los simiescos habitantes de las alturas para que pudieran alcanzar de esta manera la iluminación. A ambos ejemplos habría que añadir la existencia de dibujos de primates cubiertos de pelo y de notable estatura presentes en algunos manuscritos sobre *Historia Natural Asiática*, con una antigüedad de varios siglos.

Como es fácil deducir, la realidad del Yeti no presenta misterio alguno para los ascetas, lamas, serpas o pastores del Himalaya. Para ellos este forma parte de la fauna local, y por lo tanto es tratado como un animal salvaje más. El hombre blanco tardaría bastante en reconocer este hecho. La exploración del techo del mundo y el interés por sus colosales picos empezó tímidamente en torno a 1920. Hasta entonces muy poco se sabía de esta increíble región del planeta. A raíz de este vivo interés por doblegar las inexpugnables cimas tibetanas o nepalíes se ha ido profundizando en este milenario enigma natural. Un hecho que resulta importante, ya que proporciona una veracidad a este misterio y es la similitud entre las descripciones dadas. Tanto los habitantes locales como los testigos occidentales coinciden en ver bestias de aspecto muy similar.

Reconstrucción artística de un Yeti. Nótese la cabeza cónica, los poderosos brazos y el piloso cuerpo.

Se busca bípedo, castaño y de hábitos nocturnos...

La altura suele estar comprendida entre los 1,5-3 metros, con pelaje abundante y largo, cayendo a veces por delante de los ojos. Este cubre el cuerpo al completo y puede ir del rojizo al castaño, pasando por el marrón claro-oscuro o



Huellas de humano, fila superior, comparadas con las posibles improntas de un Yeti.

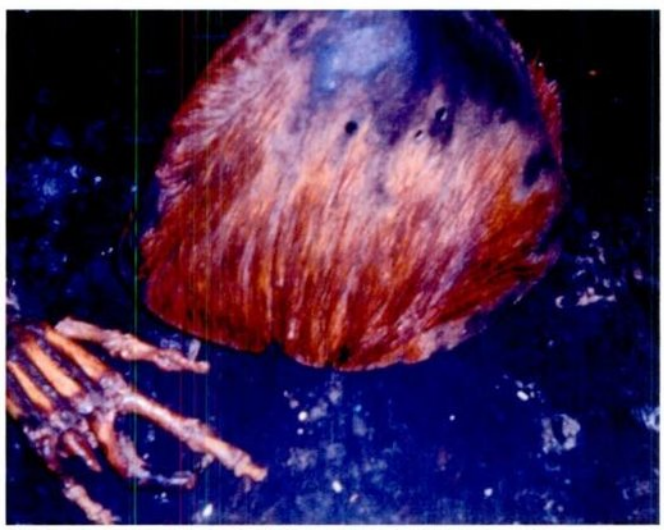
ser completamente negro. El área del pecho suele ser casi siempre más clara. Su cabeza, con forma cónica o puntiaguda, respondería a la necesidad de anclar los poderosos músculos de la robusta mandíbula. Su desnudo y prominente rostro suele estar renegrido, con rasgos que recuerdan a un primate, con ojos relativamente pequeños, cejas abultadas, nariz chata y ancha, boca alargada de inconspicuos labios y barbilla reducida. Los hombros son macizos y aplomados, dotando a la criatura de cierta inclinación hacia delante, mientras que los brazos son largos y llegan casi hasta la altura de las rodillas. El Yeti es un ser bípedo capaz de dar amplias zancadas, aunque a veces camina sobre las cuatro extremidades. Sus pies cuentan con cinco dedos, estando el gordo enormemente desarrollado. Las huellas, de unos de 30 por 12 centímetros, han sido encontradas con supuestos dedos en el talón, por lo que erróneamente se piensa que el Yeti camina con los pies al revés. El origen de estas engañosas señales no es otro que la sobreimposición de dos rastros de un mismo individuo, huellas de patas y manos fundidas.

La mayoría del día parecen pasarlo escondidos en sus guaridas, que no suelen abandonar hasta el anochecer. Se trataría de amplias cuevas que suelen estar localizadas en regiones inhóspitas y de difícil acceso, ubicadas en grandes paredes verticales a gran altura, a las que el Yeti accedería sin excesivo problema gracias a patas y manos muy desarrolladas de dedos fuertes, que lo convierten en un excelente escalador.

También ha sido visto trepando altos árboles usando sus cuatro miembro, y de vez en cuando busca cobijo en los precarios refugios de los pastores serpas o en apartadas oquedades situadas a menor altura. Se piensa que estas madrigueras son solamente usadas provisionalmente. Estos astutos primates se encargan de tamizar el suelo de sus simples cavernas con hierbas secas o palos y maleza. Los improvisados «nidos» han sido observados tanto por exploradores occidentales como por las gentes locales.

Una dieta bien surtida

Los expertos coinciden en señalar que la dieta del Yeti es omnívora, basada normalmente en una gran variedad de vegetales, frutas, nueces, miel, raíces, tubérculos, huevos o insectos. No obstante, y



El falso cuero cabelludo de Yeti que tanto ha dado que hablar. Confeccionado a partir de pelos de cabra salvaje del Himalaya.

al tratarse de un gran animal, la carne también es incluida, lo que no supone un problema, ya que en estas zonas se dan con gran abundancia las pikas del Himalaya, una especie de roedor similar a un cruce entre un conejo y una rata capaces de sobrevivir hasta los 6.000 metros de altura. Tampoco faltan

Un orgulloso monje tibetano muestra la reliquia supuestamente arrancada del cráneo de un mítico Migu.

las observaciones del Yeti alimentándose de carne de yak y capturando ranas en los abundantes riachuelos. Dos ecólogos norteamericanos, Frank L. Beebe y Don Abbott, del Museo Provincial de Victoria, Columbia Británica, Canadá, han sugerido que este pragmático mono de las alturas posee una suerte de «congelador» en los campos nevados. Allí, y en determinados lugares que recuerdan, como pueden ser oquedades o puntos estratégicos, almacenan presas que luego se congelan. Cuando la comida escasea en cotas inferiores ascienden a sus frigoríficos particulares donde se surten con total comodidad. Más tarde, y ya en zonas más bajas, el alimento intacto se descongela listo para ser consumido. Las glotonas, grandes y carnívoras/carroñeras comadrejas americanas utilizan este método para contar con comida todo el año. Aparte de esta conducta relacionada con la alimentación no se sabe mucho de có-mo los yetis interac-túan. Normalmente se divisan ejemplares so-litarios o pequeños grupos. Nadie sabe cómo se comunican, aunque son capaces de emitir una llamada en forma de agudo silbi-do muy estridente. El repertorio sonoro se complementa con po-derosos gritos, bra-midos y altisonantes rugidos. En algunas ocasiones se ha constatado que producen un maloliente olor corporal.

La mejor evidencia: los parásitos

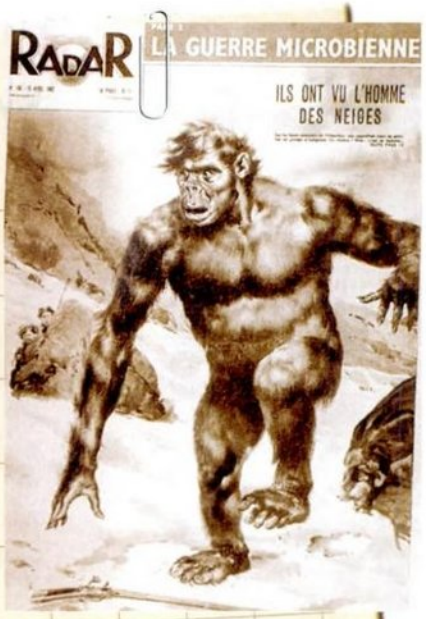
¿Qué más se puede pedir para probar la existencia de este insólito primate? Tenemos todo tipo de minuciosas descripciones, detalladas huellas, testimonios de investigadores serios y respetables serpas y lamas. Pero en ausencia de un ejemplar vivo, la comunidad científica demanda algún tipo de prueba física o evidencia tangible, evidencia que en este caso la proporcionan ¡los parásitos!

Hoy día sabemos, mediante estudios biológicos y médicos, que cada especie animal contiene sus propios parásitos internos. Los de un caballo son únicos para el equino, mientras que un perro posee otros muy diferentes. Un simple análisis de heces sirve para determinar la identidad de su propietario. En 1959 una expedición promovida por Tom Slick obtuvo excrementos de yeti depositados en el valle de Arun, Nepal. El doctor A. Fain, del Instituto de Medicina Tropical de Anvers, Francia, realizó exámenes macro y microscópicos de las muestras enviadas. Bernard Heuvelmans siguió muy de cerca el estudio. El exhaustivo análisis encontró un huevo de una especie desconocida de lombriz parásita en el abundante material fecal. Ambos investigadores indicaron que el animal huésped es, por lo tanto, también desconocido. Es decir, una nueva especie de primate descubierta mediante técnicas usadas en cualquier hos-

La huella gigante (26 x 30 cm) fotografiada por el escalador Eric Shipton en el glaciar Menlung en 1951. A día de hoy es un completo misterio.

pital o laboratorio. Apuntaremos, además, que en dicha misión también fueron recogidos unos pocos pelos de supuestos yetis, revelando el análisis genético realizado años más tarde que eran casi, pero no del todo, humanos.

Nuestro protagonista es una criatura extremadamente perspicaz, nocturna y tímida. Posee finísimos sentidos y una natural desconfianza hacia el ser humano. Es más fácil dar con él por pura casualidad que organizando búsquedas prospectivas. Una misión que contase con al menos tres científicos necesitaría unos treinta serpas o porteadores para poder subsistir durante al menos tres semanas. El introducir tal cantidad de personas en el reino de los grandes primates níveos sin molestarlos, o tratando de pasar desapercibidos, resulta totalmente imposible. A la vista de los expuesto, nuestro peludo crítido no tiene un pelo de tonto.



Portada de una revista francesa de la década de los sesenta con el Yeti como protagonista.

UNO QUE PUEDEN SER TRES

Como hemos podido observar, las características generales del Yeti son muy específicas, aunque se puede constatar cierta variación. Estas variantes quizá provengan de avistamientos que incluyen hembras, que presentarían un tamaño menor; ejemplares juveniles, con una coloración distinta; individuos anómalos, mudando el pelaje, mutantes, etc.; o geográficamente aislados, lo que invitaría a pensar en nuevas subespecies. No obstante, muchos investigadores piensan que existen, biológicamente hablando, tres tipos bien diferenciados que incluso cuentan con nombres locales distintos. Estos serían:

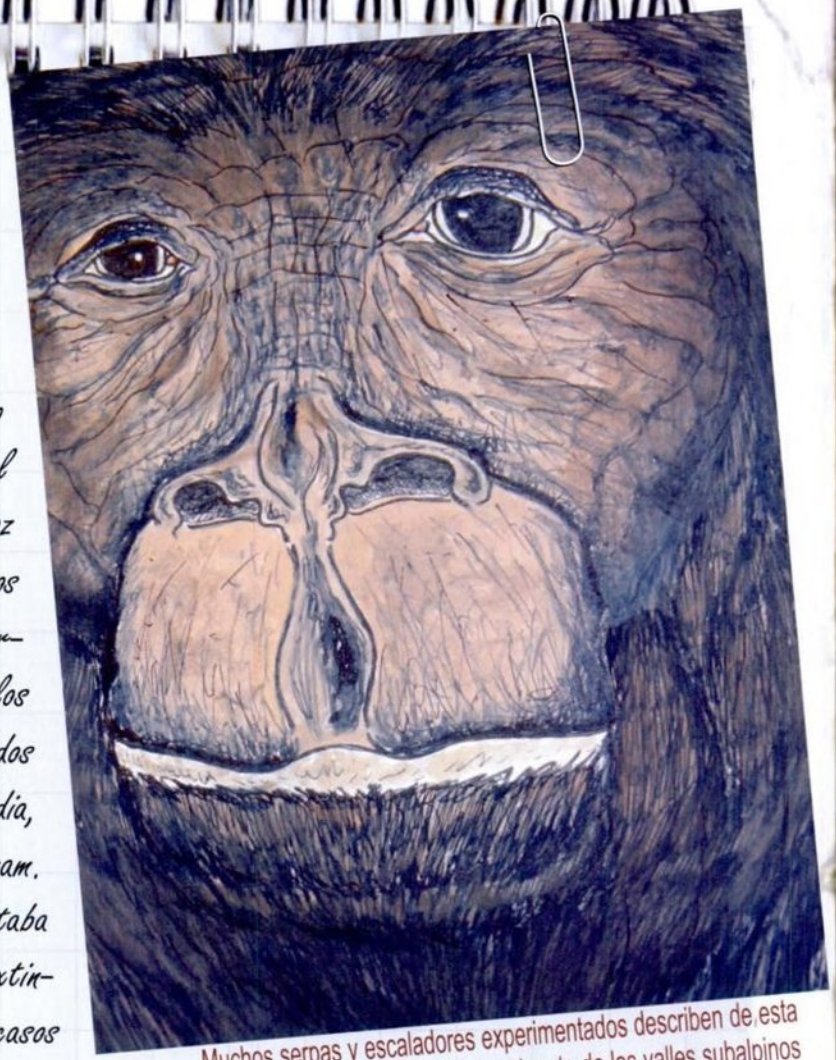
YE-TEH, DZU-TEH, NYALMO: Animales gigantescos, de hasta 2,8 metros de alto. Color marrón oscuro o negro. Camina a una o cuatro patas. Visible a alturas superiores a los 5.000 metros. Nombre científico tentativo: Dinoanthropoides nivalis (Heuvelmans, B., 1955), o gran antropoide de las nieves.

MI-TEH, RIMI: Bípedo, del tamaño de un fornido hombre de gran estatura (1,90 metros). Pelaje largo y revuelto, de color negro o rojizo. Cráneo apuntado. Rango de altura: 4.500-5.200 metros. Género y especie Dinoanthropoides himalayensis (Heuvelmans, B., 1955), lo que significa simio gigante del Himalaya.

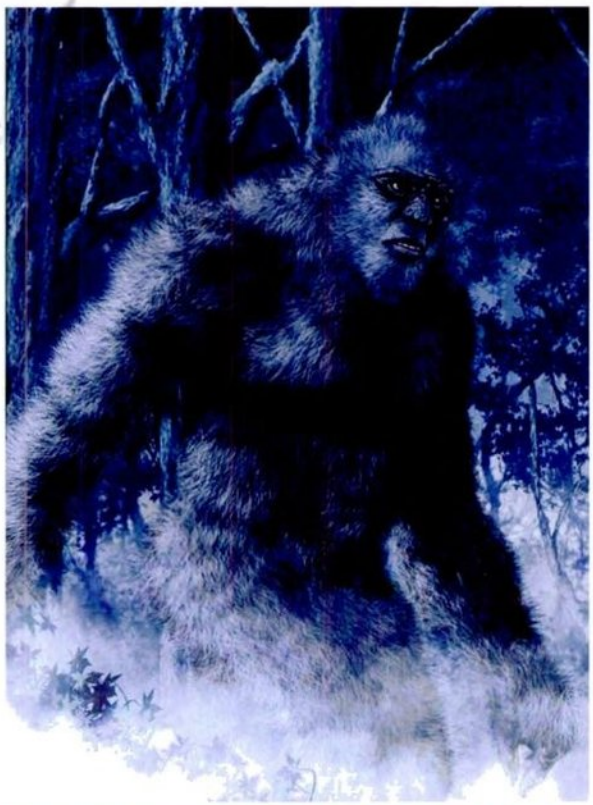
TEH-LMA, RAKSHI: Pequeño, de 1,5-1,8 metros. De color rojizo o grisáceo. Habita en las espesas selvas, valles subalpinos, bosques de bambú y rododendros. No suele encontrarse a alturas superiores de los 4.200 metros (donde comienzan las nieves). Microanthropoides borealis, el pequeño primate norteño.

GIGANTOPITHECUS, ¿EL MEJOR CANDIDATO?

El Gigantopithecus era mucho más grande que un gorila. Fue el mayor primate que haya pisado la faz de la tierra. Superaba los 2,5 metros de altura, estatura calculada a partir de las masivas mandíbulas y los gigantescos dientes fósiles hallados en China, Pakistán, norte de la India, Burma, Laos, Tailandia y Vietnam. Este apacible herbívoro se alimentaba de bambú y otras gramíneas. Se extinguió aproximadamente hace unos escasos 100.000 años. Muchos investigadores proponen que el Yeti es un descendiente, o un evolucionado gigantopiteco, atrapado geográficamente en remotas regiones asiáticas. Hipotéticamente, podría fácilmente sobrevivir en los bosques montanos como un gorila vegetariano; también es concebible como especialista ramoneador en alturas superiores por debajo de las cumbres nevadas; en el peor de los casos, sería un eficiente omnívoro, principalmente comportándose como carnívoro durante los helados inviernos a grandes alturas. Durante la primavera-verano, cuando la capa de nieve desaparece de las laderas más bajas, volvería a consumir los elementos vegetales propios de su rango dietario.



Muchos serpas y escaladores experimentados describen de esta manera al misterioso primate gigante de los valles subalpinos de la cordillera del Himálaya.



Varias reconstrucciones artísticas y bocetos realizados por los testigos oculares que han presenciado el fenómeno Bigfoot.

Pies Grandes en Estados Unidos, o Sasquatch en tierras canadienses, son los nombres que reciben el pariente norteamericano del Yeti. Fue la etnia Chehalis, oriunda del estado de Washington y la Columbia Británica, la responsable de referirse a este ser con el término original de sokqueatl o sesqac, que evolucionaría hasta Sasquatch, apelativos con el que describían a unos enormes, peludos y misteriosos habitantes del bosque. Los extraños encuentros con gigantes bípedos se remontan por tanto a los tiempos de las tribus nativas y han sido también registrados desde las Montañas Rocosas a la región de los Grandes Lagos, pasando por las zonas forestales de la Costa Este y en unas cuantas localidades sureñas.

SASQUATCH Y BIGFOOT

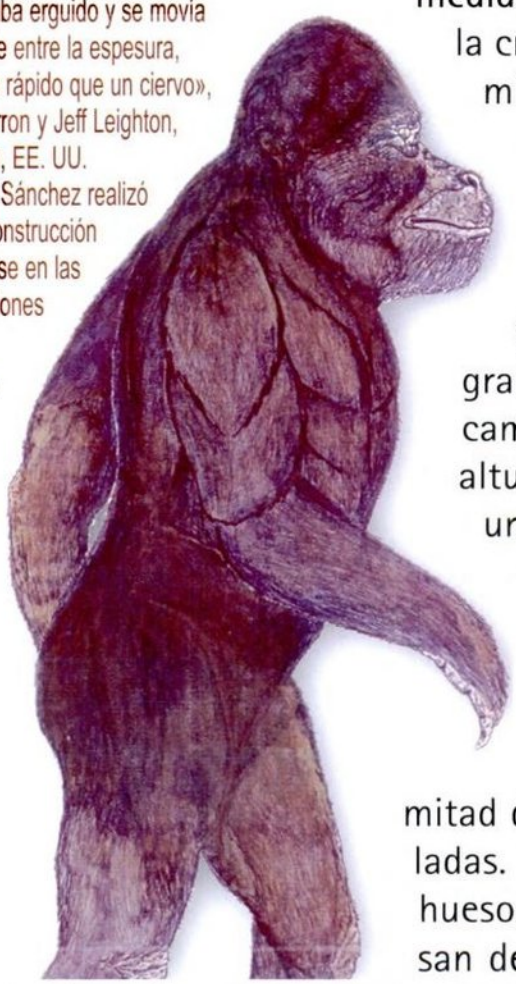
Los primos americanos

MUCHO antes de que el salvaje hombre blanco invadiese ciertos territorios inexplorados, nuestro mítico *Sasquatch* ya era reverenciado y conocido localmente. Máscaras talladas en madera y sólidos bustos pétreos muestran la fascinación de los pobladores indígenas del Pacífico Norte americano hacia la simiesca criatura. En ellas los típicos rasgos de un gran primate son fácilmente reconocibles, mostrando la frente alta y huidiza, los grandes y sobresalientes ojos ovalados, una ancha y convexa nariz rematada por fosas nasales planas, la amplia boca sin labios y la inexistente barbilla;

todo ello retrata facialmente a la perfección un enorme mono. Estos singulares objetos arqueológicos han sido datados en torno a los 200 años de antigüedad, siendo considerado un animal totémico por algunos clanes indígenas regionales; de tal manera que su figura sería una especie de emblema o motivo natural, generalmente esculpido o representado gráficamente, que cumpliría funciones protectoras. La firme certeza de los nativos acerca de su existencia real ha constrastado con el lento reconocimiento de los colonos, dando fe de este pausado proceso un puñado de buenas fotografías y filmaciones, algunas grabaciones de voz, cierta evidencia física, el hallazgo de miles de titánicas huellas y un incontable número de fugaces y fortuitos encuentros.

Un tipo erguido, robusto y solitario...

Estamos ante un animal de postura erguida que camina principalmente a dos patas, que son descritas como muy largas abarcando la mitad de su estatura, coincidiendo prácticamente a la perfección la medida de dos zancadas con la altura total de la criatura. Los largos brazos tienen un movimiento similar al mostrado por los humanos al andar, mientras que lo más llamativo es su colosal tamaño, con una talla media para los machos de 2,34 metros y un peso que ronda los 360 kilogramos y unos 2 metros y algo más de 200 kilogramos para las hembras. No obstante, al caminar, y debido a su postura encorvada, la altura total se estima que se ve reducida en un 8% aproximadamente. El cuerpo es muy robusto formado por densos huesos, dato más que notable si tenemos en cuentan que un humano aumentado al tamaño de un Sasquatch o Bigfoot macho adulto no pesaría siquiera la mitad de las estimaciones anteriormente calculadas. Nuestra especie cuenta con estilizados huesos y gráciles articulaciones que no precisan de grandes conjuntos musculares para ser accionados, en contraste con la increíble robustez de los Pies Grandes, que requiere distintos índices de palanca en el sistema músculo-esque-



«Caminaba erguido y se movía ágilmente entre la espesura, casi más rápido que un ciervo», Brett Herron y Jeff Leighton, Michigan, EE. UU. Gustavo Sánchez realizó esta reconstrucción basándose en las descripciones de los testigos.

lético, de tal manera que cuanto más macizo sea el cuerpo de una criatura más lo serán los huesos y los músculos de la misma. Sus hombros son muy anchos y colocados en una posición bastante alta, representando un 40% de la altura la distancia entre ambos. En los humanos es tan solo el 25%. El voluminoso pecho y las poderosas caderas están igualmente engrosados.

¿Cara de pocos amigos?

Con un cuello muy sólido, sus músculos se insertan casi horizontalmente desde los imponentes hombros hacia la base del cráneo, lo que, unido al casi inexistente cuello y a una estructura facial muy alargada, posiciona la boca del animal prácticamente a la altura del pecho. En los humanos esta se halla bastante por encima de la línea marcada por las clavículas. De acuerdo con las descripciones y como ocurre en la mayoría de los póngidos –gorilas, chimpancés y orangutanes– el Sasquatch no puede girar la cabeza sin que su barbilla choque con el hombro, necesitando para completar el giro levantar la testa o rotar parte del torso en la dirección que quiere observar. En en este sentido, la famosa filmación Patterson, la mejor, más nítida y controvertida película que muestra un

Portada de un periódico sensacionalista con presunto Bigfoot esta vez como noticia principal.

Tira de cómic que ilustra el fenómeno Pies Grandes asociado a la posible supervivencia de neandertales.

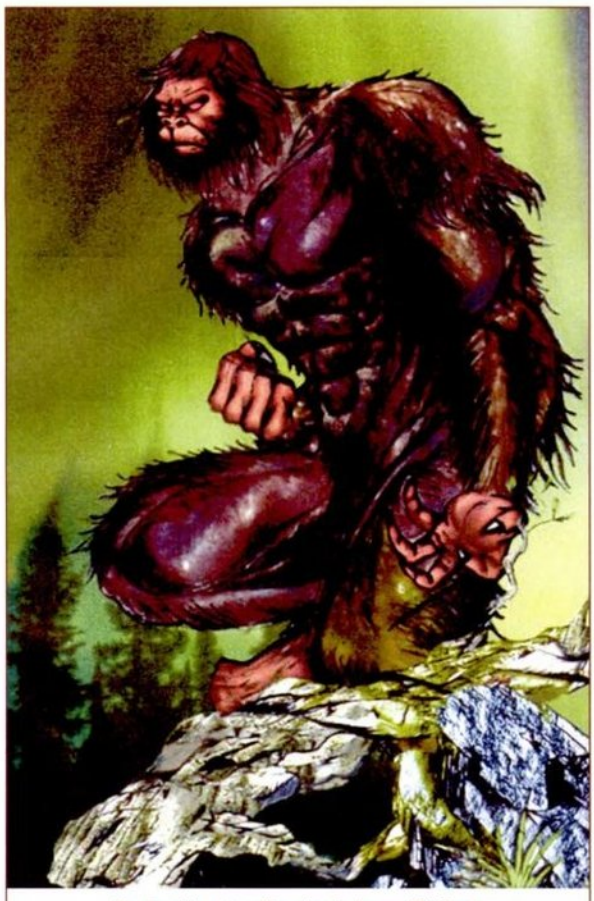


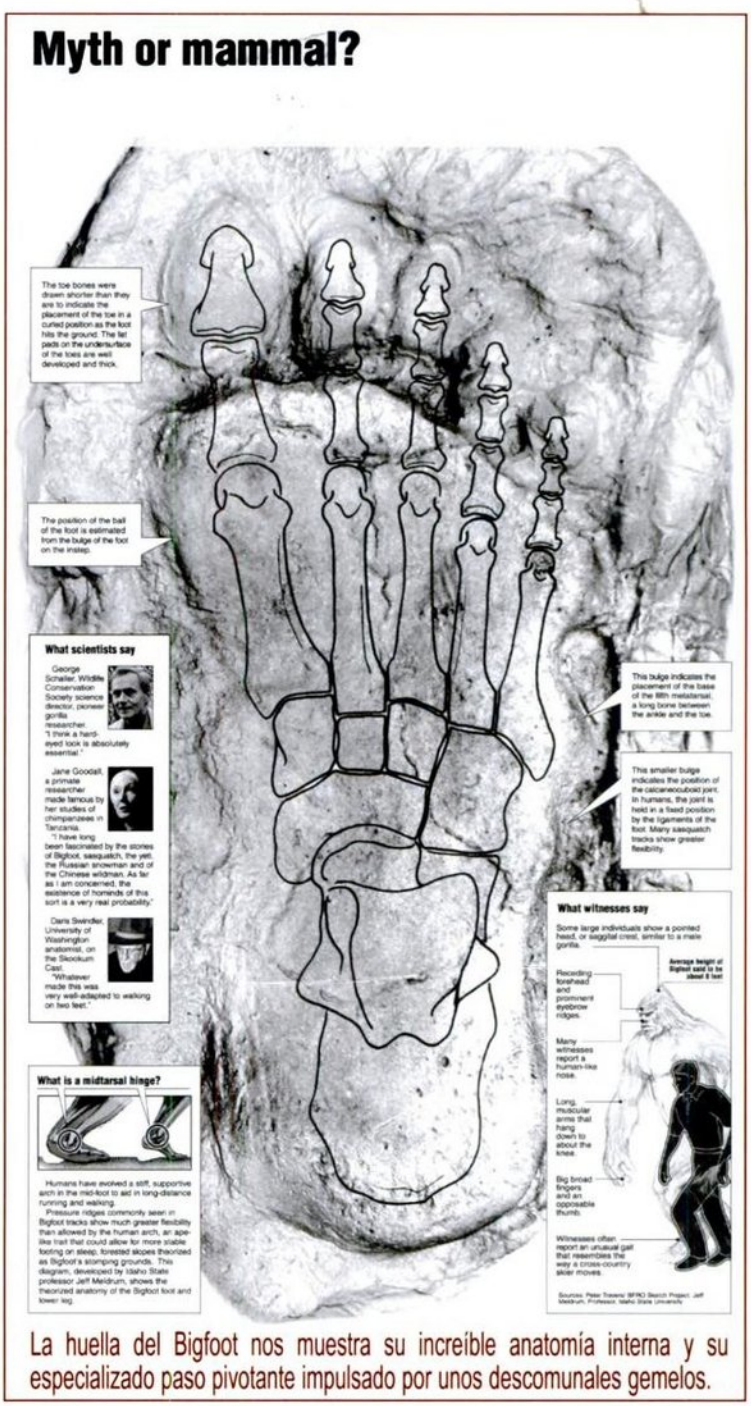
Ilustración al estilo cómic de un Bigfoot, realizada por el dibujante A. García.

En la imagen, Ron Olson, el diseñador de una de las primeras trampas para Bigfoots que nunca dieron un resultado positivo.

pie grande en movimiento, ilustra claramente este movimiento. La cara del Sasquatch es muy similar a la de un mono, destacando en ella los abultados arcos de las cejas y una frente claramente en retroceso, casi en el plano horizontal, por encima de ellas. Esta especial y primitiva configuración le confiere un perfil muy vertical, donde destaca en gran medida el casi perfecto y prominente ángulo formado por las estructuras anteriormente descritas.

Las enormes manos están formadas por cinco dedos muy similares a las de un humano, aunque son casi el doble de anchas y más de la mitad de largas que las nuestras. El pulgar parece poder ser dirigido hacia el interior de la palma de la mano, pero la ausencia de una gruesa almohadilla de músculo por debajo del dedo gordo denota poca habilidad para manipular objetos. El Sasquatch ha cambiado la capacidad de poder rotar flexivamente su mano por movimientos más bruscos y potentes. Mientras los humanos podemos manipular precisamente todo tipo de cosas, el Sasquatch y sus parientes póngidos son mucho más toscos en estas tareas. Muy peludo, sus pelos miden unos 5-10 centímetros de largo, aunque las palmas de las manos y la planta del pie están desnudas. El antebrazo, la parte superior de las patas y la cara presentan una pilosidad muy escasa, mientras

que ninguna zona de su torso se encuentra al descubierto, como ocurre en el pecho de la mayoría de los primates, algo que podríamos considerar como una adaptación a las frías regiones donde habita. La cabeza suele estar cubierta de abundante pelaje corto, de unos 5 centímetros de largo, lo que mantiene las orejas normalmente tapadas. El color de sus greñas ha sido descrito como oscuro, marrón fuerte o negro, incluso en algunas ocasiones marrón claro o rojizo. Un par de informes retratan individuos casi completamente blancos. No ha sido observado ningún patrón de manchas, rayas o rosetas. La casuística incluye individuos de ambos sexos, constatándose en varios casos la presencia de pechos en hembras, así como de genitales de pequeño tamaño en los machos, lo que encaja con lo medido en orangutanes y gorilas, que muestran penes y escrotos de mediano a pequeño tamaño.



La huella del Bigfoot nos muestra su increíble anatomía interna y su especializado paso pivotante impulsado por unos descomunales gemelos.

Un censo de 20.000 ejemplares

El Sasquatch es un animal nocturno, solitario y de hábitos omnívoros que ocupa un vasto territorio. Los bosques del norte de California, Oregón, Washington y los de la Costa Oeste de Canadá comprenden un área de más de 130.000 kilómetros cuadrados. Aquí su más claro competidor es el oso negro, una criatura netamente diurna. Basándonos en estudios poblacionales y en recuentos de huellas, se puede estimar que por cada cien osos hay uno o dos Sasquatchs; de esta manera, si en la Costa Oeste nor-

teamérica se calcula que existen unos 200.000 osos, arroja una cifra de unos 2.000 pies grandes para esta región. Considerando los informes de otras zonas, se puede extrapolar para toda Norteamérica una población global de entre 10.000 y 20.000 ejemplares.

Si todo lo expuesto anteriormente es ecológicamente viable, ¿por qué no encontramos el cadáver o al menos los huesos del gigante en cuestión? Si estimamos que más de una docena de muertes deberían de ocurrir al año, ¿dónde están los restos? Los huesos de todos los carnívoros son muy difíciles de ubicar. Estos animales suelen perecer por enfermedades o debido a disfunciones en sus órganos vitales, por lo que eligen más o menos secretamente dónde van a terminar sus días. Al estar muy escondidos, son difíciles de localizar, aunque eventualmente son atacados por todo tipo de necrófagos, desde mamíferos a microbios, terminando sus huesos sepultados por capas de hojas en lugares húmedos. De esta manera se descomponen y desparecen si dejar rastro. Cualquier biólogo de campo puede atestiguar lo difícil que es encontrar material óseo de por ejemplo, un puma o un coyote.

El doctor Grover Krantz, prestigioso antropólogo físico de la Universidad Estatal de Washington, además de activo y longevo investigador del fenómeno Sasquatch, nunca conoció a nadie que hubiese encontrado restos de osos que muriesen de forma natural. Si consideramos que el *Bigfoot* se ubica cerca de la cima en la cadena alimenticia y que ningún animal parece ser capaz de matarlo o se alimenta de él, así como que al ser un primate resulta mucho más longevo –aproximadamente entre 40 y 45 años– que un oso, se reduce notablemente el número de muertes anuales. Este dato, unido a su reducida población, haría prácticamente imposible el dar en el campo con un cráneo intacto del gran simio americano.

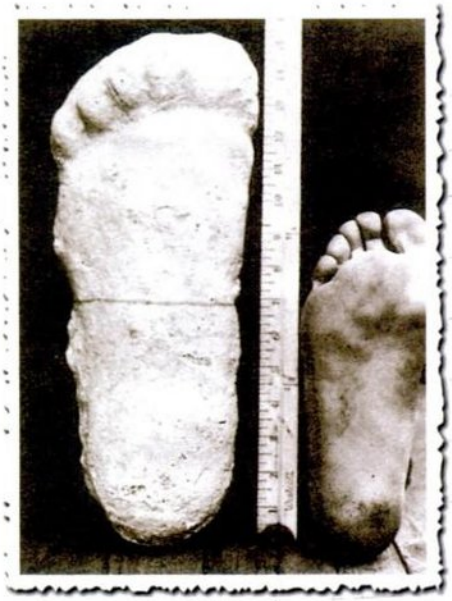
El doctor Grover Krantz en su laboratorio ubicado en la Universidad Estatal de Washington, muestra la huella de un Sasquatch.

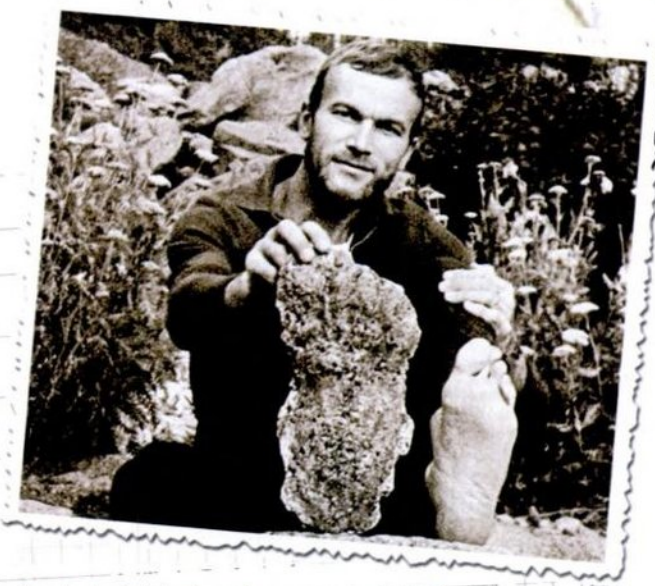
La prueba más sólida

¿Sería acertado considear por tanto al Sasquatch una maravilla natural, invencible, invisible e indestructible? El caso que hemos seleccionado dentro de nuestros archivos contradice esta noción, reforzando la existencia de

este mítico primate. En 1969 eran halladas en Bossburg, Washington, unas huellas de extraña forma claramente impresas en la nieve. El veterano cazador de Pies Grandes Rene Daihden obtuvo precisos moldes de las mismas, que serían enviadas al doctor Krantz para su análisis. Inicialmente, el reputado especialista se mostró escéptico, pero su visión cambiaría drásticamente. Mientras el pie izquierdo del animal es normal, el derecho está severamente deformado. Este se halla doblado unos 25 grados hacia la derecha, formando un perfil cóncavo a lo largo de su margen externo. A su vez, el tercer dedo parece ausente o permanentemente desplazado hacia arriba, mientras los otros están muy separados y sus puntas más o menos uniformemente colocadas. Finalmente, dos abultamientos son visibles en el borde externo, lo que parece corresponderse con expansiones cartilaginosas de hueso producidas por alguna patología asociada a la deformación; el análisis realizado concluye que el individuo sufrió una grave lesión y que se recuperó de manera anómala, estimándose que la grave torcedura no limitaría en demasía los movimientos de la criatura. ¿Cómo falsificar algo así?

Roger Patterson y un fotograma de su increíble película tomada en Bluff Creek, norte de California, 1967. Hasta el momento, la mejor película que muestra un Bigfoot vivo.





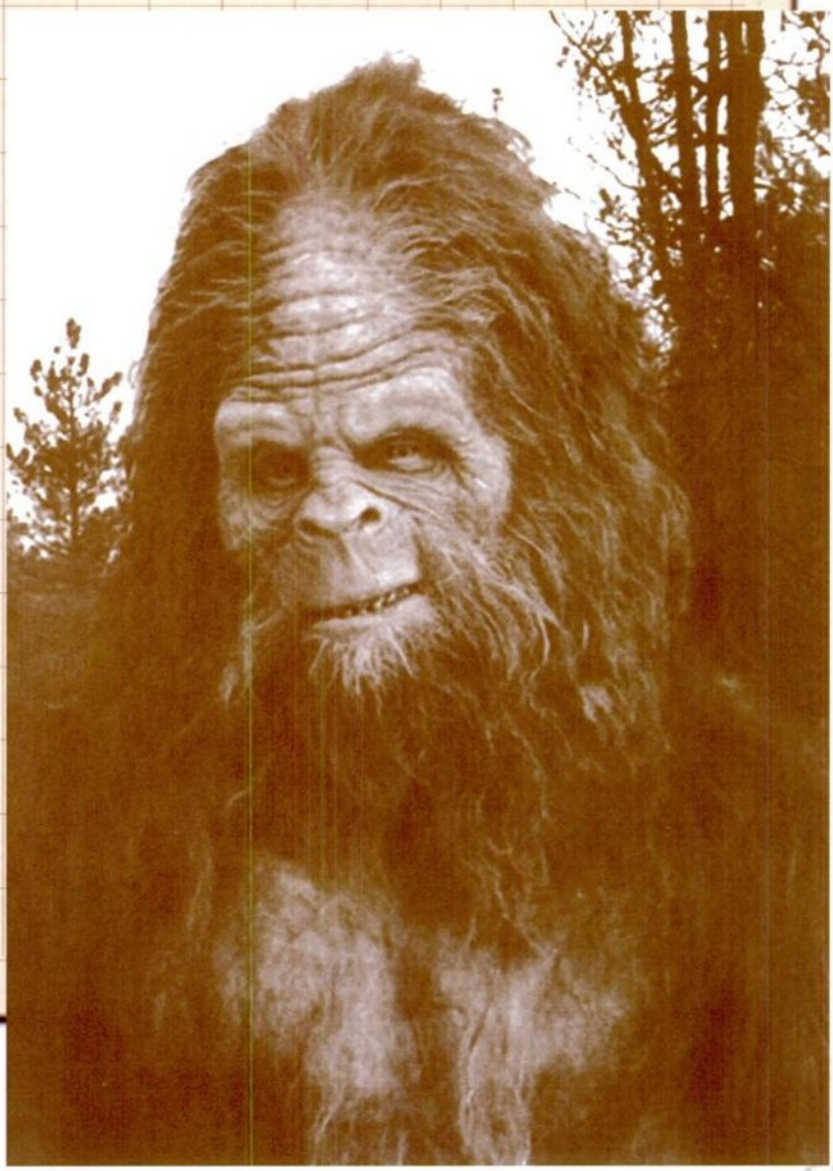
La planta del pie de un humano es comparada con la del Bigfoot. La diferencia de tamaños es obvia.

POR SUS HUELLAS LO RECONOCEREMOS

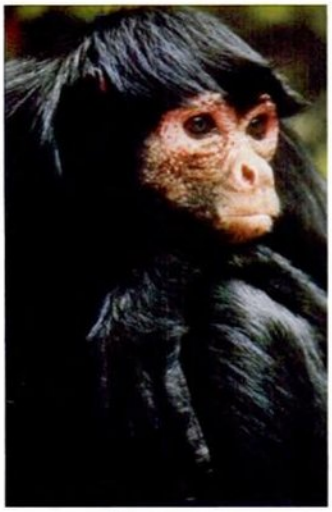
En cuanto a sus huellas, es mucho lo que se sabe del Sasquatch. Por ello, conocemos que su pie es aproximadamente un 25% más largo y casi un 30% más ancho que los de un humano corriente. El tamaño medio es de 37,5-39 centímetros de largo por 12,5-15,5 centímetros de ancho en la parte superior del pie y 6,25 centímetros en el talón. Estos presentan cinco dedos. El dedo gordo está claramente diferenciado de los demás. Las gruesas almohadillas de la planta del pie están bien definidas. En una ocasión una huella mostraba cómo unas piedras se habían alojado en tal carnosa y callosa estructura. Las uñas siempre suelen estar muy desgastadas y nunca han sido impresas en huellas o marcas. La articulación que forma el tobillo del pie grande está específicamente diseñada para soportar el tremendo peso del gigante bípedo. Mediante el análisis de la criatura en movimiento se ha determinado que esta se inserta cerca de la mitad de los huesos del pie. Aproximadamente un 31% de la superficie total del pie se halla tras el tobillo (en el humano es tan solo el 23%). Por ello, el conjunto del carcañal es muy grueso, ancho y macizo. Esto repercute en una mayor flexibilidad a la mitad del pie, que se articula enérgicamente hacia arriba mediante el impulso del enorme gemelo poderosamente anclado en el desarrollado hueso calcáneo. De esta hidráulica manera el corpulento gigante es catapultado a cada paso. Así recorre, sin apenas esfuerzo, el escarpado, extenso y accidentado territorio que habita.

SIN PROBLEMAS EN INVIERNO

Durante la primavera y el verano parece que fuese fácil sobrevivir en estas densas formaciones boscosas, no obstante, ¿qué sucede en invierno? Como es sabido, los osos hibernan, reduciendo de esa manera su metabolismo y la necesidad de hallar comida. ¿Qué hacen, pues, los Sasquatchs si su principal competidor se halla profundamente dormido y no despertará en meses? En invierno las noches son más largas y los días más cortos; para un animal que es activo principalmente de noche, esto le proporciona más tiempo para forrajear y deambular en busca de alimento. Cualquiera que sea lo que comen los Pies Grandes en invierno —carroña, carne, pescado, vegetales, bayas, etcétera— el acceso a ello es maximizado por estos dos simples factores.



El popular Bigfoot usado en un anuncio televisivo.



Mono araña.

Almas, Almas, Almasty, Van-Manas, Yeren y Hun-Gouriosku son algunos de los nombres que recibe un reducido grupo de homínidos cuyo hábitat natural parece extenderse desde los Montes Pamir, Siberia y el Cáucaso en Rusia, hasta las planicies mogolas, pasando por las Montañas de Tien Shan y Altai en Asia Central. Su descripción y comportamiento descartaron hace mucho tiempo que pudiese tratarse de osos, grandes antropoides o especies simiescas que se desplazan sobre los nudillos. Tal vez estemos ante seres humanos como nosotros, neandertales con una exigua población a punto de extinguirse por segunda vez.

ALMAS, VAN-MANAS, YEREN, HUN-GOURIOSKU Y OTROS NEANDERTALES

¿Siguen vivos en Asia?

OFICIALMENTE, los neandertales se extinguieron con la inexorable ayuda del *Homo sapiens* tras la última glaciación, hace entre 80.000 a 10.000 años; sin embargo, los recios *Almas* avistados durante siglos en amplias regiones asiáticas podrían constituir la evidencia de que nuestros viejos parientes lograron sobrevivir y adaptarse perfectamente a las regiones más frías, desoladas e inhóspitas del planeta. Toda una maravilla de la evolución humana que, desgraciadamente, según reputados expertos, podría ir camino de perecer sin ni siquiera haber llegado a ser reconocida oficialmente. Y es que, desde que Mongolia se convirtió en un Estado comunista, casi todos los templos budistas se han cerrado y los lamas han sido forzados a trabajar. Los oficiales bajo este régimen se han mostrado ansiosos por ser considerados una nación *moderna*, desprendiéndose apresuradamente del tesoro cultural de sus antiguas leyendas y mitos bajo la engañosa excusa de que solo sirven para mantener al pueblo en la ignorancia. Es cierto que para algunas etnias, como los kirguiz, kazakh o los mogoles, ver un Almas trae mala suerte, y matar uno acarrea efectos negativos

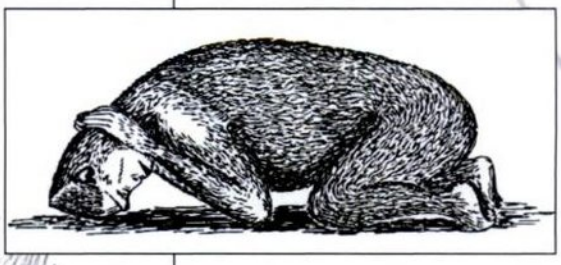
debido a las lluvias, inundaciones o sequías que suele acompañar tan funesta acción. Pero lo mismo sucede en esta y otras regiones del planeta con animales más comunes y de cuya existencia nadie duda. En cualquier caso, en toda esta cruzada existe un templo budista en Ulan Bator, la capital de Mongolia, en cuya biblioteca se guardan celosamente antiquísimos manuscritos, entre los que destaca un tratado de Ciencias Naturales de varios siglos de antigüedad. Para sorpresa de propios y extraños, sus páginas muestran varias representaciones de nuestros míticos Almas. ¿Qué aspecto tienen estos prodigiosos seres? ¿Qué conocemos de su arcaico modo de vida? ¿Quiénes han tratado de estudiarlo?

Boceto que ilustra el perfil ideal de un Van-Manas.

Dos ejemplares capturados

Las mejores descripciones ofrecidas para este misterioso homínido fueron recopiladas por el zoólogo ruso Khaklov, quien hacia 1908 viajó extensamente por la región de Dzungaria, ubicada entre las montañas del Altái y las Tien Shan. Entre las múltiples entrevistas que realizó, destaca la de un pastor kazakh, quien narró detalladamente el insólito episodio de la captura de un Alma en las montañas de Iren-Kabyrga.

El ejemplar, –escribiría el científico–, *que era macho debido a la presencia de órganos genitales masculinos, estaba cubierto de pelo rojizo tirando a marrón. Se mantenía erguido y media aproximadamente lo que una persona adulta cualquiera. Los brazos eran largos y llegaban casi a la altura de las rodillas. Los hombros eran poderosos y el pecho se encorvaba un poco hacia dentro. Por encima de los ojos se proyectaba una abultad cresta de hueso, lo que acentuaba el hu dimiento de estos. La mandíbula era enorme apenas presenta-*



Los soldados rusos abaten al desconcertante primate.

Arriba, técnica de camuflaje en campo abierto donde el animal tapa sus zonas más visibles.

ba barbilla. La nariz no era muy grande, pero sí ancha y abultada. La piel del cuerpo, especialmente en las articulaciones, era callosa y rugosa. Las piernas estaban ligeramente dobladas hacia dentro a la altura de las rodillas. Los dedos de los pies eran gruesos, destacando el dedo gordo, plano, ancho y muy separado del resto. Las manos eran similares a las de una persona, con dedos carnosos. En la parte posterior del cuello había una protuberancia peluda, como una pequeña giba musculosa, añadiendo al ser una tosca apariencia.

Estamos, sin duda alguna, ante el pormenorizado retrato robot de un rudimentario homínido. Aunque el *Hombre de Neandertal* es reconstruido, paleontológicamente hablando, prácticamente como un humano, es decir, con la misma cantidad de pelo que nosotros, es más que probable que fuese mucho más peludo. Durante el periodo glaciar en el que esta raza se desarrolló, muchas otras bestias presentaban hirsutos pelajes; el rinoceronte lanudo, el oso cavernario o el mamut son tres claros ejemplos. No resulta demasiado extravagante pensar también que los duros Neandertales estuviesen cubiertos de un denso vello consecuencia de un proceso adaptativo encaminado a combatir las gélidas temperaturas, lo que lo asemejaría en mayor medida a un gran primate salvaje.

Los restos fósiles de neandertales en Asia son bastantes sugerentes. Se ha hallado abundante material en Crimea y en la región del Pamir en Uzbekistán. Es posible asegurar con bastante certeza que durante el último

periodo interglaciar, hace unos 50.000 años, la raza neandertal ocupaba la zona generalmente asociada con el área de distribución geográfica de los Almas. Lo que aún no es demostrable con pruebas es la conexión entre ambas poblaciones. Sin embargo, el continente que ha salvaguardado dos especies nuevas de grandes vertebrados, el caballo salvaje de Prezwalski y el camello silvestre, podría a su vez alojar en sus inmensidades la última tribu de humanos prehistóricos, auténticos supervivientes de un pasado remoto.

La sorprendente descripción obtenida por Khaklov sería más tarde completada con la de un ejemplar hembra, cuyo aspecto físico difería muy poco del macho. Refiriéndose a este segundo ejemplar, y en concreto a su comportamiento, él detallaría que la criatura se mantenía generalmente en silencio, alerta, mostrando sus dientes a quienes se le aproximaban. *Exhibía* –escribe Khaklov– *una manera muy peculiar de reposar en el suelo: se arrodillaba sobre sus flexionadas rodillas y recogidos brazos descansando la frente sobre el suelo, mientras las manos se plegaban en la parte trasera de su cabeza (tal vez una posición de sumisión o una técnica de camuflaje en campo abierto). La carne le gustaba cruda, aunque también comía vegetales e insectos que un día capturó. Al beber sorbía directamente de la superficie o introducía su brazo en el agua para de esa manera lamer su empapado y denso pelaje.*

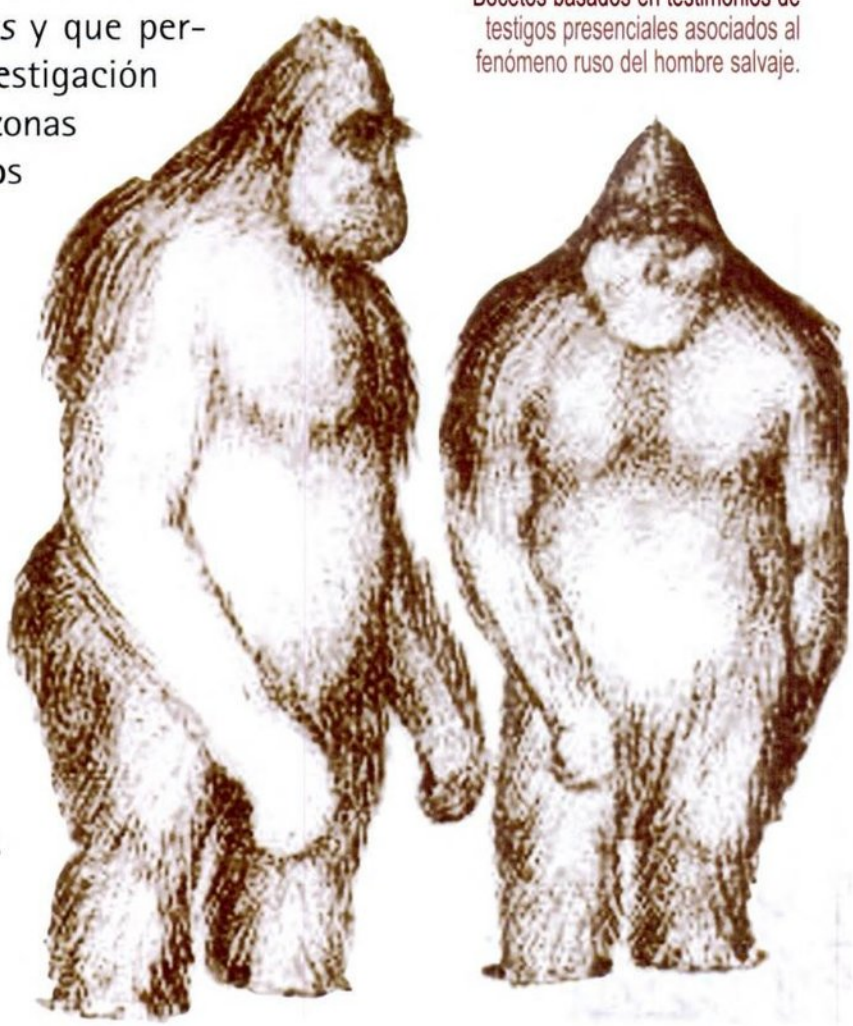
¿Secuestradores de humanos?

Los pobladores de las vastas llanuras mogolas han dejado entrever cierto grado de temor hacia los Almas, un recelo que estaría justificado en los escasos raptos que estos hombres salvajes habrían perpetado con víctimas *humanas*. Esta leyenda parece estar conectada con la fascinación que las tribus de humanos primitivos actuales sienten por sus rivales. Es sabido que entre diferentes etnias esto es común y, normalmente, los raptos de niños, mujeres o guerreros tienen que ver o bien con venganzas, con demostraciones de superioridad o como violento intercambio cultural. En este caso podemos imaginar la rivalidad y, en cierto modo, el odio que la *tribu* de los Almas sienten hacia la otra tribu, en este caso nosotros mismos. Además, y en más de

Una hembra protege a un bebé humano. Hay varios casos de este tipo donde niños mogoles han sido raptados por primates desconocidos.

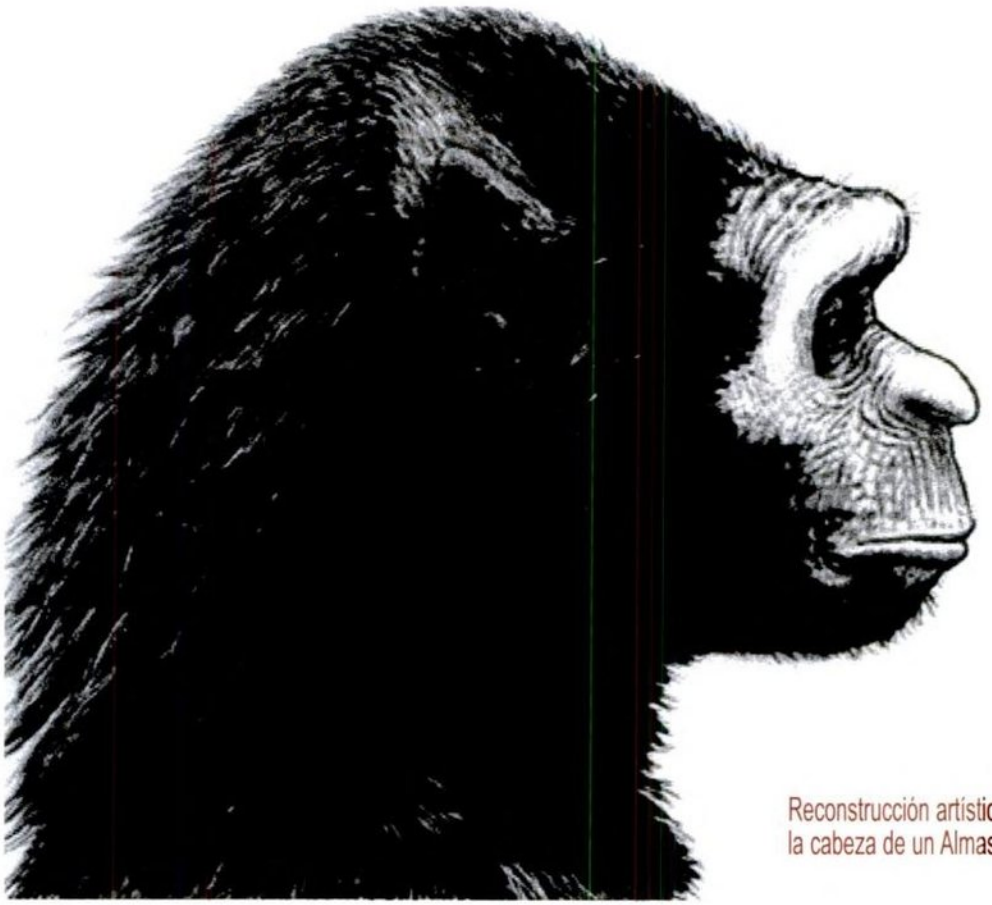
una ocasión, las hembras Almas han mostrado su natural atracción hacia los hombres cuando, de acuerdo con la casuística registrada, en una ocasión una hembra se dispuso a amamantar a un bebé humano que lloraba en un solitario campamento. En otro episodio un grupo de *Van-Manas* fue sorprendido mientras se calentaban cerca de una fogata que había sido abandonada, lo que aporta evidencia circunstancial sobre la humanidad de estos seres. Incluso más de un cazador mogol ha llegado a describir las cuevas que suelen ser habitadas por los Almas, generalmente amplias, secas y con el suelo normalmente cubierto de una espesa capa de mullidas hojas.

En 1977 el Instituto de Paleontología de Vertebrados y Paleoantropología de Pekín (IVPP), China, probablemente la institución más seria y académica de toda Asia, lanzaba su expedición a la búsqueda de los últimos Almas. Unas 110 personas acompañaron al doctor Huang Wanpo, especialista paleoantropólogo, durante más de tres años en su investigación. Wanpo, que no duda sobre la existencia de los elusivos seres, recolectó valiosa información testimonial, así como muestras de heces y pelos. El experto insistió en que las montañas centrales de Asia albergan alguna especie íntimamente relacionada con el *Homo sapiens* y que permanece oculta a la investigación científica. Al habitar zonas remotas y alejadas de los centros de actividad humana, estas reliquias del pasado han continuado evolucionando aisladas del desarrollo tecnológico.



Bocetos basados en testimonios de testigos presenciales asociados al fenómeno ruso del hombre salvaje.

Por su parte, la doctora Jeanne Kofman, que ha centrado su área de estudios en la región rusa del Cáucaso, afirma haber recogido más de 300 testimonios sobre estos humanos salvajes, asegurando, tras más de



Reconstrucción artística de la cabeza de un Almas.

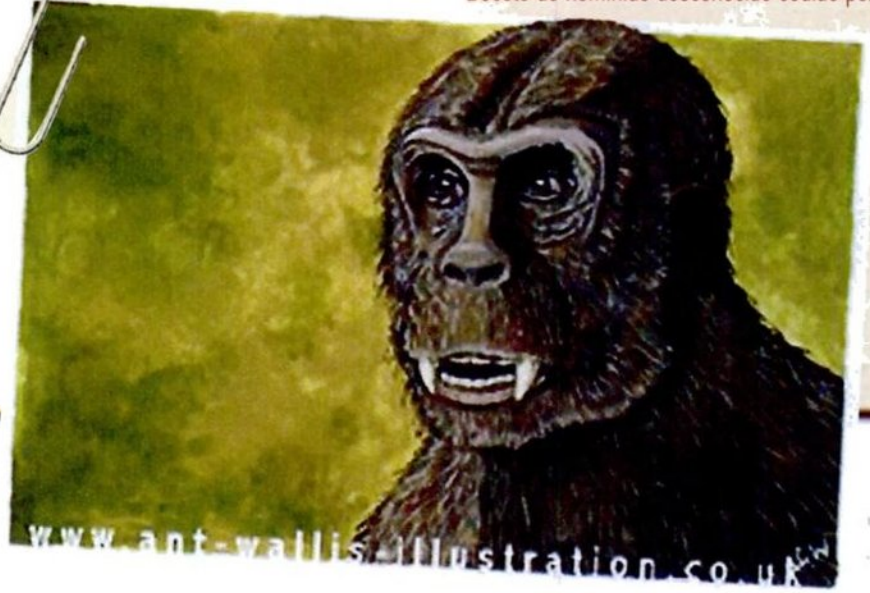
tres lustros, que dicha región es el último reducto poblacional de esta especie en inminente peligro de extinción.

Como apunte reciente y abierto a desenlaces tal vez sorprendentes, actualmente un grupo de biólogos moleculares, pertenecientes al Laboratorio de Genética de Neandertales de la Universidad de Nueva York, analiza restos de un cráneo supuestamente perteneciente a un descendiente Almas. Igor Burtsev, hominólogo y miembro fundador de la Sociedad Criptozoológica Rusa, obtuvo estas muestras en la década de los años 70 en la región del Cáucaso mientras ubicaba el emplazamiento de la tumba de Zana, un Almas hembra que llegaría a ser domesticada por sus captores en torno al año 1880. El cráneo en cuestión habría pertenecido a un descendiente macho de la progenie de Zana y no propiamente a ella, siendo examinado por varios antropólogos, incluyendo al especialista ruso Dimitri Bayanov, quienes coincidieron al destacar que presentaba características primitivas y modernas. Los científicos esperan poder encontrar ADN de origen neandertal en la muestra, lo que colocaría el misterio del Hombre Salvaje bastante más cerca del grupo de los homínidos que de los grandes primates antropomorfos.

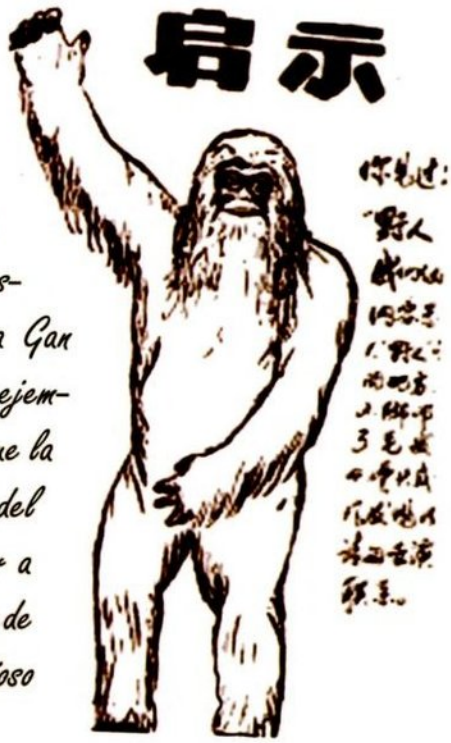
MAGRANER Y EL BARMANU

El zoólogo catalán Jordi Magraner llevaba más de doce años investigando a los Barmanu, palabra que significa literalmente «el grande y peludo». Este es el nombre atribuido a los hombres salvajes en la región norteña de Pakistán y Afganistán, países donde Magraner dirigía sus estudios. Había elegido esta región guiado y aconsejado por el doctor Bernard Heuvelmans, auténtico pionero en el campo de la criptozoología y eminente zoólogo. Desgraciadamente, Magraner moriría asesinado en el año 2002. Había sido acusado de espionaje, algo común que sucede en estos herméticos países con los visitantes europeos o norteamericanos. Los hallazgos del científico habían sido bastante significativos. En el año 1992 ubicó en el valle de Shishi, localizado en la parte central de la región denominada Chitral, varias huellas de gran tamaño. Asimismo, registró dos series de vocalizaciones emitidas por lo que calificaría como la caja de resonancia de la garganta de un antropoide desconocido. Se dijo incluso que pudo dar con dos testigos presenciales que dijeron haber divisado a cierta distancia la maloliente bestia responsable de los berridos. Los aterrados pastores eligieron de entre un surtido de fotografías que retrataban primates desconocidos la instantánea que mostraba una reconstrucción del Hombre de Hielo de Minnesota como el causante de la sonora algarabía. Es una verdadera lástima que el doctor Magraner haya sido asesinado, ya que con ello se desvanece la figura de un importante hombre de ciencia y conservacionista, además del plausible y maravilloso reencuentro de dos especies hermanas distanciadas por el inexorable avance de las civilizaciones.

Boceto de homínido desconocido cedido por Anthony Wallis.



EL YEREEN CHINO



El Yereen es el equivalente en China de nuestro protagonista, y su historia es también la de un ser que a través de sus encuentros ha demostrado poseer una inteligencia bastante desarrollada. La experiencia del mozo de cuadra Gan Mingzhi, quien en 1975 llegó a tener contacto físico con un ejemplar que pareció «sonreírle», parece sugerirlo, al igual que la descrita en las mismas fechas por Zhang Qilin, agricultor del pueblo de Xikangli que en varias ocasiones pudo observar a estos criptidos, y al menos en una oportunidad ver a uno de ellos descansando tumbada sobre una red vegetal. Es curioso que en una de las campañas de búsqueda oficial realizada en 1980, un equipo logró localizar, junto a huellas y otros restos, algunas redes elaboradas con hojas y ramas distribuidas entre algunos árboles y por el suelo. Entre los testimonios recabados se encuentraron los de varios testigos que aseguran haber visto al Yereen nadando, algo poco habitual en muchos primates e infrecuente también en la casuística de hombres salvajes de otras regiones del planeta. Otro aspecto significativo de los encuentros con el «maoren», como también se le conoce y que viene a significar «hombre velludo», es el relativo a su condición de indefensión frente a los humanos. Así se cuenta que en 1922 —dos años antes del que se considera el primer encuentro fiable registrado— un militar vio y capturó a un ejemplar, aunque nunca se supo su destino. De la misma manera, hacia 1948 se sitúa la persecución de un grupo de ocho Yereen por parte de un destacamento de militares, que terminó con la muerte y desmembramiento de una de las criaturas. Tampoco sobre este caso existen más datos, al contrario del protagonizado por Wang Zelin, graduado en Biología por la Northwestern University de Chicago. En 1940, Zelin se encontraba trabajando para el Comité de Irrigación del Río Amarillo, cuando, tras escuhar unos disparos y detener su vehículo, alcanzó a ver cómo varias personas habían dado caza a una criatura hembra de unos dos metros de alto, que, yaciendo en el suelo, presentaba el cuerpo cubierto de pelo rojizo y los labios y pómulos prominentes.

Uno de los episodios más insólitos y desconcertantes de la historia de la criptozoología lo viene protagonizando desde el año 1890 el Koolokamba, nombre nativo de un primate del África Ecuatorial aún no reconocido por la zoología, pero del que paradójicamente existe un ejemplar en el Museo Británico de Historia Natural. Esta es su singular historia.

KOOLOKAMBA

El extraño caso del primate no identificado

La Academia de las Ciencias de Filadelfia no podía imaginar que, cuando encargó al naturalista francés Paul Du Chaillu una investigación de carácter geológico y natural en las selvas africanas, estuviera dando comienzo con ello a uno de los más extraños episodios de la historia de la zoología, un capítulo rico en descubrimientos y también en auténticas meteduras de pata que hoy resultan ejemplarizantes.

Uno de los mejores y más interesantes descubrimientos realizados por el aventurero francés sigue estando envuelto hasta el día de hoy en un halo de misterio, a pesar de los persistentes intentos que infinidad de primatólogos han desarrollado para desvelar si realmente el sueño de todo criptozoólogo de contar con un ejemplar de una especie aún no descubierta se hace realidad en este caso.

Visto y abatido

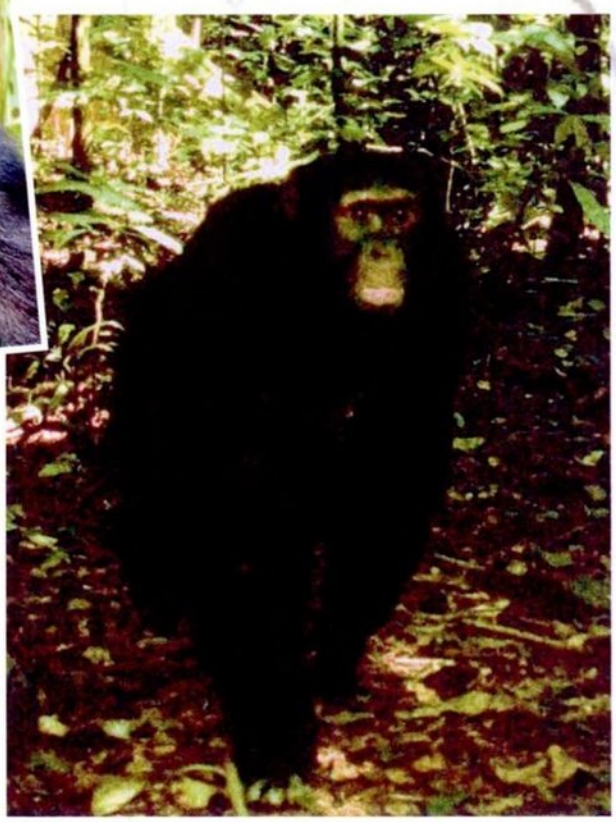
En el libro de Du Chaillu *Exploración y aventuras en el África Ecuatorial* el naturalista describe cómo tras observar una especie de chimpancé que no pudo reconocer, logró abatirlo con su rifle recogiéndolo para su análisis posterior. De inmediato, y con el ejemplar inerte, el cien-

tífico cayó en la cuenta de que estaba ante el primate que más parecido tenía con un ser humano de cuantos había logrado observar y estudiar, circunstancia que confirmarían posteriores análisis. Sus indagaciones lo llevarían a descubrir, entre otras cosas, que entre las tribus de la zona aquella curiosa criatura era conocida por los nativos bajo el nombre de Koolokamba, un término intraducible con el que se intentaba vocalizar el sonido que habitualmente emitía el animal en su hábitat. El ejemplar mostraba una pelvis grande y una capacidad craneal muy pronunciada y no conocida hasta el momento en otros primates, lo que hacía aún más interesante su identificación.

Como acertadamente comenta el prestigioso criptozoólogo italiano Lorenzo Rossi: *Si el ejemplar no se hubiera conservado, probablemente no estaríamos hablando más que de una mera anécdota.* Y efectivamente así es, ya que gracias a la pericia del naturalista el esqueleto del extraño primate se conserva hoy en el Museo Británico de Historia Natural, y gracias a ello podemos saber mucho más sobre esta presunta especie aún por descubrir.

Además de un cráneo desmesurado y una pelvis de gran tamaño, el Koolokamba posee la zona supraorbital del cráneo en forma de lomo, un hocico menos prominente y una dentición en la que los incisivos superiores y los inferiores forman una superficie moliente en ángulo recto.

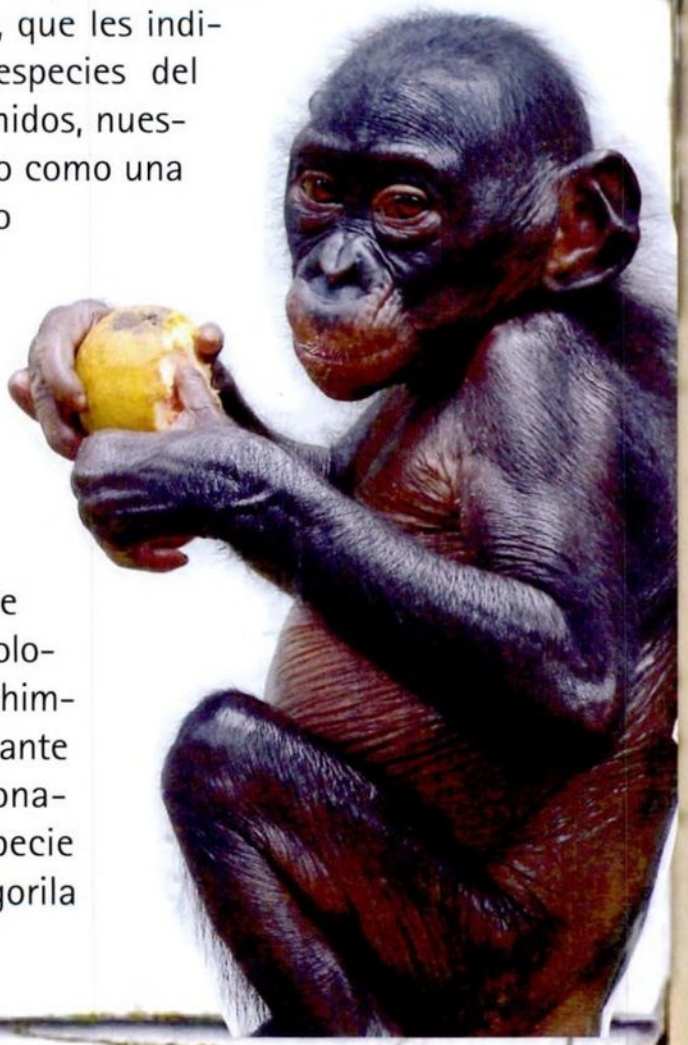
Boceto descriptivo del criptoprimate conocido como Koolokamba. Cedida por Anthony Wallis.



Chimpancés jóvenes e imponente fotografía del desconcertante chimpancé de Bili, Congo, África. Cedidas por Harold Goldstein y el equipo de «Save The Apes».

Análisis de ADN

Varios investigadores han intentado clasificar al Koolokamba como una única y verdadera subespecie dentro de los primates, pero hasta la fecha la misión ha sido imposible. En 1981 la Academia Nacional de Ciencias de Estado Unidos, encabezada por el doctor Ferris, realizó un estudio comparativo para identificar el poliformismo en el ADN mitocondrial de los monos, que les indicara las distinciones entre las subespecies del chimpancé. A partir de los datos obtenidos, nuestro espécimen no pudo ser identificado como una subespecie única, aunque tal vez ello fuera debido a que los genetistas no contaban con otra muestra o un ejemplar de Koolokamba con la que comparar la existente.



Otra hipótesis sugerida para nuestro críptido es que se trate de un ejemplar híbrido. Esta teoría fue propuesta ya por los propios indígenas de Gabón, quienes planteaban que el Koolokamba podría ser un cruce entre un chimpancé y un gorila. Una hipótesis interesante si se tiene en cuenta que en la mencionada zona es posible encontrar una especie de gorila pigmeo. El cruce entre este gorila

ignoto y una especie de chimpancé podría dar como resultado una criatura que lograse adquirir la morfología que se asocia al esqueleto que se conserva en el Museo Británico. Sin embargo, la existencia de ese gorila pigmeo se basa únicamente en unos pedazos de piel y trozos de pelaje que han aportado algunos cazadores, por lo que todo queda en una hipótesis en la que la existencia de un críptido depende de la existencia previa de otro.

Algunos científicos han mostrado su negativa ante esta propuesta, pues la hibridación entre primates de gran tamaño es casi un mito, aunque, sin embargo, existen precedentes. En 1975, el Zoológico de Atlanta albergó dos Siamangs hembras con un Gibón asiático macho y ambas lograron tener descendencia. Una de ellas tuvo un *Siabon* que se transfirió a la Universidad de Georgia para su estudio y el otro, nacido en 1976, no logró sobrevivir a las primeras fases de nacimiento.

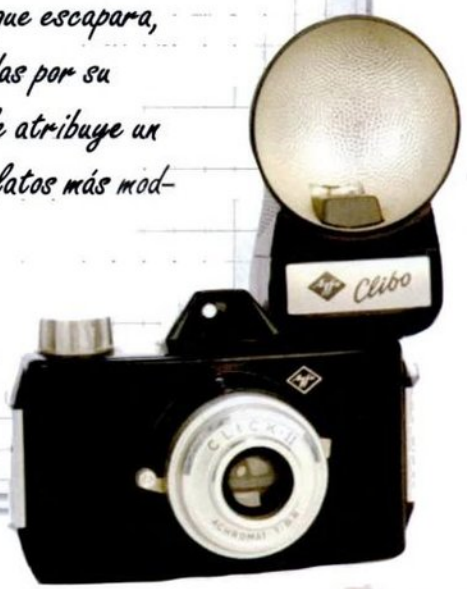
En 1991, un proyecto de investigación encabezado por Gen McCarthy, en aquel momento de la Universidad de Georgia, se encargó de inspeccionar los marcadores genéticos, mitocondriales y proteínicos de los chimpancés, con el fin de resolver de una vez por todas la incógnita de si el Koolokamba es o no una especie genéticamente distinta. Sin embargo, y debido a la dificultad que presenta la identificación y a las escasas pruebas con las que comparar, la investigación en la actualidad sigue en curso.

En los datos proporcionados por Lorenzo Rossi se pone de manifiesto que las últimas teorías criptozoológicas referentes al Koolokamba provienen, nada más y nada menos, que del reconocido criptozoólogo Kart Sukher, quien ve en nuestro amigo a una nueva especie de chimpancé en proceso de formación, es decir, en pleno proceso evolutivo, que se ha adaptado a vivir oculto en la zona montañosa.

Esta posible subespecie de chimpancé pendiente de clasificar, podría explicar el misterio del Koolokamba.
Foto cedida por Harold Goldstein y el equipo de «Save The Apes».

SISIMITE, EL YETI HONDUREÑO

Conocido también por los nombres de itacayo y ulahk, el Sisimite —del vocablo náhualt tzitzimitl— vendría a formar parte de esa extensa y escurridiza legión de hombres salvajes que habitan en los más dispares rincones del planeta. «El dueño de los montes», como también es llamado por el pueblo tawahka, habita en las frondosas selvas hondureñas, aunque su rastro se puede encontrar en zonas como la Belice Maya o Guatemala, guardando al mismo tiempo un gran paralelismo con el Ucumar argentino y el Peludo mexicano, criaturas todas ellas de aspecto semihumano, rasgos simiescos, cuerpo cubierto de pelo, cuatro dedos y una estatura más bien baja que no parece superar el 1,20 metros. Para muchos folcloristas el Sisimite, así como otro ser con el que comparte hábitat conocido como el Duende, posiblemente nunca tuvo una existencia real, obedeciendo más bien a la antropomorfización de los dioses propia de las culturas selváticas, al que se dotó de rasgos inusuales como la inversión de sus ojos o de sus pies, respondiendo quizá a una humanización del dios Chac, tal y como propuso el religioso italiano Federico Lunardi. Ello no ha sido obstáculo para que sean muchos los que acepten la posibilidad de que se trata realmente de algún primate de peculiares características y comportamiento, que habitaría en cuevas, alimentándose de plantas y frutas, especialmente guayabos. Eso es lo que piensan la mayor parte de los nativos, que ven en este ser a un animal extraño, pero nunca sobrenatural. Uno de los relatos más extendidos y repetidos sobre el Sisimite, que además delata su interés por los seres humanos y su vinculación con otros seres del imaginario demoniaco, describe su costumbre de secuestrar mujeres y procrear con ellas, en este caso con una mujer que logró escapar tras años de cautividad. La leyenda cuenta cómo el Sisimite la persiguió con sus tres hijos, que usó de reclamo para impedir que escapara, pereciendo ahogadas las criaturas en un río al ser arrojadas por su padre al no conseguir disuadir a la mujer. Al Sisimite se le atribuye un rechazo hacia los hombres, a los que ataca. Uno de los relatos más modernos se lo debemos al zoólogo Alan Rabinowitz, quien en la década de los ochenta del siglo XX tuvo un encuentro breve en las selvas de Belice con un «hombre pequeño», que no superaba los 90 centímetros de estatura.



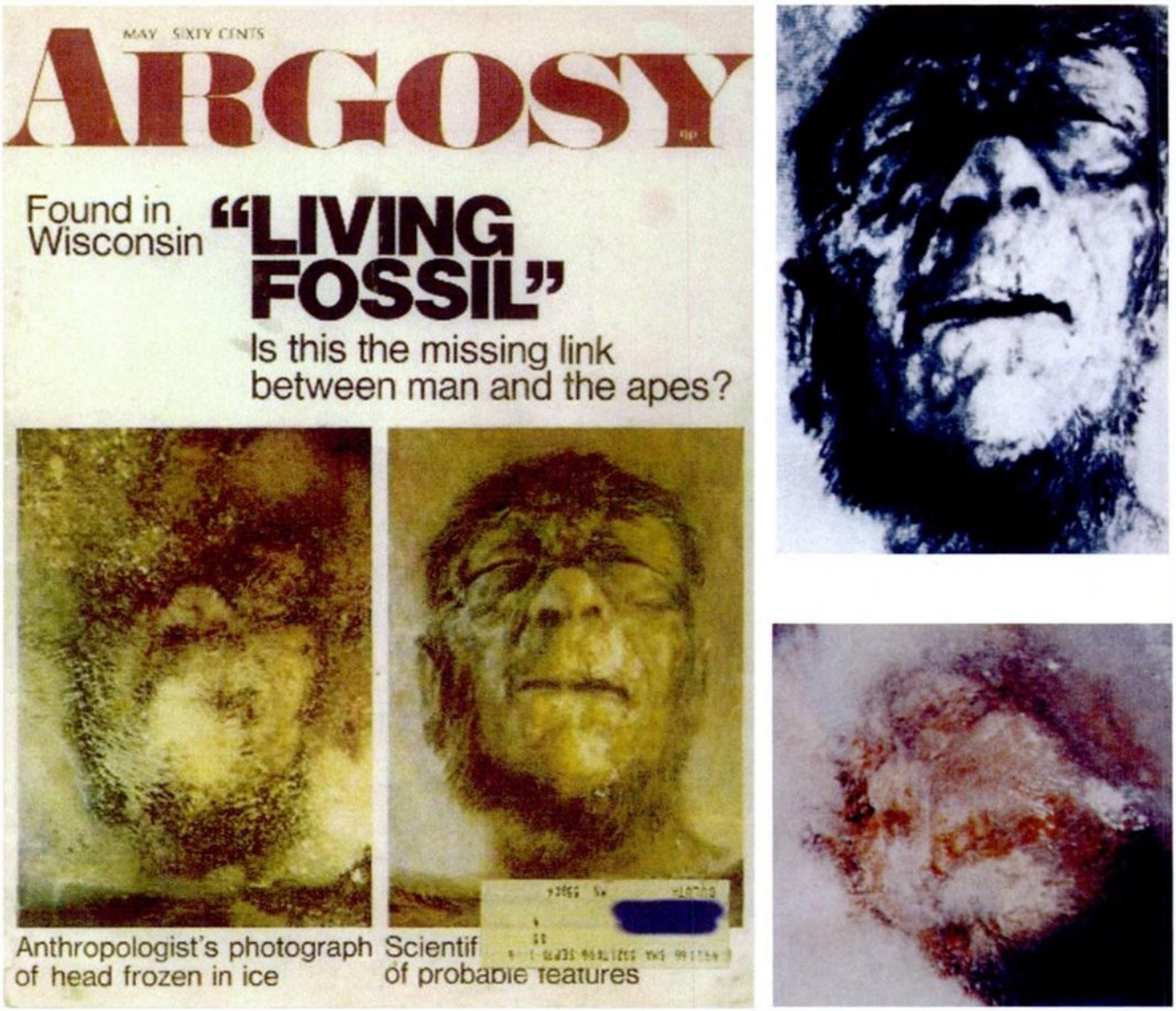
El Hombre de Hielo de Minnesota fotografiado a través del cristal de su urna. A la izquierda, boceto del animal congelado.

Corría el año 1968 cuando el empresario Frank Hansen cursaba una singular invitación al doctor en Zoología Bernard Heuvelmans y a Ivan T. Sanderson, prestigioso investigador de los enigmas animales. Los invitaba a visitar la extensa granja que poseía en Winona, en el estado de Minnesota, con el fin de contemplar con sus propios ojos la prueba que siempre habían anhelado: el cadáver de un homínido desconocido congelado en un ciclópeo bloque de hielo. ¿Qué más se podía pedir?

EL HOMBRE DE HIELO

Congelado en Minnesota

AUNQUE parecía una historia sacada de una revista de ciencia ficción, el escepticismo de ambos científicos no impedía que se sintieran entusiasmados ante tan desconcertante posibilidad. ¿Un antepasado de los hombres perfectamente congelado y al alcance de la ciencia? Demasiado bueno para ser cierto debieron de pensar en más de una ocasión. Pero armados de toda su sabiduría en el amplio y confuso campo de las ciencias biológicas ambos criptozooólogos decidieron aceptar el reto de analizar con sus propios ojos el cuerpo íntegro de lo que se les presentaba como un auténtico superviviente prehistórico, generando un episodio singular digno de recordar dentro de la historia de la criptozoología. Durante varios días examinaron al helado cautivo. Este se hallaba alojado en una especie de enorme ataúd con forma de vidriera que contaba con un sofisticado sistema de refrigeración. Tomaron gran cantidad de fotografías y prolijas anotaciones, además de realizar detallados bocetos, dibujos e ilustraciones del enigmático ser. Tras largas horas intercambiando impresiones y comparando los datos obtenidos, llegaron a la conclusión que el cuerpo sin vida que yacía prisionero del hielo era real, es decir, que no se correspondía con un maniquí o muñeco hábilmente diseñado. Sin embargo, la identidad exacta del insólito espécimen fue algo que se les escapó a estos pri-



Instantáneas que muestran el misterioso rostro congelado del Hombre de Hielo de Minnesota.

vilegiados observadores, permaneciendo aún hoy día sin esclarecer. La información obtenida en su momento no fue suficiente como para dilucidar a qué especie humana pertenecía el hirsuto ejemplar.

Anomalías anatómicas

Anatómicamente la criatura era anómala. El cuerpo, casi por completo cubierto de pelo, recordaba en cierta medida a un ser humano. La estatura fue estimada en 1,80 metros. Las extremidades eran muy largas y la cara, de aspecto simiesco, presentaba una casi inexistente frente. Los testículos y el pene no dejaban dudas sobre su sexo. Ambos biólogos coincidieron plenamente en que no se hallaban ante una falsificación. El desconocido ser, mitad hombre mitad mono, había estado vivo en algún momento, antes de que un violento impacto rompiera la zona posterior de su cabeza ensangentando parte de su congelada anatomía. Sus for-

nidas piernas habían movido aquel ágil cuerpo y los pulmones y el corazón de la bestia se habían dilatado y contraído en multitud de esfuerzos. Un brazo levantado y forzado parecía querer cubrir el rostro. Hasta casi se podía oler el intrusivo aliento que emanaba de la entreabierta boca, armada por unos amarillentos y descuidados dientes.

Pero ¿de dónde provenía tan fenomenal hallazgo? ¿Había sido capturado vivo o alguien lo había abatido? ¿Alguna persona logró ver con vida al ser?... ¿Cómo habia llegado a manos de su estrafalario propietario. Todo eran preguntas que necesitaban respuestas para lo que se presentaba como un sensacional descubrimiento que parecía no tener precedente alguno en la historia de la evolución humana.

El velludo y fantasmagórico cuerpo se deja entrever en su prisión de hielo.

Al principio, Hansen aseveró que el cuerpo refrigerado –que exhibía bajo el reclamo de el «eslabón perdido»– pertenecía a un multimillonario afincado en la Costa Oeste estadounidense, aunque no proporcionó ni nombres ni dato alguno referente a esta enigmática persona. Supuestamente, el enriquecido magnate había cedido generosamente el increíble subfósil, previa firma de un contrato minuciosamente cerrado. Poco después, esta primera versión dejaba paso a una segunda en la que el bloque de hielo, con su níveo huésped en el interior, había sido rescatado del mar de Okhotsk por un barco ballenero ruso. Un año más tarde, la revista *Saga* recogería una tercera versión en la que el propio Hansen habría disparado y abatido al singular salvaje. Según el avesado cazador, el episodio de caza mayor había ocurrido en una remota zona boscosa del estado de Minnesota, viéndose obligado a inventarse la versión del mar de Okhotsk para promocionar de una manera más efectista su peculiar y fúnebre atracción.

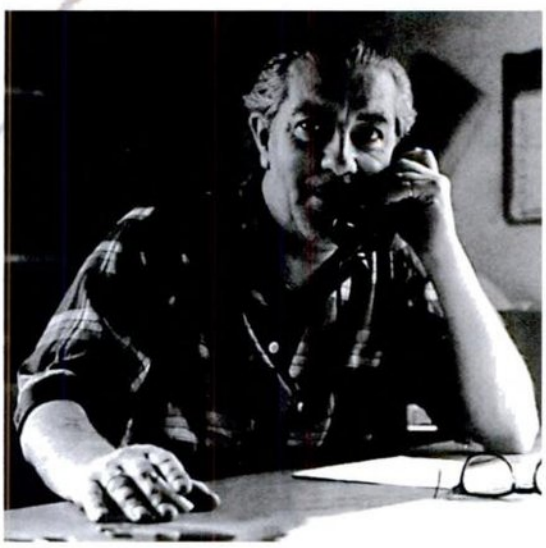
La inconsistencia de una doble de goma

Aunque la enrevesada e inconstante historia de Hansen oliese a fraude, Sanderson y Heuvelmans mantuvieron, a la luz de los datos actuales, un injustificado grado de credulidad que los llevó incluso a involucrar en la

Frank Hansen muestra su espectáculo circense atrapado en un ataúd-congelador.

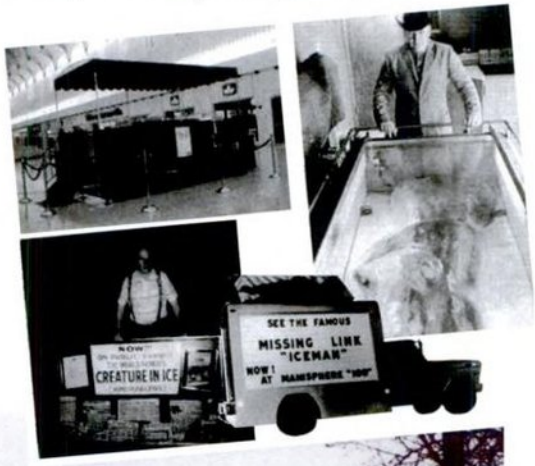
investigación a una institución científica de gran prestigio. Por entonces, John Napier era el conservador de la sección de primates del Instituto Smithsonian, convirtiéndose con el paso de los años en el autor de una de las obras más notables de la criptozoología, la monumental *Bigfoot (Pies Grandes), el Yeti y el Sasquatch: Mito o realidad*. Napier fue contactado por Sanderson y el eminente primatólogo acordó viajar hasta Minnesota para examinar al espécimen. Justo entonces es cuando este singular capítulo de la historia de la criptozoología sufre otro significativo e irritante viraje. De repente, Hansen anuncia que el ignoto millonario propietario del peludo homínido ha decidido reclamar su trofeo, razón por la cual advierte que la figura original será sustituida por un preciso modelo de látex basado exactamente en el ejemplar verdadero. Al tratarse de un molde teóricamente exacto, aduce que bastaría para satisfacer un reconocimiento ocular inicial, prometiendo que en unos días la copia de goma sería reemplazada nuevamente por el organismo vivo original.

Al comparar las primeras instantáneas con las tomas del segundo y artificial individuo, quedó patente que no se trataba del mismo que Sanderson y Heuvelmans habían fotografiado en 1968, lo que provocó que el Smithsonian diera marcha atrás y declinara tomar parte en tan turbio asunto, marcando el final del Hombre de Hielo de Minnesota. De feria en

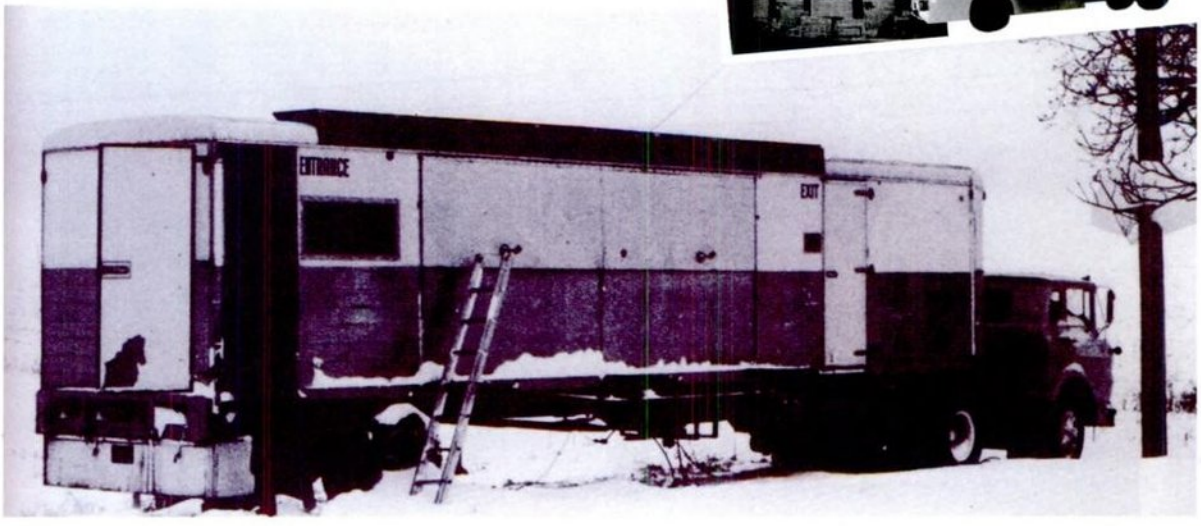


Ivan T. Sanderson y Bernard Heuvelmans, zoólogos cualificados que analizaron el cuerpo.

feria y con un número creciente de versiones sobre el origen del engaño y la autoría de aquel múñeco, con frecuencia ubicadas en Hollywood y ocasionalmente hasta en Disneywold, la historia languideció con el tiempo. Un final que dejó tras de sí muchas más preguntas que las formuladas cuando aquella singular prisión de hielo entró en escena. ¿Qué fue lo que Heuvelmans y Sanderson examinaron realmente? ¿Cómo es posible que dos zoólogos profesionales pudieran ser victimas de un fiasco, *a priori*, relativamente fácil de reconocer? ¿Por qué realizar una copia tan tosca de la criatura original? Aunque aparentemente sencillas, las respuestas deben incluir simultáneamente la más justificada de las incredulidades junto a la propia desconfianza que supone aceptar que dos biólogos perfectamente cualificados pudiesen haber sido engañados íntegramente por un burdo empresario circense.



El tráiler que transportaba el desconcertante cadáver y su sofisticado receptáculo.



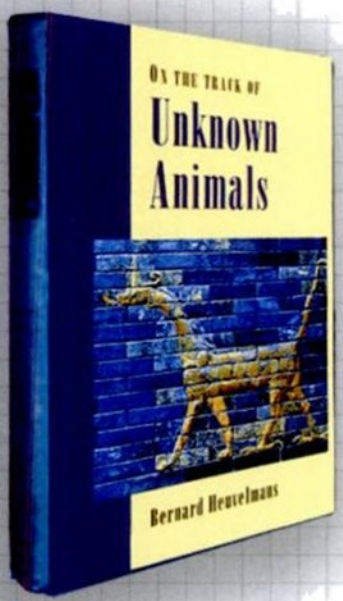
LA CONEXIÓN VIETNAMITA

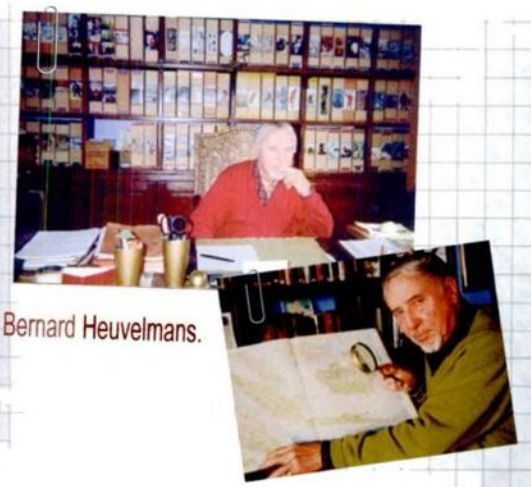
El caso del Hombre de Hielo de Minnesota todavía dio cabida a una última y extravagante teoría que contaba como ingrediente estrella al mismísimo ejército estadounidense. Al parecer, el medio hominido que acabaría exhibido a temperaturas glaciales habría sido, ni más ni menos, que una víctima de la guerra del Vietnam al que un soldado de la infantería norteamericana habría abatido a tiros. Supuestamente, miembros de la CIA se encargaron de enviar secretamente el simiesco cadáver congelado a tierras norteamericanas, camuflado entre los cuerpos de los miles de jóvenes que perdieron la vida en la cruenta contienda asiática. Lo realmente alucinante de esta versión es que se ve respaldada por el testimonio de cientos de soldados que dijeron ver cara a cara a grandes monos de aspecto humano en las impenetrables selvas vietnamitas.

¿Alucinaciones en estados de crisis? ¿Visiones provocadas por el efecto de drogas o sustancias químicas?... O por el contrario, ¿describieron de manera literal encuentros reales con lo imposible? Lo cierto es que, con independencia del Hombre de Hielo, existen registros similares a lo descrito por los sufridos militares norteamericanos en la espesura de Vietnam. De ellos ha dado cuenta el doctor Vo Quy, uno de los mejores ornitólogos de toda Asia y un reputado conservacionista ,además de máximo responsable de la Facultad de Biología en la Universidad de Hanoi. Quy posee una gran colección de fotografías y moldes de grandes huellas, de aproximadamente unos 37 centímetros de largo, muy similares a las de una persona humana. Estas misteriosas impresiones fueron obtenidas en los bosques del norte de Vietnam y pertenecerían al fornido habitante selvático al que los lugareños evitan y temen severamente. Cuando algún campesino descubre la senda creada por estos gigantes, inmediatamente abandona la zona, que a partir de entonces es evitada a toda costa. ¿Acabó uno de estos seres como ejemplar de feria a cambio de un puñado de dólares?

HOMO PONGOIDES

Bernard Heuvelmans estaban tan convencido de la autenticidad de la criatura que llegó a bautizarla con el nombre de Homo pongoides, insinuando con ello que se trataba de un hombre con aspecto de mono. A él se le atribuye una carta en la que mostraba su entusiasmo asegurando que «esta vez no se trata de una película que muestra a un abominable hombre de las nieves falsificado». Sin embargo, su alianza con Sanderson no arrojaría en Norteamérica el saldo que merecía alguien de su prestigio. Como director de Argosg, las publicaciones de su socio americano eran tomadas siempre con desconfianza por la comunidad científica de Estados Unidos, de tal manera que frente al estusiasmo que generaron los informes de Heuvelmans en Europa, al otro lado del océano pocos daban credibilidad al asunto. La mente analítica del zoólogo belga le llevó a plantear y descartar posibilidades como la de que se tratara de un hombre deforme, un mono manipulado intencionadamente e incluso algún cruce entre especies, concluyendo como tesis más plausible que se trataba de un hombre de Neandertal.





Bernard Heuvelmans.

A comienzos del año 2004 el descubrimiento en las selvas de Sumatra de una nueva especie de homínido parecía un hecho consumado. Los análisis genéticos realizados a muestras de pelo y a moldes de huellas apuntaban a la existencia de una nueva criatura no catalogada, que los testimonios modernos y la tradición nativa atribuían al Orang Pendek. El hallazgo no se produjo y el enigma del hombre lanudo sigue sin descifrarse.

ORANG PENDEK

El «Homo erectus» de Sumatra

Los criptozoólogos de todo el mundo esperaban con expectación desde hacía meses el resultado definitivo de los análisis genéticos que sobre varias muestras de cabello procedente supuestamente del Orang Pendek estaba realizando el genetista australiano Hans Brunner, profesor asociado de la Deakin University de Melbourne. No en vano se estaba ante una «pieza de caza mayor» que revolucionaría el estatus y la consideración científica de la criptozoología. Aunque los datos que trascendieron inicialmente dispararon el optimismo de muchos, al afirmarse que muy probablemente los pelos analizados no pertenecen a orangutanes, gorilas, macacos, tapir de Malasia, chimpancés, humanos, ni al llamado «mono de cola roja», especie esta última que, junto a los langures, se ha propuesto como explicación del enigma en las últimas décadas el seguimiento detallado del asunto invitaba a la cautela.

Por ahora, he deducido que los dos pelos que tenemos son diferentes a los de las especies con las que he establecido comparaciones. Si no aparece nada similar, diría que estamos ante un animal que aún no conocemos, apuntó Brunner en sus primeras declaraciones públicas, previas al comienzo de nuevos análisis comparativos con muestras de pelo de otros animales de la fauna de Sumatra.

Semanas atrás, el doctor Brunner confirmaría el estancamiento en el que actualmente se encuentra la investigación. *Desgraciadamente la prueba de ADN está aún incompleta. Aunque ya hemos descartado algunas especies, nuestro equipo está esperando nuevas muestras de pelo para compararlos con los hallados en Sumatra, e intentar identificarlos con animales conocidos. En concreto, tenemos mucho interés en compararlos con muestras del mono Siamang, del Macaco de Pelo Atado y del Rinoceronte de Sumatra, aunque ignoro el tiempo que ello nos llevará.*

El segundo jarro de agua fría lo ha proporcionado el primatólogo Colin Groves, profesor de Antropología Biológica en el Departamento de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional de Australia, en Canberra, quien de forma paralela se había encargado del análisis de las fotografías y moldes de las huellas de esta criatura, que también fueron aportadas por el equipo de criptozoólogos británicos capitaneados por el empresario y explorador Adam Davies, junto a Andrew Anderson y Keith Townley.

Aunque inicialmente se anunciaban sorpresas, lo cierto es que Groves nos confirmaría que en la prensa se sobredimensionaron las cosas. *El resultado del análisis ha sido insatisfactorio. Solo conté con una huella y creo que podía pertenecer a un rinoceronte o tal vez a un oso. Entiendo que los criptozoólogos, y por supuesto los periodistas –prosiguiría–, quieran que el Orang Pendek exista, pero las evidencias son muy débiles y tal vez todo se deba a una confusión generada en los años veinte. «Orang Pendek» significa en la lengua local «persona pequeña», y quizá todo se deba a un confuso encuentro de los colonos con los hombres de la tribu Kubu, en el sur de Sumatra.*

En cualquier caso, Adam Davies mantiene su optimismo, *dado que de momento en ninguno de los dos análisis se ha podido identificar a la criatura, y por el hecho de que tanto las huellas como los restos de pelo fueron recogidas en el mismo lugar. Eso es un buen indicio, ¿no?*, terminaría por explicarnos en aquellos tensos momentos.

Boceto descriptivo del criptoprimate conocido como Orang Pendek, cedidas por Anthony Wallis.

Una criatura que ¡sabe hablar!

De nuevo, una ilustración del Orang Pendek en medio de la selva, cedida por Anthony Wallis.

A semejanza de lo que ocurre con otros «hombres salvajes» catalogados por el planeta, Orang Pendek es solo uno de los nombres que recibe esta criatura, concretamente en la parte sur del país, conociéndosele también en otras regiones de Sumatra e Indonesia en general como *sedapa, orang gugu, orang letjo, ijaoe, goegoech* o *sedabo*, traducibles, en su mayor parte, como *hombre lanudo y pequeño de los bosques.* Esta definición es básicamente similar a la que recibe el Batatut, el hombre peludo de Borneo, un pariente tan cercano geográficamente que se piensa puede ser el mismo críptido. Su territorio se extiende en los bastos bosques de Sumatra y se conoce su existencia desde hace varios siglos, atribuyéndose una de las más tempranas referencias sobre el mismo nada menos que a Marco Polo, quien los describió en la base a la tradición que recogió como de un tamaño algo mayor que un perro y habitantes de las montañas.

El sedapa cuenta al menos con dos particularidades que han contribuido, en parte, a frenar su búsqueda como objeto de estudio serio: la de poseer supuestamente la capacidad de hablar y la de tener los pies invertidos con los dedos hacia detrás, algo que parece más propio del mito que de la realidad. Asimismo destacan entre sus cualidades más o menos asombrosas la de poseer un solo ojo o hacer de pastor con el ganado, peculiaridades estas que a buen seguro entremezclan elementos parcialmente reales con otros fruto de la fantasía popular nacida de las observaciones ocasionales de una criatura evasiva.

Su piel pardusca está cubierta de pelo corto de color rojo-anaranjado, y su dieta parece principalmente herbívora, aunque los nativos señalan que es un buen cazador y que come pequeños animales e insectos. Su tamaño, según los testimonios recogidos, oscila entre el 1,50 y 1,80 metros, presentando una gran agilidad que le permite trepar con rapidez a los árboles como un mono, aunque generalmente camina erguido sobre tierra firme. Como en otros casos de hombres salvajes como el Yeti, el

Bigfoot o el Yowie australiano, también los buscadores del Orang Pendek cuentan con una amplia colección de huellas. Las primeras conocidas las encontró el doctor Edward Jacobson en 1916 cerca de su campamento en las faldas de la Montaña Kerintji, tras informarse que habían sido vistos varios ejemplares en la Montaña de Kaba. Otras huellas también fueron encontradas en las primeras décadas del siglo XX en las poblaciones de Benkoelen, Soungei y Klombuek, e incluso el colono holandés Maier Benkoelen llegó a reunir una colección de más de una veintena de pisadas. Un compatriota suyo, Van Herwaarden, se convirtió con toda justicia en el mayor especialista en nuestro personaje, a pesar de su escepticismo inicial hacia las historias que contaban los nativos.

Encontró huellas y recopiló numerosos relatos, el más destacado relativo a dos cadáveres encontrados en los bosques de Pangkalan Belai,

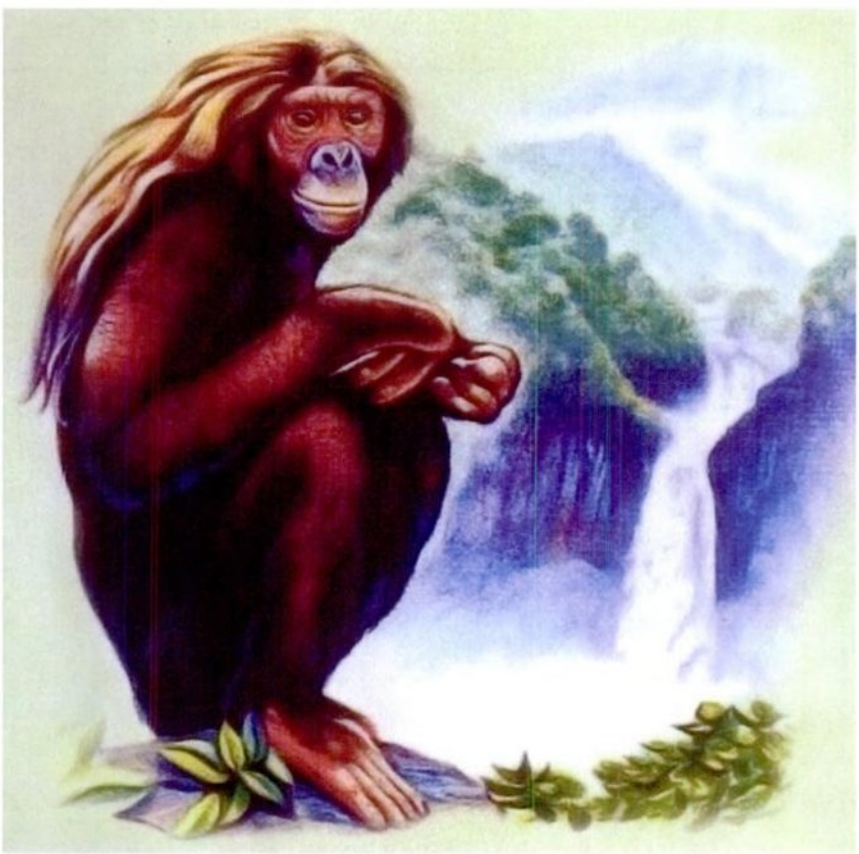


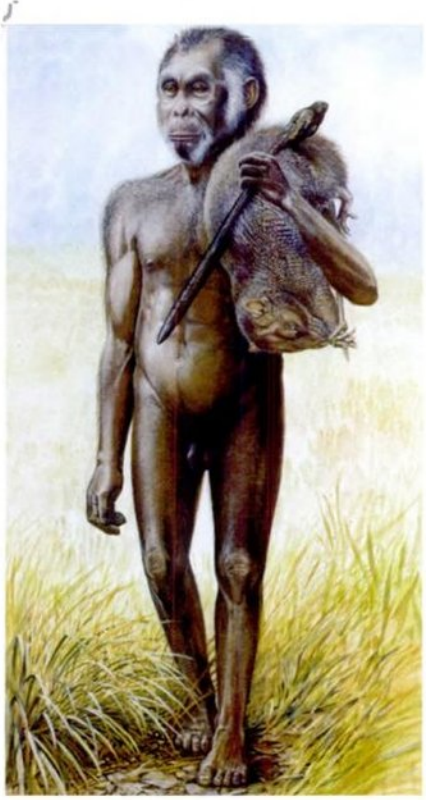
Ilustración idealizada de los extraordinarios primates del sudeste asiático.

aunque nada comparable a la observación que él mismo protagonizó en octubre de 1923 en la isla de Pulau Rimau. Lo observó subido a un árbol, con pelo por todo el cuerpo aunque más largo en la parte trasera, y más oscuro en su cabeza puntiaguda. La frente alta y las cejas espesas dejaban ver unos ojos oscuros y vivarachos, junto a una nariz ancha, una boca llena de dientes amarillentos y la mandíbula hacia atrás. En el

ejemplar que Van Herwaarden distinguió como hembra *no había nada repulsivo o feo en su rostro, ni era en absoluto simiesco, aunque los movimientos nerviosos de sus ojos y boca se parecían mucho a los de un mono en apuros.* Nuestro testigo intentó hablar con la criatura y esta parecía prestarle atención, pero finalmente se alejó. El único sonido emitido era una peculiar «hu-hu» que fue respondido por otros ejemplares desde el interior del bosque.

El misterio del Orang Pendek ha continuado al menos hasta este momento sin resolverse, con esporádicas observaciones y algún que otro intento de zanjar el enigma a toda costa. Este fue el caso del cadáver de un langur afeitado presentado como de un Sedapa en 1932, e incluso al zoólogo belga y padre de la criptozoología, Bernard Heuvelmans, se le informó de otros cuerpos de supuestos Orang Pendeks en la década de los cincuenta, aunque este, con su habitual cautela, no cayó en la trampa. A finales de los ochenta volvieron a aparecer nuevas huellas y se promovió una nueva investigación por parte de Deborah Martyr, quien interrogó a los habitantes de la región de Tujuh, descubriendo un detalle hasta el momento no señalado, el vientre prominente de la criatura y la ocasional presencia del color amarillo en su pelaje. Posteriormente, al sur del Monte Kerinci pudo realizar moldes en yeso de las huellas de un ejemplar, cuya apariencia era similar en tamaño a las de un niño de siete años aunque notablemente envejecido, más anchas y con el dedo gordo bastante más largo que en los humanos, tal vez como una adaptación fisiológica al medio que justifica su habilidad para trepar a los árboles. Durante años, Martyr ha promovido el Proyecto Orang Pendek, consiguiendo 22 huellas con 11 moldes de buena calidad, aunque la evidencia más concluyente fue sin duda su propia y fugaz observación de la criatura en septiembre de 1994.

Hasta este momento, la criptozoología planteaba como posibles explicaciones dos posibilidades, al margen de la confusión con especies conocidas: por lado que fuese un primate desconocido y no catalogado, o que se tratase de un superviviente del *Homo erectus*, duda esta que tal vez se resuelva antes de lo que pensamos.



En octubre de 2004 un equipo de paleoantropólogos protagonizaba uno de los descubrimientos más sensacionales de los últimos cincuenta años: los restos óseos de una nueva especie humana, el «Homo floresiensis», eran rescatados de su dilatado letargo en una remota isla asiática, dando comienzo así a un nuevo capítulo en la intrincada historia de la evolución humana. Sin quererlo, este hallazgo ha contribuido a alimentar las más audaces expectativas de los criptozoólogos.

Reconstrucción paleobiológica del Homínido de Flores, realizada por National Geographic.

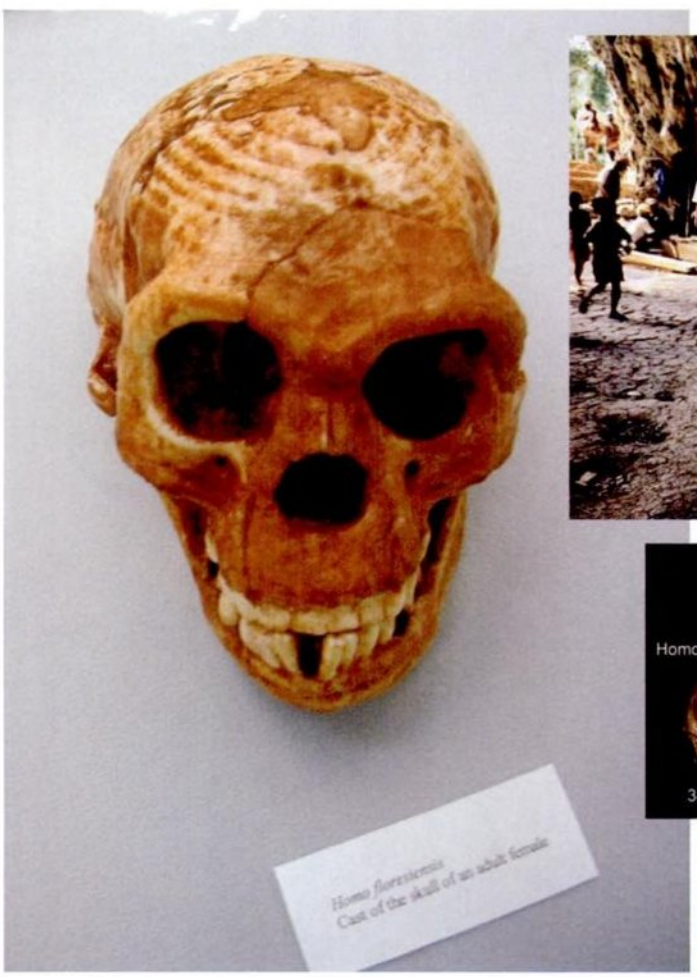
FLORES, HOGAR DEL HOBBIT

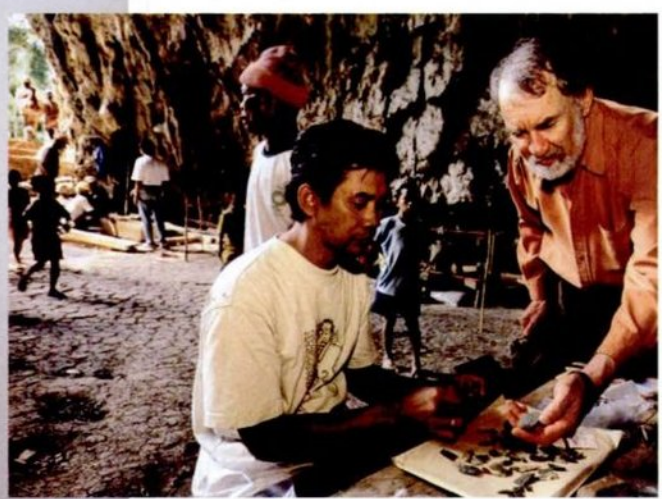
¿Solución al enigma?

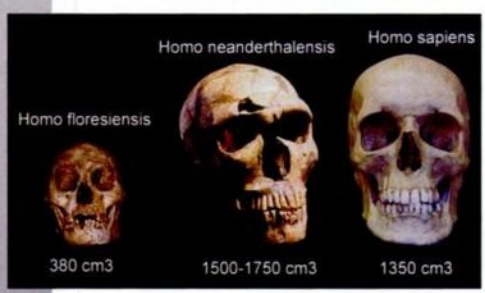
La isla de Flores, ubicada al este de Bali y a mitad de camino entre Asia y Australia, es una diminuta porción de tierra cubierta de exótica vegetación. En ella, paleobiólogos australianos e indonesios han desenterrado fósiles, datados entre 95.000 y 13.000 años, asociados con siete especímenes tanto hembras como machos, del diminuto ser conocido afectivamente como el Hobbit. Su coloquial nombre viene dado por el minúsculo tamaño que estos homínidos prehistóricos alcanzaban y su asociación con los personajes fantásticos de la mitología literaria tolkiana. Según cálculos morfométricos, los ejemplares adultos no serían más altos que un niño de tres años. Aunque muy bajitos, en torno al metro de estatura, los *floresiensis*, tal vez los humanos más diminutos en cuanto a diseño corporal, poseían cerebros del tamaño de una naranja grande, aproximadamente un tercio del nuestro. Sus primitivos rasgos craneales incluían un grueso arco de hueso justo encima de las cejas, además de una frente poco abombada y ausencia de barbilla bien diferenciada. Los brazos eran un poco más largos que los nuestros.

Un enigma evolutivo

Aunque obviamente no eran humanos modernos, sus comportamientos eran claramente los de un homínido altamente evolucionado. Conocían el fuego y cocinaban sus presas en él, principalmente elefantes enanos del genero *Stegodon.* Aunque un tanto diminuto, este proboscídeo llegaba a pesar mil kilos, todo un polifémico rival para un cazador del tamaño de un niño. Los investigadores apuntan que tales maniobras de caza implicarían planificación, cooperación y comunicación en grupo. Casi todos los huesos de *Stegodon* asociados a útiles humanos pertenecen a ejemplares juveniles, deduciéndose que las presas de menor tamaño eran las más habituales. Además, la dieta del *Hobbit* se veía complementada con pescado, reptiles, aves y roedores. El *Homo floresiensis* no solo era un excelente artesano de armamento lítico –cuchillos, perforadores, puntas...–, sino un consumado marino, ya que para llegar a Flores debió de cruzar al menos dos importantes porciones de mar. Pero ¿podemos afirmar que efectivamente fue así como llegaron a este rincón del planeta? ¿De qué otra manera pudo haber devenido el *floresiensis*? ¿Evolucionaron tal vez estos minúsculos humanos en tierra firme o sur-







Uno de los cráneos de Flores, el investigador australiano Michael Moorwood, en plena excavación, y comparativa con cráneos de *Homo neanderthalensis* y *Homo sapiens.*

Reconstrucción paleobiológica que muestra caracteres primitivos: cejas prominentes y barbilla reducida, presentes en los homínidos de Flores.

gieron del aislamiento insular? ¿Por qué desaparecieron... si es que realmente lo hicieron?

Al parecer el *stock* insular del *Hobbit* se formó a partir de grupos altos de *Homo erectus* que saltaban de isla en isla hace unos 840.000 años. Los *Homo sapiens* no llegaron a Flores hasta hace unos 11.000 años, por lo que no se sabe si realmente se encontraron allí los dos grupos humanos en algún momento. No obstante, abundantes restos óseos de humanos modernos han sido excavados en lugares como Borneo o Australia fechados en unos 40.000 años. Por lo tanto, y ya que los investigadores apuntan que el *Hobbit* sobrevivió hasta hace unos increíblemente recientes 13.000 años, ambas especies habitaron el planeta a la misma vez durante un periodo de aproximadamente 25.000 años. Como interactuaron ambas humanidades es un gran enigma, así como el tamaño de los Hobbits. Ni siquiera los pigmeos del Congo son tan pequeños como el *Homo floresiensis*. ¿Cómo llegaron a tal extremo?

La extinción del *Hobbit* es en parte un gran enigma. Estrictamente se cree desaparecieron, junto a los *Stegodon* de los que se alimentaban, tras una violenta erupción volcánica. No obstante, cientos de miles de

personas dicen haber visto a pequeños hombres selváticos en gran cantidad de países del sudeste asiático. Allí reciben nombres tan variados como Nguoi-Rung, Orang Pendek o Sedapa. Estos escurridizos seres forman parte del folclore de estos pueblos, e incluso muchos investigadores y primatólogos modernos aceptan la idea de que tal vez existan otros humanos en nuestro planeta. Tenaces defensores de esta hipótesis son, por citar algunos, la británica Jane Goodall, especialista en gorilas, la investigadora Mira Shackley o los zoólogos vietnamitas Tran Hong Viet y el doctor Vo Quy, que fervientemente creen y defienden este fenómeno. Otros, como Chris Stringer, reputado paleoantropólogo del Museo de Historia Natural de Londres y experto mundial en neandertales, exponen que *no podría haber imaginado un descubrimiento así ni en un millón de años. Sería* –añade– *infinitamente fascinante que tal vez el homínido de Flores, o sus descendientes, sean la raíz de las innumerables leyendas en torno al hombre selvático que se dice pervive en las enrevesadas selvas de Malasia, Borneo, Java, Sumatra, Filipinas o Vietnam.*

ADAPTÁNDOSE AL MEDIO

Para la mayoría de los investigadores, la reducción en talla viene dada por factores medioambientales. El empequeñecimiento insular es un fenómeno bien constatado en muchos mamíferos a nivel mundial. Durante un proceso que puede durar miles de años, estos animales evolucionan hacia formas enanas que puedan subsistir en un ecosistema que proporciona limitados recursos alimenticios y en los que hay pocos depredadores o competidores. La supervivencia se basa en minimizar los diarios requerimientos energéticos. Esto es mucho más fácil si somos pequeños y no necesitamos ingentes cantidades de alimentos para poder llevar a cabo nuestro ciclo vital. No obstante, algunos paleontólogos discrepan de esta noción. Para ellos la ausencia de grandes huesos o fósiles de los ancestros del Hobbit son el principal argumento. Al parecer, el floresiensis podría haber llegado ya pequeño a la isla. El desentrañar de manera más precisa estos complejos procesos requiere de mucho y más variado material óseo, que necesariamente deberá presentarse en buen estado.

CAZADORES DE MONSTRUOS

B.Heuvelmans

Clyde Roper

Grover Krantz

J.Blashford

John Keel

Paul LeBlond

Loren Coleman

Michel Raynal

R.Greenwell

Roy P.Mackal

I.T.Sanderson

Bernard Heuvelmals acuñó el término criptozoología, aportó criterios científicos y, junto a sus constantes viajes en busca de críptidos, realizó una enciclopédica labor documental de la que la inmensa mayoría de los investigadores son deudores. Merecen ser reseñados también el antropólogo **Grover Krantz**, de la Washington State University, especializado en la casuística del Bigfoot; el del naturalista y polémico divulgador **Ivan T. Sanderson**; **Roy P. Mackal**, bioquímico e ingeniero de la Universidad de Chicago que buscó entre otros a Nessie y al Mokele Mbmebe, y muchos otros como **Willy Ley**, zoólogo y paleontólogo, el meticuloso y prolífico **Karl Shuker**, **Ivan Mackerle**, el francés **Michel Raynal**, el ornitólogo norteamericano **David Oren**, principal cazador del Mapinguary, **John Napier**, **Tim Dinsdale**, **Dan Taylor**, o el que fuera cabeza visible de la Sociedad Internacional de Criptozoología durante años, **Richard Greenwell**.

Hay dos grandes tendencias o grupos. En el más conservador se opta por excluir la casuística anómala de sus estudios, aquella centrada en seres híbridos, humanoides o con elementos paranormales. El otro grupo, que no le hace ascuas a estas «bestias» y con un enfoque más liberal, las investiga aunque clasificándolas en el subgénero de la «parazoología». Ejemplos no faltan, como **John Keel**, que combinó su inquietud por monstruos lacustres y Bigfoots con sus indagaciones sobre el Mothman, el del británico **Richard Freeman**, que ha debatido entre Orang Pendeks y Chupacabras; el popular y referente **Loren Coleman**, que documentó años atrás el famoso Demonio de Dover, o el de los escritores **Janet y Colin Bord**, que han sido muy meticulosos en sus trabajos sobre hombres salvajes de todo el mundo sin perder el interés por la casuística más anómala.

Otros han entrado en criptozoología sin pretenderlo y evitan ser encasillados en ella. **John Mackinnon** descubrió en 1992 el buey Vu-Quang y en Borneo se topó de bruces con el enigma de su hombre salvaje, el Batutut; **Clyde Roper** del Smithsonian Institution de Washington, es hoy por el hoy el principal cazador del calamar gigante y uno de los pocos que ha podido comer su amarga e intragable carne frita; **Adrian Lister**, paleontólogo, y el naturalista **John Blashford**, se han visto envueltos en la caza e identificación de elefantes con rasgos prehistóricos; la periodista **Deborah Martyr** se ha consagrado a la búsqueda del Orang Pendek; el biólogo **Marcellin Agnagna**, empleado de un ministerio en la República del Congo, se convirtió en testigo y buscador del Mokele. El misionero **Pedro Hoskin** ha descubierto en Perú decenas de nuevas especies; los biólogos marinos **Paul LeBlond** y **Edward Bousfield** se dejaron seducir por el enigma del Caddi.

The Older Crypt

El descubrimiento de la Bestia de Stronsay. Año 1808

La han bautizado como la Bestia de Stronsay y no es para menos, pues lo descubierto en la costa de la isla Orkney de Reino Unido no parece de este mundo. El cadáver mide alrededor de 18 metros y solo lo que parece su cuello mide alrededor de 5 metros. Los testigos que acudieron a la playa hablan de una circunferencia del cuerpo de unos 3 metros e incluso los científicos del Museo Real de Edimburgo no pudieron identificar al leviatán salido de los más oscuros rincones del océano. Los expertos apuntan a que debe de tratarse de alguna clase de serpiente marina.

Ante la incógnita, Everard Home, anatomista de Londres, solicito una muestra de los tejidos y huesos del animal para poder identificarlo. Tras un análisis, el científico llegó a la conclusión de que se trataba de alguna especie de tiburón desconocida, algo que ciertos colegas apoyaron y por lo que otros se mostraron en desacuerdo, pues no se conoce ningún tipo de tiburón de ese tamaño.

Todavía hoy la criatura de Stronsay sigue siendo un misterio criptozoológico de una especie de tiburón gigantesco.

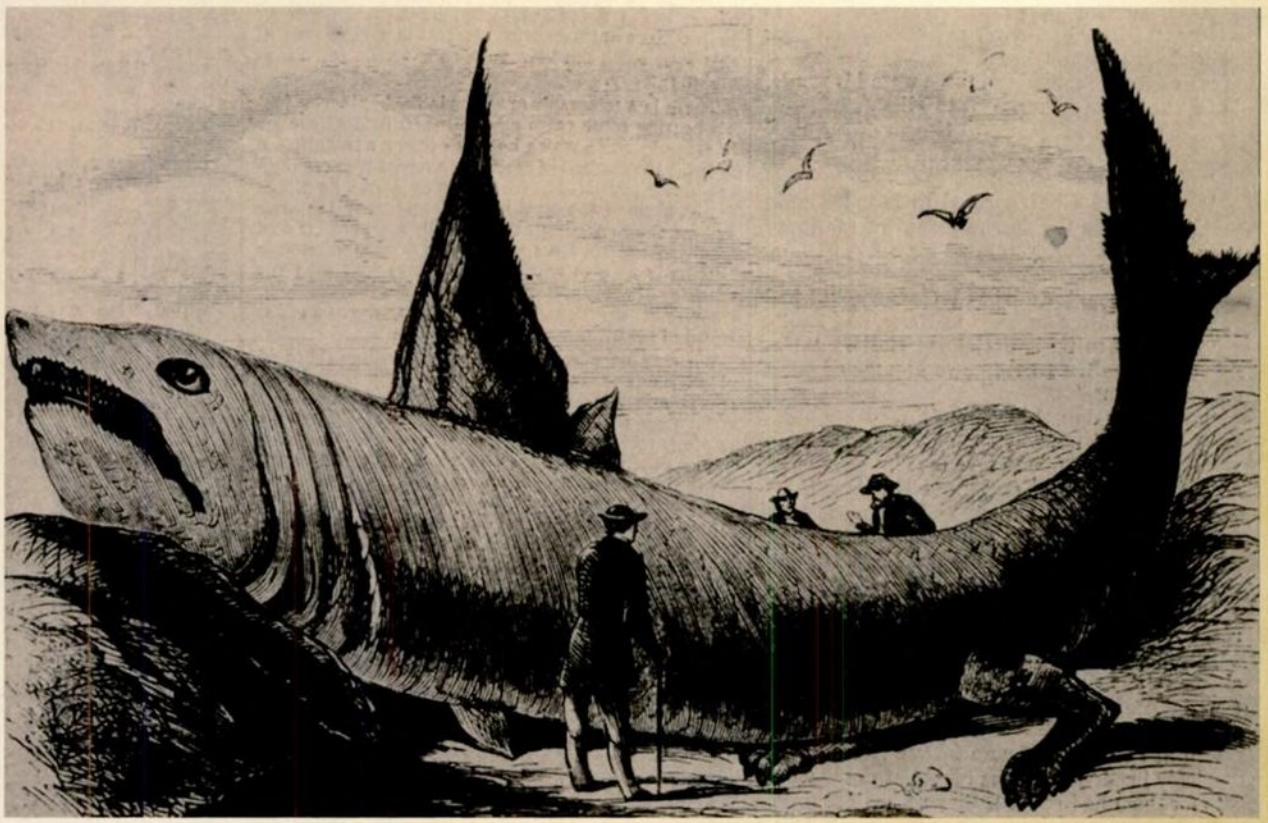
El monstruo congelado de Nueva York. Abril de 1895.

El periódico *St. Albans Messenger* (Vermont) ofreció en su edición del 5 de abril de 1895 una historia que provenía del condado de Shelburne Vt. Al parecer, un vecino de este lugar encontró junto a unos amigos el cuerpo congelado de una criatura prehistórica en un lago de Nueva York. Según cuenta el *Messenger*, los compañeros rasparon el hielo hasta llegar a la criatura, los cuales creían que se trataba de una serpiente de mar gigantesca que se había congelado muy cerca de la superficie, de la cual no podían determinar su tamaño, pues no sabían hasta dónde se extendía más allá de donde habían raspado el hielo.

Las autoridades determinaron que se tomaran las medidas oportunas para cortar el hielo y preservar la criatura como un espécimen monstruoso como único en su especie, lo que dará un brillante oportunidad para su investigación.

Zoological Herald

El tiburón andarín del Harper Weekly. Año 1888



Algo extraordinario ha sido descubierto por un vecino, quien se llevó una increíble sorpresa al descubrir al monstruo varado en la arena. Los dibujantes del *Harper Weekly* han realizado un boceto de la criatura para que los lectores puedan imaginar mejor lo descubierto en la playa.

«Era como un enorme tiburón de más de 16 metros, pero algo anormal había en su cuerpo que no podía entender, tenía como una especie de patas traseras y, al final de cada pata, unos cinco o seis dedos. Además, tenía una espina dorsal y estaba cubierto de algo parecido al pelo. Solo podía pensar que se trataba de un "dragón marino" expresó el testigo al *Harper Weekly*».

The Older Crypt

Las extrañas huellas de Devonshire. Año 1885

Los vecinos de Devonshire despertaron este 8 de febrero con gran intranquilidad y estupor ante la visión de unas escalofriantes huellas sobre la nieve que se podían encontrar por todo el pueblo. El invierno esta siendo especialmente duro este año y pocos pueden siquiera imaginar que aquello fuera una broma de alguien que hubiera querido pasar la noche a la intemperie.

Las huellas miden unos diez centímetros de largo por siete de ancho y tienen forma de herradura, pero eso no era lo más extraño. Las impresiones eran perfectamente nítidas, así como igualmente regulares, incluso estaban perfectamente alineadas una detrás de la otra, como si el animal, o lo que fuera, hubiera caminado dando saltos con una sola pata.

Además, las huellas no parecieron aplastar la nieve, sino que parecían fundirla a su paso. Aquellas marcas se extendían por una longitud de unos 150 kilómetros y los obstáculos que se encontraban a su paso, como muros, árboles o vallas de espinos, parecía no ser impedimento para la criatura. Es como si el animal, al encontrarse con un muro de varios metros de altura, lo saltase sin ningún impedimento y continuará su marcha tras el mismo.

Ante lo inusual de las impresiones, era inevitable que acabara en boca de todos el nombre del «diablo» y pronto comenzó a cundir la paranoia. La noticia tuvo tal repercusión que el propio *London Times*, en su edición del 16 de febrero, se hizo eco de la crónica.

El curioso caso de Devonshire no ha recibido hasta fecha actual alguna explicación satisfactoria. Se habló de tejones, ratas, burros, sapos o canguros, pero ninguno parecía dar explicación al fenómeno. Años más tarde, el caso pareció recordar otros sucesos similares ocurridos en fechas aún más antiguas. En Japón en el año 929 se cuenta de un caso similar de huellas extrañas en el interior del Palacio Imperial; poco tiempo después en 943, el monje Benedicto Flavellus de Epernay describió la aparición de huellas extrañas tras una tormenta, algo similar también describieron los vecinos de Scarborough en 1605.

Más cercano a las fechas actuales son las leyendas del Fachan Escocés o el Pez de Garrafa brasileño, ambas criaturas legendarias que no tendrían más que una pata.

Zoological Herald

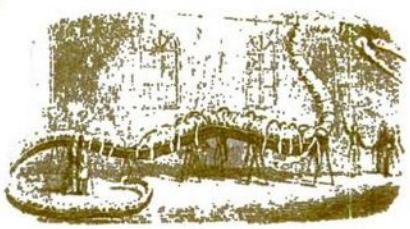
El tiburón prehistórico de New Harbor. Año 1880

En agosto de 1880, S. W. Hanna pescó un extraño pez en New Harbor, Maine (EE. UU.). Tenía un cuerpo alargado de casi 8 metros de longitud, 25 centímetros de grosor y una cabeza aplanada. Su pequeña boca, llena de dientes afilados, estaba situada en el extremo de la cabeza, su piel era rugosa como la de los tiburones y, además, el animal poseía un par de aletas laterales, otra en el dorso y tres pares de branquias sin opérculo. La noticia, que apareció en los periódicos, atrajo la atención del ictiólogo Spencer Bair de la U. S. Fish Commission, que se desplazó al lugar de los hechos para estudiarlo.

Por desgracia, cuando llegó a New Harbor ya se habían deshecho del cadáver del animal, aunque le encargó a S. W. Hanna que realizase un dibujo del mismo. El dibujo recuerda a *Chlamydoselachus anguineus* (ver foto), un escualo serpentino de aguas profundas que fue descubierto en 1884 y que, por lo general, no pasa de los 2 metros de largo. ¿Podría ser el pez de New Harbor una especie desconocida de tiburón anguiliforme? Sabemos muy poco de este grupo de tiburones. Hace pocos años se descubrió en Sudáfrica otra especie de *Chlamydoselachus*... Esta idea ha sido criticada por Ben Roesch, que piensa que lo que capturaron en New Harbor, más que un tiburón, era un pez óseo emparentado con el pez remo.

La serpiente de mar de Koch. Año 1845

Un hombre llamado Albert C. Koch afirma haber descubierto una criatura desconocida y sorprendente para la ciencia a la que no ha tardado en dar el nombre de *Hydrarchos Sillimani*. Koch afirma que descubrió a la criatura en las playas de Clarckville, Alabama, y que estaba medio enterrada en la arena. Afirma que le costo mucho trabajo desenterrar al animal, pues, según Koch el monstruo mide más de 35 metros de longitud.



Nota: Años más tarde, Jeffries Wyman descubrió que todo había sido un montaje realizado con piezas de diferentes cetáceos.

Jordi Magraner

F.González-Sitges

José Manuel Novoa

Luis Laria

Miguel Seguí

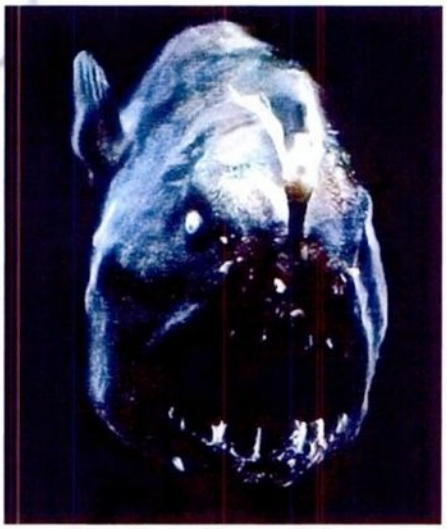
Óscar Soriano

HUNTER CRYPTIDS ESPAÑOLES

Jordi Magraner ha sido sin duda el español que mejor ha encarnado el espíritu aventurero, riguroso y perseverante que requiere la investigación criptozoológica. En 1993 decidió trasladarse a Pakistán a la búsqueda del hombre salvaje de la región, el Barmanu. Fundó la Association Troglodytes, comunicando en diversas ocasiones estar muy cerca de resolver el enigma, un objetivo que no pudo cumplir al ser asesinado en 2002 en circunstancias no aclaradas.

Hay que reseñar también a la Sociedad Española de Criptozoología, que persigue divulgar con rigor esta disciplina e introducirla en el ámbito universitario; al frente están el doctor en Zoología **Carlos Bonet Betoret** y **Ángel Morant**, ambos consumados divulgadores. Bonet ha realizado diversos viajes a Kenia para investigar al Oso Nandi, llegando a predecir la existencia de nutrias gigantes en los ríos y lagos africanos a partir de informes que recibió desde Burundi en 1995. Morant realizó una fructífera campaña en 1999 en Ecuador, en una zona cercana a Macas, en Morona-Santiago, en plena amazonia ecuatoriana. Visitó cinco aldeas siguiendo la pista de varios criptomamíferos, entre los cuales se encontraba una especie desconocida de pecari, conocida como *esakar-paki*, de piel rojiza y especialmente agresivo hacia los humanos. Más llamativos fueron los reportajes sobre felinos, como el *entsaeia-yawa,* traducible como tigre del agua, un félido acuático de hábitos nocturnos, similar en tamaño a un jaguar aunque más ancho y agresivo. El *shiashia-yawa*, un gato blanco, manchado y más pequeño que un jaguar, y el tigre arcoíris citado por los nativos como *Tshenkutshen-yawá*, del tamaño de un jaguar y de color negro con rayas de color blanco, rojo y amarillo en su pecho, fueron otras especies rastreadas.

Otro tándem que puede aportar sorpresas futuras lo forman **Fernando Gonzá-lez Sitges** y **José Manuel Novoa**, socios en la empresa especializada Explora Film. Juntos han rastreado a críptidos diversos, como el Mokele Mbembe. A un nivel más divulgativo, el periodista **Miguel Aracil** y el biólogo **Miguel Seguí** han sido determinantes en la difusión de esta disciplina en España. Más constante, Seguí, además de formar parte de la Sociedad Internacional de Criptozoología, ha participado en varias campañas autofinanciadas tras la pista de serpientes gigantes en Túnez, del Sisemite en la frontera de México y Guatemala o de hombres salvajes de la República Rusa de Karelia. Destacables son las intervenciones de **Óscar Soriano**, investigador del CSIC y miembro del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, el cual no hace ascos a ofrecer su visión sobre esta disciplina. Finalmente, es de justicia reseñar la específica y tangencial aproximación del biólogo **Luis Laria**, responsable de la Coordinadora para el Estudio y la Protección de las Especies Marinas. Su interés por los cefalópodos gigantes hace que cuente con la mayor colección del mundo en su museo de Luarca.



Pez balón o pejesapo atlántico
(*Himantolophus sp.*)

A pocos sorprende ya que cada año se descubran por todo el planeta cientos de nuevas especies, aunque la inmensa mayoría de estos hallazgos se correspondan con insectos o pequeños invertebrados. Sin embargo, no faltan voces que califican el descubrimiento de nuevas especies de mamíferos como un hecho poco menos que improbable, algo que la realidad se encarga empecinadamente de contradecir. Como veremos a continuación, al planeta le quedan aún muchos misterios por desvelar.

¡EUREKA!

Nuevas especies al descubierto

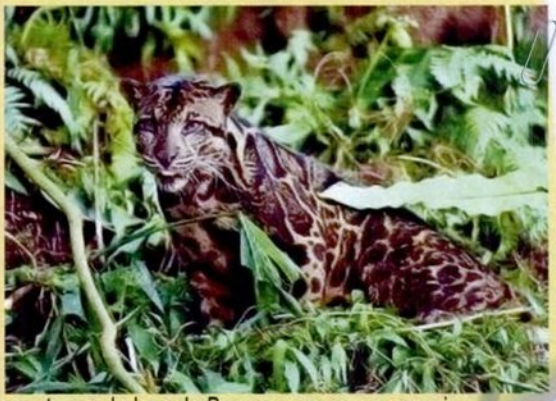
CON el permiso de Galileo Galilei, nos atrevemos a versionar su célebre *Y sin embargo se mueve* por nuestro *Y sin embargo se descubren*, ya que la realidad en el campo de la zoología apunta en dirección diametralmente opuesta a la de aquellos que se muestran escépticos con el hallazgo de nuevas especies en un mundo que, según dicen, ya no puede esconder sorpresas. La última década ha sido especialmente interesante en cuanto al descubrimiento de nuevas especies, y no precisamente pequeñas. Las selvas de Borneo y Sumatra han sido ostensiblemente proclives a este respecto, pero incluso lugares como el Ártico han deparado también alguna que otra sorpresa.

Las selvas son mucho más espesas de lo que creemos...

Al menos esa es la primera conclusión que podemos obtener a partir de la notable cantidad de nuevas especies que han salido de sus escondites recientemente, ante la mirada perpleja y estupefacta de los científicos que han tenido el privilegio de identificarlas por vez primera. Esa mezcla de emoción y curiosidad debieron sentir los científicos del Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF) que identificaron a una nueva especie de leopardo en Borneo. Aunque el equipo confundió en un principio

La nueva especie de mamífero de Borneo, fotografiado de noche. Aún no se ha logrado capturar un ejemplar vivo. Probablemente una nueva especie de civeta.

La críptica serpiente *Enhydris*, capaz de cambiar de color, descubierta hace dos años.



La pantera nebulosa de Borneo, una nueva especie distinta a la del sureste asiático.

al felino con otra especie que se halla en las tierras centrales del sudeste asiático, los análisis de ADN no solo descartaron esa posibilidad, sino que evidenciaron que se trataba de una nueva especie de leopardo manchado. Frente al leopardo asiático, la nueva especie de Borneo presenta pequeñas manchas en forma de nube, que son un poco más oscuras que las de su símil asiático, así como la piel un poco más gris y una línea doble sobre su lomo. Además, puede crecer hasta el tamaño de una pantera pequeña y tiene el diente canino más grande que cualquier otra especie de felino.

Aunque puede ser el descubrimiento más importante en Borneo, no es ni de lejos el único. Entre 1994 y 2004 la WWF elaboró un informe que recogía el descubrimiento de 361 nuevas especies durante esa década. Con el clarificador título de *El mundo perdido de Borneo*, el informe revela que la mayor parte eran insectos, 260 en total; 50 correspondían con nuevas plantas; 30 eran especies de peces de agua dulce; siete ranas; seis lagartos; cinco cangrejos; dos serpientes, y un sapo. A esta *receta de la biodiversidad* se sumarían a finales de 2006 otro medio centenar de nuevas especies, un auténtico *mundo perdido*.

Una de las especies descubiertas en Borneo que más llamó la atención de la prensa fue una serpiente con un método de *camuflaje* nunca visto en este tipo de animal. La serpiente bautizada como *Serpiente del barro de Kapuas* y que pertenece al género *Enhydris*, tiene la misteriosa habilidad de cambiar su tonalidad para adaptarse mejor a su entorno, algo similar a lo que hacen los pulpos o los camaleones.

También la cercana Indonesia fue protagonista en febrero de 2006 del descubrimiento en masa de decenas de nuevas especies, otro mundo perdido en el que abundaban los sapos, aves, mariposas y gran variedad de plantas, además de unos poco previsibles mamíferos de gran talla. El descubrimiento fue realizado en las montañas de Foja, un área al este de

Indonesia con más de un millón de hectáreas de bosques tropicales. Tan bucólico y paradisiaco resultó para los investigadores esta reserva natural que algunas especies ni se alarmaron por la presencia humana; un *echidna* de pico largo, una especie de mamífero primitivo que pone huevos, se dejo coger tranquilamente por los investigadores, quienes lo llevaron a su campamento para analizarlo y posteriormente dejarlo en libertad. Las selvas indonésicas están tan aisladas de la civilización que no hay sendas o caminos marcados por los que transitar, haciéndose imprescindible la ayuda de guías de las tribus Kwerba y Papasena, que habitan el lugar. Incluso para estos, la campaña de trabajo supuso alcanzar lugares que jamás habían visto, lo que hace sospechar lo mucho que aún queda por descubrir en el interior de la espesa y tupida selva.

Una especie en Europa y muchas en Vietnam

El redescubierto «Mus cypriacus», un ratón que data de la Edad de Piedra. A su lado, el «Ka-nyou», un mamífero para el que se ha tenido que crear una nueva familia entre las especies conocidas.

Menos tupida que Indonesia pero igual de interesante ha resultado ser Chipre, lugar desde el cual el doctor Thomas Cucchi sorprendió a la comunidad científica con un descubrimiento que tiraba por tierra la absurda creencia de que en Europa no se podían encontrar ya nuevos mamíferos. El descubrimiento fue un pequeño ratoncito que data de la Edad de Piedra y del que no se tenía constancia hasta el momento de su descubrimiento. Tras diversas pruebas genéticas, el investigador concluyó que el *Mus Cypriacus*, un «pequeño» ratón que posee la cabeza, orejas y ojos más grandes que la especie común de ratón conocida, llegó a la isla 20 millones de años antes que los humanos. A veces resulta incluso más extraño el caso de los redescubrimientos, sobre todo cuando estos se refieren a criaturas que existieron hace millones de años. Ese ha sido el caso de otra especie de roedor redescubierto en las montañas de China y Pakistán y que se creía extinguida hace la friolera de once millones de años. Como suele suceder en estos casos, la especie no fue descubierta en su hábitat natural, sino *¡en un mercadillo donde se comercializaba su carne!* La gente del lugar conocía al animal (y su sabor) con el nombre de *Ka-nyou*, pero los científicos han tenido que crear una nueva rama de mamíferos para esta especie a la que han denominado *Aenigmamus de laonastes*, convirtiéndose así en la primera nueva familia de mamíferos en más de treinta años. El *leonastes* es un roedor de cabeza alargada y patas

corpulentas, bien desarrolladas para poder correr por las piedras de las montañas donde se tiene su hábitat.

A este tipo de descubrimientos se los conoce en zoología como *efecto Lazarus*, con lo que alegóricamente se alude a una suerte de resurrección de criaturas que se creían extintas desde un pasado a veces prehistórico y que aparece viva en el futuro; el ejemplo más representativo es sin duda el del archiconocido celacanto, un pez del Paleozoico descubierto en un mercado en 1939.

Vietnam constituye otra de esas reservas naturales. De allí proceden los hallazgos relativamente recientes del conejo rayado y del sorprendente Saola. Hace escasas fechas, en julio de 2007, se descubrió también en sus dominios una importante colonia de Langures Jaspeados (*Pygathrix nemaeus*), de la que no se tenía ninguna constancia, multiplicando las esperanzas de conservación de esta especie en grave peligro de extinción. Y es que al contrario de lo que pueda parecernos, los primates están entre las especies más amenazadas del planeta debido principalmente a la inexorable reducción de sus hábitats. Aún así, y a pesar de lo que se pueda pensar, encontrar especies de primates no es una misión imposible. En los primeros días de agosto de 2005, Steve Goodman realizo en Madagascar un importante descubrimiento, tras veinte largos años de investigación en este paraíso insular africano, Goodman rozó el cielo al descubrir un nuevo tipo de Lemur al que bautizo como *Microcebus lehilahytsara*, nombre que podría traducirse en la lengua local aproximadamente como *el bueno*. El *Microcebus* es un pequeño primate de costumbres y actividades nocturnas que pasa prácticamente toda su vida en las ramas de los árboles buscando su alimento. Una de las cosas que llama la atención del animal, y que es común en la mayoría de los lemures, es el intenso brillo de color rojo en sus ojos durante la oscuridad de la noche.

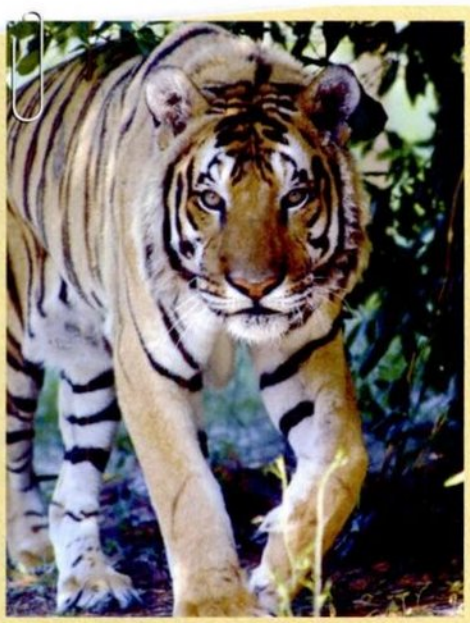
Nueva especie de lemur, la Microcebus lahilahytsara, descubierta en Madagascar en 2005.

Por los reinos congoleños

Otros importantes y recientes descubrimientos nos llevan al Congo y Filipinas, donde varias especies de ranas, murciélagos, musarañas, roedores y algunas nuevas especies de plantas han sido descubiertas en los dos últimos años.

Y no podemos más que cerrar este bloque de nuevas especies descubiertas en tierra firme con el increíble redescubrimiento de un bellísimo animal que se creía extinto en las regiones de China. Hablamos del majestuoso tigre del sur de China, una de las diez subespecies más amenazadas de todo el planeta y que fue extinguido en el país desde los tiempos del líder Mao Tse-tung. Al parecer, durante julio de 2007 varios ejemplares fueron avistados en el centro de China, e incluso poco después se pudo saber que algunos aldeanos ya habían informado de la presencia de un gran felino de más de dos metros, informes a los que las autoridades no dieron mucha importancia.

En el momento de su redescubrimiento, más de una treintena de zoólogos se pusieron manos a la obra para tratar de censar y evaluar el estado de la nueva población de tigres, con vistas a evitar de nuevo su desaparición. La historia del *Tigre de Amoy* (*Panthera tigris amoyensis*), como también se lo conoce, constituye un dantesco ejemplo de la inconciencia depredadora del hombre, pues su desaparición de China fue el fruto de una campaña auspiciada por Mao Tse-tung, quien calificaría a la especie como una «plaga» a exterminar en 1959 con vistas a poder desarrollar la agricultura en su hábitat. Por aquel entonces se calcula que existía una población de unos 4.000 ejemplares, mientras hoy los nuevos ejemplares redescubiertos apenas llegan a treinta. Su hábitat natural eran los bosques húmedos del sur y este de China –provincias de Cantón, Guangxi Zhuang, Hunan y Jiangxi– dándosele por extinguido en 1994, por lo que su hallazgo en Shaanxi no deja de ser también inusual. Tan importante es el hallazgo que los expertos del Zoo de Cantón no han perdido el tiempo y han empezado a preservar células para evitar su extinción. Los zoólogos consideran al tigre de Amoy, caracterizado por su pelaje naranja y una dimensiones de hasta 2,45 metros de longitud y 170 kilos de peso, como la especie primigenia a partir de la cual evolucionó, por ejemplo, el tigre siberiano, y es uno de los diez animales con más peligro de extinción en el planeta.



Los tigres de Amoy (*Panthera tigris amoyensis*) han sido vistos de nuevo en China después de considerarlos prácticamente extintos.

La langosta-yeti y mucho más...

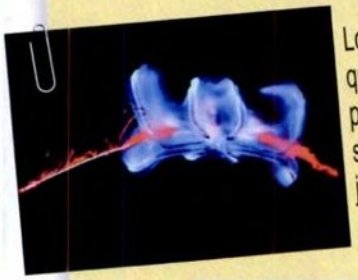
El bautizado como «Octosquid» (*Mastigoteuthis*) fue descubierto en 2007 en las isla de Keahole, Hawái. Junto a él, varios de los especímenes descubiertos en Filipinas.

¿Se imaginan encontrar a un «pariente» del Yeti en el fondo del mar? Pues algo así ocurrió en marzo de 2006 cuando se descubrió una criatura a la que no tuvieron reparo en bautizar con el nombre de *Langosta Yeti* (*Kiwa hisuta*). El motivo para tan curioso nombre se debía a su característico y único aspecto; la langosta, de color completamente blanco, esta recubierta totalmente de un sedoso pelo también blanco. Ese pequeño *abrigo* marino fue descubierto en el Pacífico Sur por un equipo estadounidense, obligando por sus peculiaridades a crear una nueva familia taxonómica para ella. Conviene explicar que la taxonomía ordena, describe y clasifica a todos los seres vivos, teniendo como la unidad de una clasificación a la especie. Y este crustáceo se ha ganado la suya tras aparecer nada menos que a unos 2.500 metros de profundidad al sur de la isla de Pascua. La «langosta» es ciega, poseyendo apenas el vestigio de una membrana en lugar de los ojos, y mide unos 15 centímetros de largo.

Y mientras en Pascua asistíamos al descubrimiento de un «pariente» del Yeti, en Hawái concurríamos en julio de 2007 al descubrimiento de una autentica quimera, una nueva especie que no es ni un pulpo ni un calamar pero que tiene rasgos de ambas especies, lo que ha llevado a apodadarla como *Octosquid*. El descubrimiento fue realizado por casualidad cuando el animal quedó atrapado en las tuberías del laboratorio de energía nuclear que absorbe agua fría del fondo de la isla de Keahole. La criatura, a pesar de haber ascendido desde las profundidades a gran velocidad con el problema de la descompresión que ello conlleva, logró sobrevivir en el laboratorio durante unos tres días. Tras los estudios se cree que su género es *Mastigoteuthis*, pero se desconoce su especie.

Algo similar sucedió con una extraña criatura que apareció varada en las costas de Cayman Brac en enero de 2006. La criatura, con un tamaño de unos 76 centímetros tenía la piel áspera como una lija y la mitad de su cuerpo es como la de una anguila y el resto como de un pescado abisal. Las escamas son de color rosado y posee aletas pectorales y una dorsal, además de una aleta en su vientre. A lo largo de su espina dorsal presenta una suerte de protuberancias huesudas y su boca esta plagada de dientes curvados hacia el interior. Desde su descubrimiento hasta la

Un pejesapo del Atlántico, una variada familia de depredadores abisales.



Los nudibranquios nos sorprenden con sus alucinantes juegos de luces.

Orcaella heinsohni, el delfín beluga de Heinsohn, descubierto en 2005. Presenta tres colores diferenciándolo del *Delfín Irrawaddy*, su pariente más cercano.

fecha de edición de este libro, nadie ha logrado identificar al animal con éxito.

Así de sorprendente puede ser el «gran azul», un inmenso vergel de vida del que apenas conocemos muy poco y que cada año depara nuevos inquilinos en sus profundidades. Un ejemplo reciente nos remite a marzo de 2006, cuando asistimos al descubrimiento de nuevos especímenes de una de las especies más antiguas del planeta, el tiburón. El biólogo marino Juan Carlos Pérez halló en las profundidades del oscuro Mar de Cortés el primer escualo hallado en esta zona en 34 años. El descubrimiento del primer ejemplar se realizo en 2003, cuando un pesquero capturó con redes de profundidad de 200 metros a un escualo que presentaba una coloración que el biólogo apreció como anormal. El animal, con una coloración más oscura de lo común, también presentaba un color blanco en el borde y punta de las aletas. Tras su análisis, que le llevaría varios años, Pérez llegó a la conclusión que el tiburón, más delgado, de una coloración gris amorronado y de alrededor de 1,5 metros de longitud, pertenecía sin duda a una nueva especie que bautizo como *Mustelus hacat*. Posteriormente, entre 2003 y 2005, el biólogo analizaría un total de 40 tiburones, confirmando sus primeras y acertadas conclusiones, una noticia destacada si tenemos en cuenta que aunque como media anualmente se suelen descubrir unas tres nuevas especies de tiburones, el último hallazgo realizado en esa región data del año 1972, cuando apareció el *Heterodontus mexicanus*. El mundo de los tiburones es de por sí apasionante y, a pesar de ecntrarse entre las criaturas más antiguas que habitan el planeta, nos seguimos sorprendiendo con sus habilidades y con la amplitud de su especie. Tanto es así que en marzo de 2007 se hizo público el descubrimiento de veinte nuevas especies de tiburones y mantas-raya en Australia. En estos mismos parajes se habría realizado dos años antes otro descubrimiento sensacional, sin parangón en medio siglo, el de una nueva especie de delfín. Tras los análisis de ADN se ha estimado que unos 200 ejemplares componen esta nueva familia de una especie endémica de Australia, cuyo nombre científico es *Orcaella heinsohn*, aunque se la conoce comúnmente como *irrawaddy*.

La nueva especie es tan especial que, a diferencia de sus parientes más cercanos, presenta hasta tres tonalidades diferentes en su cuerpo, existiendo distintas tallas del animal, así como diversas formas de las aletas en la misma especie.

Por último, y para terminar esta pequeña inmersión en busca de nuevas especies en la profundidad de los mares, viajaremos al Ártico, donde el inevitable efecto del «cambio climático» esta derritiendo el hielo mucho más rápido de lo que los complejos programas informáticos habían pronosticado. Este deshielo ha permitido a los científicos acercarse a zonas donde antes era imposible acceder debido a la gruesa capa de hielo, y lo que han descubierto en los últimos años es algo que pocos podían imaginar en un lugar que supones tan inhóspito para la vida como es el Ártico. En sus profundidades, los científicos han clasificado hasta el momento casi un millar de nuevas especies, y esto en apenas dos o tres años.

La gran mayoría de los descubrimientos pertenece a nuevos isópodos, una especie de crustáceos, la mayoría de los cuales jamás habían sido vistos por el ojo humano. El resto lo componen gusanos marinos, esponjas carnívoras y algunos peces abisales. Los especímenes biológicos fueron registrados a una profundidad que varía entre los 700 y los 6.384 metros de profundidad en el Mar de Weddell, situado al nordeste del continente antártico.

El cambio climático ha provocado que se derritan los hielos, lo que permite explorar nuevas partes del fondo oceánico de la Antártida; allí se han descubierto especies como esta, conocida como el Pez de hielo. Su sangre no se congela.

De vez en cuando es bueno mirar hacia arriba

Aunque tendemos a pensar que las aves son muchos más difíciles de descubrir que las demás especies, debido a que se mueven por un medio en el que al hombre le resulta más difícil acceder sin «llamar la atención», la realidad es bien distinta, al sumar muchos más descubrimientos que los correspondientes a los mamíferos.

Un nuevo *efecto Lazarus* lo encontramos en una especie de loro que se redescubrió en las selvas tropicales de Australia en noviembre de 2006. John Young, fotógrafo de profesión, tuvo la oportunidad de captar en su objetivo un pequeño loro de vivos colores que consideraba extinto hace 130 años. Pertenecientes a una subespecie de *Cyclopsitta diophthalma*, los «loritos» apenas miden unos 16 centímetros de longitud, siendo los más pequeños del vasto territorio austra-

liano. Su color predominante es el verde chillón, y las diferentes subespecies presentan varios dibujos en la cabeza y las alas. Su cabeza es grande y su cola corta.

El gorrión montés de los Yariguíes, descubierto el año pasado.

El carricero pico grande, descubierto en 2007 tras 140 años de ausencia en Tailandia.

El novedoso *Bugun liocichla*, la colorida y sorprendente especie india.

Algo similar sucedió en Tailandia con el descubrimiento del *Carricero pico grande*, un pájaro de los pantanos que también se creía extinto curiosamente desde hacía 130 años. Los científicos conocen pocas cosas del pájaro perteneciente a la especie *Acrocephalus scirpaceus*, puesto que desde que fuese descubierto por primera vez en 1867 apenas se había tenido la oportunidad de investigarlo; tanto es así que los ornitólogos creían que el animal no era más que una aberración de las especies más comunes. El *Carricero* mide alrededor de unos ocho centímetros y su principal característica es su pico, de un tamaño algo más grande que el que le correspondería a un pájaro de su talla.

Menos frecuente es encontrar especies únicas en el mundo, como es el caso de *Bugun liocichla* en la India o la *Marionae* en territorio español, concretamente la isla de Gran Canaria. De la primera solo existen 14 más en todo el mundo, y los ornitólogos la consideran un auténtico *milagro viviente*. Tiene un plumaje de vivos colores en tonos diversos de oliva, una cola de plumas negra y círculos de color amarillo brillante alrededor de los ojos. Su descubridor quiso que el animal tuviera el nombre de una de las tribus del Estado, el Bugun. La segunda es una especie de petirrojo que existe en la isla de Gran Canaria y cuyos estudios científicos han llevado a los investigadores a pedir la catalogación de especie «única» en el planeta, por encontrarse solo en tierras canarias. Lo más característico de esta especie es el color rojo herrumbroso de su pecho.

Bastante menos queridos por su singular aspecto son los murciélagos, algo que no ha contribuido a mejorar el *Sturnira sorianoi*, una nueva especie descubierta en febrero de 2007 por Cornelio Sánchez Hernández, del Instituto de Biología de la UNAM, que tiene de todo menos bonito.

Su hocico, que resulta más parecido a los pétalos de una flor que al de un animal, junto al resto de las características de un murciélago, le

dan un aspecto ciertamente grotesco Es un animal frutícola, y su verdadera importancia es la de dispersar gran cantidad de semillas de las plantas y frutos de los que se alimenta, permitiendo la germinación y florecimiento de nuevas especies de plantas.

Unas que aparecen y otras que se esfuman

Los ejemplos expuestos hasta ahora son apenas una mera muestra de la inmensidad de nuevas especies descubiertas en los últimos años. Para hacernos una idea bastante más real, baste señalar que en 2005 los zoólogos descubrieron alrededor de 20.000 nuevas especies. Evidentemente, la mayoría son insectos y pequeños invertebrados, pero, como hemos descrito, hasta ahora el descubrimiento de grandes mamíferos o criaturas no es algo inusual. Esta proliferación de nuevas especies se debe principalmente a los complejos avances científicos que han contribuido gracias a los análisis de ADN, entre otras pruebas, a la identificación correcta de muchos animales que teníamos catalogados erróneamente. Otra herramienta que ha permitido mayor rapidez a la hora de actuar en la identificación de nuevas especies está siendo Internet, que permite una comunicación casi instantánea con el resto de investigadores y científicos del planeta, facilitando así la colaboración internacional.

Sin embargo, no debemos bajar la guardia ni pensar que no existen topes a la vida, pues al igual que aparecen diversas especies cada año también perdemos otras muy importantes, en la mayoría de los casos por la acción directa del hombre. Y no solo hemos de tener en cuenta las que ya han desaparecido, sino también las que podrían desaparecer en breve por el mismo motivo. Para hacernos una idea global, se considera que desde el año 1600 se ha extinguido aproximadamente el 2,1% de las especies de mamíferos y el 1,3% de las especies de aves del mundo, estimándose que el 99% de las especies extinguidas recientemente están inexorablemente vinculadas a la actividad humana.

Mientras redactamos estas líneas se ha dado por extinguido el delfín de río chino (*Lipotes vexillifer*), especie que se vio claramente afectado por la construcción de la presa de las Tres Gargantas. Este mamífero marino migró del océano Pacífico al río Yangtsé hace 20 millones de años, y en su mejor momento, durante la época de la dinastía Han, existían unos 5.000 ejemplares. En 1998

El delfín de río chino (*Lipotes vexillifer*) se dio por extinto en 2007, pero pocos meses después se logró avistar un pequeño número de ejemplares que renovó las esperanzas de su supervivencia.

solo se pudieron contabilizar siete ejemplares y en agosto de 2007 se confirmaba su extinción. La única esperanza de ver al animal de nuevo se reduce a lo que pueda derivarse de la conservación de sus células *in vitro*. La misma suerte ha corrido también durante el 2007 el rinoceronte negro africano, del que no se ha podido encontrar ningún ejemplar en la zona de Camerún, ultimo de sus refugios en el que, sin embargo, y como un mal presagio, sí se pudieron localizar rastros de caza furtiva en la zona. La misma suerte parece que podría correr el rinoceronte blanco, del que se estima quedan apenas unos 30 ejemplares. Del rinoceronte de Java apenas se contabilizan 50 ejemplares, y ni el millar de pandas gigantes ni los 3.000 ejemplares del guacamayo jacinto parecen ser una garantía de tranquilidad para los conservacionistas

Especies como el rinoceronte negro (*Diceros bicornis*) africano han entrado el pasado año en especies extinguidas.

En España las cosas tampoco han pintado bien: el bucardo o cabra del Pirineo, así como la foca monje se han dado por extinguidas, y por si fuera poco, el lince ibérico está en una situación crítica con una población por debajo del centenar de ejemplares. En la misma situación se halla el oso pardo, así como el águila imperial con unas 180 parejas, una situación que podría empeorar notablemente dada la enorme cantidad de especies en España cuya población no alcanza los 500 ejemplares.

Todos podemos contribuir a que este mundo sea un mundo mejor para los niños de hoy que serán los que moverán el mundo del mañana. Enseñarle a nuestros hijos hoy el valor de la flora y la fauna natural de nuestro planeta, puede ser la salvación de un planeta Tierra que en la actualidad agoniza.

LA LISTA ROJA

Haciendo un balance global gracias a la conocida como Lista Roja, podemos saber que en los últimos 40 años las especies oficialmente desaparecidas ascienden ya a 784. Otras 65 solo sobreviven en cautiverio. Más de la mitad de los reptiles podrían extinguirse en los próximos años. Y es como para preocuparse, pues la Lista Roja elaborada por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza determinó en 2006 que alrededor de unas 16.119, de las 40.177 especies evaluadas en el mundo, se consideran en peligro de extinción. Concretamente están amenazadas el 12% de las especies de aves, el 23% de mamíferos, el 52% de insectos, el 32% de anfibios, el 51% de reptiles, el 25% y el 20% de tiburones y rayas.

El lince ibérico podría desaparecer en breve si no se toman las medidas de protección adecuadas.

Proveniente de la Republica Democrática del Congo, Oliver ha sido con toda probabilidad el primate más famoso después de la hollywodiense Chita. Sus primero propietarios fueron los adiestradores Frank y Janet Burger, quienes vieron cómo las grandes aspiraciones que pusieron en el primate para el mundo del espectáculo se desvanecieron demasiado pronto. Las dotes artísticas de Oliver dejaban bastante que desear, a lo que se sumaba el hecho de que sus parientes lo rechazaban quien sabe si por su aspecto casi humano, razón por la que el singular primate pasaría a formar parte del hogar de los Burger.

EL CASO OLIVER

El presunto eslabón perdido

Su cabeza era extrañamente redondeada y pequeña en proporción al resto del cuerpo. Sus orejas, largas y puntiagudas, lo que, unido a la falta de quijada pronunciada, la carencia de pelo en el rostro y la piel salpicada de pecas, hacían del rostro de Oliver algo único. Pero lo realmente increíble era su mirada gentil e inteligente. Incluso, los periodistas que años más tarde se harían eco del caso de Oliver destacaron que su olor corporal no era desagradable como el del resto de los primates, así como también repararon en la preferencia que mostraba por andar de forma bípeda. Los Burger convivieron durante años con Oliver, como testigos privilegiados de su asombroso comportamiento (ver recuadro), hasta que en 1975 apareció en escena el picapleitos neoyorquino Michael Miller.

Miller ofreció por Oliver la cuantiosa suma de 8.000 dólares, y aunque les costó, los Burger accedieron a la venta del animal. Durante el año que Miller estuvo en posesión de Oliver se difundió la noticia de que el primate tenía 47 cromosomas, uno más que los humanos y uno menos que los chimpancés. Dados los escasos recursos de Miller para comprobarlo, cedió los derechos de la investigación a un equipo de televisión japonés que financió los estudios a cambio de seguir toda la investigación y tener la exclusiva de su divulgación. Los estudios no revelaron nada anormal,

salvo que el centro de gravedad de Oliver estaba más cerca del de los humanos que de los chimpancés. Con todo, Miller reconocería que aquella decisión fue su gran error, permitiendo que Oliver pasara de «monstruo circense» a «rata de laboratorio». A partir de aquí la vida de Oliver fue pasando de mano en mano hasta que finalmente, tras pasar por unos laboratorios de Pensilvania, de la Buckshire Corporation, acabó en el santuario para primates del doctor Swett, el *Primarily Primates*.

Viejo y deteriorado, pero lleno de misterio.

Tras siete años encerrado en una jaula en los laboratorios de Pensilvania, Oliver desarrolló una grave artritis, lo que finalmente y con el paso de los años, no le permitiría caminar erguido, como hacía cuando llegó al parque. Para entonces, también se encontraba prácticamente ciego. En contra de los deseos de Swett, pero a regañadientes por depender su fundación de la donaciones, en 1996 se le realizan a Oliver los análisis definitivos que determinarían si es una especie híbrida, una nueva especie, o incluso, como a muchos les gustaría, el eslabón perdido que une al hombre con el mono.

Los resultados de los análisis no podían ser más concluyentes. Oliver poseía 48 cromosomas, igual que el resto de los chimpancés. Definitivamente, no era ni una cría de Bigfoot, ni una nueva especie, y mucho menos, como defendía el propio Sweet, un híbrido desconocido entre un chimpancé común, *Pan troglodytes*, y otro pigmeo, *Pan paniscus*. Paradójicamente, el propio Sweet, descontento con el resultado, encargó otros dos análisis diferentes a los especialistas en genética John Ely y Charleen Moore. Los análisis del primero confirmaron la presencia de los 48 cromosomas y descartaban finalmente la teoría del híbrido, mientras que los análisis mitocondriales del ADN del segundo sugerían que Oliver partencia a una subespecie de *Pan troglodytes*, y que *si bien no era un chimpancé común, sí que era bastante normal.*

El chimpancé Oliver junto al señor Burger.

COMPORTAMIENTO Y EMOCIONES HUMANAS

Desde que los Burger compraran a Oliver hasta sus últimos propietarios en el Primarily Primates, todos sus dueños coincidieron en definir el comportamiento de animal como muy humano. Los Burger afirmaban que Oliver les ayudaba en sus tareas diarias, les cargaba la carretilla o daba de comer a los perros; incluso decían que le encantaba ver la tele con una taza de café o güisqui que él mismo se servía. Siempre que podía andaba de forma bípeda, y ansiaba estar con los humanos. En relación con esto último, Hill Rivers afirmaría que a Oliver le encantaba dar paseos cogido de su mano. Algunos de sus dueños afirmaron que Oliver lloraba cuando se le dejaba solo o cuando se le reprendía. Incluso cuando llegó a su madurez sexual mostró interés solo por las mujeres. Pero lo que hace verdaderamente único a Oliver no es su aspecto, su andar bípedo o su manera de hacer las cosas, lo interesante de Oliver es comprobar lo mucho que se acerca a los humanos y cómo estos ven en él algo especial.

UN PERIPLO DE PELÍCULA

XXXX-1975: Oliver es adquirido por el matrimonio compuesto por Frank y Janet Burger, adiestradores.

1975-1976: Michael Miller, abogado, adquiere a Oliver por 8.000 $ y lo lleva a Tokio, donde le realizan varios experimentos.

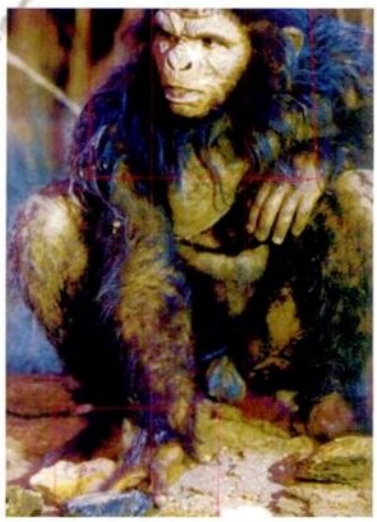
1976-1977: Miller entrega a Oliver a Ralph Helfer, adiestrador de animales para el cine. Hace con Oliver varios anuncios de televisión y confirma el comportamiento humano de Oliver alegando que incluso hacía sus necesidades de pie y sujetándose el pene como todo un caballero.

1977-1987: Helfer lo regala a Ken DeCroo, adiestrador, quien afirmó que en ocasiones tomaba café con Oliver, que este último le servía.

1987-1989: DeCroo vende a Oliver a Bill Rivers, entrenador en un parque de animales. Rivers advierte el gusto de Oliver por los humanos, de su andar bípedo y de su falta de vista.

1989-1996: Rivers vende a Oliver a los laboratorios de Pensilvania Buckshire Corporation, donde no es utilizado para experimentos pero permanece siempre encerrado en una jaula.

1996-2008: Oliver es adquirido por el doctor Swett para que permanezca en el parque para primates Primarily Primates, donde por fin obtiene una vida decente y tranquila. Su estado se halla muy deteriorado, ya no camina erguido, está ciego y sigue siendo repudiado por sus parientes, por lo que se ve obligado a vivir solo. El doctor Swett cuida de él. Se desconoce si desde 2003 hasta nuestras fechas sigue con vida.



El maquillado *Homo erectus* del documental francés, *La odisea de la especie*.

La existencia de fotografías de alta calidad pertenecientes a un homínido desconocido tomadas en la región de Johor, en Malasia, mantuvieron en vilo entre 2005 y 2006 a criptozoólogos de medio mundo, al plantearse la posiblidad de que pudiera ser una prueba concluyente de la supervivencia hoy en día del Homo erectus. Finalmente, las esperanzas de desvanecieron y el bautizado como Homínido de Johor pasó a la historia como un burdo fraude tremendamente aleccionador para la criptzoología.

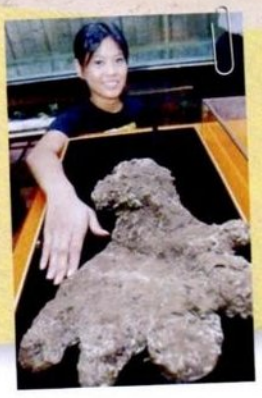
EL HOMÍNIDO DE JOHOR

Crónica del hallazgo que nunca existió

NUNCA como en esos meses se había estado tan cerca de colmar las expectativas de la comunidad criptozoológica internacional, aquella que busca animales no catalogados por la ciencia o considerados extintos: moldes de huellas, muestras de pelo, bocetos de precisión pericial y cientos de detalladas observaciones recogidas entre 2005 y 2006 alimentaron las esperanzas de localizar de manera inminente al *wildman*, u hombre salvaje de las viejas tradiciones malayas. Si a todo ello le sumábamos el sorprendente dato que apuntaba a la existencia de hasta catorce fotografías de alta calidad, en las que presuntamente se veían diferentes ejemplares de los homínidos descubiertos, todo apuntaba a que estamos o bien en la antesala de uno de los descubrimientos más importante de la historia de la humanidad o, por el contrario, ante un monumental fiasco que socavaría algo más la siempre tambaleante respetabilidad de la criptozoología.

Portadas asiáticas que muestran el sensacional pero mal documentado hallazgo. Derecha, un orangután.

El equipo malayo y las fantásticas huellas.



El comienzo del último aluvión de observaciones del que pasó a ser conocido como el *Homínido de Johor* hay que situarlo en noviembre de 2005, cuando la región de Kampung Lukut se convirtió en el epicentro de un sorprendente número de observaciones del hombre salvaje malayo, una criatura de comportamiento evasivo aunque familiar para los nativos de la zona, que lo describen como muy ágil, con una estatura de hasta tres metros, cuerpo cubierto de pelo, brazos largos y piernas robustas. Al igual que sucede con sus parientes en otras partes del mundo, también hay testimonios que lo describen con una talla significativamente menor y características contradictorias, lo que hace pensar en la posibilidad de que exista más de una especie, dando sentido así a la existencia de diferentes términos que indistintamente se usan para referirse a ellos, como *Orang Dalam, Hantu Jarang Gigi* o *Mawas*. Sería, en resumidas cuentas, la versión local de criaturas como el Yeti tibetano, el Yeren chino, el Yowie australiano o el Bigfoot norteamericano.

De la casuística reciente, concentrada en una región natural que ha permanecido prácticamente inalterada por espacio de 248 millones de años, destacan las ocho huellas localizadas por el cazador local Kong Nam Choy, así como las tres muestras de pelo que el agrónomo Vincent Chow encontró el pasado 19 de febrero en las inmediaciones de las mismas, en Kota Tinggi. El valioso material, de color negro y una longitud de 2,8 centímetros fue localizado por Chow en compañía de periodistas de la BBC y miembros del Malaysian Nature Society, siendo sometido a análisis por parte del doctor Rob Ogden de la Universidad de País de Gales, quien determinó que se trataba de pelo humano. Por su parte, miembros

de la Universidad de Putra, en Malasia, encontraron también huellas de una criatura de gran estatura y un peso estimado de 350 a 400 kilos, considerando que la frondosidad, extensión y gran abundancia de alimento harían factible la existencia de estas criaturas.

En las fotos estaba la clave

El abrumador número de informes terminó por convertir la búsqueda del Bigfoot malayo en un asunto de Estado, al punto de que Abdul Ghani Othman, ministro de Estado, autorizó la creación de una comisión de búsqueda y estudio destinada a clarificar el asunto. Y no era para menos, si tenemos en cuenta que tanto él como otros miembros de su gabinete y apenas un puñado de científicos locales se encontraban entre los que habían tenido el privilegio de contemplar las que pasaban por ser las pruebas de mayor peso en todo este asunto, un juego de fotografías de gran resolución en las que presuntamente aparecen varias de estas criaturas desenvolviéndose en su medio natural.

王储出示由其祖父之前所饲养的猩猩剪报资料，与目前媒体竞相报道的大脚人资料，作出比较。

柔州王储：

祖父当年放生

'大脚人'

或是黑猩猩

（综合电）马国柔州王储东姑依布拉欣说，"大脚人"可能是黑猩猩，这些黑猩猩是他祖父当年放生在林内成长后的"家族"。柔州王储的祖父苏丹依斯迈，曾经养过40只黑猩猩。

柔佛野人动物保护协会声称柔佛州森林内有约40个野人，其中有一个老野人约已63岁等的谈话，引起柔佛州王储东姑依布拉欣的关注。皇储质疑这个说法，并希望有关方面提出确实的证据。

王储说："若有40个野人，是由谁计算的？他又如何知道有的野人已经60岁，而且就要死亡。那个人这么讲，就表示他亲眼看到了野人。"

王储周四在新山巴西柏兰宜皇宫会见马来报章《大都会日报》的记者时，作出上述表示。王储提醒各方不要轻易推断最近在柔佛州森林内发现的"脚印"，就是"大脚"(Bigfoot)。

"我可能是对的，也可能是错的。无论如何，我支持州政府展开有关的研究工作，以确定野人的存在与否，但是一定要进行详实的研究。"

已故苏丹依斯迈　曾养40只猿猴

王储表示，以他个人的看法，他相信在哥打丁宜森林内被发现的"大脚印"，是属猿猴类巨型动物的脚印。

王储说，他的祖父已故苏丹依斯迈在生时，饲养了约40只猿猴，过后送给了数个动物园，包括澳洲南柏斯的动物园。

"因此，我相信一部份的猿猴被放到柔佛州的森林，其中部份猿猴则送给数家动物园，包括送给了柏斯的动物园，这事件在1970年和1973年的报章都有报道。"

新加坡碟仪馆

La historia de estas imágenes, que durante meses no fueron divulgadas, es compleja, y ese secretismo generó una enorme desconfianza entre los criptozóologos que, finalmente, verían justificada. La versión suministrada por Vincent Chow, convertido en el principal protagonista de

Más portadas de periódicos y un boceto del primate en cuestión.

este caso junto al paleoantrópologo Sean Ang, situó el origen de las catorce fotos existentes en manos de Wei Poh Chin, miembro de la Johor Wildlife Protection Society. Este personaje habría estado investigando al bigfoot de Johor desde hace diecisiete años, cuando entró en contacto con el tema por vez primera de la mano de la guerrilla comunista que se refugiaba en Pengkalan Hulu Perak. Fue a través de los guerrilleros y de la convivencia con los mismos durante largos periodos como pudo contemplar con sus propios ojos a estas criaturas en al menos dos zonas más, al norte de la península de Hua Hua Ling y en Johor.

Los detalles aportados por este personaje eran tremendamente sugerentes y, en opinión de los expertos, aportaban mayor certidumbre a la historia. Estaríamos ante criaturas –a las que denominan los Orang Lenggor– que, aunque pueden ser más pequeñas, alcanzan tallas de entre 3 y 4 metros de altura, con una distribución uniforme de varones, hembras y ejemplares jóvenes cuya talla oscila en torno a los dos metros. Su compartimiento parece similar al de los seres humanos, mostrándose inteligentes y capaces de elaborar herramientas de madera, aunque no parecen ser capaces de organizarse. Se alimentan de frutas, con predilección por el fruto local durian, así como de jabalíes y peces, habiendo desarrollado habilidades para la pesca. No parecen conocer el fuego, aunque según Poh Chin se muestran pulcros con la sangre, lavando el alimento antes de ingerirlo.

Buscan la sal de algunos ríos, y el 80% de los ejemplares muestra un aspecto muy humano, mientras que el resto parece más animal. Del juego completo de fotografías, los propietarios cedieron a Vicente Chow, a través de Poh Chin, cuatro imágenes autorizando su publicación en una monografía sobre el homínido cuya publicación se había anunciado para este verano. Durante meses el paleoantropólogo Sean Ang fue elaborando detallados bocetos a partir de una de las imágenes, donde se mostraba un ejemplar macho de cuclillas, provisto de largos brazos y con su escroto rozando el suelo, con una actitud pensativa, ojos rojizos y una piedra en su mano, observándose en otra de las imágenes a un ejemplar hembra que mostraba una expresión facial ruda y unos grandes pechos.

El peor y más lógico desenlace

Durante esos meses hablaron largo y tendido de esas cuatro imágenes suministrando dibujos realizados a partir de la observación directa de las fotos. Con cautela, y a petición del Gobierno de Malasia, guardaban bajo siete llaves las fotos, a la espera de alguna prueba física complementaria que apoyara tan espectaculares documentos. Las precauciones, que tanto

Portada del documental francés y el fraude es desvelado: La instantánea que muestra los ojos de la criatura casan a la perfección con los de los homínidos reconstruidos para la película.

crispaban a muchos criptozoólogos, tuvieron finalmente una razón de ser, al ser identificados, el 4 agosto de 2006, los presuntos homínidos retratados. La clave la aportó el francés Jean-Luc Drevillon, un experto en homínidos que al observar, en los foros de discusión abiertos sobre el tema por los criptozoólogos, un dibujo detallado de los ojos, se percató del origen de los mismos. Las imágenes habían sido sacadas del libro *L'Odyssee de l'espece*, versión en papel de un documental que con el mismo título fue realizado por la televisión francesa en el año 2001.

Las fotografías, efectivamente, existían y eran de una calidad excepcional, mostrando lo que parecía ser una colonia de homínidos prehistóricos. Sin embargo, habían sido descaradamente extraídas del libro *La odisea de la especie*. Resulta muy sorprendente y tremendamente aleccionador cómo muchos expertos pudieron ser fruto durante meses de un engaño tan simple, que en gran medida se podía haber evitado si se hubieran compartido los datos mucho antes. Internet posibilitó que a partir de un mero fragmento de imagen se identificara el origen, hecho que, de no haberse producido, tal vez hubiera provocado la publicación de una monografía sobre el tema y el anuncio oficial con el apoyo del Gobierno del hallazgo de una nueva especie o de descendientes de especies extintas. El bochorno internacional habría sido digno del *Guinness*.

Cri
Ál
autén
dud
y fa
n'rimera y más conocida foto de Nessie,
que al final resultó un fraude.
El valor de esta imagen es incalculable, pues pertenece
al esquivo rinoceronte de Borneo.
Descubierta en 2005, esta langosta recibió el
nombre de «Langosta Yeti».
Esta langosta de un metro de longitud es la más grande conocida
y fue capturada en las costas de Canadá.

El pájaro es una maqueta a escala real del buitre gigante Argentavis, del tamaño de una avioneta.

Cría de mamut en perfecto estado, descubierta en julio de 2007 en la tundra siberiana.

Una de las últimas y más claras fotos del tigre de montaña en Australia.

Impresionante huevo de un Vorompatra, que es 30 veces más grande que el de una gallina.

Críptidos Acuáticos

Reconstrucción artística de una serpiente marina.

Aunque suene a tópico, que más del 70% de la superficie total planetaria sea agua justifica con creces que nuestra Tierra sea azul y que resultase más apropiado llamarla Planeta Agua. Como espacio vital, el líquido elemento parece el lugar idóneo para la vida, y en ella podemos encontrar desde organismos microscópicos como el plancton oceánico, hasta el mayor de los animales conocido, la ballena azul, capaz de superar los 30 metros de largo. Sin embargo, apenas conocemos sus secretos, las desconocidas especies de las que puede ser refugio; más que una criatura, «la gran serpiente marina» es un fenómeno criptozoólogo mucho más amplio que parece aglutinar formas de vida sorprendentes.

LA GRAN SERPIENTE DE MAR

Tras la estela de los gigantes marinos

AUNQUE creamos conocer bien nuestro entorno, lo cierto es que la realidad es muy diferente, y en esta inmensa masa azul algunas especies son tremendamente difíciles de observar, aunque no por ello dudemos de su existencia. Un caso ejemplar es el de los zifios. Algunos de los gigantescos delfines, de más de nueve metros de longitud, han sido avistados tan solo en contadas ocasiones, siendo el caso del *Mesoplodon sp. A*, especialmente llamativo, al haber sido observado en alta mar en apenas una treintena de ocasiones, permaneciendo sin ser descrito oficialmente por la ciencia. Su pariente, el zifio de Bahamonde, *Mesoplodon bahamondi*, fue descubierto en 1995 a partir de restos óseos varados en una isla chilena, por lo que no resulta descabellado esperar que los océanos, en sus insondables abismos de más de 11 kilómetros de profundidad, alberguen a misteriosos moradores. Tal vez en esas inexploradas regiones habiten organismos pelágicos de características similares al grupo de los mamíferos, de los reptiles o tal vez de los peces, aunque de tan colosales dimensiones que han esca-

pado al escudriño humano. A estos enigmáticos leviatanes se los agrupa en criptozoología bajo la denominación de Gran Serpiente Marina.

Avistada en dos ocasiones

Los relatos provenientes de recios marineros sobre estas increíbles criaturas no necesariamente han brotado de la imaginación o del ron de caña. Muchos oficiales, hombres de mar, científicos y ciudadanos respetables afirman haberlas visto. Uno de los más relevantes avistamientos, acaecido en 1905, es de vital importancia, ya que fue realizado por dos expertos naturalistas. Michael J. Nicoll y E. G. B. Meado-Waldo pertenecían a la Real Sociedad Zoológica de Londres, donde destacaban como expertos ornitólogos. En diciembre de ese año observaron desde el crucero *Valhalla*, a unos 20 kilómetros de la desembocadura del río Parahiba, Brasil, una fascinante criatura acuática. Al principio lo único visible fue una gigantesca aleta, muy distinta a la de cualquier habitante oceánico conocido. Esta navegaba a unos 50 metros del barco inglés.

Al enfocar con sus prismáticos sobre la bestia pudieron divisar más detalles. La aleta era muy rectangular, de casi dos metros de largo.

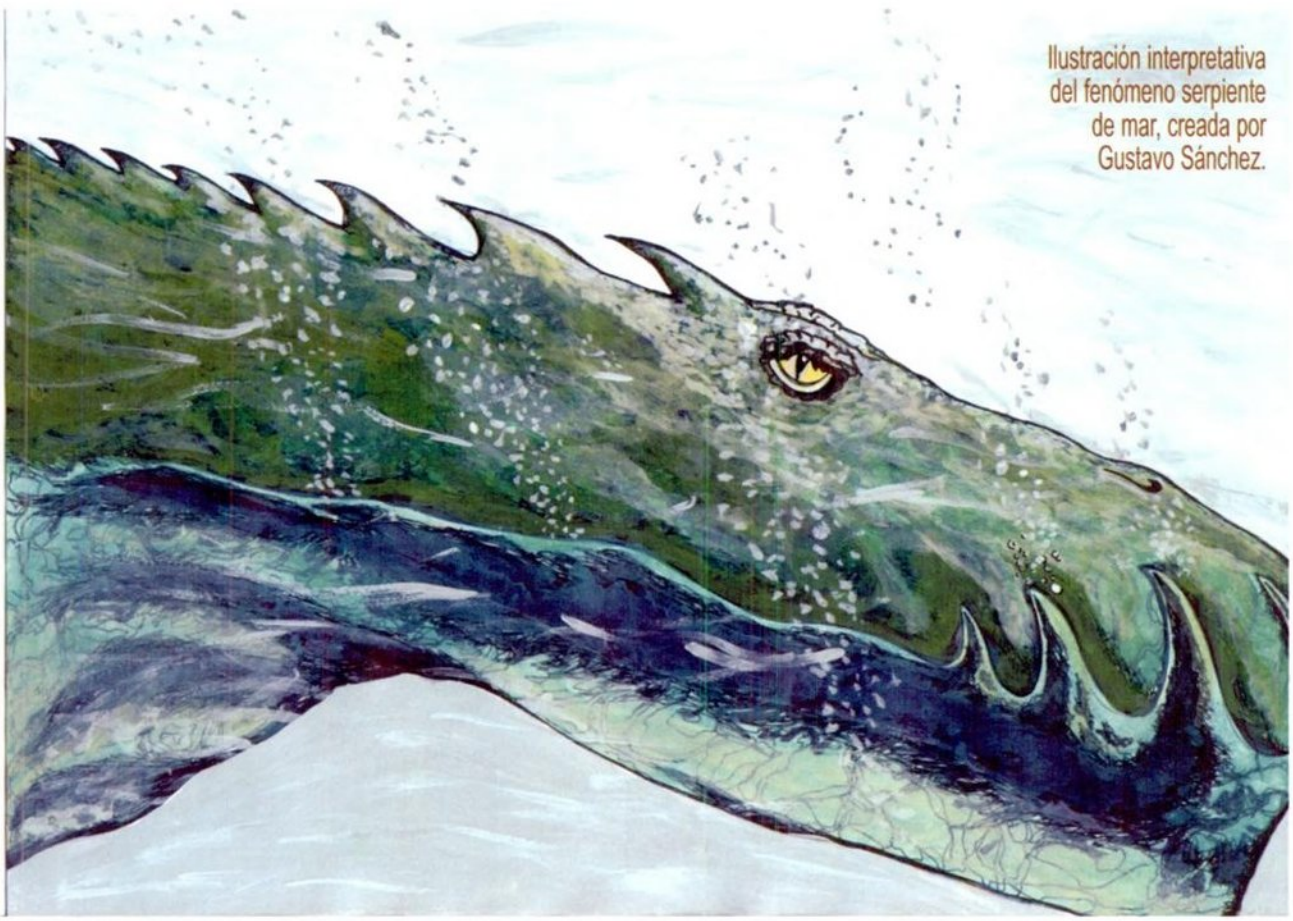


Ilustración interpretativa del fenómeno serpiente de mar, creada por Gustavo Sánchez.

Entonces, en el campo de visión apareció lo que era una cabeza suspendida por un alargado cuello, que sobresalían de la espuma marina. El grosor del cuello era del ancho del cuerpo de un hombre delgado y se proyectaba más de 2 metros fuera del agua. La parte inferior del mismo era de color blanquecino. Bajo la superficie se podía entrever el marrón y colosal cuerpo del insólito ser. Tras varios minutos, el asombro y la perplejidad en los rostros de ambos amigos era absoluto. No obstante, unos días después lo maravilloso volvía a ocurrir al observar nuevamente al fantasmagórico animal. En esta ocasión nadaba plácidamente entre aguas a unos 10 km/h, dejando atrás al velero y a su atónita tripulación. Más tarde, este incidente al completo sería recogido en el enciclopédico volumen *El asunto de la Serpiente de Mar*, de Rupert T. Gould, el primer estudio contemporáneo de este misterioso fenómeno.

Topología de la Serpiente Marina

Generalmente, las observaciones se producen en alta mar o cerca de la costa. La distancia se sitúa normalmente en torno a los 20-50 metros, oscilando la duración de la misma de unos breves segundos a unos pocos minutos. Los animales divisados miden desde 6-30 metros y presentan una morfología muy variada, lo que hace pensar en diversos tipos de criatura. Encontramos ejemplares muy voluminosos, de redondeados torsos, o bien individuos muy alargados, por lo general de color oscuro. El cuello suele ser conspicuo, aunque no siempre es así, y la cabeza masiva o más bien apuntada, como la de una serpiente o anguila. En repetidas ocasiones, elementos como aletas, crines, cuernos, pelaje, escamas o adornos dorsales son reseñados por los sorprendidos observadores. Lo variado

Boceto basado en el avistamiento de Egede en 1734.

Eqqleton

de esta nutrida y laberíntica casuística, estimada en más de 1.000 informes, ha forzado a muchos criptozoólogos a tratar de establecer un tentativo sistema de clasificación, que incluye cuello largo, multijorobados, anguiliforme, segmentada, crestada, acorazada y cocodriloforme (ver recuadro).

En marzo de 1994 la costa atlántica argentina, que comprende las ciudades de Necochea, Lobería y Quequén, se vería notablemente agitada ante el encadenamiento de sorprendetes observaciones. Varios pescadores y una veintena de ciudadanos de esta provincia bonaerense avistaron repetidamente una extraña criatura marina de más de 9 metros de largo provista de un aserrado lomo. A unas seis millas del puerto de dichas ciudades, y más concretamente frente a la zona conocida como Arenas Verdes, Carlos Miño, propietario del *Paco Ventura*, divisaría a menos de 10 metros una sorprendente bestia. Junto a su tripulación, Miño aseguró haber visto un monstruo marino de «color marrón muy oscuro tirando a negro, con cabeza enorme, ojos muy grandes y con el cuello y el dorso como un serrucho».

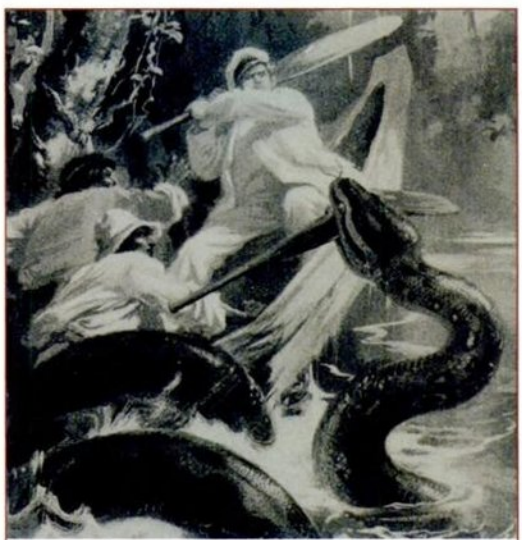
Bob Eggleton

Cheesie, la serpiente oceánica de la bahía de Chesapeake, Baltimore, Norteamérica.

Las oscuras aletas pectorales eran tan grandes como las orejas de un elefante. No se parecía en nada a las conocidas ballenas, cachalotes, delfines, tiburones o leones marinos, tan abundantes en la zona. En ningún momento el colosal animal se mostró agresivo, ya que mientras Miño y sus trabajadores faenaban, el leviatán se limitó a observar y nunca interactuó de manera peligrosa con la embarcación o sus miembros. La enorme criatura de poderosa cabeza también sería divisada desde tierra a unos 20 metros de un acantilado ubicado en Arenas Verdes. En esta ocasión el misterioso ser viraría a escasos metros bajo las aguas, mostrando su bien definido y puntiagudo cuello escalonado. La masiva y apuntada testa destacaba por su color blanquecino. Es curioso que los indios oriundos de la Patagonia, mapuches y tehuelches, cuenten en su

rico folclore con muchas y variadas historias sobre enigmáticos monstruos acuáticos, míticos pobladores del omnipresente océano. No es despreciable tampoco la presencia de auténticos titanes de agua dulce en ciertos lagos argentinos como el Nahuel Huapi, el Epuyen en el sur del país, el Fagnano en plena Tierra del Fuego o los lagos Aluminé y Lácar en Neuquén. ¿Migran desde el mar hacia ambientes dulceacuícolas más favorables los fascinantes y desconocidos monstruos patagónicos?

Sonido de otro mundo



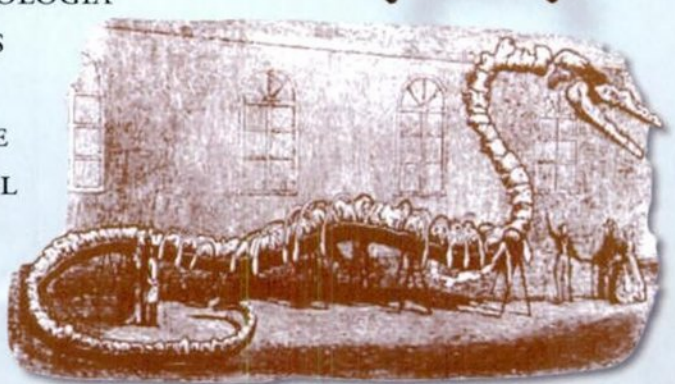
No todas las serpientes gigantes son marinas. En el dibujo, una anaconda amazónica siembra el terror en un río brasileño.

Aunque más de un escéptico puede argumentar que lo único disponible para probar la existencia de la gran serpiente de mar es solo un puñado de testimonios y algunas vagas descripciones, la realidad incluye otras evidencias. Lo registrado por el sofisticado instrumental diseñado para la detección de submarinos de la Marina Norteamericana es un ejemplo. Con aquella tecnología puntera se logró recoger de las profundidades abisales del océano Pacífico un ignoto sonido cuya frecuencia presentaba un rápido ascenso para después mantenerse durante más de un minuto. Su amplitud fue lo suficientemente grande como para que más de un sensor subacuático lo detectase, determinándose que el origen del pulso se situaba a 5.000 kilómetros de distancia, descartándose que proviniese de algún tipo de cetáceo gigante. Los analistas concluyeron que aunque se parece mucho al perfil sónico emitido por un ser vivo, este no pudo haber sido producido por ningún animal marino conocido, asegurando que la increíble criatura debía de ser más grande que una ballena azul. Por regla general, el entrenado oído de estos expertos es capaz de dinstinguir entre los sonidos de un rorcual y un cachalote, barajando la posiblidad para este caso de que se tratase de un gran pulpo o tal vez un calamar gigante. Sin embargo, no han faltado biólogos a la hora de rebatir esta posibilidad, basando su escepticismo en que los cefalópodos no tienen grandes cámaras corporales llenas de gases que actúen a modo de caja de resonancia. Por lo tanto, las hipótesis que casan este fenomenal registro acústico con la de un titánico reptil oceánico de ralentizado metabolismo, o tal vez con una nueva especie de ciclópeo pez hadal, resultan legítimas y bastante prometedoras.

Ahora bien, si no se trataba de ningún miembro del grupo de los cetáceos barbados, cabría preguntarnos: ¿qué especies, extintas o existentes, pueden llegar a medir más de 25 metros? ¿Qué nos cuenta los registros paleontológicos acerca de la existencia en un remoto pasado de saurios oceánicos de este tamaño? El plesiosaurio de cuello corto *Liopleurodon* era casi del tamaño de una ballena, mientras que el ictiosaurio *Shonisaurus* podía llegar a medir unos 20 metros. Pero en el caso de tratarse de un pez, ¿cuál podría ser por tamaño el candidato más plausible? Una respuesta válida la brindó en 1930 el buque oceanográfico *Dana*, cuando capturaba a 300 metros de la costa de Sudáfrica una extraña y alargadísima larva de anguila. El raro ejemplar de *Leptocephalus giganteus* media casi dos metros, estimándose que este individuo todavía en estado larvario alcanzaría fácilmente como adulto los 30 metros de longitud. Es imposible saber si en alguno de nuestros candidatos está la respuesta al sonoro mostruo abisal, aunque no albergamos duda alguna acerca de la posibilidad de que tal vez en ellos sí esten algunas de las claves del fenómeno de la Gran Serpiente de Mar.

CLASIFICANDO SERPIENTES MARINAS

Los siguientes cuadros están basados parcialmente en los estudios realizados por el doctor en Zoología Bernard Heuvelmans (1965), doctor Gary Mangiacopra y Bruce Champagne (2001) y el criptozoólogo norteamericano Loren Coleman (2003).



La fantástica y fraudulenta reconstrucción del doctor Koch.

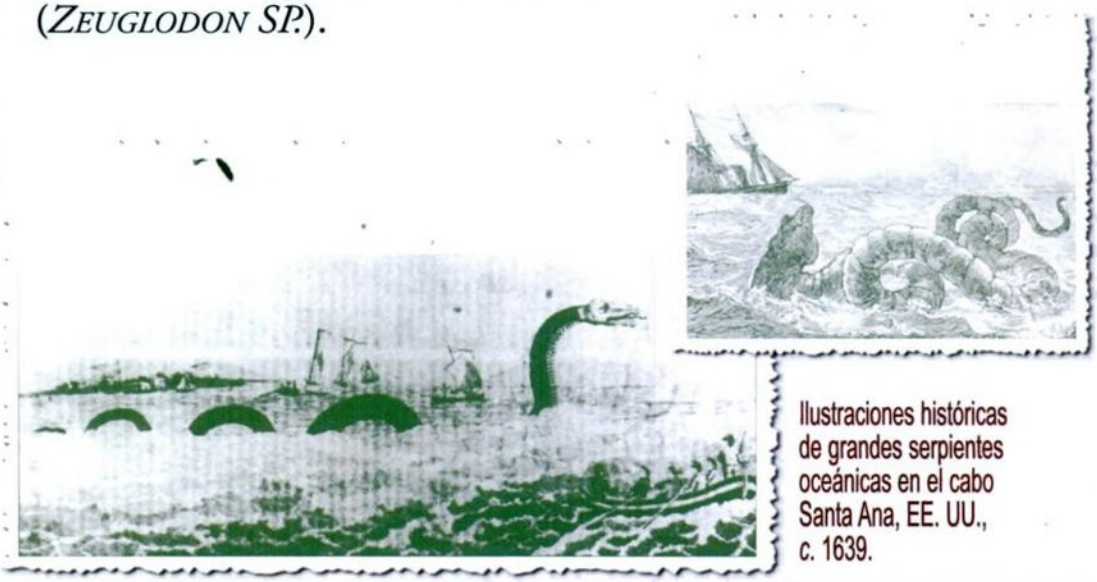
TIPO 1: MAMÍFEROS

CUELLO LARGO

Morfología: Similar a una gran foca de prominente cuello y cola. Pelaje presente.
Tamaño: 6-10 m.
Distribución: Cosmopolita. Latitud 30-50° ambos hemisferios. También presente en agua dulce.
Candidato: Nueva especie de fócido (*Megalotaria longicollis*), Reptil oceánico prehistórico (*Plesiosaurio SP.*).

MULTIJOROBADA

Morfología: Destacan sus numerosas y conspicuas gibas normalmente divisadas en superficie. Piel rugosa.
Cabeza similar a la de un gran mamífero, ovalada, plana y ancha en la región del morro.
Tamaño: 10-15 m.
Distribución: Océano Atlántico y Pacífico. Latitud 40-50° Norte.
Candidato: Mamífero oceánico prehistórico (*Zeuglodon SP.*).



Ilustraciones históricas de grandes serpientes oceánicas en el cabo Santa Ana, EE. UU., c. 1639.

TIPO 2: PECES

ANGUILIFORME

Morfología: Cuerpo muy sinuoso de piel correosa, a veces adornado por escamas. Cabeza relativamente cuadrada y apuntada, similar a la de una serpiente o anguila. Dientes grandes.

Tamaño: 10-15 m.

Distribución: Atlántico Norte y Pacífico. Latitud 40-10º Norte.

Candidato: Anguila gigante (*Leptocephalus giganteus*).

SEGMENTADA

Morfología: Cuerpo serpentiforme provisto de múltiples aletas (¿aletas continuas?). Cabeza de rostro prolongado.

Tamaño: 10-15 m.

Distribución: Atlántico Sur, Índico y Pacífico. Latitud 40-10º Sur.

Candidato: Pez Remo (*Regalecus glesne*), Pez Cinta (*Trachypterus SP.*).

Fotografía fraudulenta, en la que el «animal» no es otra cosa que un gran globo alargado inflado con aire.

Una gran anaconda muerta, inflada por los gases de la putrefacción.

TIPO 3: REPTILES

CRESTADA

Morfología: Alargado cuerpo, cabeza muy elongada. Una gran aleta dorsal recorre por entero el lomo del animal.
Tamaño: 6-9 m.
Distribución: Cosmopolita. Latitud 30-50º ambos hemisferios.
Candidato: Reptil oceánico prehistórico (*Mosasaurio SP.*).

ACORAZADA

Morfología: Espalda blindada por una dura y segmentada protección dorsal, similar a un gran caparazón surcado a veces por quillas longitudinales.
Tamaño: 3-6 m.
Distribución: Atlántico, Índico y Pacífico. Latitud 40-60º ambos hemisferios.
Candidato: Reptil oceánico prehistórico (*Archelon ischyros*) Tortuga Laúd (*Dermochelys coriacea*).

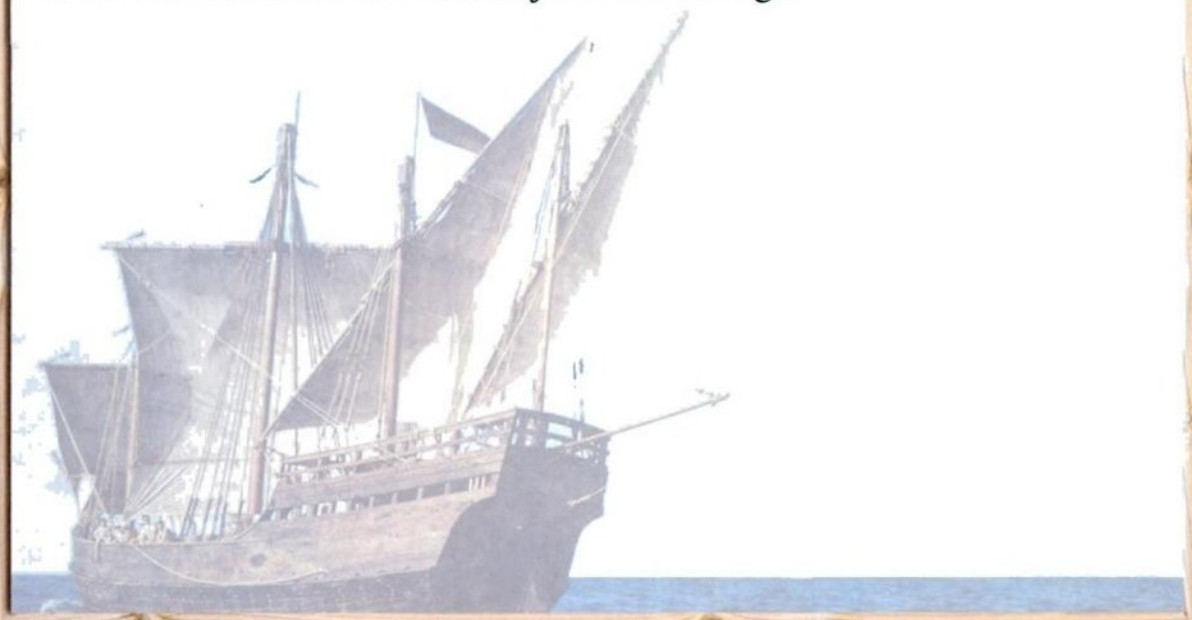
COCODRILIFORME

Morfología: Muy parecida a un robusto cocodrilo de titánicas proporciones.
Tamaño: 8-10 m.
Distribución: Atlántico Norte y Mediterráneo. Latitud 35-60º Norte.
Candidato: Cocodrilo Marino (*Cocodrylus porosus*), Reptil oceánico prehistórico (*Pliosaurio SP.*).

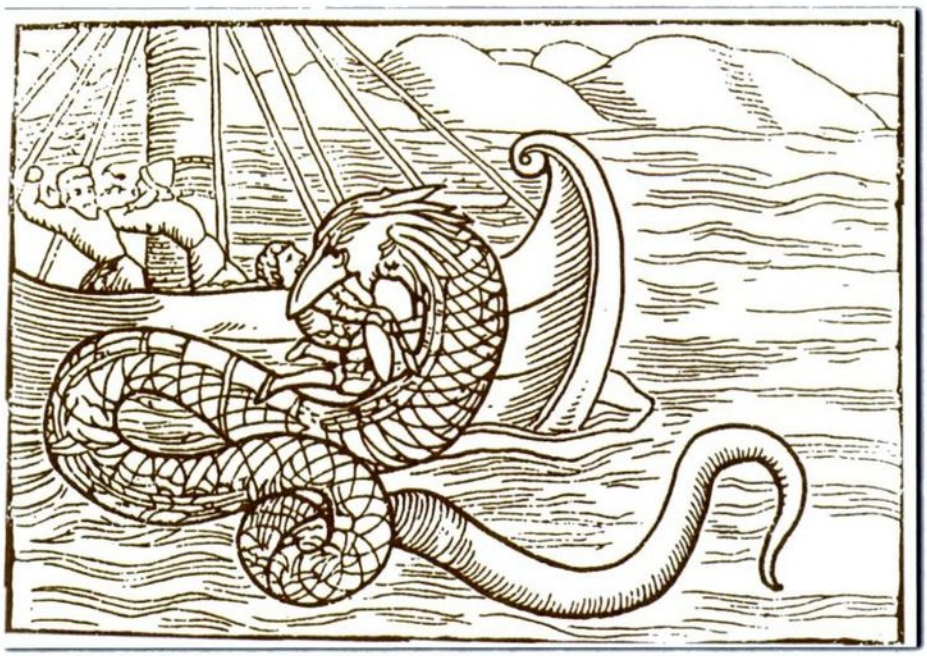
CRONOLOGÍA MONSTRUOSA: SERPIENTES MARINAS, BARCOS Y TRIPULANTES

(Año, lugar del avistamiento, nombre del testigo/ *Nombre del navío en cursiva*, Clasificación)

1900 Rhum, Escocia-Pescadores-Cuello Largo.
1900 Skye, Escocia-Sandy Campbell, y otros-Cuello Largo.
1902 Victoria, Australia-*Chillagoe*-Multijorobada.
1902 Oslofjord, Noruega-*Tonny*-Cuello Largo.
1903 Montrose, Angus, Escocia-*R St*-Anguiliforme.
1903 Tourane, Vietnam-Charles Hardouin-Multijorobada.
1904 Katwijk, Holanda-P. W. Deems-Cuello Largo.
1905 Paraiba, Brasil-*Valhalla*-Anguiliforme.
1905 Cabo de Hornos-*Rhone*-Cuello Largo.
1906 Land´s End, Cornwall, Inglaterra-*St. Andrew*-Cuello Largo.
1907 Cork, Irlanda-*Campania*-Cuello Largo.
1909 Isla de Man, Inglaterra-*Caesar*-Multijorobada, Cuello Largo.
1910 Finmark, Noruega-R. Eliassen-Multijorobada.
1911 Costa Británica-*Amsteldijk*-Cuello Largo.

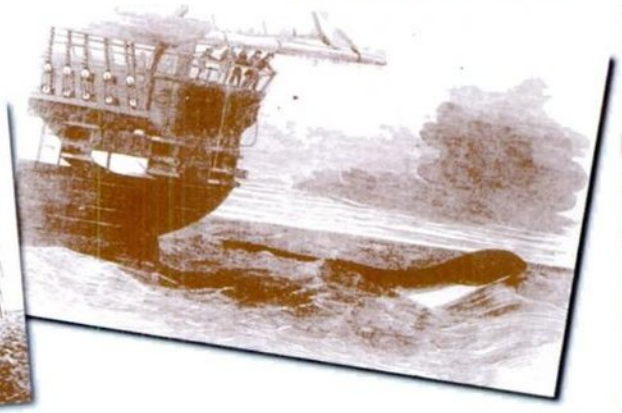


1912 Cabo Matapan, Grecia-*Queen Eleanor*-Anguiliforme.
1913 Portland, Maine, EE. UU.-F. W. Sanderson-Cuello Largo.
1923 Somalia-*Mapia*-Anguliforme.
1926 Madagascar-Dr. Georges Petit-Anguiliforme.
1933 Columbia Britanica, Canadá-Capt. W. H. Davies-Multijorobada.
1934 Islas Azores, Portugal-*Cuba*-Cuello Largo.
1937 Islas Vírgenes, Caribe-*Amerika*-Cuello Largo.
1939 Estuario de Forth, Escocia-Varios pescadores-Cuello Largo.
1939 Región de Ushuaia, Chile-Argentina-Omodeo Vanote-Cuello Largo.
1943 Bahía de San Andrés, Florida-Thomas Helm-Cuello Largo.
1944 Golfo de Guinea, África-H. M. S. Búster-Anguiliforme.
1946 Península de Coger, Gales-A. G. Thompson-Multijorobada.
1947 Carolina del Norte, EE. UU.-*Santa Clara*-Anguiliforme.
1950 Kent, Inglaterra-John Handley-Cuello Largo.
1954 Quallicum, Columbia Británica-Frank Waterfall-Cuello Largo.
1954 Isla de Vancouver, Canadá-W. Baldwin-Multijorobada.
1957 Massachusetts, EE. UU.-*Noreen*-Multijorobada.
1958 Grillonne, Italia-Varios turistas-Anguiliforme.
1960 Bahía de los Vientos, Argentina-Luis Ramón Mena-Saurio Marino.

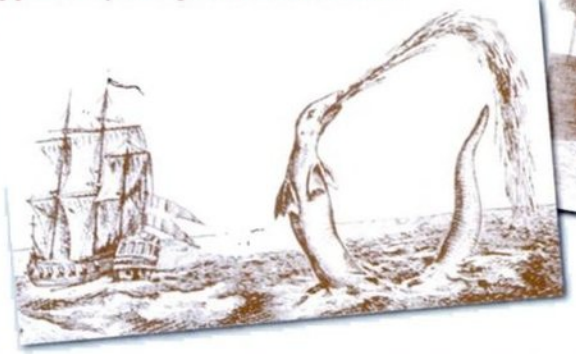


Grabado medieval en la monografía de Olaus Magnus, La Gran Serpiente de Mar, 1555.

La criatura del *Daedalus*, 1848.



La serpiente de mar de Pontopidio.
Probablemente la sección superior de un calamar gigante arrojando agua a través de su sifón.



1962 Isla de Bribie, Queensland, Australia-R. Duncan-Cuello Largo.

1962 Vancouver Island, Columbia Británica-R. Guy, y otros-Cuello Largo.

1963 Vopnafjorthur, Islandia-A. y S. Jonsson-Acorazada.

1963 Bahía de Cardigan, País de Gales, Reino Unido-P. Sharman-Cuello Largo.

1964 Nantucket, Massachusetts, EE. UU.-*Friendship*-Cuello Largo.

1966 Océano Atlántico Norte-*English Rose III*-Cuello Largo, Anguiliforme.

1966 Lincolshire, Inglaterra-George y May Ashton-Cuello Largo.

1969 Patagonia Argentina-Chilena-Salvador Lucero Mellizo-Cuello Largo.

1976 Costa de San Diego, California-Tom D`onofrio-Anguiliforme, Saurio Marino.

1983 Pacifica, California-Marlene Martín-Cuello Largo.

1985 Bahía de San Francisco, California-William y Robert Clark-Cuello Largo.

1986 Seward, Alaska-Eric Andersen-Anguiliforme, Cuello Largo.

1987 Costa Pacifica Columbia Británica-Richard Smith-Multijorobada.

1994 Necochea, Lobería y Quequén, Argentina-Carlos Miño-Cocodriliforme.

1994 Bahía de Cadboro, Canadá-Ron Minchin y esposa-Multijorobada.

Los estuarios, las desembocaduras de los ríos, los deltas fluviales, las grandes bahías y otras regiones similares son ecosistemas considerados de alta productividad. En ellos el nutritivo aporte de los sistemas ribereños se une al enriquecimiento natural costero creando una mezcolanza dulce-salada densamente poblada. Estamos ante el refugio ideal para una gran cantidad de especies; aquí se forman voluminosas guarderías de peces y muchos animales grandes las usan como zonas de reproducción y cría, merodeando en sus aguas enormes depredadores oceánicos. Las bestias Morgawr, Caddy y Altama-ha se encuentran entre ellos.

Infografía de Mario Garza, sobre las descripciones del Caddy.

MORGAWR, CADDY Y ALTAMA-HA

Una triada de enigmas costeros

MORGAWR

La bahía de Falmouth se forma en la desembocadura del río Fal, ubicada en la península de Cornualles, la punta más meridional de Inglaterra. Sus aguas pertenecen a la plataforma continental que se extiende hasta las costas españolas de Bilbao y Santander. Más allá de estas, y en pleno golfo de Vizcaya, empiezan las insondables profundidades abisales, siendo por lo tanto una región que combina amplias áreas superficiales y auténticos abismos. Aquí la temperatura oceánica se ve incrementada por la corriente del Golfo, proveniente del Caribe. La clara visibilidad de sus aguas es óptima para muchos pobladores marinos, como grandes tiburones filtradores, delfines, ballenas piloto, jaquetones, focas... y el desconocido Morgawr. Este sustantivo, proveniente

del arcaico lenguaje córnico, era usado por los antiguos celtas para designar a un extraño gigante del mar, un leviatán que era divisado en numerosas ocasiones mientras tranquilamente surcaba el interior de la ensenada. La casuística acumulada en épocas más recientes ha hecho pensar a los lugareños y a los investigadores que han indagado en el caso que la criatura, presumiblemente prehistórica, parece venir a criar cerca de la sureña costa británica. Tal vez la abundancia de alimento, la benigna temperatura del mar y la seguridad de la costa le impulse a ello. Además, esta idea se ve notablemente reforzada por la increíble captura de lo que a todas luces se ha venido señalando como ejemplares juveniles en la cercana bahía de Gerran. Un primer incidente acontecía en 1876, cuando unos sorprendidos pescadores devolvían al mar de manera apresurada una insólita captura: una pequeña bestia de largo cuello que mostraba a la vez características de reptil y pez. Años más tarde, en 1926, algo similar sucedía a tres millas al sur de Falmouth. El desconcertante y descomunal cuerpo de un ser marino de unos cinco metros de largo se enredaba pesadamente en el aparejo de un marino local. El señor Reece y el señor Gilbert observaban atónitos un animal que parecía provenir de otro tiempo, provisto de una cola que media 2,5 metros. La cabeza era muy apuntada, como terminada en un prolongado pico, mientras que las extremidades parecían presentar escamas y el musculoso dorso estaba cubierto por una especie de abigarrado pelaje. Nadie pudo identificar al enigmático visitante submarino.

Las fotos del monstruo

Morgawr, la serpiente marina de la costa de Cornualles, Reino Unido. Años setenta.

Sin embargo, tendríamos que esperar hasta la década de los años setenta para volver a constatar la presencia de estas criaturas en la punta sureña de Inglaterra. Esta vez las pruebas eran aún más contundentes: el cadáver de un monstruo marino yacía varado en la playa de Durgan, cercana al río de Helford. La señora Payne, de Falmouth, descubría a la bestia sobre la arena mojada, siendo imposible el traslado hacia un lugar seguro debido a su enorme tamaño. La subida de la marea arrastraría inexorablemente hacia mar abierto el cuerpo, llevándose con él las pruebas definitivas del que tal vez podría haber sido el más relevante hallazgo zoológico de la historia; los peces y otros organismos borraron todo vestigio al devorar el desconcertante cadáver. El episodio parecía el final de una larga historia casi mito-

La silueta de *Morgawr* antes de desaparecer bajo las aguas.

lógica, un mal final sin duda, pero el destino quiso que no fuera exactamente así. La bestia era resucitada por el diario local *Falmouth Packet* en febrero de 1976 nada menos que con dos instantáneas tomadas por Maria F. y publicadas en la primera pagina apuntaladas por un extenso artículo. Las nítidas fotografías mostraban un animal que nadaba cerca de la Punta de Trefusis, cerca de Flushing. El monstruo desplegaba con toda claridad su sinuoso cuello exhibiendo casi al completo su giboso y abombado cuerpo. La afortunada mujer indicó que este era de color muy oscuro, cercano al marrón fuerte, y que la cabeza era similar a la de una serpiente. Las protuberantes jorobas se movían de manera extraña al avanzar en superficie, mientras la piel se asemejaba mucho a la de un león marino, aunque de un tamaño nada despreciable, estimado en unos 5-6 metros. Las imágenes fueron obtenidas de manera acelerada ya que el objeto solo estuvo visible escasos segundos. El sol incidía desde atrás reflejándose en la superficie del agua.

Encuentros recientes

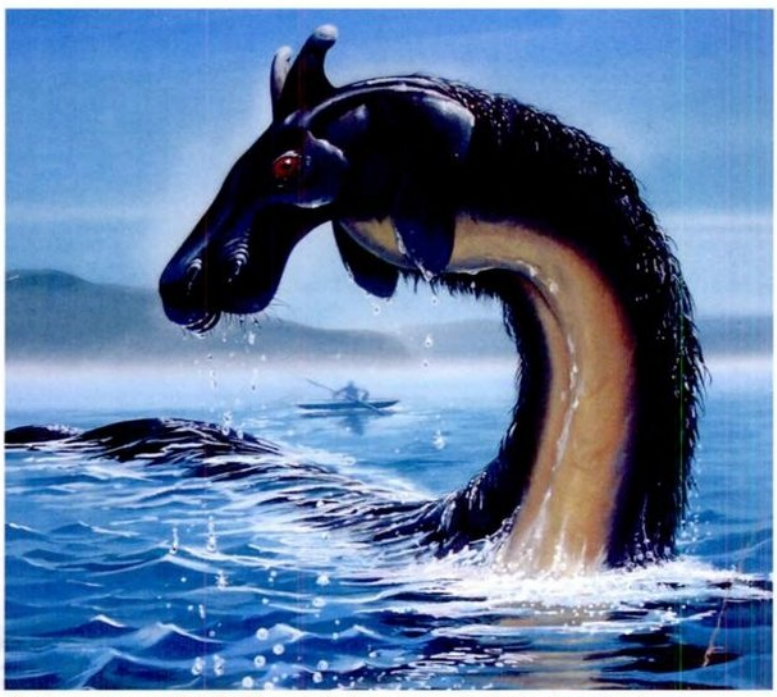
Los avistamientos siguieron sucediéndose hasta finales de los años setenta del siglo pasado. Un total de unas quince personas dijeron ver grandes serpientes marinas en este rincón de la costa atlántica británica, refiriéndose a ella con frecuencia en los medios de comunicación con términos como *anguila gigante* y *criatura prehistórica*. Bastante más reciente en el tiempo fue la observación protagonizada en 1992 por una pareja de lugareños, a la sazón bastante escépticos, quienes afirmaron ver desde lo alto de un acantilado y merodeando en la bahía a la típica criatura retratada en las famosas postales vendidas a orillas del lago

Ness. Su radical postura acerca de la existencia de los supuestos monstruos marinos de Cornualles cambió radicalmente tras el inolvidable incidente.

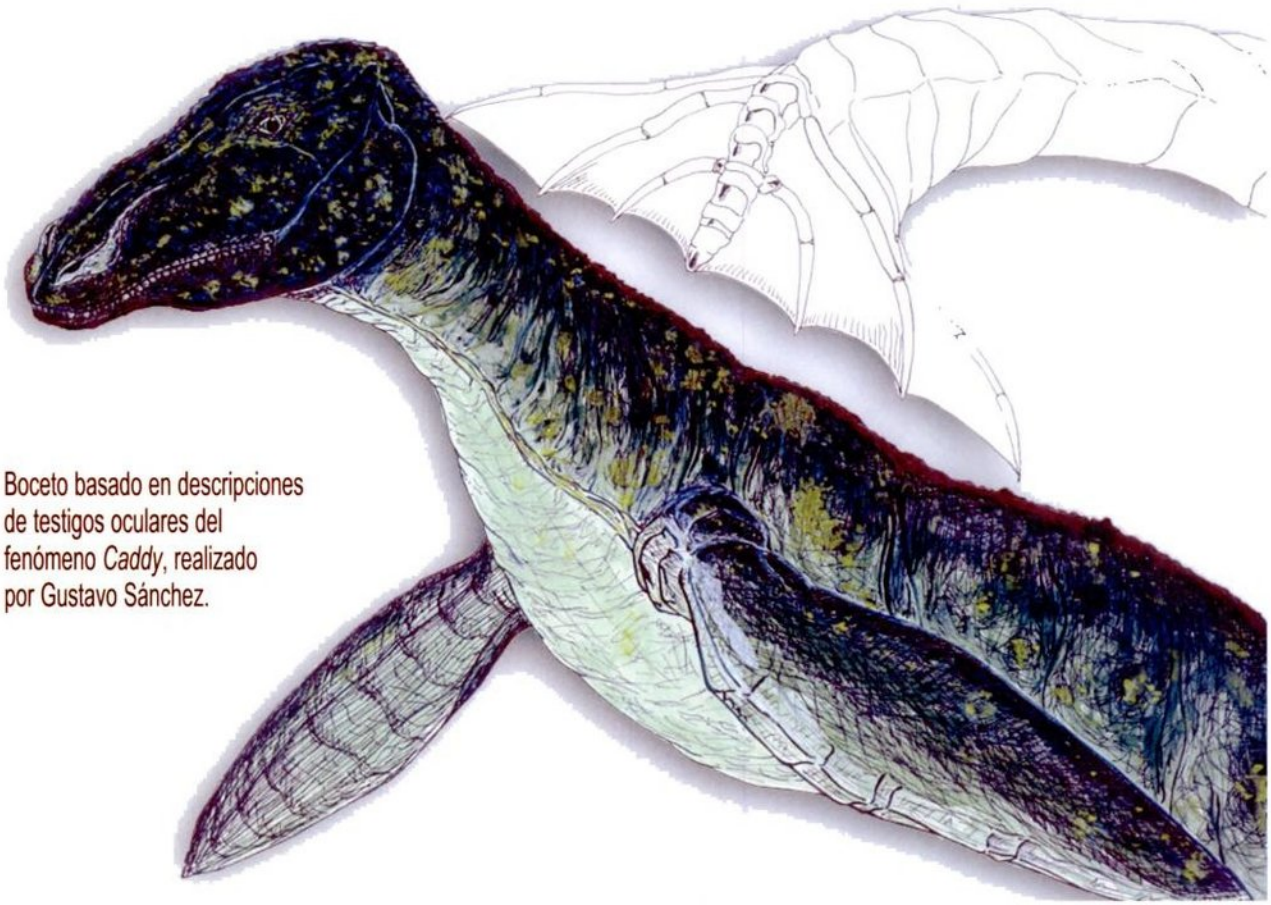
Siete años después, Morgawr era filmado en vídeo por un técnico del Museo de Historia Natural de Londres. La cinta, grabada en la bahía de Gerran, no se haría pública hasta el año 2002. Al principio, Jan Holemes pensó que estaba mirando la aleta de un tiburón o una orca. Sin embargo, y aunque estaba a unos 200 metros del animal, pudo detallar lo que parecía el largo cuello de un reptil que sobresalía un metro de la superficie. Parecía como si una serpiente de titánicas proporciones hubiese asomado la cabeza fuera del agua. Varios expertos en edición de vídeo corroboraron la autenticidad de la película. Se piensa que lo registrado exhibe una especie de extinto saurio oceánico en movimiento. Otros investigadores creen que tal vez el mar albergue una nueva especie de mamífero dotado de un largo cuello. Muchos biólogos opinan que las adaptaciones generadas en ocasiones por algunos organismos son aún hoy día sorprendentes. La existencia de fósiles vivientes actuales deja abierta la posibilidad para un primitivo superviviente.

CADDY

El pacífico litoral norteamericano se extiende desde California hasta Alaska. Los informes sobre seres marinos serpentiformes en estas costas son muy abundantes y antiquísimos. La bahía de Cadboro, cerca de Victoria, en la Columbia Británica canadiense, da nombre al singular *Cadborosaurus*. Esta maravilla de las profundidades era ampliamente conocida por la tribu Manhousat que dedica varios de sus exquisitos petroglifos a la elongada figura de *Hiyitl'iik*, retratando al monstruo como si fuera una gigantesca serpiente. Su tamaño puede sobrepasar los tres metros de largo y han sido vista por los miembros más



Cadborosaurus willisi, Caddy, retratada por sus principales investigadores, doctores Paul LeBlond y Edward L. Bousfield.



Boceto basado en descripciones de testigos oculares del fenómeno *Caddy*, realizado por Gustavo Sánchez.

sexagenarios del clan tanto en tierra como en el mar. Parece que sus reducidas patas son solo útiles a la hora de timonear el voluminoso cuerpo bajo el agua. Tal vez estemos ante extremidades tipo aletas y por ello son inútiles a la hora de desplazamientos terrestres.

La captura de un ejemplar

El doctor Paul LeBlond, director del programa sobre Ciencias de la Tierra y del Océano, perteneciente a la Universidad de la Columbia Británica, Vancouver, y el doctor Edward L. Bousfield, zoólogo sénior retirado del Museo Canadiense para la Naturaleza, en Ottawa, recogen en su extensa y especializada monografía sobre la bestia más de 200 casos y avistamientos. Estos se extienden desde 1881 y llegan hasta nuestros días. Las observaciones se producen principalmente desde la costa, aunque también encontramos avistamientos en alta mar e incluso algunas pocas misteriosas capturas y no menos desconcertantes varamientos. Aunque parezca increíble, *Caddy*, como es conocida afectuosamente en tierras canadienses, podría haber sido examinada viva por un antiguo capitán ballenero.

El asombroso incidente aconteció en 1987, cuando el capitán Hagelund y su familia se hallaban navegando alrededor de las islas del

Cuatro fotografías del increíble cadáver submarino de la bahía de Naden, Columbia Británica, Canadá.

golfo, más concretamente en la conocida como Decourcy. Al atisbar una extraña alteración en la superficie del mar cerca de donde acababan de echar el ancla, Hagelund y su hijo se dispusieron a investigar. Llegaron al lugar con un bote inflable y pronto no dieron crédito a sus ojos; ante ellos nadaba muy cerca de la superficie lo que parecía una extraña y alargada serpiente de mar. El contorno de su sinuoso dorso sobresalía intermitentemente y su ganchuda y alargada cabeza espiaba el aire nocturno. Sus enormes ojos enfocaban directamente hacia delante.

Hagelund se las apañó con la ayuda de una pandorga para extraer al curioso ser del agua. A bordo de su embarcación pudieron examinarla tranquilamente comprobando que la bestezuela, de medio metro de largo, presentaba unos pequeños y filosos dientes en la mandíbula inferior. Todo el dorso se hallaba como blindado por unas escamas muy anchas y el abdomen estaba cubierto de lo que parecía ser un denso e hirsuto pelaje amarillento. De ambos costados sobresalían un par de aletas pectorales y el abdomen estaba rematado por una aleta bilobulada de anchas proporciones. La criatura no encajaba con nada a lo que Hagelund se hubiese enfrentado antes. Por ello, decidieron trasladarla a una gran cubeta con agua de mar, acordando llevarla al día siguiente a la estación biológica ubicada en Nanaimo. Sin embargo, el constante chapoteo y el incesante mordisqueo que el desesperado preso emitía en su lucha por saltar del cubo despertaban al veterano marino a cada momento, agotando su paciencia. Después de varios sobresaltos, el viejo lobo de mar optó, sin duda sintiendo clemencia, devolverla al mar. Hagelund debió pensar que, después de todo, un ejemplar tan raro y tal vez prehistórico debía seguir siendo libre y continuar con su milenario ciclo.

Depredador nocturno

Este incidente y su notable descripción aportan muchos datos sobre la biología de *Caddy*. Como se ha podido constatar, los ejemplares juveniles no muestran una clara diferenciación en la región del cuello-cabeza. El característico cuello de cisne es patente solo en estadios más tardíos durante el desarrollo del ser. Los grandes ojos colocados al frente, responsables de una visión estereoscópica, son importantes a la hora de calcular distancias y al enfocarlos sobre el objetivo. Por lo tanto, *Caddy* es un depredador especializado en cazar bajo condiciones de poca luminosidad, lo que lo coloca cerca de la cúspide en la pirámide alimenticia. Probablemente solo las orcas, los cachalotes o los grandes tiburones blancos puedan depredar sobre este enigmático cazador. Su prolongado torso y abdomen, unido a una poderosa aleta caudal, le hacen un experto en emboscadas. Este tipo de plan corporal, similar al de un cocodrilo, esta especialmente diseñado para el acecho y la captura por sorpresa.

Un explosivo acelerón desde las profundidades termina con un certero mordisco de las alargadas y bien equipadas mandíbulas. Las aletas pectorales son importantes para guiar y hacer maniobrar el extenso cuerpo fusiforme. Esta anguiliforme criatura es por lo tanto capaz de desplegar un amplio repertorio de movimientos subacuáticos, tanto en pleno mar abierto como en bajíos y zonas costeras, donde se comportaría más bien como una foca gigante. Las placas dorsales seguramente se estiran con la edad, transformándose en una hilera de crestas longitudinales que se extienden a lo largo de la espalda. Estas son útiles a la hora de mantener una velocidad constante y añaden estabilidad mientras el animal navega. Además, serían útiles a la hora de repeler ataques por sorpresa.

Las fotos de un cadáver

Aunque lo anteriormente expuesto podría parecer un simple cúmulo de especulaciones, la existencia de una evidencia física acude en su auxilio. Por fortuna, existe un registro de un cadáver recuperado del estómago de un cachalote que encaja muy bien con la descripción tipo del *Cadborosaurus*. Y lo mejor aún es que existen fotos para su análisis.

La increíble carroña medio digerida era extraída en 1937 del aparato digestivo de una auténtica *Moby Dick*. Cuando fue destripado el colosal mamífero, mostrando su última y posiblemente correosa cena, llevaba muerto en la estación ballenera de la bahía de Naden unas doce horas.

El insólito animal de la bahía de Naden fue recuperado del estómago de un cachalote en 1937 y media unos 4 metros de largo.

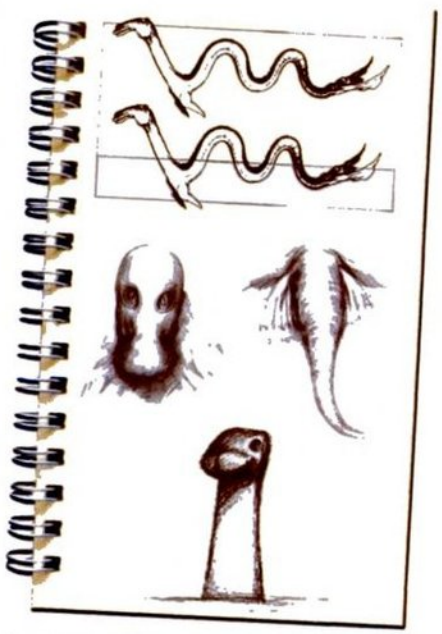
Tanto el señor Huband como Jim Wakelen, ambos empleados en las instalaciones de procesado de carne de ballena, no daban crédito a lo que veían. Aquella serpiente de mar no se parecía en nada a los conocidos calamares gigantes, tiburones abisales o al increíble pez remo. El bien diferenciado cuerpo no dejaba dudas al respecto.

El inusual cadáver era colocado sobre un tablón para poder ser fotografiado con precisión. En total se sacaron 38 instantáneas para inmortalizar tal peculiar evento. Todos sospechaban que se encontraban ante una especie única. La criatura era muy similar a un reptil y medía unos 3,5-3,8 metros de longitud total. Algunas reforzadas vértebras eran visibles a lo largo del dorso, que terminaba en dos aletas muy anchas y planas, orientadas hacia abajo. La cabeza era alargada y muy apuntada, rematada por un prolongado y voluminoso morro. Esta parece mostrar un ojo y el reborde de la boca, colocada en posición media. En cierto modo recuerda a la testa de un caballo o un camello. La piel parece uniforme, salvo en la cola, donde hay notables protuberancias formadas por los huesos que sostienen el pedúnculo caudal. No se aprecian escamas, pelos o grasa aislante.

El cuello esta deformado y torcido debido a la acción masticatoria de las mandíbulas de la ballena. Probablemente el ataque se centró en esa

zona. Luego, la presa sería tragada entera. Justamente, tras el cuello se pueden apreciar lo que parecen un par de aletas pectorales de reducido tamaño, tal vez debido al proceso de digestión, estimándose el diámetro corporal en unos 20 centímetros de grosor. Una línea de abultados tubérculos forma una especie de cresta dorsal, especulándose a consecuencia del reducido tamaño del ejemplar que la pieza no se correspondía con un animal completamente adulto. ¿Son estos datos suficientes como para poder aproximar la identidad de este misterioso leviatán acuático?

Los principales investigadores de este fenómeno, los ya citados doctores Paul LeBlond y Edward L. Bousfield, han comparado a *Caddy* con algunos grupos de vertebrados modernos y extintos. Resumiendo un poco su análisis, colocan al *Cadborosaurus* muy cerca de los antiguos plesiosaurios y de cetáceos y pinnípedos. Con los primeros comparte rasgos primitivos como el cuello largo, la gran desproporción entre el tamaño de las crías y los adultos y el carecer de un desarrollo placentario. Con las ballenas, focas y leones de mar encaja tal vez la aleta caudal plana, el gran tamaño (también en los plesiosaurios) y quizá la capacidad de criar tanto en tierra como en el agua. Por el momento, tendremos que esperar a una nueva captura, a un fortuito varamiento o a toparnos con un nuevo espécimen medio digerido por uno de sus más fieros competidores: el cachalote.



Bocetos preliminares en los que observamos la especializada morfología de *Caddy*.

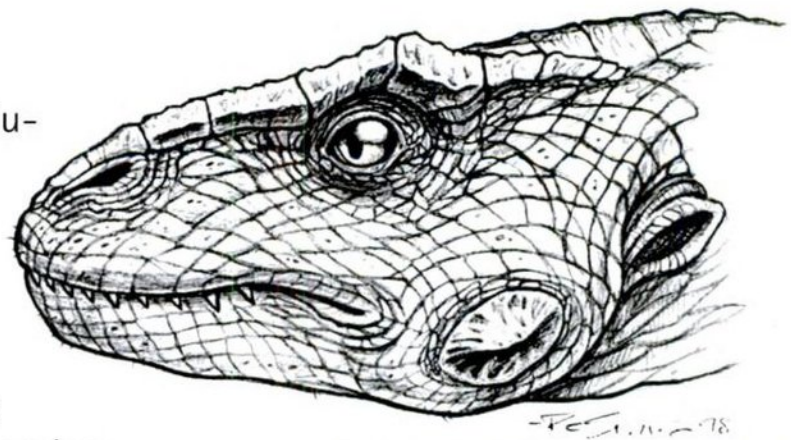
ALTAMA-HA

Darien es un pequeño pueblo pesquero del condado estadounidense de McIntosh, en Georgia, cuya geografía está repleta de pequeños canales y protegida del mar por una barrera natural de pequeñas islas. El paisaje cuenta con bastantes calas, algunos ríos, riachuelos, varios grandes pantanos y unas abandonadas plantaciones de arroz que fueron construidas y explotadas por los esclavos durante el auge comercial que experimentó siglos atrás este cereal.

Altama-ha, críptido acuático.

A los ojos de cualquier aficionado a la criptozoología, Darien ofrece el entorno más propicio para acoger a algún críptido, y, de hecho, así parece ser si damos crédito a los numerosos relatos que cualquiera de los curtidos pescadores de la zona son capaces de narrar como cosa cierta. Las páginas del periódico de la región *The Darien News* han dado cumplida y reiterada cuenta de las observaciones de una misteriosa criatura que durante décadas parece rondar la zona, entre ellos el caso de Donny Mannig, quien, junto a su hijo, contemplaría en julio de 1969 una criatura de *unos cuatro metros de longitud. Al principio creí que era un esturión, pero pronto me di cuenta de que estaba equivocado, al observar una especie de hocico como el de un cocodrilo.*

Aspecto de cocodrilo

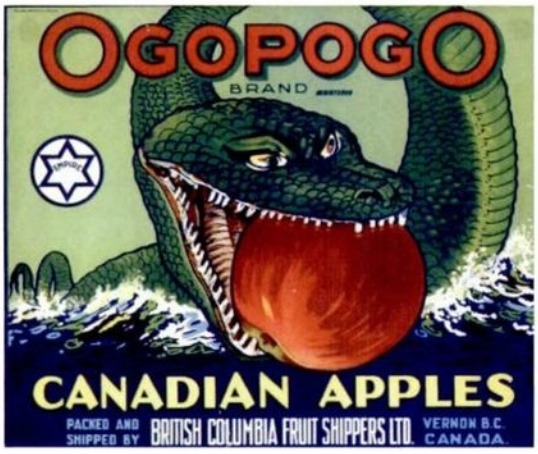


Reconstrucción artística de la cabeza de *Altama-ha*.

Las luces de la casa iluminaban notablemente las oscuras aguas del río Altamaha, que esa noche ya les había brindado varios peces. Para nuestro protagonista era el momento idóneo para probar un viejo truco de pesca. Lanzaron los anzuelos con la avena amasada con gaseosa y al poco rato algo de gran tamaño picó en la caña de Mannig, quien, extrañado, contempló cómo «la presa» no intentaba zafarse ni huir. Tras seguirlo con el sedal hasta donde el agua era poco profunda, el animal emergió del fondo.

Pensé que podría ser un ornitorrinco, ya que tenía la cola plana en forma horizontal, no en vertical como los peces. Tenía una especie de espinazo de pequeñas placas triangulares que recorrían su lomo. Los dientes brillaban con la luz de las linternas, eran puntiagudos y muy numerosos. Presentaba una coloración plateada por encima, y un amarillo pálido por debajo. No se movía zigzagueando como una serpiente, sino de arriba abajo como una marsopa. Era lo más increíble que hubiera visto en mis muchos años de experiencia en la pesca.

A partir de este avistamiento, los encuentros con el Altama-ha empezaron a acumularse, teniendo su mayor actividad en la década de los 80 del siglo pasado, aunque con una interesante reminiscencia en las leyendas de la tribu local de los indios tama. Los nativos describían a una serpiente gigante que emitía potentes silbidos habitando aquellas aguas.



Ogopogo, monstruo lacustre residente en el lago Okanagan, popularizado en una caja de fruta.

Fotograma que muestra la cabeza de la precisa película filmada en el lago Van, Turquía.

Una criatura aserpentada fue también lo observado en el verano de 1959 por dos funcionarios de prisiones de Reidsville y por el granjero jubilado Benny Coursey en 1970, quien estuvo a punto de volcar en su barcaza cuando se topó con la criatura. En todos los casos se describía un animal con la misma morfología, cabeza similar a la de un cocodrilo, afilados dientes, una especie de jorobas en su lomo y una cola horizontal.

Algunos detalles de las descripciones ofrecidas por los testigos nos invitan a pensar en un nuevo primo de Nessie, otro monstruo lacustre de posible origen prehistórico que ha logrado sobrevivir aislado en la zona. No obstante, el parentesco de su cabeza con la de un cocodrilo o los afilados y numerosos dientes dejan también abierta la posibilidad de que estemos ante alguna especie de cocodrilo no catalogada, un cruce con otra especie o incluso una mutación. La conexión del río Altamaha con el Atlántico abre un amplio abanico de posibilidades.

Las jorobas del Ogopogo son vistas en superficie. Fotografía obtenida por Ed Fletcher en 1976.

El colosal calamar ataca el sofisticado *Nautilus* del capitán Nemo.

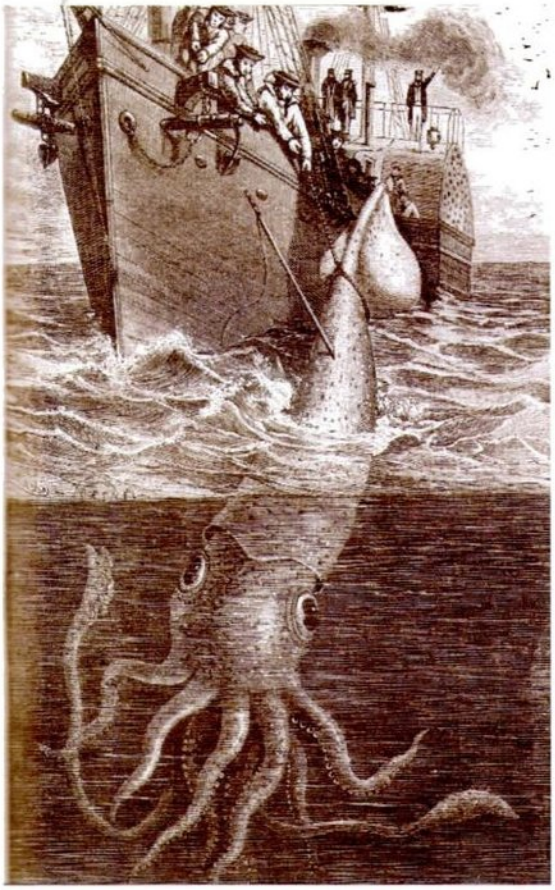
El vigía del acorazado francés Alecton divisa en superficie una extraña masa animada, ahuesada, gelatinosa y fluida. El color de la bestia, similar al rojo de los ladrillos, delata su presencia en alta mar mientras la tripulación no puede evitar el nerviosismo que desencandena el desconocido visitante. Sin contar lo que aparentan ser poderosos tentáculos, los experimentados marineros le calculan unos seis metros de largo a la criatura. Corre el año 1861 y el calendario marca el 30 de noviembre. La consternada tripulación se cruza miradas de terror e incertidumbre: el Kraken los ha sorprendido en agua de Canarias.

KRAKEN

Tentáculos gigantes en el abismo

AUNQUE por momentos lo parezca, no estamos ante una escena de ciencia ficción inspirada en el ingenioso mundo de Julio Verne o en uno de los capítulos de genial *20.000 leguas de viaje submarino*, aunque lo cierto es que el episodio le sirvió de inspiración al estar basado en un hecho totalmente real que ni de lejos se redujo a la observación de la criatura.

El temor es comprensible. A medida que el barco de guerra se le aproxima, el fantasmagórico ser trata de quitarse del medio pero no logra sumergirse lo suficiente como para desaparecer del todo. El recio lugarteniente Bouyer, ansioso por intentar capturar al baboso individuo, tampoco se arriesga a arriar los botes, ya que teme una reacción violenta. Un decidido marinero resuelve arponear al leviatán desde la seguridad de la cubierta. Este responde con urgentes y cortas inmersiones, de las cuales reaparece casi de inmediato. La tentaculada quimera está moribunda o seriamente dañada internamente, mientras un vómito de sangre junto a un nauseabundo y penetrante olor invaden repentinamente el aire. Es el



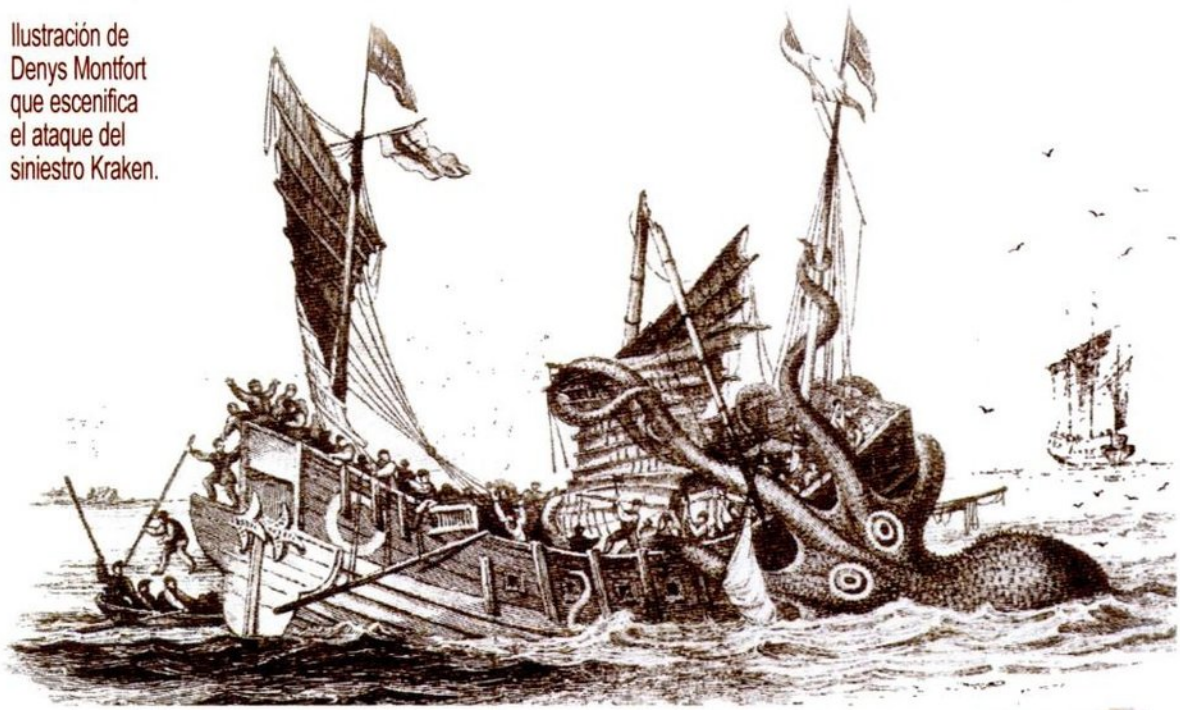
Otra imagen del incidente del *Alecton*.

Fantástica reconstrucción de un Kraken vapuleando un velero.

En noviembre de 1861, en las costas de Tenerife, la corveta francesa *Alecton* arponeaba un polifémico monstruo de mar: *Kraken*.

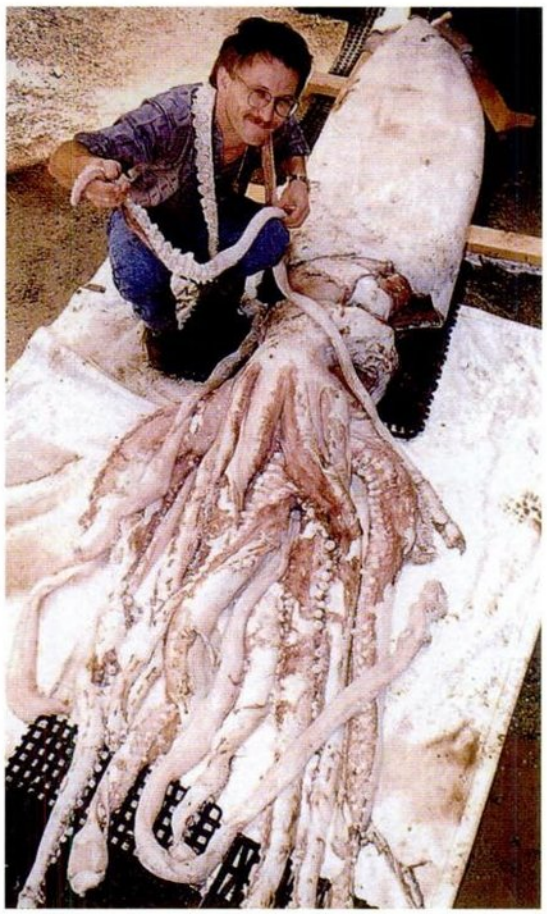
momento que todos esperaban, el engendro parece morir y se retuerce. Un cabo magistralmente dirigido enlaza por la cola el ciclópeo cuerpo, mientras la fornida tripulación comienza la pesada maniobra de izado. Los ojos más grandes del reino animal miran como sin vida a sus captores. Entonces, como cortado por la hoja de un cuchillo de tres metros, una gran sección del animal es rebanada por la tensa cuerda. La parte que aloja la cabeza y los tentáculos, además de una generosa porción de rosada masa,

Ilustración de Denys Montfort que escenifica el ataque del siniestro Kraken.



se precipita hacia las insondables profundidades. Todo es confusión y nadie logra realmente obtener una imagen mental del monstruo al completo. Algunos todavía miran temerosamente hacia el azul profundo. El *Alecton* desembarca en el puerto de Santa Cruz de Tenerife un trofeo sin par: la punta de la cola de un auténtico demonio del mar.

Historias del Kraken



El monstruo es finalmente desenmascarado: *Architeuthis dux*, el rey de los calamares.

La bestia es real y puede llegar a medir más de 20 metros y pesar entre 500 kilos y una tonelada. En la mitología su nombre ha sido escrito muchas veces: *Kraken*; para el común de los mortales es el calamar gigante. Científicamente denominado *Architeuthis dux*, este colosal cefalópodo es el monstruo marino por antonomasia, núcleo vivo y existente de miles de historias marineras sobre algunos de los desconocidos señores del abismo. Su biología está envuelta en las mismas tinieblas por las que silenciosamente se desliza, aunque cada vez estamos más cerca de desvelar algunos de sus secretos, obteniéndose en los últimos años las primeras imágenes de estos monstruos abisales con vida.

Los calamares gigantes son invertebrados moluscos y, aunque pueda resultar extraño, a esta división zoológica también pertenecen otras conocidas formas como los caracoles (gasterópodos) o los mejillones (bivalvos). Los cefalópodos, derivado del griego *pies en la cabeza*, es el grupo en el que se aglutinan todas las especies de pulpos y calamares, representando a los moluscos más avanzados evolutivamente hablando.

En la imagen se observa el musculoso sifón de un gran calamar preservado en formaldehído, Aula de Mar, Luarca, Asturias.

Se podría aseverar que los calamares son los más inteligentes de todos los animales invertebrados, y en el caso concreto del *Architeuthis dux* también representan al de mayor tamaño. Aunque no tienen un esqueleto óseo que articule su chicloso e hidrodinámico cuerpo, exhiben internamente y a lo largo del dorso del manto o cuerpo una placa curva y ancha a modo de oculta concha. Conocida comúnmente como pluma, esta lámina blanca o transparente proporciona rigidez, flotabilidad y peso al animal. Los pulpos, tal vez por encontrarse un poco más evolucionados, han perdido totalmente cualquier componente rígido en su interior, por lo que son fantásticamente flexibles y comprimibles.

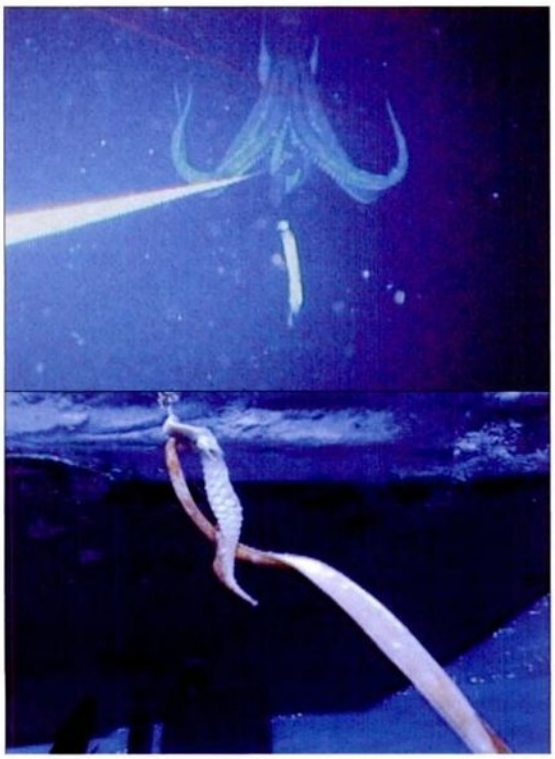
Aprovechan el agua como fuente de locomoción y oxígeno, respirando mediante sofisticadas branquias. Pueden nadar despacio, planear, retroceder o lanzarse como flechas hacia delante, utilizando el volumen de agua alojado en su interior como fuente de reacción al ser expulsada a presión mediante el sifón. Este musculoso tubo que sobresale del cuerpo puede ser orientado o girado para proporcionar dirección y rumbo. La navegación, y a veces la natación, se ve eficientemente complementada por un par de aletas situadas en el ápice terminal del ahusado cuerpo. Los largos tentáculos de alimentación pueden acoplarse el uno sobre el otro, como cerrados por una cremallera de ventosas para formar una

cónica punta de lanza. Además, poseen unos increíbles ojos diseñados para ver prácticamente en total oscuridad, siendo los del calamar gigante los más grandes de todos los animales, con más de 30 centímetros de diámetro. La estructura interna de estos sensibles órganos capaces de detectar colores se asemeja mucho a la de los vertebrados superiores, como por ejemplo, los felinos. Obviamente, el sentido de la visión es muy importante para ellos, tanto para cazar como para reconocer congéneres o evitar peligros.

Fotografías y filmaciones

En junio de 2007 se producía de manera fortuita en aguas de Canarias un acontecimiento sensacional cuando, de manera fortuita, pudo ser grabado un calamar gigante en acción. El valor de la filmación y de las fotografías obtenidas por los biólogos marinos del archipiélago es incalculable, ya que la escena se desarrolla en medio de una lucha entre un calderón tropical y un calamar gigante que intenta liberarse de la dentada boca de este mamífero marino. Lo cierto es que la fortuna estuvo de parte de los expertos tinerfeños, quienes, siguiendo su línea de investigación, estudiaban las numerosas especies de cetáceos que abundan en la franja de mar que separa las islas de Tenerife y la Gomera. Centrados en los calderones tropicales, que alcanzan un tamaño medio de unos 5 ó 6 metros y sobre los cuales llevan un riguroso censo, se encontraron inesperadamente con la espectacular escena cuando vieron chapotear y saltar a un ejemplar fuera del agua, como intentando zafarse de algo. Ese algo resultó ser los tentáculos de un calamar gigante, que se defendía como podía del ataque de la ballena piloto. Este hecho ha permitido comprobar que también esta especie, y no solo los cachalotes, se puede alimentar de calamares gigantes

A este sensacional hecho se ha de sumar las fotografías obtenidas por un equipo japonés en 2004. A las nueve de la mañana del 30 de septiembre un objetivo fotográfico digital perteneciente al Museo Nacional del Ciencias de Tokio congelaba los rápidos movimientos subacuáticos del que hasta el momento era el primer *Architeuthis* filmado vivo y dinámicamente nadando. Hasta el momento, los únicos ejemplares estudiados habían sido observados moribundos, varados en playas o recuperados del estómago de su más formidable depredador, el cachalote, *Physter macrocephalus*. El cachalote es una ballena dentada que se ha especializado en la captura de nuestros protagonistas. Emplea su larga y delgada mandíbula inferior, erizada de dientes del tamaño de un plátano, para empa-



Las fotografías obtenidas por un equipo nipón que estudia al *Architeuthis*, las primeras que muestran la bestia activamente nadando bajo el agua.

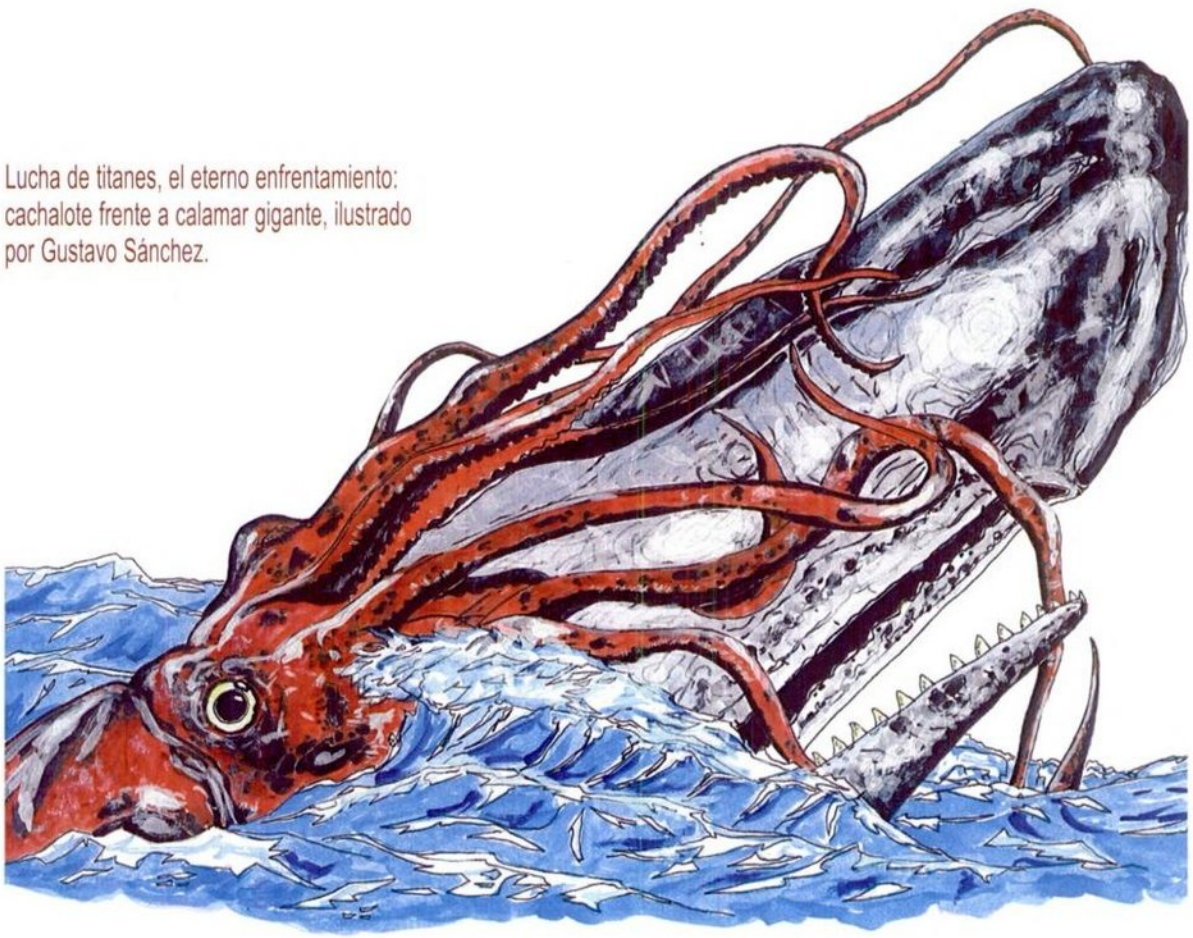
lar como un gigantesco cepo el largo y sinuoso cuerpo invertebrado del *Architeuthis*. Las cámaras situadas en total oscuridad a unos 900 metros de profundidad en las aguas de las islas Ogasawara, en el Pacífico Norte, han demostrado que el *Kraken* es también un formidable depredador. La maniobra de caza registrada da buena fe de ello. El animal aparece en el plano horizontal de la columna de agua desplegando sobre el colgante cebo sus largos tentáculos, que constituyen 2/3 del largo total. Este par de rejos diseñados para alimentarse son proyectados hacia delante a vertiginosa velocidad y son los responsables de proporcionar un mortal abrazo. Funcionan de manera muy similar a los envolventes movimientos constrictores del cuerpo de muchas serpientes tipo pitón o anaconda; una vez la presa es envuelta y recogida hacia la región de la cabeza, donde se encuentra la formidablemente boca armada por un pico corneo muy duro –se han encontrado cientos de presas intactas en los estómagos de los cachalotes–, empieza el proceso de alimentación. Normalmente, las víctimas son sujetas fuertemente por los ocho musculosos y manipuladores brazos, mientras el animal devora literalmente a generosos picotazos su indefensa captura.

El calamar filmado en Japón perdió parte de su tentáculo ya que una larga sección de este, de unos 5,5 metros, quedó enganchada a los anzuelos del cebo. Mediciones basadas en este resto arrojan un largo total, tentáculos más cuerpo, de unos 8,5 metros. Ya que la porción de cabeza y brazos suele representar entre el 60 y 70% del tamaño total del *Architeuthis*, se estimó un tamaño corporal de 4,5 metros. El análisis de ADN del tejido recuperado presentó coincidencias de entre un 99,7-100%

con las muestras de cinco calamares gigantes recobrados con anterioridad en aguas japonesas.

Depredador y presa

Al parecer, el horario de comidas del *Architeuthis* coincide exactamente con el de otro comensal de los abismos, que además es su enemigo natural. Los cachalotes normalmente cazan durante el día en el rango de profundidad que va desde los 800-1.200 metros. Al caer la noche no necesitan bajar tanto y centran sus cacerías en torno a los 400-500 metros. Lo registrado en Japón encaja con este patrón, por lo que se piensa que los calamares también cazan de día en profundidades superiores a los 800 metros y *migran* verticalmente de noche hacia la superficie siguiendo a las especies de las que se alimentan. Debido a que trituran la comida con su pico y su rasposa lengua antes de tragarla, resulta difícil identificar con exactitud las especies de las que se alimentan. De todos modos, trozos de pescado, tiburones y rayas, crustáceos como gambas y cangrejos, y, cómo no, otros calamares, han sido hallados



Lucha de titanes, el eterno enfrentamiento: cachalote frente a calamar gigante, ilustrado por Gustavo Sánchez.

en sus estómagos. Entre este grupo el canibalismo es común, y los individuos de menor tamaño son depredados por los mayores. Aunque los calamares son íntegramente marinos, algunas especies no son capaces de flotar en el agua y por lo tanto han de nadar continuamente para no hundirse o permanecer al mismo nivel. El *Architeuthis* ha resuelto este problema al incorporar en sus tejidos pequeñas bolas de amoniaco, un compuesto más ligero que el líquido elemento. Este le hace desenvolverse en las tres dimensiones de la columna oceánica de manera eficiente y sin gastar apenas energía en sus veloces desplazamientos, haciendo de su carne, y para disgusto de muchos, algo completamente incomestible.

La piel de nuestra tentacular bestia tiene la capacidad de cambiar de color. Normalmente, los individuos han sido descritos como de color marrón oscuro o rojo ladrillo. No obstante, casi todas las observaciones de ejemplares moribundos muestran coloraciones mucho más blanquecinas. La casuística incluye también el caso de un pescador que arponeó a una de estas criaturas cerca del ojo; el animal cambió drásticamente de un pálido tono rosa a un encendido púrpura. Aunque no presentan fotóforos, las células responsables de la bioluminiscencia, y por tanto del proceso bioquímico por el cual la luz es creada en el interior de especializados tejidos, su envoltura dérmica no deja de ser una maravilla.

El *Architeuthis*, como los calamares a los que estamos acostumbrados, no es una excepción con respecto a la tinta, al poseer un saco lleno de este oscuro líquido, aunque el volumen de la misma es muy pequeño y no sigue las proporciones de su inmenso cuerpo. Por ello se piensa que este cefalópodo no usa la pigmentada solución para distraer a sus presas. En total oscuridad, el cachalote, su único enemigo, caza mediante sonidos y no va ser engañado por una nube oscura o un repentino cambio de color.

Un misterio viviente

Aunque se ha avanzado notablemente en los últimos años, muchas incógnitas rodean la vida de estas fortalezas acuáticas. Muchos de sus varamientos siguen siendo un enigma, tal vez provocados por el cambio climático o por la invasión de sus ecosistemas por la acción del hombre. No obstante, algunos expertos parecen haber encontrado una pauta en la frecuencia de sus muertes, estando al alcance de la tecnología actual el realizar observaciones prolongadas en las zonas en las que se sabe con certeza que existen colonias. Es cierto que nuestro conocimiento sobre el ciclo de vida del calamar gigante es bastante incompleto, y también

que necesitamos más datos de individuos vivos para desvelar el misterio que supone su vida amorosa y posterior desarrollo. Sabemos que sus huevos son pequeños, por lo tanto, las crías son minúsculas y el estado larvario es muy prolongado. Años atrás se capturaron en superficie minúsculos *Architeuthis* que corroboran esta apreciación, aunque murieron al poco tiempo. Los individuos adultos crían en la plataforma continental, ya que normalmente son vistos y capturados allí, generalmente con el estomago vacío, lo que indica que se dirigen aquí a la búsqueda de pareja y no para cazar. Su enorme tamaño les proporciona la energía necesaria para poder sobrevivir durante ese periodo. Todo apunta a que una amplia distribución geográfica en aguas profundas, unida a la dificultad de encontrar pareja en el oscuro abismo, determina tanto un rápido desarrollo hasta alcanzar la talla adulta como una corta vida en esta etapa. Por lo general, los individuos maduros vivirán entre 3 y 5 años, aunque desde que vienen a este mundo no dejan de crecer. Los más jóvenes pasan la mayoría del tiempo cerca de la superficie migrando hacia zonas más profundas y frías a medida que crecen. Seguramente allí, las oportunidades de obtener grandes presas sea más viable que en zonas menos productivas, lo que juega a favor de su supervivencia y en contra de los biólogos que quieren filmarlos.

El invertebrado más grande del mundo puede llegar a medir unos 20 metros, contando los tentáculos, Aula de Mar, Luarca, Asturias.

EL ATAQUE DEL DOSIDISCUS GIGAS

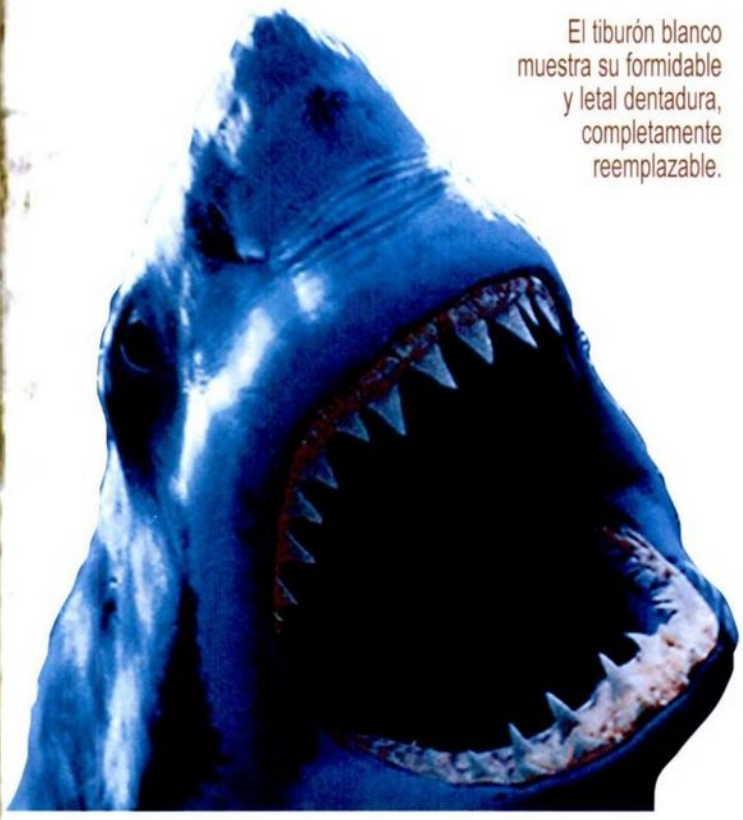
Nadie ha sido jamás atacado por un calamar gigante. Al ser activos principalmente de noche y a profundidades aptas solo para humanos con equipo muy especializado, nos hemos mantenido al margen de sus dominios. Sin embargo, un primo no muy lejano del Architeuthis, el Dosidiscus gigas, o calamar de Humboldt, sí ha probado la carne humana. Este activo depredador puede llegar a medir más de tres metros de largo y caza en las ricas aguas del Mar de Cortés.

El fotógrafo submarino Howard Hall filmaba de noche a estos increíbles seres mientras se alimentaban con cebos de atún y tiburón cuando, repentinamente, sintió que algo poderoso lo abrazaba y tiraba de él. El calamar lo desplazó rápidamente más de tres metros y otro se unió a la fiesta. Este último fue el que mordió a Hall. Aunque la herida en el brazo no fue ni mucho menos mortal, la experiencia fue horrible. ¡Howard sintió como si algo intentase bebérselo vivo! La seguridad de la jaula antitiburones le permitió regresar sano al barco desde donde eran observados. ¿Qué hubiera pasado si Howard hubiese sido mordido en el cuello? El gran pico de un Dosidiscus puede arrancar casi un kilo de masa en cada bocado. ¿Y si no hubiese estado cerca de la jaula? ¿Y si hubiese aparecido un curioso y hambriento Architeuthis de 15 metros en escena? En ocasiones como estas es preferible no tener la respuesta exacta.

TANINGIA: BRAZOS DENTADOS

Otro cefalópodo misterioso y de dimensiones nada despreciables es el Taningia, una criatura que, aunque no supera los tres o cuatro metros de largo, suple esta carencia con unas «ventosas» muy diferentes consistentes en pequeñas y afiladas garras que, a modo de anzuelos o garfios, se hunden en sus presas. La mayoría de los ejemplares se han encontrado en los estómagos de sus depredadores, los cachalotes. En vez de tentáculos, se puede afirmar que posee ocho brazos, careciendo de los dos largos tentáculos de su primo verniano, pero luce los mayores fotóforos del reino animal, con los que emite luz de color amarillo. El despliegue de esos auténticos faros subacuáticos supone un espectáculo singular que, para los especialistas, puede servir como medio de caza, de disuasión, orientación e incluso de cortejo. Como sucede en todos los cefalópodos, los ejemplares hembra suelen alcanzar tallas sensiblemente mayores que los machos, hasta triplicarlos en peso y tamaño, viviendo en profundidades superiores a los 1.500 metros. Curiosamente, los dos mayores ejemplares de Taningia de todo el mundo se conservan en el museo del Cepesma, en Luarca, Asturias, enclave donde al mismo tiempo se puede encontrar la información más completa y la mayor colección de calamares gigantes del mundo.

El calamar colosal, Mesonycheuthis, primo del Architeuthis.



El tiburón blanco muestra su formidable y letal dentadura, completamente reemplazable.

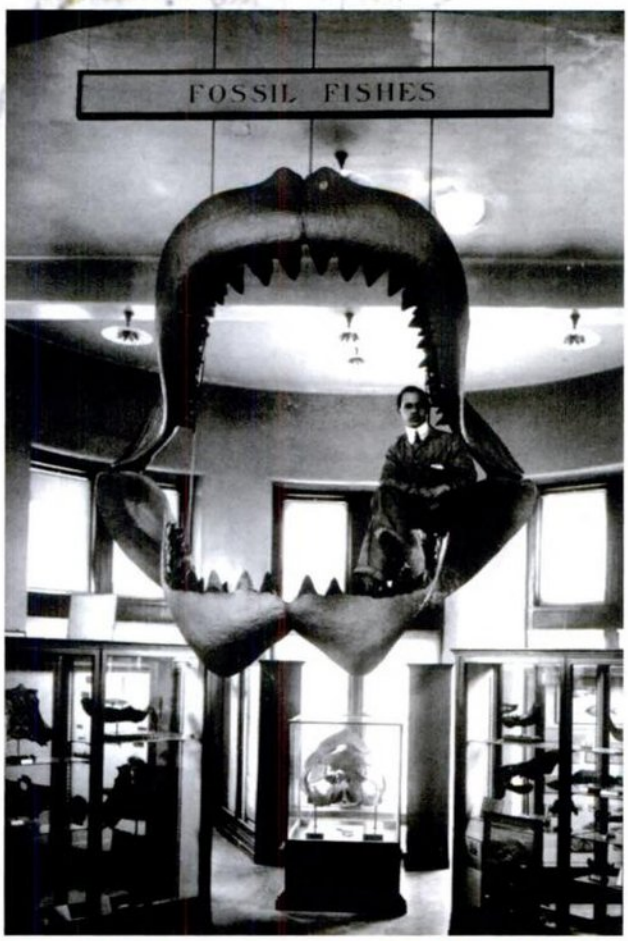
El cine se ha encargado de convertir al tiburón en un animal temible, enemigo inteligente del hombre, al que acecha desde el medio marino y ataca sin piedad. Sin embargo, la realidad es muy diferente y poco pueden hacer estos ancestrales habitantes de los océanos frente a la acción aniquiladora de los humanos. Por sí mismos, los tiburones son criaturas fascinantes acerca de las cuales aún nos quedan muchas cosas por descubrir, pero si a ello le añadimos la posibilidad de la supervivencia de especies primitivas gigantescas, como el Megalodón, las expectativas se disparan.

MEGALODÓN

Los dientes más temibles

Los tiburones surcaron los primitivos océanos del mundo mucho antes que los animales vertebrados colonizaran la Tierra, antes que las plantas creciesen en densos bosques o que los insectos volasen alrededor de estas. Si pudiésemos viajar en el tiempo, los tiburones serían unos de los pocos animales familiares que reconociésemos en medio de un lugar habitado por extrañas y desconocidas bestias. Y el tiburón gigante sería con justicia el rey de la creación.

El *Carcharocles megalodon* probablemente vivía en aguas profundas, donde se alimentaba de grandes presas marinas, como ballenas, calamares y reptiles acuáticos prehistóricos. Junto al cachalote, *Physter macrocephalus*, nuestro gigantesco tiburón sería el mayor depredador de todos los tiempos, por lo que cabe especular con la posibilidad de que si hoy día existen presas para sustentar a un enorme cazador marino como es el cachalote, lo más probable es que hubiese suficientes fuentes de alimento para mantener también al enorme pez prehistórico. Nuestro protagonista debe su nombre a centenares de afilados dientes de 17 centímetros de longitud que poblaban sus poderosas mandíbulas, capaces de



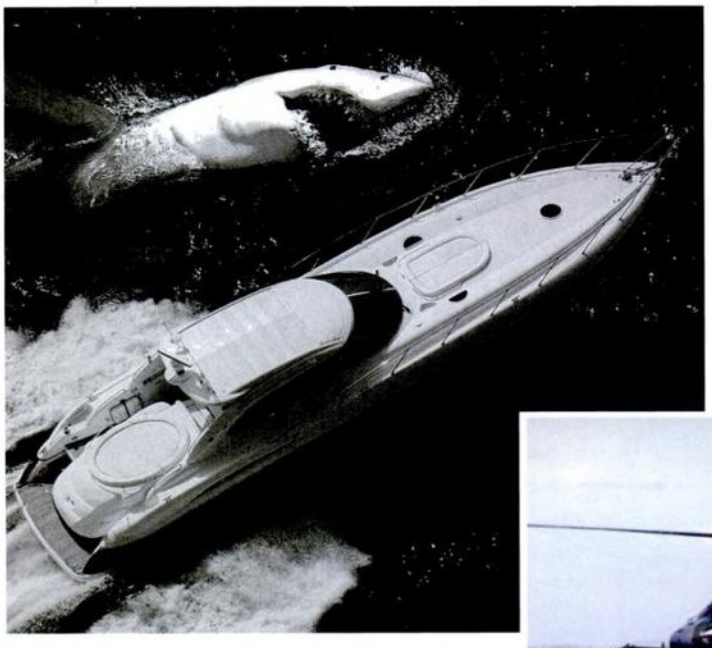
Reconstrucción sobredimensionada de la mandíbula del *Megalodón*.

Diente fósil a tamaño real.

destrozar a animales marinos del tamaño de una vaca de un solo bocado, como ballenas (balenoptéridos) y otros mamíferos (focas, delfines). Hoy en día, sus dientes se comercializan por miles en los Estados Unidos y no es muy difícil hacerse con uno a través de Internet. Aunque los expertos estiman su tamaño en torno a los 20 metros de longitud y unas 50 toneladas de peso, no se descarta que pudieran llegar a alcanzar la treintena de metros, e incluso si hacemos caso de testimonios recientes que apuntan a su supervivencia en nuestros días, ese tamaño podría incluso duplicarse.

Muchos de los dientes fósiles encontrados por paleontólogos presentan colores oscuros, que van del negro al marrón. No obstante, y como asegura Richard Ellis, experto en tiburones y autor de numerosos libros, *si alguien encontrase algunos de color blanquecino, que demostrasen poco grado de fosilización, podríamos concluir que o bien el animal se extinguió hace relativamente poco o que existen algunas poblaciones vivas hoy día.*

Estudios basados en la proporción media de deposición del dióxido de manganeso alrededor de los núcleos de ciertos dientes fósiles han demostrado que el *Carcharocles megalodon* se extinguió hace tan solo unos



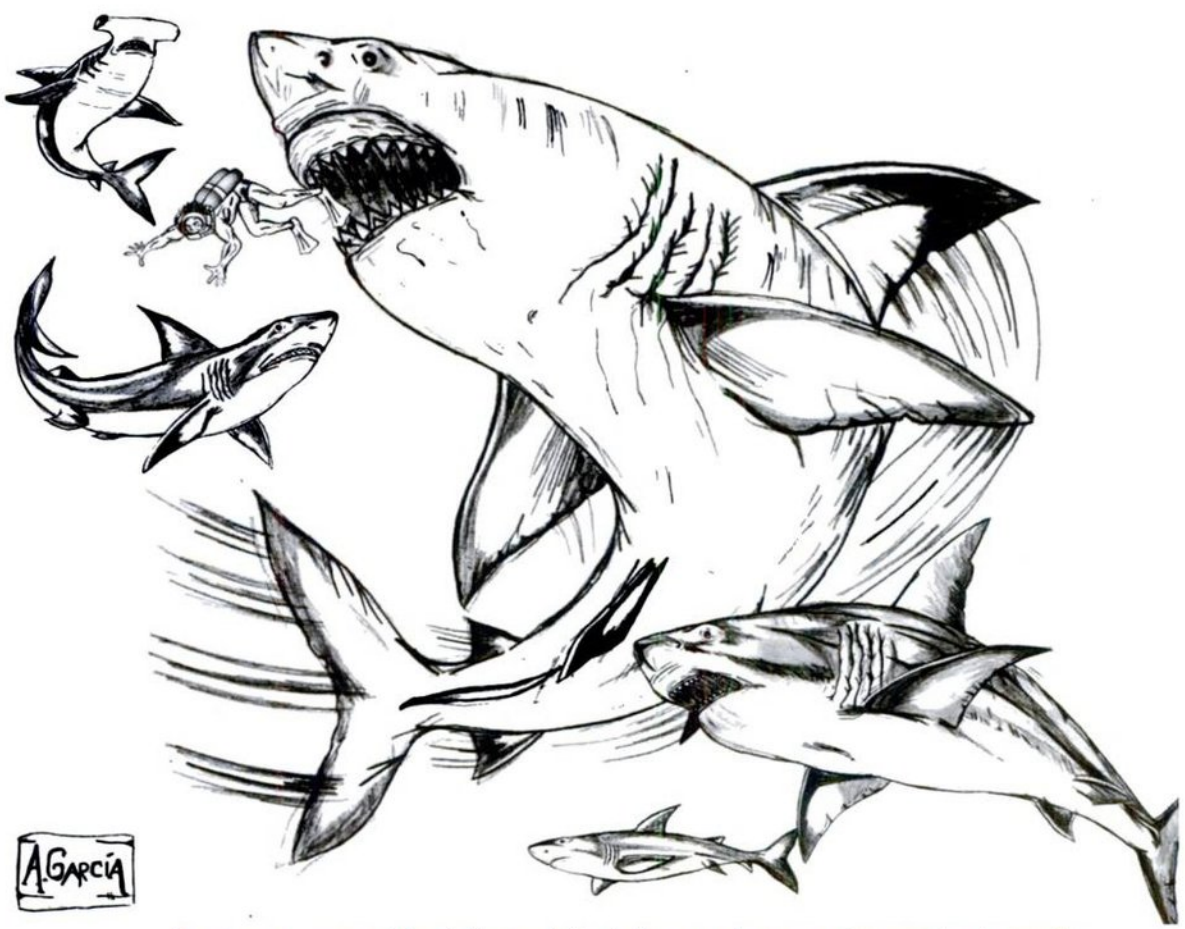
Fotomontajes que son útiles para poder imaginar cómo sería en vida un *Megalodón*.

11.000 años, en el Pleistoceno-Holoceno reciente. Geológicamente hablando, se podría afirmar que esto sucedió hace menos de 24 horas. Sin embargo, lecturas menos optimistas, fundamentadas en técnicas de datación radiométrica, indican que *Megalodón* desapareció de los prehistóricos océanos de la Tierra hace 1,6 millones de años.

Gigantes hoy en día

Un dato que no debemos despreciar es que se siguen descubriendo nuevas especies de animales oceánicos con relativa frecuencia. En noviembre de 1976 una nueva especie de tiburón fue documentada, el *Megaboca*, *Megaschama pelagios*, que puede llegar a medir hasta cinco metros de largo. Tal vez sea una pista para no despreciar la posiblidad de que el *Megalodón* siga vivo o que al menos lo haya estado hasta épocas muy recientes. Ciertos informes de encuentros con gigantescos tiburones en alta mar han sido citados y utilizados como evidencia para apuntalar su posible existencia. Uno de los más fiables lo proporciona el naturalista australiano David Stead en su obra *Tiburones y rayas de los mares australianos*, relato que, por su importancia, lo reproducimos íntegramente:

En el año 1918 registré la sensacional noticia que se había producido entre los pescadores de cangrejo del Puerto Stephens, cuando, y durante varios días, todos se negaron a ir a la mar a sus zonas de pesca regulares en la vecina isla de Broughton. Los hombres habían estado pescando en aguas profundas, cuando apareció un inmenso tiburón de proporciones casi increíbles, que empezó a arrastrar los grandes contenedores usados para la pesca del cangrejo. Cada uno de estos contenedores medía casi 1,5 metros de diámetro y podían pesar hasta 80 kilos. En compañía del inspector de las pesquerías locales entrevisté a muchos de los hombres de la tripulación. Todos estaban de acuerdo acerca del tamaño de la gigantesca bestia, aunque en general era casi absurdo. Eran expertos marinos, acostumbrados a toda clase de tiempo y a toda clase de criaturas del mar. ¡Uno dijo que el tiburón medía 90 metros por lo menos! ¡Otros dijeron que era como el muelle en que nosotros estábamos de pie, aproximadamente 35 metros! Afirmaron que el agua «hirvió» por donde el pez pasó nadando. Todos estaban familiarizados con las ballenas que veían pasar a menudo, pero esto era un inmenso tiburón. Vieron su enorme cabeza que era «por lo menos como el tejado del almacén de la bahía de Nelson». Una de las cosas que más me impresionaron era que todos estaban de acuerdo



Boceto que compara al *Megalodón* con el tiburón blanco, un humano y otras especies de escualos. Realizados por A. García.

acerca del color blanquecino fantasmal del inmenso pez. El inspector de las pesquerías locales, señor Paton, dijo que debió ser algo gigantesco para poner a estos hombres experimentados en tal estado de terror y pánico.

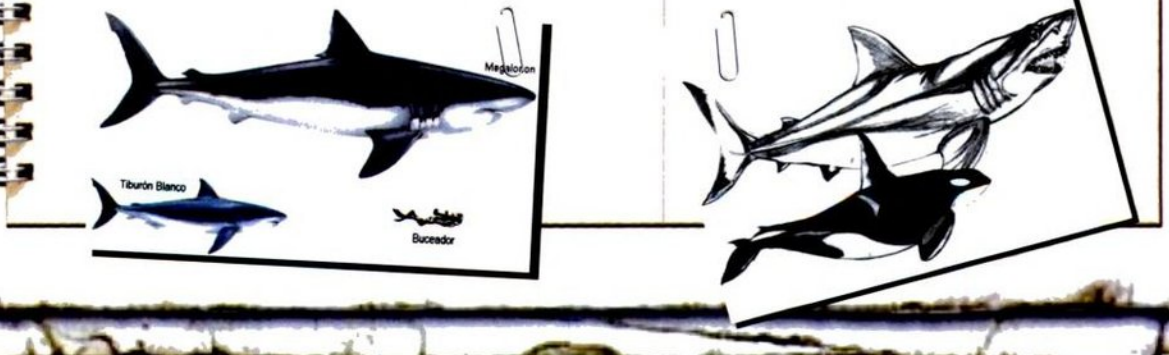
Otro caso igualmente interesante es documentado quince años más tarde, en 1933. En esta ocasión la observación se produce fuera de la costa de Rangiroa y lo protagonizan el escritor Zane Grey y su hijo Loren, quienes regresaban a San Francisco después de un viaje de pesca en Tahití a bordo del *S. S. Manganui.*

Una tarde, a eso de las cinco, Loren estaba en la borda cuando vio una bandada pequeña de gaviotas volando en espiral y una mancha de agua amarilla. Al principio pensaron que era una ballena, pero cuando la gran cola castaña subió en la estela del barco, como si el pez se moviese fuera del alcance del transatlántico, supimos inmediatamente que era un tiburón monstruoso. La cabeza redonda, grande, parecía medir por lo menos 3 metros, si no más... La gigantesca y amarillenta criatura, cubierta por mejillones y otras conchas, medía unos 15 metros de largo. No era un tiburón ballena: el tiburón ballena posee una coloración distintiva en todo su cuerpo. La pregunta es: ¿de qué se trataba, quizá un verdadero monstruo prehistórico abisal?

Lo avistado en ambos casos encaja como un guante en la creencia tradicional preservada por los pescadores polinesios de Nueva Gales del Sur, Australia, quienes describen a un gigantesco monstruo marino al que veneran como un dios de más de 30 metros de largo, al que llaman «*Señor de las profundidades*».

GIGANTES DE LOS MARES

Tiburón Blanco, Carcharodon carharias (7 metros, 2,5 toneladas)
Tiburón Ballena, Rhincodon typus (15 metros, 12 toneladas)
Megalodón, Carchorcles megalodon (16 metros, 48 toneladas.)
Ballena jorobada, Megaptera novaeangliae (16 metros, 38 toneladas)
Calamar gigante, Architeuthis dux (18 metros, 1 tonelada)
Cachalote, Physter macrocephalus (18 metros, 57 toneladas)

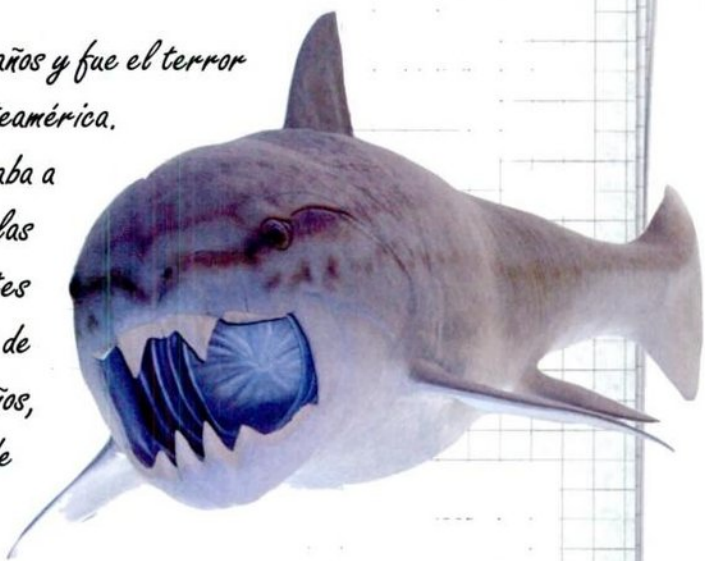


TIBURONES PREHISTÓRICOS

Hybodus: Uno de los más comunes tiburones de la época de los dinosaurios. Con sus casi 2 metros de largo, Hybodus vivió hace unos 180 millones de años, junto a ictiosauros y plesiosauros.

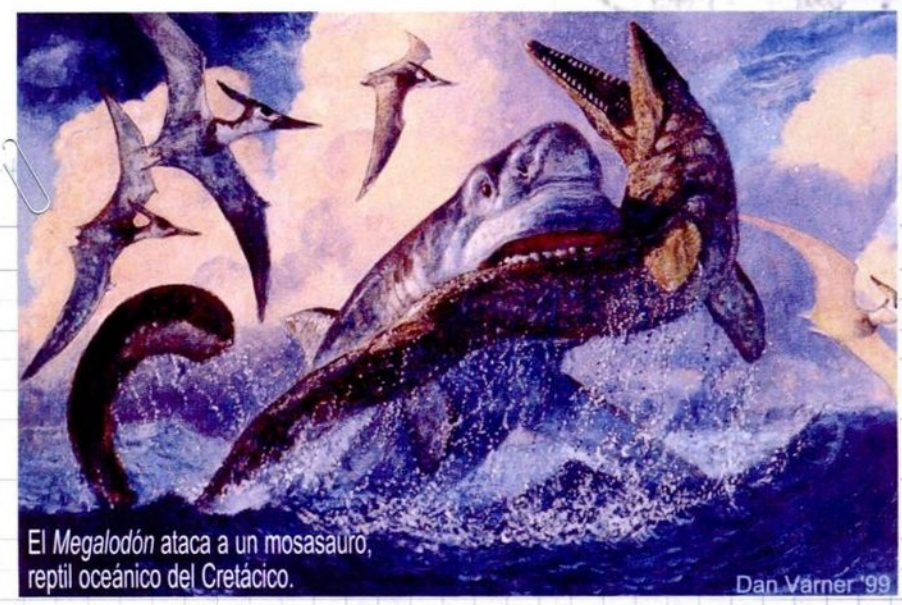
Cladoselache: El tiburón prehistórico más estudiado por la ciencia, el Cladoselache media apenas 1 metro de longitud. Vivió hace 375 millones de años. Su cola, extremadamente ahorquillada, indica que fue un veloz nadador.

Orthacanthus: vivió hace 260 millones de años y fue el terror de los pantanos y lagos de Europa y Norteamérica. Su sinuoso cuerpo en forma de anguila llegaba a medir 3 metros, y sus poderosas mandíbulas estaban alineadas con hileras de dientes dobles. Este grupo de exitosos tiburones de agua dulce apareció hace 400 millones de años, extinguiéndose hace unos 225 millones de años.



Stethacanthus: Su extraña estructura en forma de cepillo situada en la espalda quizá sirvió como señal a la hora del apareamiento, o como arma de combate en los machos. Como muchos tiburones arcaicos, el Stethacanthus era pequeño en tamaño, apenas llegaba al metro de longitud. Vivió hace 375 millones de años.

Symmorium: Debido al gran parecido en forma y tamaño entre Symmorium y Stethacanthus, salvo la extraña estructura en forma de cepillo de este último, muchos científicos proponen que Symmorium pudo ser simplemente un ejemplar hembra del género Stethacanthus.



El *Megalodón* ataca a un mosasauro, reptil oceánico del Cretácico.

Scapanorhynchus: Fue un antiguo miembro del grupo de tiburones modernos, abisales y de aguas templadas y tropicales, del género Mitsukurina. Este fósil de hace 110 millones de años, ha sido encontrado en los cinco continentes.

Helicoprion: Vivió hace unos 250 millones de años. Desarrollaron una curiosa estructura dentaria en forma de espiral dentada, a modo de sierra radial, donde los dientes más pequeños, y por lo tanto más jóvenes, se situaban en el interior de dicha espiral, para ir así reemplazando a los más gastados, situados en el borde exterior. Esta estructura probablemente servía para herir o seccionar partes de sus presas, para luego devorarlas a placer. Llegó a medir unos 3 metros de longitud.

Ischyodus: Una de las formas más extrañas, encontrado en Alemania, de hace unos 150 millones de años. Con una talla de aproximada de un metro de largo, Ischyodus fue un pariente cercano de las modernas Quimeras. Este grupo presenta placas dentarias de gran tamaño usadas para triturar sus presas.

Xenacanthus: Este pequeño tiburón de agua dulce, de 1,5 metros de largo, se caracterizaba por tener una larga espina proyectada hacia atrás en la parte alta de su cabeza, además de por sus pequeños y ahorquillados dientes. Vivió hace unos 345 millones de años.

El extraño y peculiar tiburón anguiliforme de gorguera.

El tiburón anguila, Chlamydoselachus anguineus, es el único miembro de su primitiva familia de los Clamidoselachidos, cuya existencia está debidamente certificada. Su extraña cabeza, muy similar a la de un reptil, unida a su alargado cuerpo, le confiere un increíble parecido a un escamoso saurio. Esta especie, asociada a las grandes profundidades marinas, es prácticamente una desconocida para la zoología moderna.

¿TIBURONES SERPENTIFORMES O REPTILES MARINOS?

Los grandes escualos anguiliformes

En agosto de 1880 una nueva criatura marina era izada abordo de la embarcación del capitán S. W. Hanna. En el puerto estadounidense de New Harbor, en Maine, todo el mundo parecía maravillado. Lo que parecía ser la cría, o tal vez un ejemplar juvenil de una fabulosa serpiente marina, se hallaba varado en las lonjas del refugio pesquero. Las páginas de la publicación *Sea-Side Press* resumieron de manera bastante escueta a la singular criatura marina: *El animal media unos 60 centímetros de largo y parecía una anguila de gran tamaño. En la parte más ancha el grosor del cuerpo era de unos 20 centímetros. La cabeza era ancha y plana, y la mandíbula, armada de afilados dientes, se proyectaba más allá del hocico. Hanna la había capturado muerta mientras flotaba a la deriva.*

Aunque breve, este informe fue lo suficientemente atractivo como para atraer la atención del ictiólogo Spencer Baird, afiliado a la Comisión Ictiológica de los Estados Unidos. Este pudo contactar con el capitán Hanna y recabar algo más de información sobre el extraño visitante submarino. Baird pudo constatar que la piel del animal era muy delicada, similar a la de ciertos tiburones pequeños, como el galludo o las mielgas (*Squalus sp.*). Asimismo, una pequeña aleta dorsal aparecía

en lo alto de la cabeza, así como otras dos a ambos lados del cuerpo. La cola quedaba adornada por una larga pero estrecha aleta que recorría la parte terminal del cuerpo de la criatura. Tras recibir un simple boceto del animal avistado por Hanna, Baird dedujo que este presentaba tres desprotegidos arcos branquiales, similares a los de los tiburones actuales. No obstante, todas las especies modernas presentan cinco, seis o siete aberturas branquiales. Además, la boca situada hacia el extremo del hocico, en vez de ubicarse ventralmente, contrastaba con todas las especies de escualos conocidos. Baird redactó un informe sobre el caso, apuntando que una nueva especie de pez había sido capturada en aguas de Maine. No obstante, Hanna nunca tuvo la precaución de preservar el enigmático ejemplar oceánico, por lo que su identidad nunca pudo ser aclarada, siendo un misterio hasta hoy día.

La naturaleza nos sorprende con formas tan inusuales como el tiburón de Gorguera.

Más ejemplares y reconocimiento científico

Como era de esperar, Baird pensó, así como otros muchos investigadores, que una nueva especie de anguila era lo que por entonces había capturado accidentalmente. El concepto de un tiburón con cuerpo de serpiente era un tanto atrevido para entonces, aunque esta apreciación cambio drásticamente en el año 1884.

Entre los años 1879-1881, Ludwig Doderlein, un naturalista austriaco, trajo de sus viajes por Asia una gran colección de especímenes, principalmente peces. Entre la gran variedad se encontraban dos ejemplares de extraños tiburones de cuerpo tipo anguila, que presentaban la boca en posición terminal, es decir, ubicada hacia el extremo del morro. Todo apuntaba a una nueva especie que no había sido descrita por la zoología del momento. El sorprendente ser, conocido por los pescadores locales como *tokagizame*, tiburón de cabeza de lagarto, o *ribuka*, tiburón sedoso

a consecuencia de sus delicadas aletas y suaves escamas, era difícilmente capturado en aguas profundas. Finalmente, el tiburón anguila que hoy conocemos sería formalmente descrito por Samuel Garman en 1884. Este particular escualo presenta seis extraños y vistosos arcos branquiles, a modo de collarín, que lo diferencian de cualquier otra especie. El primer par se halla unido por un pliegue de piel, estando los restantes adornados por un grueso borde dérmico. Esta condición se encuentra ausente en todos los tiburones modernos, pero presente en muchas especies prehistóricas, lo que evidencia que estos arcaicos peces surcaron los mares del Devónico hace unos 400 millones de años. Esta especie de aguas profundas se alimenta de otros tiburones, pulpos y calamares, habitando todo el Atlántico y ambos lados del Pacífico. Como el lector habrá deducido, su biología es muy poco conocida, estableciéndose como talla máxima los dos metros de largo total, aunque ello no ha impedido que se hayan anunciado observaciones de criaturas mucho mayores.

Liopleurodón, un gran reptil marino de más de 9 metros, contemporáneo con los grandes escualos prehistóricos.

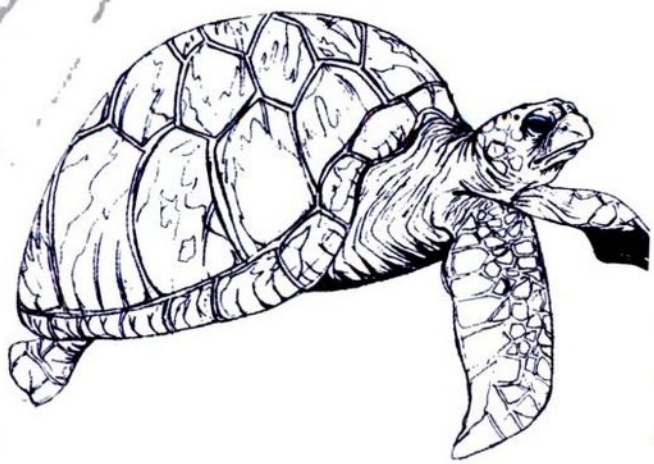
¿Explicando la gran serpiente de mar?

Drama en los océanos del Cretácico: un gran mosasauro ataca una tortuga marina.

Los restos del cadáver de un cetáceo gigante pueden llegar a pasar por misteriosos cadáveres.

En agosto de 1907, el doctor David G. Stead, especialista en peces y fauna marina australiana, pudo examinar con todo detalle los restos del cadáver de una supuesta serpiente marina que se hallaba varada a la bahía de Sidney. El biólogo había sido alertado por un pescador de la bahía de Rose, que se las había apañado para preservar el cráneo y unas 150 vértebras de la asombrosa criatura. Estas muestras fueron suficientes para que Stead identificara claramente al misterioso ser como un tiburón anguila. No obstante, y basándose en el tamaño y en el numero de vértebras, Stead se vio obligado a admitir que, por lo menos, el ejemplar media unos tres metros de largo. El experimentado pescador, que días antes había podido observar la extraña carroña en mejores condiciones, apuntó que al menos el animal en vida mediría unos cuatro metros de largo. Si esto fuera así, este registro duplicaría la talla oficial para este tiburón. Asimismo, individuos de incluso mayor tamaño podrían pasar indetectados en las grandes profundidades abisales, lejos de todo reconocimiento científico.

No cabe duda de que tales leviatanes se ajustan de manera casi perfecta a la típica descripción de la gran serpiente de mar a la que ya dedicamos uno de nuestros capítulos, constituyendo una identidad alternativa a este escabroso y duradero enigma zoológico. Igualmente, apuntaremos que el eminente criptozoólogo Bernard Heuvelmans reitera varias veces, en su indispensable libro *Tras la estela de los monstruos marinos,* que la existencia de tales formas gigantes explicarían satisfactoriamente muchos de los avistamientos de grandes animales oceánicos de cuerpo serpentiforme.



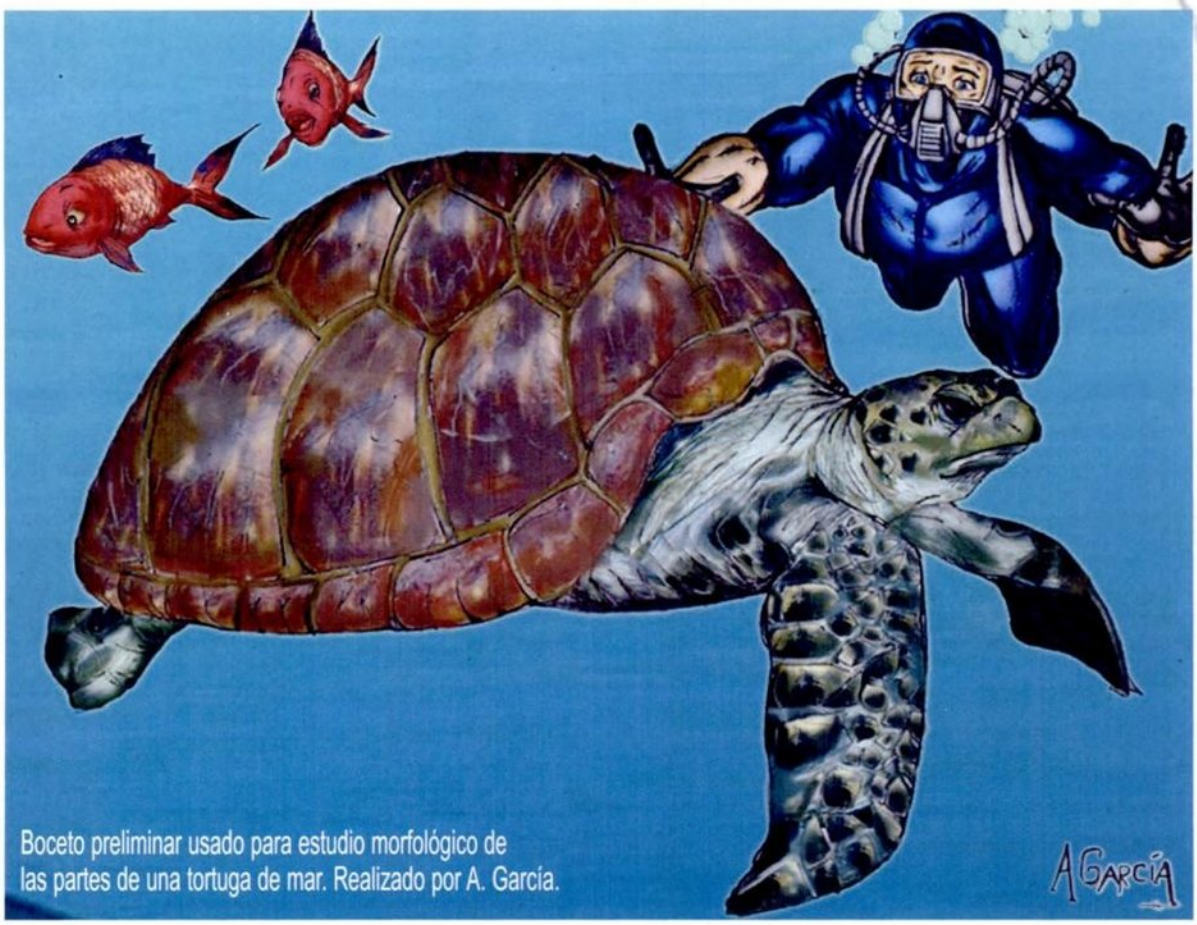
La Archelon ischyros fue una tortuga de un tamaño descomunal. Por los restos fósiles se ha podido comprobar que llegaba a alcanzar los cinco metros de longitud. Su periodo álgido de existencia fue el Cretácico superior, es decir, hace unos 65-75 millones de años, probablemente demasiado tiempo para que ningún ejemplar haya logrado sobrevivir hasta nuestros días. Sin embargo, muchos testigos han afirmado, en multitud de ocasiones, haber contemplado la presencia de tortugas de increíble tamaño que supera todo lo conocido hasta ahora.

TORTUGAS GIGANTES

Con la casa a cuestas

Como las actuales tortugas, el *Archelon* poseía un poderoso pico con el que atrapaba peces y gusanos para alimentarse. Al contrario de lo que pueda pensarse, nuestro gigante no tenía un caparazón pesado y duro como el de las tortugas terrestres o de agua dulce, pues esta gigante habitaba en mar abierto. Su caparazón estaba compuesto por puntales transversales que no eran otra cosa que sus propias costillas que se constituían a partir de su columna vertebral. Solía vivir en aguas poco profundas y no estaba exenta de enemigos, entre los que destacaban de manera especial los mesosaurios o los tiburones prehistóricos como el *Hybodus*. No cabe duda que el *Archelon* era todo un gigante, pero lo que nos resulta aquí especialmente interesante es su hábitat, situado en Norteamérica, el mismo de donde provienen los informes de un desconocido críptido que se ha dejado ver en muy pocas ocasiones, la conocida como «La Bestia de Busco».

La más grande de todas las tortugas marinas: el *Archelon* podía superar los 4 metros de largo.



Boceto preliminar usado para estudio morfológico de las partes de una tortuga de mar. Realizado por A. García.

La Bestia de Busco

Las decenas de testimonios de personas que aseguraron haber visto en 1949 a una extraña criatura en Charabusco, un pueblo cercano a Fort Wayne, en Indiana, despertaron tanto interés que los principales rotativos del condado se hicieron eco de la noticia. Y no era para menos, pues la leyenda de la "Busco" no resultaba extraña en una zona donde desde hacía ya mucho tiempo se hablaba de esa criatura, a la que denominaban bestia a consecuencia de su descomunal tamaño: dos metros de longitud y 220 kilos de peso.

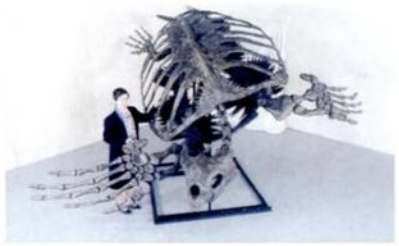
Durante años, un incesante ir y venir de cazadores intentó sin éxito dar con ella, pero jamás lo consiguieron, hasta que la suerte pareció cambiar en julio de 1950. Fue entonces cuando dos granjeros que se disponían a dragar una pequeña laguna en Black Oak, Samuel E. Brownsten y Henry Ewen, se toparon de bruces con el misterio. Querían desecar una de las cuatro lagunas para habilitarla como granja, construyendo para ello una especie de canalización de unos treinta centímetros de diámetro, por la que extraerían toda el agua y todo lo que hubiera en su interior. Una vez estuvo conectada la bomba, el agua comenzó a correr con

fluidez, y con ella ranas y una gran variedad de peces propios del entorno; todo iba sobre ruedas hasta que en un momento dado la tubería pareció obstruirse con algo evidentemente mayor que su diámetro. Brownsten se introdujo como pudo en ella para liberar la canalización y lo que vio, cuando menos, le dejó impresionado. Exaltado, gritaba: *¡Es una tortuga, he visto una tortuga, y su cabeza es tan grande como la de un humano!* Con él fuera, Ewen se animó a entrar en el agujero logrando tirar un poco de su caparazón, pero cuando se dio cuenta de la envergadura del animal no quiso correr el riesgo de quedarse él también atascado. *La dejamos unas horas allí, y cuando regresamos el animal ya se había zafado y desaparecido*, declararía después.

El esqueleto del *Archelon* reconstruido a partir de restos fósiles.

La cabeza de una tortuga acuática puede llegar a ser algo desconcertante de observar.

El tamaño de *Archelon* empequeñece a cualquier ser humano.



Aunque los encuentros con tortugas gigantes sean inusuales, en criptozoología no son un hecho aislado si nos atenemos a la casuísticva registrada. En 1937 se encontró en el río Neosho, en Kansas, un ejemplar de 185 kilos. Quizá la larga longevidad de las tortugas, unos 200 años en algunos ejemplares, sea la explicación más probable para comprender el hallazgo de tortugas de este tamaño en lugares como estos, tortugas gigantes que los criptozoólogos plantean que puedan estar emparentadas, al menos para el caso de Norteamérica, con una especie conocida como «Tortuga Nariz de Cocodrilo», *Macrochelys Temminicki.*

La tortuga gigante de Hoan Kiem

El lago Hoam Kiem, en Vietnam, es un lugar de ensueño querido y cuidado con mimo por sus habitantes. Existe en él una antigua leyenda que ha llegado hasta nuestros días en forma de poema tradicional. Según el relato, un héroe local llamado Le Loi se convirtió en rey después de derrotar a los invasores con la ayuda de una espada que había emergido del propio lago. Tiempo después, cuando ya era rey y mientras navegaba por el lago, una enorme tortuga dorada emergió del lago y se dirigió al barco. Educadamente, la tortuga solicitó al rey la devolución de la espada que antaño le había dado la victoria. El propio rey, muy enfadado, se negó a devolverla, lo que no impidó que la espada volara mágicamente del cinto del monarca hasta la boca de la tortuga, la cual se sumergió de inmediato hacía el fondo del lago de donde había emergido, dando nombre así al lago, que vendría a significar «espada restaurada».

Lejos de la romántica leyenda, es cierto que en el propio lago, hoy mucho más pequeño que en su formación original, existe una pequeña isla llamada «isla de la tortuga dorada», que no solo hace referencia a la citada leyenda, sino también a que era allí donde enormes tortugas emergían del lago para calentarse al sol. Durante décadas, los habitantes de Hanoi, en Vietnam, creyeron que estas historias eran puro folclore popular, pero después de cientos de avistamientos de tortugas gigantes en el lago, los científicos creen que es posible la existencia de una especie de reptil de más de dos metros de longitud en el propio lago Hoan Kiem.

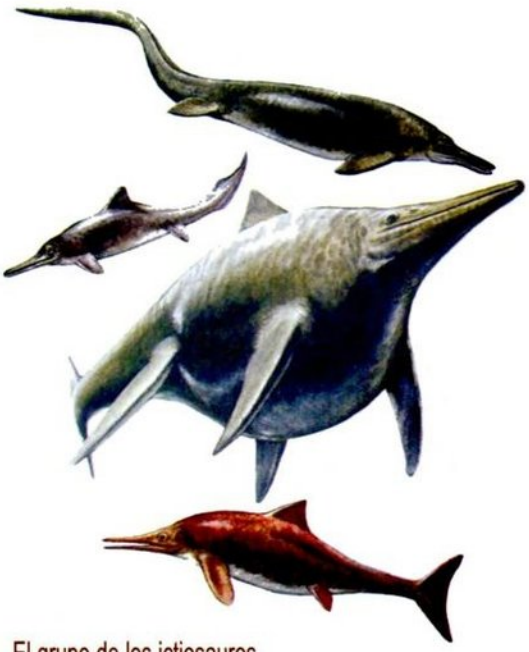
Pensé que eran simplemente historias, pero lo que vi era real. Una tortuga gigantesca pareció emerger del lago como si nada fuera con ella. Era inmensa y tenía un pico casi del tamaño de una cabeza humana. El testimonio anterior no solo es contundente, sino que además proviene de alguien sobradamente cualificado, el profesor inglés Simon Cartwright, protagonista de uno de los últimos avistamientos del escurridizo quelonio.

Diferentes imágenes de la tortuga gigante del lago Hoan Kiem. Todavía hoy sigue siendo una desconocida.

Otro profesor de la Universidad de Hanoi, Ha Dinh Duc, es sin lugar a dudas un experto en la materia y no en vano ha llegado a bautizar a la criatura con el nombre científico de *Rafetus leloi*. En su opinión, la criatura es una especie única de tortuga gigante que habita en el lago, aunque expresa su consternación al creer que probablemente ya se haya extinguido o queden solo uno o dos ejemplares. Por su parte Peter Pritchard, profesor de Biología experto en quelonios, aporta al debate la posibilidad de que la tortuga que vive en el lago sea una *Rafetus swimhoe*, una especie de tortuga que ya se cazaba hacía pocas décadas en el cercano río Rojo. Lo que no se atreve a confirmar es si el animal que aparece periódicamente en el lago, cuya principal característica es una mancha blanca en el pico, es el único ejemplar que superviviente en el lago.

La singular tortuga es protagonista de un interesante debate científico en estos momentos entre ambos expertos, puesto que para Duc no hay duda de que su especie presenta serias diferencias en las garras y caparazón con respecto a la *Rafetus swimhoe* descrita por Pritchard. Además Duc cuenta con el apoyo de Doug Hendiré, quien trabaja en Vietnam en la protección de 23 especies de tortugas en peligro de extinción. En sus propias palabras, *es posible que la tortuga que el señor Duc investiga desde hace años se encuentre en el final de su existencia, pero lo que es seguro es que la leyenda sobrevivirá a la propia existencia de la tortuga.*

Lo interesante del asunto es que ya nadie niega que la tortuga sea real, es decir, que el mito se convirtiera en realidad; de hecho, existe una fotografía tomada por Duc que parece confirmar la existencia del animal y sus dimensiones: dos metros de largo por uno de ancho.



El grupo de los ictiosauros contó con muchas y variadas hidrodinámicas especies.

Por lo general, los cadáveres pertenecientes a criaturas marinas que suelen aparecer varados en una playa o en algún lugar de la costa se hallan normalmente en avanzado estado de descomposición. Esto altera totalmente su apariencia, distorsionando las formas y dificultando enormemente las tareas de identificación, abriendo el abanico a todo tipo de expeculaciones. Sin embargo, lo ocurrido en una playa de Gambia en junio de 1983 constituye un extraordinario episodio pocas veces visto en la historia de la criptozoología; su protagonista, «Gambo».

ICTIOSAUROS EN GAMBIA

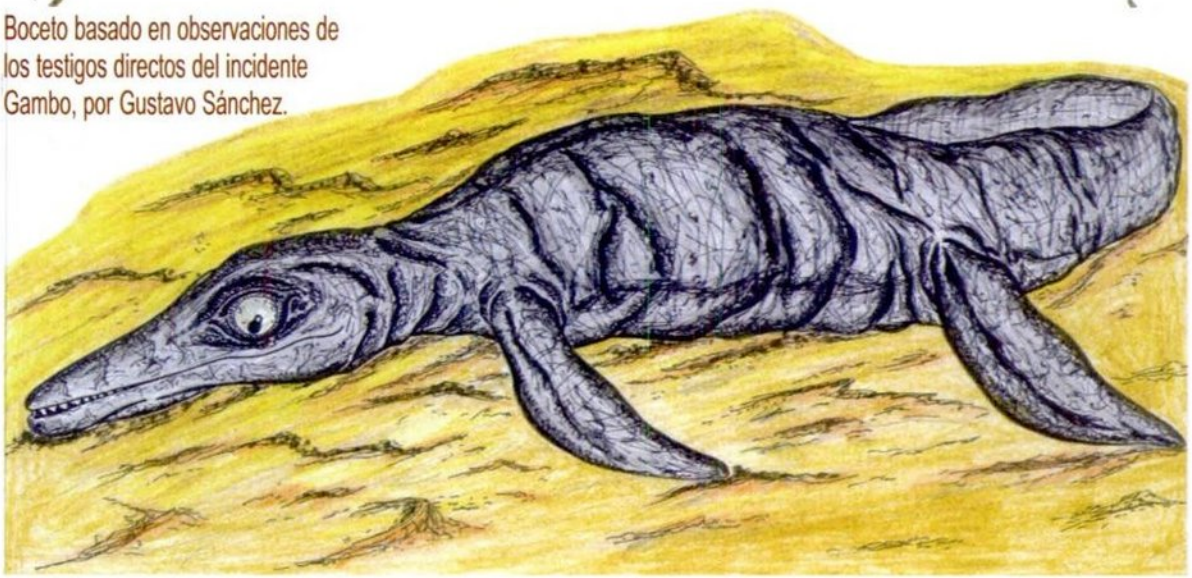
La insólita historia del Gambo

El cuerpo entero y prácticamente intacto de un animal acuático desconocido era depositado plácidamente por las olas en la orilla del litoral gambiano un 12 de junio de 1983. Mientras deambulaban despreocupados por aquella hermosa zona costera Owen Burnham y tres de sus familiares, se encontraron de bruces con el enigmático ser, como si el destino quisiera gastarles una broma o brindarles el más intrigante de los regalos.

Burnham, de origen británico pero criado en Senegal, ya era incluso entonces un naturalista aficionado y gran conocedor de las gentes y los animales de África. Es a su vez miembro honorario de la tribu Mandinga y habla fluidamente este dialecto. En ocasiones, él y su familia se desplazaban al vecino país de Gambia para pasar las vacaciones allí, siendo en una de esas visitas cuando se tropezaron con el extraño varamiento. Era como si el destino supiera que ponía al alcance de las manos adecuadas aquel enigma.

80 dientes en sus mandíbulas

Serían las ocho de la mañana de aquel tórrido día africano, cuando Owen, acompañado de su padre y hermanos, vislumbraron algo volumi-

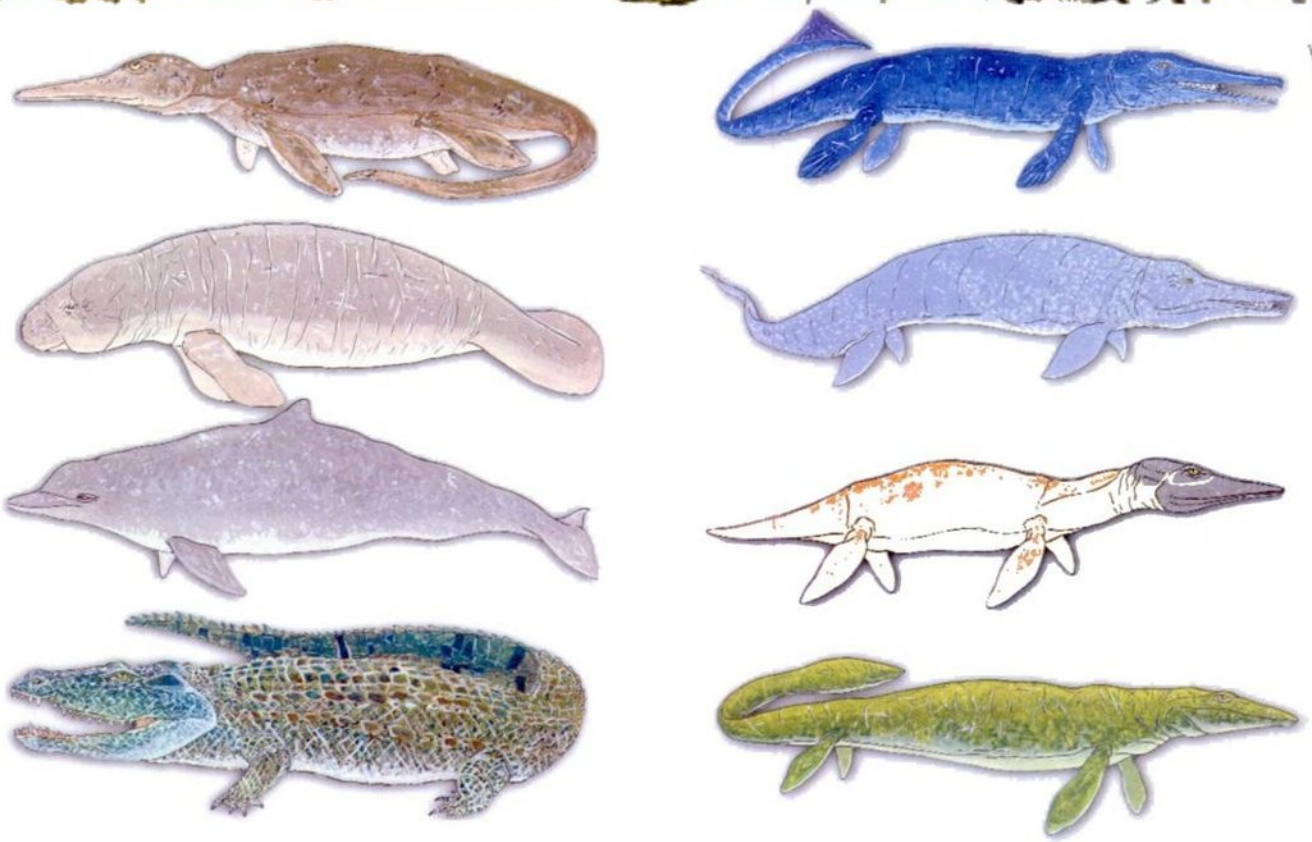


Boceto basado en observaciones de los testigos directos del incidente Gambo, por Gustavo Sánchez.

noso y oscuro en la arena de la playa del Hotel Bungalow, un paradisiaco enclave por el que fluye como único río grande el Gambia. Al llegar al punto exacto donde yacía algo aparentemente muerto, se encontró a dos lugareños que caminaban en círculos alrededor del curioso ser, dispuestos a seccionar la cabeza con sus machetes para intentar vender el cráneo como macabro *souvenir* a los turistas europeos. Por suerte, Owen lograría disuadirlos de tal acción, sumándose ambos pescadores a las tareas de medir previamente al animal y anotar e ilustrar todos sus detalles. Para obtener mediciones lo más exactas posibles, trazaron una línea paralela al cuerpo varado. Luego la medirían longitudinalmente con un metro. Los cálculos para las aletas y cabeza eran tomados por separado. Los dientes del que en criptozoología sería conocido como *Gambo* fueron contados uno a uno, obteniéndose los siguientes valores:

Largo total (cabeza + cuerpo + cola): 4 metros 64 centímetros.
Cabeza + Cuerpo: 3 metros.
Longitud de la cola: 1,50 metros.
Longitud del morro: 45 centímetros.
Longitud de la aleta: 45 centímetros.

Las mandíbulas eran largas y delgadas, provistas de unos ochenta dientes distribuidos de forma uniforme. Estos eran similares a los de una barracuda, pero más gruesos, blancos y muy afilados. Todos los dientes tenían más o menos la misma forma. Las mandíbulas eran mucho más largas que las de cualquier delfín, se hallaban fuertemente cerradas y resultó tremendamente difícil el tratar de abrirlas. El típico orificio aventador situado en lo alto del cráneo de los delfines no se hallaba presente. En cambio, el morro se hallaba rematado por un par de aberturas nasales.



Gambo (arriba a la izda.) es comparado con un manatí, delfín, cocodrilo (actuales), y con un cocodrilo marino, ictiosauro, plesiosauro y mosasauro (prehistóricos). Ilustraciones de Gustavo Sánchez.

La criatura era de color marrón oscuro por arriba y casi blanca por debajo. Aunque olía bastante mal no se hallaba desmembrado, presentando el cuerpo inflado por acumulación de gases en el interior de la cavidad abdominal. Seguramente, en vida sería mucho más ahuesado. La frente era algo abombada y no se apreciaban orejas u orificios auditivos, mientras que los ojos, un tanto opacos, estaban presentes y no sobresalían, por lo que la criatura no podía llevar mucho tiempo muerta. Un delfín que se hallara muerto durante cinco días, y que no fuese atacado por carroñeros, presentaría un aspecto muy similar. Su piel era lisa y se hallaba un poco dañada en la zona posterior, coincidiendo con la posición de una aleta trasera. Aquí un trozo grande se desprendía del resto del cuerpo, mientras que los intestinos parecían asomar por una herida del blanquecino vientre. La otra extremidad también estaba un poco golpeada pero no se observaban huesos. Ambas, diseñadas en forma de pala o remo, eran sólidas y redondeadas, sin dedos, garras o uñas. No había glándulas mamarias ni órganos sexuales visibles. La cola era más o menos gruesa y redondeada.

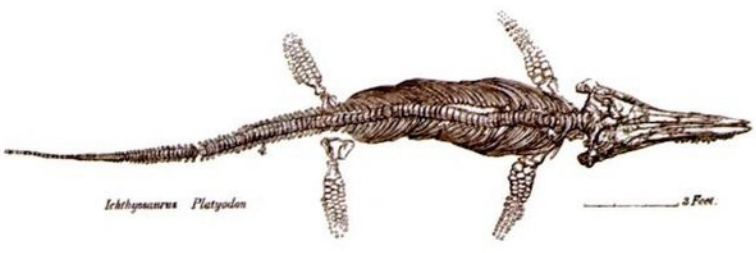
Un extraño *kunthum belein*

Desgraciadamente, Owen no poseía una cámara fotográfica por entonces. Solamente pudo realizar un boceto de la criatura y finalmente los pescadores terminaron cortando la cabeza de la misma. Las vértebras eran

muy sólidas, y la carne, roja y muy oscura como la de una res. Les llevó unos veinte minutos el separar la cabeza del cuerpo. Burnham estuvo a punto de adquirir el fúnebre trofeo, pero no imaginó cómo transportarla al Reino Unido. Los verdugos se marcharon del lugar ante sus ojos portando para su venta como *souvenir* una prueba física, de altísimo valor, que hubiese tal vez aclarado la existencia de especies prehistóricas en la región o tal vez el ejemplar tipo –holotipo– para describir alguna nueva. Lo trágico es que este valiosísimo material fue posteriormente abandonado, ya que el precio que se pedía por la sanguinolenta pieza era desorbitado a ojos de cualquiera.

Mas tarde, un nutrido grupo de locales enterrarían al fantasmagórico ser marino. Cuando Owen les preguntaba por el nombre común de la criatura, todos se referían a ella como *kunthum belein,* es decir, *mandíbulas cortantes*, la vernácula denominación usada para tratar a cualquier especie de delfín. Obviamente, los lugareños atribuían al desconocido animal un nombre conocido debido a su superficial semejanza con un cetáceo de pico dentado, criatura familiar entre ellos. Esta práctica es común en África, donde, por ejemplo, al gato serval, *Felis serval*, se le llama comúnmente pequeño leopardo, *Panthera pardus*, por su similar coloración.

Al no quedar contento con las explicaciones locales, y enormemente intrigado por el ignoto ser varado, Owen inició unas breves indagaciones en busca de respuestas más satisfactorias y adaptadas a la realidad de lo observado. Uno de los expertos a los que consultó le aseguró que el animal en cuestión era un delfín, argumentando que la cola pudo haber desaparecido en el agua, de ahí la extraña terminación caudal sencilla tipo rabo. La propuesta no convence a nuestro joven naturalista, entre otras cosas porque no soluciona la falta de aleta dorsal, presente en todas las especies de delfínidos africanos. Otros investigadores consultados apuntaron a zifios, enormes delfines de aguas profundas, del género *Tasmacetus* o *Mesoplodon*, pero otra vez nos encontramos con el obstáculo de la proyección dorsal que, aunque muy retrasada, también



Esqueleto reconstruido de ictiosauro y aleta fósil de plesiosauro.

está presente en todas las especies, así como la diferencia en el tamaño de las mandíbulas. Por último, alguien sugeriría a Owen que lo descubierto no es otra cosa que un manatí, *Trichechus senegalenesis*. Aunque presentes en las costas occidentales de África, estos apacibles herbívoros submarinos presentan una cabeza chata sin aparente proyección mandibular y una distinguible corta cola rematada por un lóbulo ancho, plano y redondeado.

Cuando, transcurridos los años, el eminente criptozoólogo inglés doctor Karl Shuker trata este caso en profundidad, llega a la conclusión de que la criatura, en ausencia de pruebas materiales sólidas, se asemeja a algún tipo de reptil oceánico. Shuker explora la frágil posibilidad que apunta hacia un cocodrilo marino fuera de su rango de distribución; descarta también completamente una identidad tipo ballena, delfín o sirenio (manatíes), debido principalmente a la presencia de cuatro extremidades y a la ausencia de aleta dorsal. Finalmente, concluye que este tipo de casos proporcionan pruebas para pensar que tal vez los grandes reptiles acuáticos del Cretácico, tipo plesiosauro, ictiosauro o mosasauro, hayan sobrevivido hasta nuestros días junto a tortugas y cocodrilos oceánicos. Una propuesta que, lejos de resolver el misterio, mantiene más vivo que nunca y convierte también este caso en una oportunidad perdida, tal vez de las mejores, para demostrar la vigencia de muchos planteamientos criptozoológicos.

EXPEDICIÓN A GAMBIA 2006

Las últimas investigaciones sobre este críptido fueron posibles gracias al esfuerzo llevado a cabo por los miembros del Centro Forteano de Criptozoología (CFZ), ubicado en Essex, Reino Unido. Tratando de esclarecer y añadir nuevos datos sobre este fenómeno, durante el verano de 2006 realizaron un viaje a Gambia con el propósito de tratar de desenterrar el cadáver de Gambo, y de esa manera recuperar algún resto óseo que no hubiese sido intervenido por los necrófagos. Al llegar al lugar indicado por Owen, y tras cavar en la arena, comprobaron que por debajo de los 40 centímetros de espesor la humedad era absoluta. Cualquier resto depositado allí acabaría irremediablemente disolviéndose, pasando a formar parte de la dorada arena tropical. Únicamente los dientes podrían haber sobrevivido a la prueba del tiempo, pero al haber sido transportados con el cráneo, toda posibilidad de hallarlos resultaba nula. En aquellas regiones africanas casi nadie se acordaba ya del excepcional caso del extraordinario ser apodado Gambo.

Boceto de *Nessie* realizado a partir de observaciones llevadas a cabo en el lago Ness.

Fácilmente podríamos afirmar que el paraje subacuático más enigmático y evocador del mundo se ubica bajo las aguas del Lago Ness, un mundo de misterio de unos 2 kilómetros de ancho, casi 40 kilómetros de largo y una profundidad media de 280 metros. Estas medidas le convierten en el tercero más grande de Europa y, sin duda, en el más visitado, descrito y fotografiado, candidato firme incluso a Patrimonio de la Humanidad. En sus turbias profundidades se encuentra el motivo: algún tipo de misteriosa, silenciosa e increíblemente veloz bestia, perfectamente adaptada al líquido elemento.

NESSIE

La octava maravilla criptozoológica

La singular y corpulenta criatura de cuerpo aserpentado y a la que ya todos se refieren con el apelitivo de *Nessie*, era ya conocida por las tribus pictas de la inhóspita región, denominada geográficamente *Tierras Altas Escocesas*. Estos primitivos pobladores eran consumados artistas capaces de realizar detallados dibujos en piedra. Sus petroglifos muestran motivos relacionados con su entorno, y en ellos podemos reconocer elementos como peces, plantas y otras formas. En uno de estos pesados bloques, que data de hace unos 1.500 años, se puede detallar claramente lo que ha sido denominado por arqueólogos e historiadores como «La bestia de los pictos». El extraño ser de alargado cuerpo presenta una cabeza apuntada muy similar a la de algún tipo de animal acuático. Esta se halla orientada hacia abajo, como para iniciar una inmersión o zambullida. Podríamos decir que es la primera representación gráfica de los espectaculares monstruos del lago, una «foto» de hace quince siglos.

Algunos investigadores han sugerido que los monstruos escoceses podrían ser una novedosa especie de foca de cuello largo. Restos fósiles de estos animales han sido hallados en Chile.

San Columbano repele al monstruo que nadaba en aguas del río Ness.

Siglos más tarde, en torno al 565, sería san Columbano el que divisaría a la bestia en el río Ness. Este religioso ayudaría a repeler la peligrosa aproximación de un monstruoso ser acuático sobre un grupo de pictos. Estos se hallaban enterrando a un miembro del clan que anteriormente había sido atacado por la infame criatura. Tras realizar una sonora vocalización, y claramente molesto por la algabaría formada desde la orilla, el leviatán desaparecería lentamente bajo las aguas.

Tendrían que pasar unos cuantos siglos hasta que un buzo pudiese ver por primera vez al extraño fenómeno escocés cara a cara. En 1880, Duncan McDonald se hallaba sumergido en el extremo occidental del lago explorando los restos de un barco hundido. Sin previo aviso, pidió frenéticamente que lo izasen a la superficie, donde el pesado y arcaico traje limitaba sus movimientos. Al retirar-le el casco Duncan se hallaba prácticamente en estado de *shock*, dibujándose en su pálido rostro una sobrecogedora expresión de terror. Una vez sereno, afirmaría haber visto un enorme animal sobre una roca en una de las paredes del lago, describiendo al misterioso habitante como un *anfibio de gigantescas proporciones*.

Ilustración artística que resume todos los caracteres morfológicos atribuibles al celebre críptido escocés, Gustavo Sánchez.

Encuentros modernos

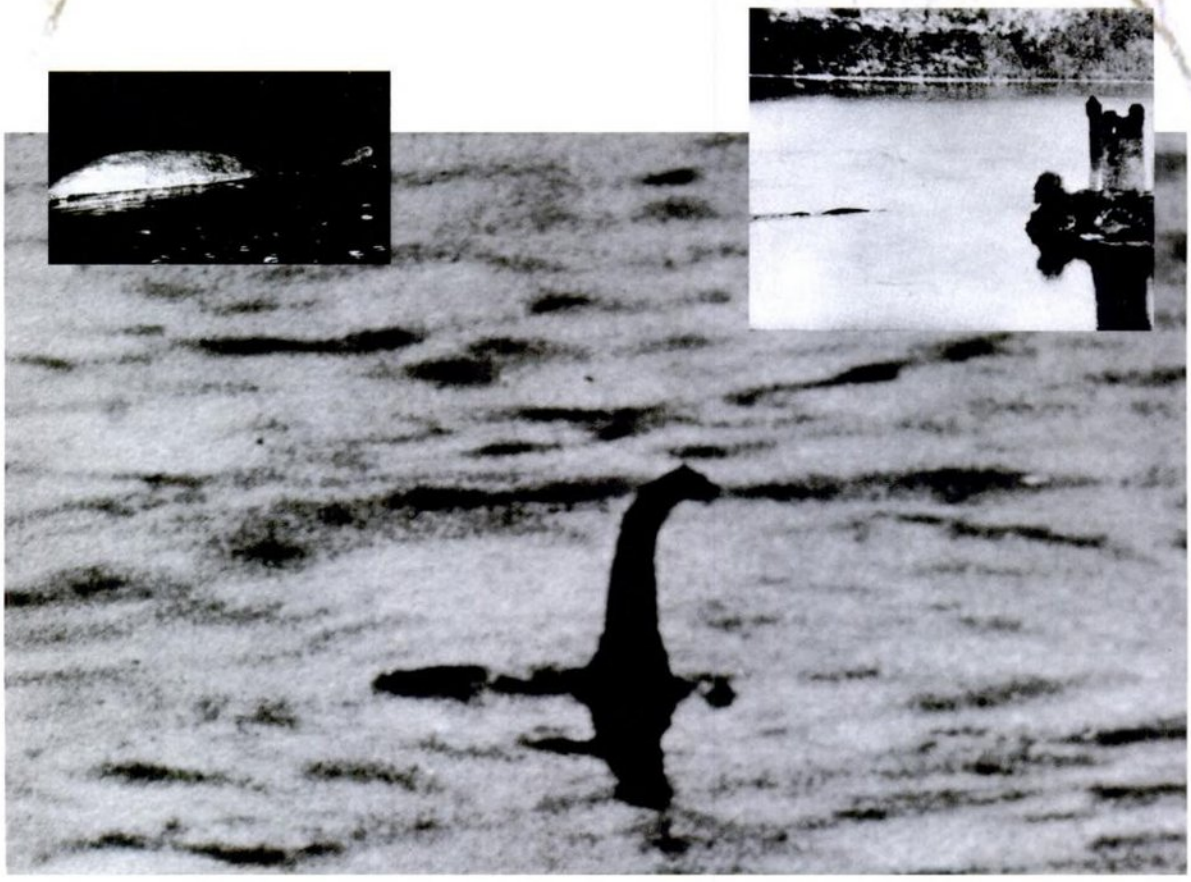
Los avistamientos más recientes y mejor constatados se inician en la década de los años 30 del siglo XX, coincidiendo con la apertura de una carretera que actualmente bordea el lago. Durante el año 1933 hubo múltiples casos que generalmente relatan la presencia de grandes animales de largo cuello. Estos fueron registrados tanto en tierra firme como en el agua. *Nessie* asomaba su gris y voluminoso dorso en superficie, así como su masivo y hercúleo cuerpo en forma de tonel por la

campiña escocesa. Las jorobas normalmente eran divisadas a unos pocos cientos de metros, aunque George Spicer pudo observar a menos de 200 metros la ondulante mole de la bestia. Esta ocupaba prácticamente todo el ancho de vía de la estrecha carretera. El tamaño de la desconcertante criatura, provista de grandes aletas, fue estimado en unos seis metros de largo. La cabeza nunca fue vista.

Un año más tarde, el cirujano londinense Kenneth Wilson obtendría el retrato más famoso del monstruo. *Nessie* es sorprendida asomando por completo la cabeza fuera del lago. Las circulares ondulaciones formadas en superficie alrededor del arqueado cuello delataban el pesado cuerpo bajo las aguas, mientras que una segunda y no tan conocida instantánea muestra cómo la cabeza desciende buscando las profundidades. Ambas imágenes, según una polémica y nada clara revelación publicada por el *Sunday Telegraph* en 1994, habría sido el resultado de un fraude confesado por sus autores en el lecho de muerte, obteniéndose con una balsa de troncos y un muñeco. En cualquier caso, esta observación, unida a una veintena más, contribuyeron a crear la leyenda del monstruo causando gran sensación a nivel mundial.

Por su especial relevancia, nos detendremos en un avistamiento múltiple realizado en 1937, ya que supone la existencia de una colonia reproductora, necesaria para explicar la continuidad de avistamientos que alcanza hasta nuestros días. Las tres criaturas que protagonizaron el caso

Mucho se ha escrito sobre este fenómeno criptozoológico, destacando el estudio de Roy P. Mackal.



La clásica fotografía del cirujano Wilson, 1933, y otras no menos intrigantes.

fueron observadas a una distancia de unos 200 metros. Los dos ejemplares mayores eran visibles en superficie, mostrando un dorso brillante y jorobado de unos tres metros, mientras al lado de estos se percibía uno menor, que medía alrededor de 1,5 metros de largo total. Siete años más tarde serían dos niños los que divisarían ejemplares jóvenes. Los muchachos, que se hallaban en un bote realizando una corta travesía por el lago, observaron tres pequeñas criaturas similares a anguilas con patas que se alejaban de la embarcación. Las extrañas bestezuelas presentaban un cuello bien definido, moviendo sus patas delanteras rítmicamente, mientras las posteriores guiaban o estabilizaban el cuerpo bajo el agua.

Hasta la actualidad, la gente sigue viendo al monstruo. Desde la orilla, en barcos o fuera del agua, la casuística de esta anomalía zoológica arroja más de 3.000 observaciones, sumándose a estos casos fotografías de *Nessie* en blanco, negro y color, en superficie y bajo las aguas. Se han obtenido cortas filmaciones en varios formatos, así como registros sonar de misteriosa procedencia. Por lo tanto, existen varias pruebas indiscutibles que respaldan la existencia de grandes animales desconocidos en aguas del lago Ness, seleccionando entre las mejores dos de ellas como las más representativas.

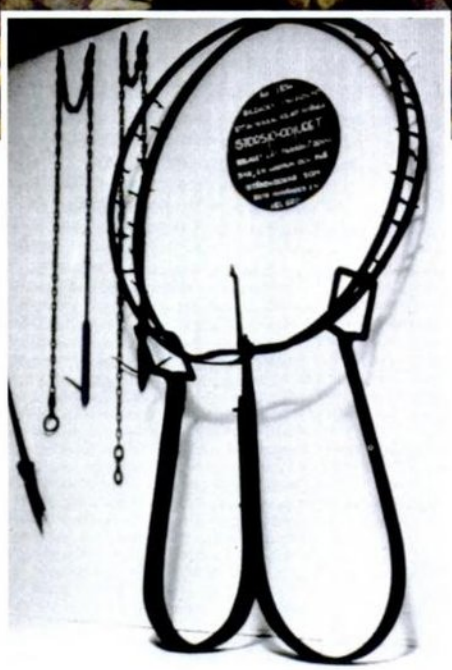
La película de Dinsdale y las fotos de Rines

La filmación obtenida por el ingeniero aeronáutico Tim Dinsdale en 1960 es la primera de ellas. Dinsdale fue un activo investigador del fenómeno escocés, invirtiendo en ello más de veinte años que básicamente transcurrieron trabajando para el Bureau de Investigación del Lago Ness (LNI). El 23 de abril de ese año grabó en 16 milímetros una película de unos cuatro minutos que mostraba la joroba de un gran animal nadando a través del Ness. La giba de la vigorosa bestia, de más de un metro de alto, irrumpe en la superficie. Bajo las aguas se puede vislumbrar cla-

Imágenes subacuáticas obtenidas por Rines en 1972. Las instantáneas fueron hechas tras registrar fuertes impactos en el sónar que acompañaba a las cámaras.

ramente la mole del alargado animal que permanece sumergido. La longitud total fue estimada en torno a los cinco metros. El extenso y minucioso análisis llevado a cabo por el Departamento de Inteligencia y de Reconocimiento Aéreo de las Fuerzas Aéreas Británicas concluyó que la cinta muestra un objeto animado que navega por el lago. En otras palabras, una enorme y desconocida criatura viviente de voluminoso torso y sinuosas proyecciones a modo de cola o cuello había quedado registrada en aquella histórica cinta.

Doce años más tarde, en a agosto de 1972, la fabulosa y presunta bestia sería fotografiada a menos de dos metros bajo el agua. El equipo del doctor Robert Rines, perteneciente a la Academia de Ciencias Aplicadas de Boston, EE. UU., lograba la sensacional imagen usando de manera conjunta ecosondas con cámaras subacuáticas activadas por movimiento. Dos animales de unos seis-nueve metros de largo y que nadan a unos tres metros el uno del otro, aparecen cazando activamente salmones a 15 metros de profundidad en la bahía de Urqhuart. Todos estos vigorosos desplazamientos son captados por el sofisticado instrumental, tanto en pantalla como en papel. Los veloces movimientos submarinos disparan las cámaras que congelan parte del voluminoso cuerpo de los formidables depredadores. Una vez reveladas, las instantáneas muestran algo increíble: dos encuadres, que cambian de orientación indicando movi-



El cepo metálico empleado en 1894 para tratar de capturar a la bestia del lago Storsjon, Suecia.

miento, muestran una estilizada pero rígida y apuntada aleta de 1,5 metros de largo unida al cuerpo de un animal de verdosa y rugosa piel. Además, se puede apreciar parte de la cola y el cuarto trasero del mismo. Otra toma, más desenfocada y no tan bien encuadrada, retrata dos fantasmagóricas figuras muy similares a lo que la gente lleva describiendo durante décadas como monstruos en el célebre lago escocés. Un animal aparece de lado y observamos dos de sus aletas, mientras la cola del segundo aparece fugazmente en primer término. Analistas de los laboratorios Propulsión Jet confirman los fuertes y detallados registros sonar indicando que estos son los animales fotografiados.

Las tesis convencionales

En el terreno de las hipótesis, las más conservadoras apuntan hacia anguilas de gran tamaño. La especie europea, *Anguilla anguilla*, es fácil de observar en el lago. Este pez nace en el mar de los Sargazos, en pleno Atlántico. Luego, los jóvenes nadan hacia el agua dulce, penetrando de esta manera los sistemas fluviales y lagos de muchos países europeos. Aquí crecen y se desarrollan, adquiriendo la talla adulta. Una vez logran tal fin regresan al mar para reproducirse. Algunos científicos proponen que escasos ejemplares, incapaces de madurar sexualmente, permanecen en agua dulce. De esta manera siguen creciendo hasta llegar a tallas gigantescas. Múltiples factores, como pueden ser medioambientales o genéticos, privan a estos gigantes del impulso natural de buscar pareja. Estos atrofiados o anómalos individuos podrían llegar a medir más de tres o cuatro metros de longitud total.

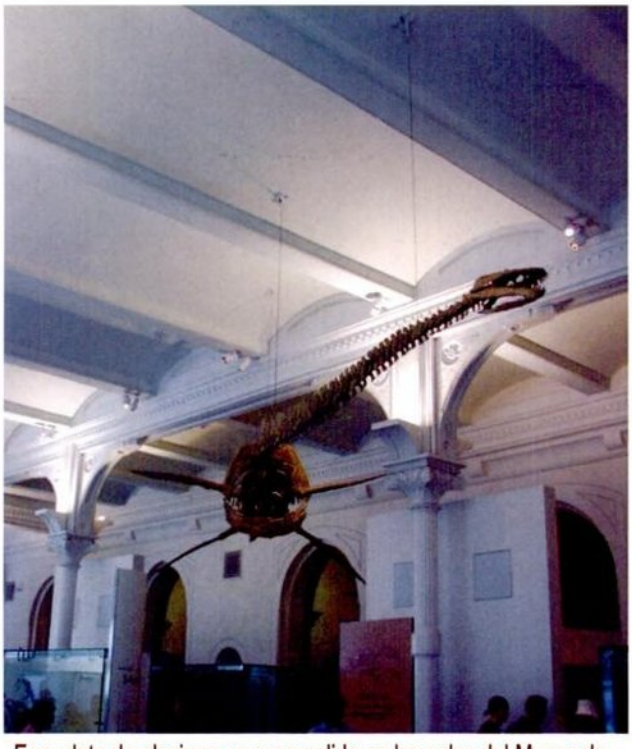
Otros peces gigantes presentes en el Ness y candidatos a dar respuesta al misterio son el esturión y el siluro europeo. El esturión del Atlántico, *Acipenser oxyrinchus*, es un pez migratorio que vive tanto en agua dulce como salada, remontando ríos para desovar en lagos de aguas profundas. Pueden llegar a medir hasta ocho metros, pesar más de 400 kilogramos, y en algunos ejemplares, se han estimado edades de hasta 200 años. Su correosa piel se halla surcada de cinco placas dérmicas, por lo que parece más bien un reptil. Además, gusta de nadar cerca de la superficie. El *Silurus glanis* es un pez gato gigante de agua dulce, de extraña cabeza provista de largos bigotes. Sobrepasa los cinco metros de largo y los 300 kilos de peso, y qué duda cabe que también puede provocar algún que otro sobresalto a un observador poco adiestrado.

El lago alberga otras formas de vida quizá responsables de haber confundido a más de uno a la hora de divisar al monstruo. Estas incluyen nutrias, *Lutra lutra*, ciervos, *Cervus elephas*, focas, *Phoca vitulina*, y aves acuáticas como patos, cisnes, cormoranes, etc. Troncos a la deriva, rocas y formaciones continuas de olas son también fenómenos inanimados visibles en superficie.

La tesis del plesiosauro

Descartando el amplio espectro de explicaciones variopintas y en ocasiones rocambolescas que se han propuesto para explicar el misterio del lago Ness, incluyendo bolsas, embarcaciones, olas, movimientos sísmicos, espectros, etc., las descripciones de *Nessie* proporcionadas tanto

por testigos presenciales como por el abundante material gráfico (filmaciones/fotografías/bocetos) o sonar (impreso o grabado) presentan gran similitud con la morfología de los antiguos plesiosauros. Estos reptiles prehistóricos, que estaban perfectamente adaptados a la vida en el agua, acabaron extinguiéndose aproximadamente hace unos 65 millones de años por lo que plantear su supervivecia en el lago Ness o en cualquier otro punto del planeta parece una osadía que se paga con la hoguera. Sin embargo, el primer dato a tener en cuenta es que, aunque esencialmente marinos, sus fósiles también han sido hallados en ambientes de aguas salobres, como estuarios y desembocaduras de ríos. Se piensa que podrían penetrar desde el mar, principalmente a la búsqueda de alimento o refugio, a ciertos lagos conectados con este. El Ness se halla unido al mar del Norte por el río que lleva su nombre, y el canal de Caledonia, construido en 1822. Estas serían dos rutas viables para la hipótesis de un imperterrito y anacrónico invasor oceánico. La supuesta supervivencia de alguna especie de plesiosauro de evolucionadas formas no resulta descabellada. El celacanto, pez marino que se creía extinto hace 70 millones de años, fue redescubierto vivo en aguas del océano Índico en 1938.



Esqueleto de plesiosauro suspendido en las salas del Museo de Historia Natural de Nueva York.

Si *Nessie* fuese un plesiosauro, ¿cómo sería posible que un reptil de grandes proporciones logre sobrevivir en aguas prácticamente heladas? La respuesta tiene mucho que ver con su gran tamaño. Los animales que nadan activamente, como los tiburones blancos o la tortuga marina laúd, producen mucho calor en sus músculos. Debido a su enorme tamaño, este calor tarda mucho en disiparse en el océano, por lo que se mantiene en el interior del cuerpo. Estas dos especies anteriormente consideradas de sangre fría hoy día son vistas, fisiológicamente hablando, como de sangre caliente. En un plesiosauro de más de seis metros de largo encontraríamos mecanismos fisiológicos muy similares.

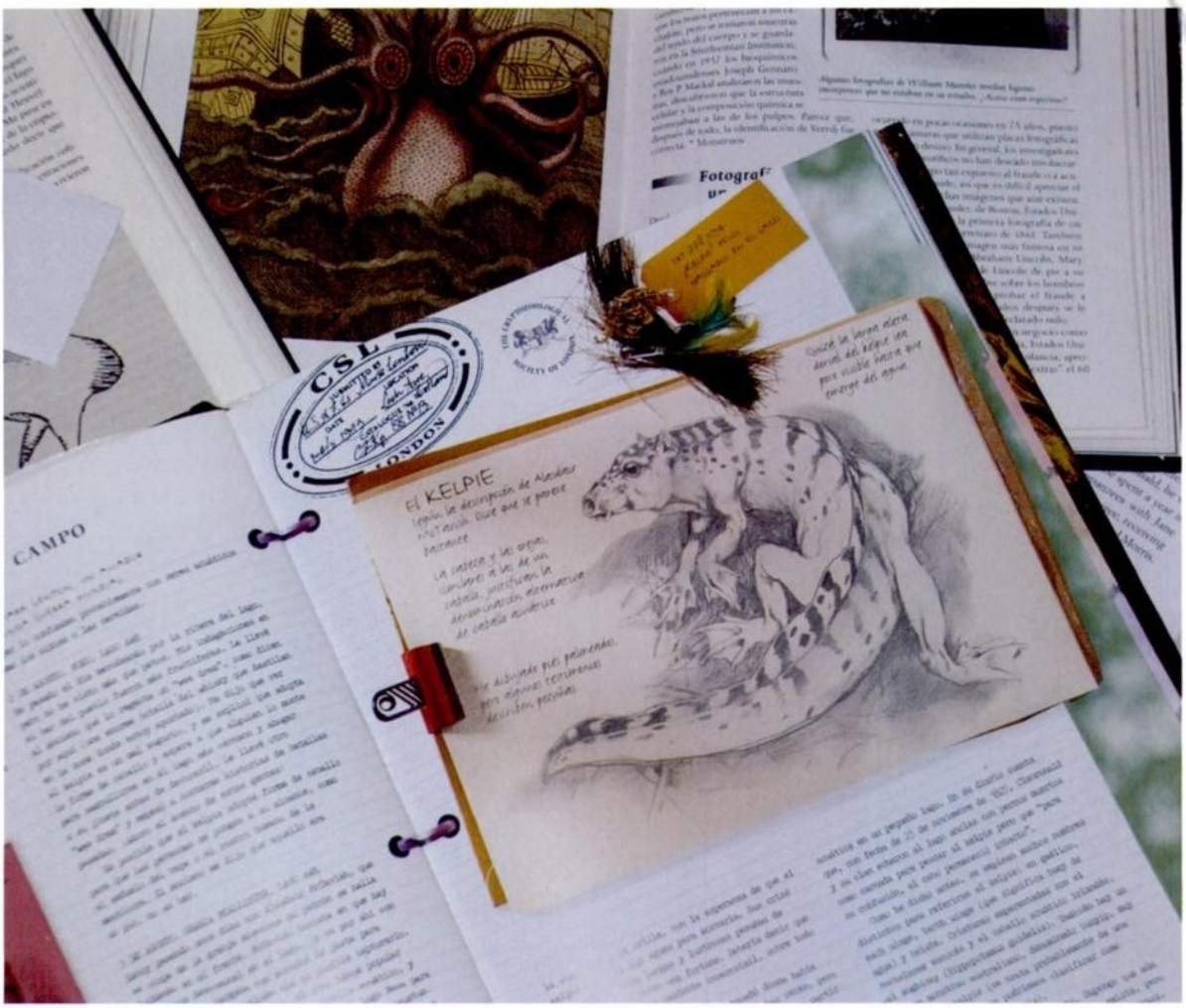
El monstruo del lago Ness es, sin duda, junto al Yeti, la criatura más popular dentro de la criptozoología. Sin embargo, pocos saben que la popularidad de Nessie vino a eclipsar en pleno siglo XX a la del Kelpie, otra extraña criatura habitante de las mismas aguas que Nessie; un ser diabólico que aparentaba tener forma de caballo y que formaba parte de las viejas leyendas de los hombres de las Highlands escocesas.

KELPIE

El diablo acuático escocés

Ilustración artística del fenómeno *Kelpie*.

En criptozoología cualquier pista es importante, ya sea esta de carácter físico, como el caso de una huella o una muestra de cabello, o etnográfica, si nos referimos a una reseña legendaria o surgida del folclore popular. Por simple, insignificante o fantasioso que pueda resultar el indicio, este puede abrir nuevos caminos a la investigación. Sin embargo, no siempre ha sido así, y de vez en cuando es posible encontrar notorios ejemplos de cómo se llega a sacrificar una información, o a restarle importancia, a favor de otros enfoques aparentemente más rigurosos. Algo parecido ha ocurrido en la historia de *Nessie*, el popular habitante del lago Ness de que nos acabamos de ocupar. Muy pocos aficionados a la criptozoología saben que la historia de *Nessie* esta íntimamente ligada a la del *Kelpie*, un ser singular con la apariencia de un caballo, que, dotado de cualidades sobrenaturales, habitaba los ríos y lagos más profundos de las tierras altas de Escocia.



Las fantásticas historias de los Kelpies llenan páginas completas de publicaciones juveniles.

Caballo de Agua

Según el folclore escocés, el *Kelpie*, o Caballo de Agua, es un ser perteneciente al mismo género que las hadas o los duendes, aunque con una naturaleza maligna, casi diabólica. De hecho, su popularidad es tan grande en la mitología gala, que la creadora de *Harry Potter* no pudo evitar la tentación de incluirlo en su fauna fantástica. Estas criaturas tenían la habilidad de adoptar cualquier forma que quisieran, y habitualmente optaban por la de esbelto caballo, en ocasiones un poni, aparejado incluso con una lujosa silla de montar. Esa era la manera en la que el *Kelpie* tentaba a los cansados viajeros que se aproximaban a las orillas de los lagos. Cuando estos montaban sobre el equino para proseguir su marcha, este emprendía una veloz carrera hacia el centro del lago hundiendo en las profundidades a sus jinetes. En otras ocasiones, cuentan las leyendas que el *Kelpie* aparecía bajo la forma de un esbelto joven o una bella doncella, seduciendo en este caso a través de su belleza con simi-

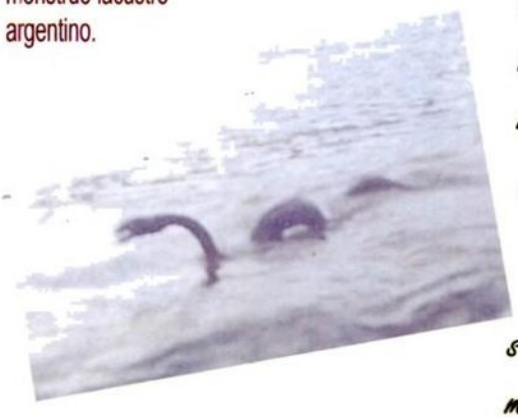
lar objetivo, ahogar a sus víctimas. Tanto el lago Ness, como los lagos Shin, Borralan, Pityoulish y Oich, cuentan con su particular Caballo de Agua, un *Kelpie* en ocasiones de colores brillantes aunque la mayoría de las veces de color negro, con un tamaño variable que llegó a ser calificado como descomunal, y siempre tremendamente peligrosos, tanto que hasta bien entrado el siglo XX la gente evitaba bañarse en las zonas que se creían habitadas por ellos.

La folclorista galesa Bárbara K. Wilson narra, en su obra *Cuentos y leyendas de Escocia,* una interesante historia sobre un *Kelpie* que habitaba un lago, resaltando su maléfica naturaleza: *Un terrible monstruo residía en la profundidades del lago y cometía depredaciones en las colinas circundantes: era un Caballo del Agua, y ningún hombre podía describir el aspecto del monstruo, porque de todos aquellos que habían esperado a ver algo más que un fugaz vislumbre cuando la terrible criatura surgía de las aguas negras del lago, no quedaba nadie vivo para contarlo.*

Resulta interesante destacar varias características atribuidas al *Kelpie* que, a nuestro entender, coinciden con otras atribuidas a *Nessie* y otros monstruos lacustres tanto de Escocia como de América del Norte, Europa y Asia. Por un lado, está el color oscuro, así como la posibilidad de sobrevivir fuera del agua, aunque sea en los lagos de mayor profundidad, donde se piensa tiene su morada. Estos tres aspectos coinciden con los monstruos de los lagos Ness y Morar, pero aún hay otro detalle más significativo: su aspecto de caballo, con cuello largo y una cabeza puntiaguda coronada por dos cuernos. Resulta especialmente interesante reseñar estas semejanzas, ya que nos pueden ofrecer la clave de lo que se esconde tras los relatos de los monstruos aserpentados acuáticos en Escocia. Todo apunta a que sí originalmente el monstruo habitante de estos lagos era el *Kelpie*, este fue en pleno siglo XX desplazado por las

Ilustración interpretativa del fabuloso *Kelpie*.

figuras más acuáticas, grandes y serpentiformes de *Nessie* y *Morag*, en el contexto de una mentalidad moderna que baraja la posibilidad de que algún plesiosauro haya podido sobrevivir. No olvidemos que antes de llamarse *Nessie*, nuestro popular monstruo fue conocido como el *Gran Caballo de Agua Negro* del lago Ness. Ahora bien, la clave está en determinar sí el Caballo de Agua del folclore popular había surgido únicamente de la imaginación de las antiguas familias de *Highlandeds*, o si, por el contrario, estos plasmaron en sus tradiciones –tal vez con rasgos resaltados en los que canalizaron sus creencias en seres maléficos que atraían desde pantanosas y oscuras fosas abisales–, la existencia de una serie de extrañas criaturas que habitan sus lagos y a las que por sus características le dieron un origen demoniaco. En apoyo de esta posibilidad está el hecho de que en otras regiones del planeta, en las que existen referencias a monstruos lacustres, también aparecen en el folclore o en las creencias mágicas de los pueblos nativos criaturas con formas cercanas a las del caballo habitando los mismos lagos. El caso más destacado, pero no el único, es el del *Naitaka*, un espíritu maligno dentro de la cosmogonía de la tribu norteamericana de los indios shushwap, que, al parecer, habitaba el lago Okanagan, en plena Columbia Británica, y cuya ira debía ser aplacada habitualmente arrojando pequeños animales. Sus representaciones lo muestran a medio camino entre las formas de un caballo y las de una criatura aserpentada, y no se trara del único caso a tenor de las exhaustivas e interesantes investigaciones de la paleontóloga Adriane Mayor, de las que nos ocuparemos más adelante. En todo caso, la historia del *Kelpie* forma parte por derecho propio de la bibliografía criptozoológica, no solo por estar relacionada con el popular monstruo del lago Ness, sino por encerrar tal vez en clave folclórica el misterio de numerosos monstruos lacustres de todo el mundo.



Dudosa imagen del clásico monstruo lacustre argentino.

Argentina es uno de los países más grandes, bellos y repletos de contrastes de todo el continente americano. Su acervo cultural es rico en mitos y creencias a cerca de la existencia de lugares, fenómenos y seres fabulosos, de entre los cuales destaca de forma especial Nahuelito, el monstruo lacustre del lago Nahuel Huapi. Sus observaciones se remontan al siglo XIX, convirtiéndose en algunos momentos en un auténtico problema nacional.

NAHUELITO

El enigma patagónico

Al igual que como sucede con la mayor parte del medio millar de supuestos monstruos habitantes de lagos repartidos por todo el planeta, de *Nahuelito* no tenemos fotografías, filmaciones o evidencias físicas definitivas que certifiquen su existencia. Algunas imágenes presentadas como pruebas muestran estelas, sombras y, en el mejor de los casos, siluetas moviéndose por las aguas del lago Nahuel Huapi, en la Patagonia argentina, pero ni siquiera con la ayuda de las esporádicas huellas dejadas en sus orillas o los rastros en la vegetación se ha podido resolver el enigma de este críptido acuático, elevado casi a la categoría de símbolo nacional.

Hay constancia de que los nativos conservaban memoria en su tradición popular de la existencia de una extraña criatura, de cuerpo serpentiforme y aspecto monstruoso, en las aguas del lago; los indios mapuches a veces se refieren al animal como «el Cuero», ya que la piel de la criatura parece ser áspera o rugosa, o «el Manto», por el aparente movimiento ondulante de sus aletas y cuerpo. Sin embargo, no es hasta los años veinte del siglo pasado cuando su existencia comienza a ser conocida por el gran público. En 1922, el director del Zoológico de Buenos Aires, Clemente Onelli, cautivado por la decena de informes que había ido recibiendo desde hacia más de veinte años y que se habían incre-

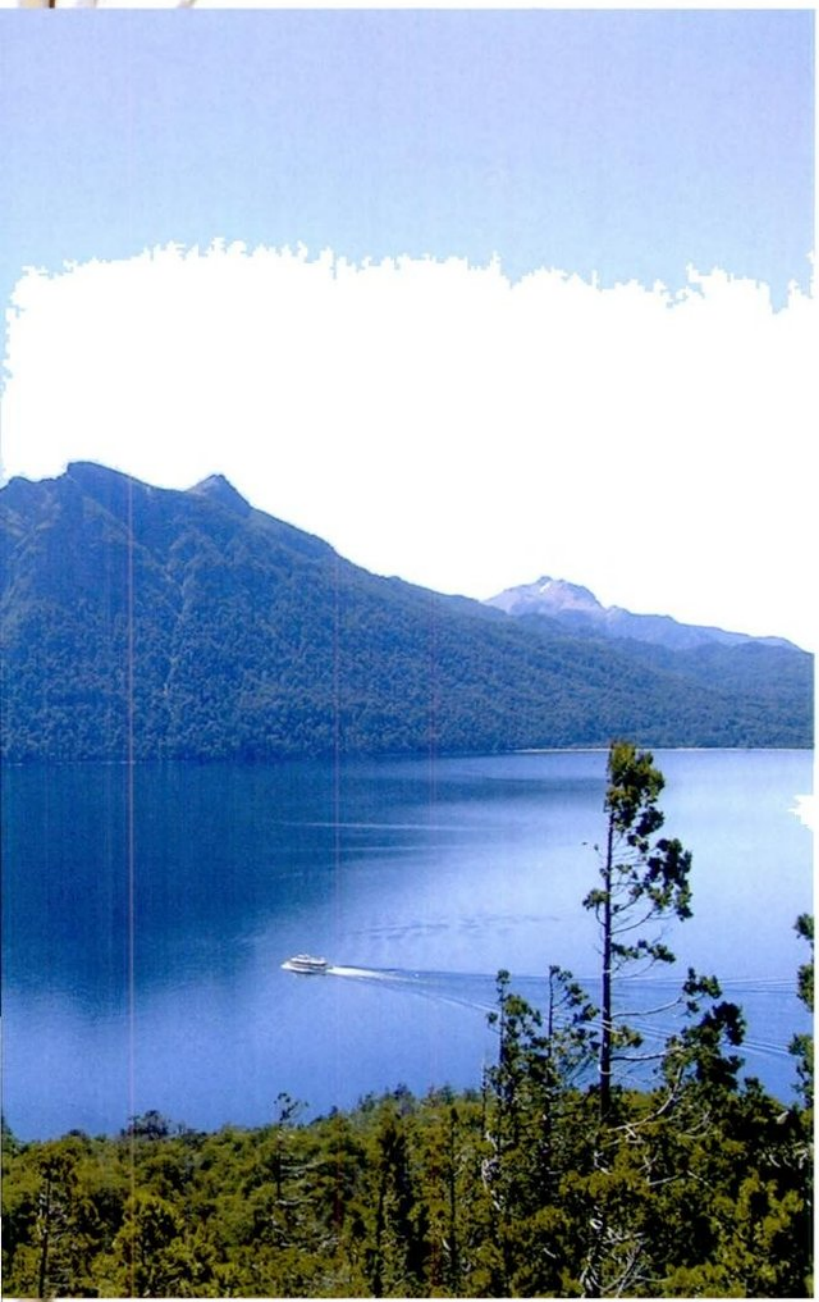
mentado notoriamente en los últimos meses, decidió organizar una expedición a la Patagonia con el objetivo de identificar al misterioso animal. Además de la vegetación aplastada y algunas descomunales huellas, contaba con un testimonio determinante, el del cazaforajidos Martin Sheffield, quien aseguró ver a una criatura en el lago con cuerpo tipo reptil, provisto de un cuello largo y curvo como el de un cisne. No obstante, tanto esta como otras expediciones llevadas a cabo por Onelli y otros investigadores, no lograron más que aumentar el misterio mediante la recopilación de nuevos relatos, ya que las evidencias físicas no aparecieron.

Panorámica del idílico lago Nahuel Huapi, Bariloche, Argentina.

¿Un artilugio mecánico?

No obstante, la expedición de Onelli sirvió para que la criatura fuera conocida en todo el mundo, incluso antes de que *Nessie* hiciera acto de presencia en Escocia y eclipsara al resto de sus primos, con quienes parece guardar un gran parecido.

George Garret es quizá el testigo más conocido y socorrido de *Nahuelito*, al protagonizar un encuentro de unos quince minutos cuando navegada en un barco como gerente de una compañía de transporte que surcaba con frecuencia dichas aguas. La observación tuvo lugar en 1910, cuando la embarcación se acercaba a una caleta cuya profundidad les era desconocida: *Justo cuando estábamos cerca de la orilla rocosa, antes de virar, miré desde la popa y, para mi gran sorpresa, vi alrededor de un*



cuarto de milla a sotavento, un objeto que parecía tener quince o veinte pies de largo, que salía quizá seis pies por encima del agua.

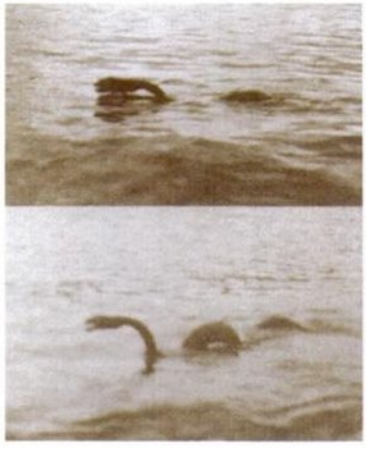
Las observaciones de nuestro protagonista suelen aumentar en los meses de febrero, marzo y abril, y un detalle recurrentemente señalado por los testigos es la calma de las aguas y la completa ausencia de viento cuando se producen las observaciones. De alguna manera, tal y como señalan los habitantes de la zona, es como si todo se preparara para recibir a *Nahuelito*, un personaje que durante las últimas décadas, y de forma similar a *Nessie*, el *Ogopogo* canadiense o el estadounidense *Champ*, se ha convertido en un atractivo turístico y en el protagonista de los más variados productos de comercialización.

Pero ¿cuál es la explicación a tanto misterio patagónico? Además de la tesis del plesiosauro barajada para otros muchos monstruosos lacustres, y que propone la supervivencia de una colonia de reptiles marinos prehistóricos en el hábitat del lago, su cuerpo serpentiforme, largo cuello, aletas, una o dos jorobas y color oscuro, se han planteado algunas más. La más llamativa, por haberse convertido en su momento en un problema que preocupó al propio Gobierno, es que tras la supuesta criatura se encontraran realmente submarinos espías de alguna nación cercana, o procedentes incluso de alguna de las casi legendarias colonias de supuestos exiliados alemanes de la Segunda Guerra Mundial que llegaron al Cono Sur. Se da la circunstancia de que en febrero del año 1960 los mili-

tares argentinos localizaron un objeto submarino no identificado en la zona que escapó a una persecución que duró casi tres semanas, y en la que no faltó la detección por sonar y el uso de armamento disuasorio.

¡Por allí resopla la bestia!

Los avistamientos más recientes comienzan a finales de la década de los 70. En 1978 la señora Rumboll pudo apreciar, a una distancia de unos 2.000 metros, el alargado cuello, de unos tres metros de alto, del *Nahuelito*. La vasta estela que el animal desarrollaba en superficie también fue claramente visible, ya que el día era perfectamente luminoso y las aguas se encontraban en total calma. Un grupo de personas, que también se encontraban en la orilla en ese momento, dijeron ver lo que parecía el periscopio de un submarino. En febrero de 1979 varios casos similares al



Las nuevas fotos de Nahuelito suponen un reto para los analistas de imágenes.

anterior fueron registrados. No obstante, y debido a la gran cantidad de gente que vive y visita el lago, es increíble que no haya habido un número mayor de avistamientos del monstruo. Sin embargo, y durante el fin de año de 1994, *Nahuelito* volvió a surgir de las profundidades. Jessica Campbell, y un nutrido grupo de turistas, divisaron las múltiples jorobas del animal desplazándose por la superficie del lago a plena luz del día. Otra testigo, Paula Jacarbe, dijo haber oído nítidamente la potente respiración de la criatura al verla emerger en una de las orillas del lago.

Aunque se han logrado cortas filmaciones del supuesto monstruo acuático, estas solo muestran extrañas ondulaciones en la superficie del agua, resultando inútiles para esclarecer la identidad de la singular criatura. No obstante, Cristian Muller, miembro de la Comunidad de la Cuenca del Nahuel Huapi, asociación protectora del lago, ha manifestado que una de las cintas muestra perfectamente al animal. Según se afir-

ma, esta filmación se encuentra en una de las cámaras de un banco de San Carlos de Bariloche.

En el verano de 1996, Jessica Campbell tuvo la increíble fortuna de divisar nuevamente a la bestia. Mientras tomaba el sol en la zona conocida como Península de San Pedro; ella y un grupo de personas observaron lo que describieron como una ballena sin cabeza, de dorso jorobado y cuerpo provisto de aletas, que nadaba por el agua con total soltura. La superficie del lago volvía a estar en absoluta calma, descrita como una balsa de aceite por los afortunados turistas. Parece ser, aunque se desconozcan los motivos, que el *Nahuelito* es más fácilmente visible bajo este tipo de condiciones meteorológicas. Después de unos minutos, el animal se sumergió por completo. Tras unos 45 minutos volvía a ser perfectamente visible desde donde Campbell se encontraba, sentada en unas rocas muy cerca de la orilla. Esta vez las redondeadas gibas de la criatura enfilaron directamente hacia la chica. Esta se alarmó un poco, ya que, lógicamente, no conocía las intenciones de la bestia, que parecía decidida a mantener su rumbo hacia ella. Al ser invadida por un angustioso pánico, nuestra testigo resolvió huir hacia la seguridad de tierra firme, lejos del agua, para darse cuenta que sus miedos eran infundados, ya que la misteriosa criatura había desaparecido nuevamente bajo la superficie. Esta vez ya no volvería a emerger. Como notó Paula Jacarbe en su avistamiento, Campbell también percibió los singulares ruidos del animal al tomar aire fuera del agua. Más tarde comentó que jamás los olvidaría.

En 1991, Cristian Muller, que por entonces trabajaba en el lago en asuntos relacionados con la venta y reparación de embarcaciones, divisó en el lago un bote de insólita coloración oscura. Sabiendo que la mayoría de las personas de la zona usaban colores más bien claros para pintar sus embarcaciones, no pudo dejar de observar la enigmática forma. De repente, esta se sumergió por completo bajo la superficie. Parece que el conductor del autobús en el que viajaba y otros pasajeros también detallaron lo sucedido, gritando varios de ellos al unísono: *¡¡¡Nahuelito, Nahuelito, el Nahuelito!!!*, mientras muchos bajaban apresuradamente del transporte corriendo hacia la orilla del lago. Cuando llegaron a las playas del Nahuel Huapi, la bestia ya no se hallaba visible, pues había desaparecido bajo sus oscuras aguas.

MIEDO NUCLEAR

Otra teoría que se viene a sumar a las expuestas para despejar la incógnita de esta criatura argentina vincula al animal con el tan determinante miedo nuclear, un factor de estudio sociológico presente ya en la fenomenología de otros críptidos, como el Hombre Salvaje o Hibaron de Hirosima, en Japón.

Desde esta óptica el Nahuelito sería el resultado de la mutación de alguna especie animal autóctona de la zona, provocada por las pruebas nucleares desarrolladas en la región, concretamente en la isla Huemul, durante los años 50. Es obvio que por simple cronología esta última teoría se desmantela, y si hacemos caso de los testimonios más antiguos, la que propone el artilugio mecánico submarino como explicación también se desvanece. ¿Estamos por tanto ante los indicios de algún animal prehistórico?, o tal vez ¿todo no deja de ser fruto de la observación parcial o en condiciones poco favorables de criaturas autóctonas deficientemente identificadas?

LAS FOTOS MÁS NÍTIDAS

El investigador Scott Corrales hizo públicas en abril de 2006, a través de su web «Lo Inexplicable», las fotografías más nítidas puestas en circulación hasta la fecha sobre el Nahuelito. La nitidez de las tres tomas divulgadas el 17 de abril por el diario «El Cordillerano», de Bariloche, muestran con rotundidad una criatura sobresaliendo del agua con aspecto de serpiente, incluso de plesiosauro, imágenes que fueron dejadas de forma anónima un par de días antes en la redacción del periódico. Una breve y concisa nota acompañaba las tres tomas: «No es un tronco de formas caprichosas. No es una ola. El Nahuelito mostró la cara. Lago Nahuel Huapi, sábado 15 de abril, 8 horas. No doy mis datos para evitarme futuras molestias». Tanto el anonimato del fotógrafo, como la nitidez de las imágenes, la curvatura extrema del cuello y la ausencia de elemento de referencia que permitan ubicar a la criatura y calcular su tamaño, apuntan claramente a un fraude, circunstancia que lamentablemente no deja de ser frecuente en este campo de estudio.

¿Miniplesiosauros de agua dulce en Venezuela?

Cuando el joven Alexander Laime llegó a tierras sudamericanas huyendo del régimen nazi, poco podía imaginar que a lo largo de su sombría vida en el interior de la selva tendría la oportunidad de toparse con el misterio en forma de animal. Esquivas y extrañas, aquellas criaturas no encajaban en nada conocido, por lo que no titubeó al calificarlas de «auténticos supervivientes prehistóricos». ¿Se habría topado Laime con un auténtico y desconocido reptil acuático de épocas remotas o se trataba simplemente de un caimán que no fue capaz de identificar?

LA BESTIA DE LAIME

¿Plesiosauros tepuyanos?

VENEZUELA, país situado en el extremo norte del continente sudamericano, justo encima de esa línea imaginaria denominada ecuador que divide al planeta en dos hemisferios, es una tierra de prodigiosa naturaleza. La cantidad de ecosistemas que alberga esta fértil tierra son increíblemente variados, desde arrecifes coralinos a prístinos y densos bosques lluviosos que cubren hasta un 35% de su superficie, pasando por dunas, desiertos costeros, sabanas, páramos y cadenas montañosas. Obviamente, todos estos atributos convierten a este paraíso terrenal en un objetivo ineludible para turistas, viajeros, exploradores y científicos. Con todo, y debido a su vasto territorio, así como a la inaccesibilidad de su geografía, principalmente junglas tropicales o enormes cuencas de caudalosos ríos, muchas de sus regiones aún siguen inexploradas y, por tanto, pueden atesorar notables sorpresas criptozoológicas.

No cabe duda de que una de las muchas maravillas naturales de las que esta nación puede hacer gala es la Guayana Venezolana, distribuida en el estado Bolívar y en territorio Federal Amazonas. Formando parte del escudo guayanés, y junto al escudo de Brasil, son el núcleo precámbrico del continente sudamericano. La edad de las rocas presentes allí va de 3.500 a los 1.400 millones de años aproximadamente. Aquí se encuentra la Gran Sabana Venezolana y el Parque Nacional Canaima, así como las peculiares

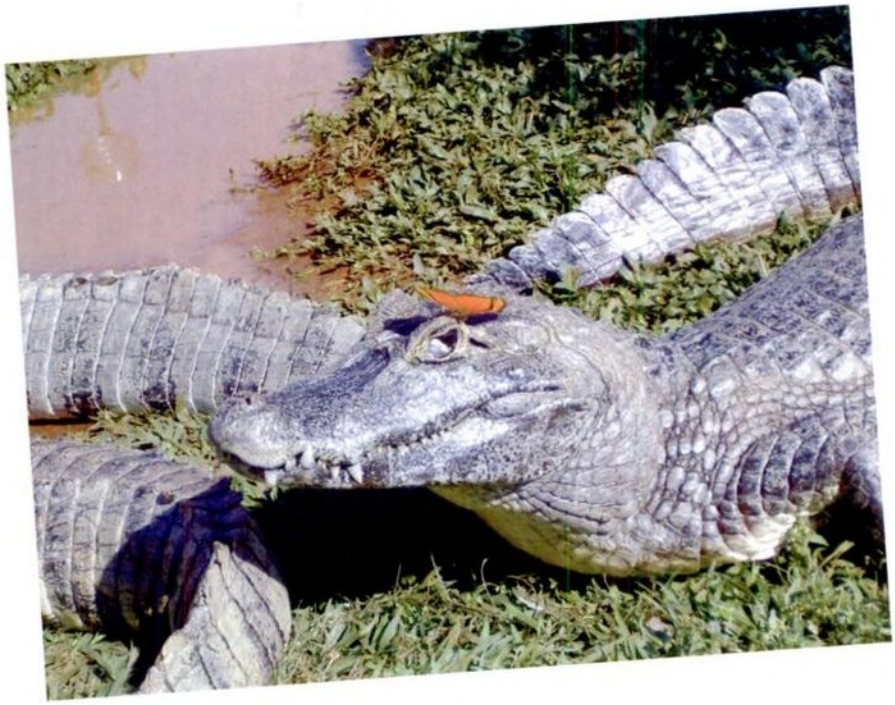
mesetas de cima cuadrada que se denominan Tepuyes. Estas están formadas por las rocas más duras de la zona y, por lo tanto, las que más han resistido al proceso de erosión. Por esto se les consideran «islas en el tiempo». Muchos de los animales y plantas presentes en estos son únicos de cada Tepui (endémicos). En este mágico y exuberante entorno fue donde Arthur Conan Doyle basó su novela *El mundo perdido*, famosa por narrar el fantástico descubrimiento por parte de exploradores ingleses, encabezado por el literario doctor Challenger, de una tierra primitiva donde moraban dinosaurios, pterodáctilos y hombres de las cavernas.

El encuentro de Alexander Laime

Uno de los muchos viajeros que llegaron a esta zona del mundo fue el joven Alexander Laime, de nacionalidad ucraniana. Arribó a esta inhóspita tierra huyendo del exterminio nazi y se enfrascó en la búsqueda de riquezas en forma de oro y piedras preciosas tras conseguir una concesión minera en una remota región del estado Bolívar. Pronto se daría cuenta, que encontrar los preciados minerales no era tan fácil, e inexorablemente tuvo que vender lo poco que tenía y retirarse a la selva, donde llevó una primitiva y sencilla vida al borde del Auyan Tepui, ubicado en el Parque Nacional Canaima. Este tepui es, con su casi 2.500 kilómetros cuadrados uno de los mayores de la región y del mismo nace el incomparable Salto Ángel, la cascada de agua más alta del mundo con sus 987 metros. El joven Laime se ganaba la vida haciendo y vendiendo mapas del medio centenar de Tepuyes de la zona, recolectando en la selva y pescando, siendo respetado y conocido por las etnias nativas del lugar. Para sus largas caminatas y acampadas por la selva y por las cimas de los Tepuyes se ayudaba de escaleras de aluminio que escondía en lugares estratégicos. En su rudimentaria choza, donde dormía, cocinaba y devoraba su colección de libros, elaboraba mapas y escribía sus diarios registrando cuidadosamente todas sus experiencias en tal primigenio lugar.

Fue en 1955 cuando relató la increíble anécdota de su encuentro con dos supuestos «dinosaurios acuáticos». Se hallaba cami-

Las nutrias son ágiles cazadores ribereños presentes en Sudamérica.



Los caimanes se sitúan en la punta de la cadena alimenticia de los ríos tropicales.

nando de regreso a su cabaña por el curso de uno de los afluentes del Carrao cuando de repente, y ante su sorpresa, avistó lo que parecían ser un par de grandes lagartos de largo cuello, piel escamosa o rugosa y aletas tipo remo, soleándose en una pequeña playa al margen de la ribera. Entre pasmado y pensativo, la mente de Laime se embarcó inmediatamente en un viaje en el tiempo a épocas prehistóricas, donde estos fabulosos reptiles vivían a sus anchas desarrollando multitud de especies y diseños. Nuestro protagonista se deleitó durante unos escasos y valiosos minutos con aquel prodigio natural, invadido por una especie de paz interior, el tipo de sensación que se experimenta cuando se está ante un fenómeno que se sabe es extraordinario o totalmente único, fantástico e irrepetible.

Los hasta ese instante despreocupados animales desaparecieron más o menos súbitamente al notar la presencia intrusa de Laime, zambullén-dose ágilmente y sin apenas esfuerzo en las oscuras aguas para no volver a ser espiados nunca más. Al llegar a su casa, Laime anotó detalladamente en su diario todos los datos de su encuentro, realizando varios bocetos de los animales observados. Durante muchos años no contó lo sucedido a nadie, aunque finalmente, y en la década de los ochenta, habló del importante hallazgo. Muchos lo tomaron por loco y se burlaron de él; otros simplemente creían que bromeaba; unos pocos llegaron a decir que cuando se hablaba con Laime nunca se sabía dónde acababa la realidad y comenzaba lo ficticio. Lo cierto es que sus metódicas anotaciones y diarios, incluido el que contenía el encuentro con los supuestos dinosaurios, se hallan actualmente en la caja de seguridad del Campamento Canaima, hotel turístico de gran prestigio situado en la

laguna de Canaima. Laime murió en 1993 en la Isla de las Orquídeas, un bello e impresionante lugar al pie del Salto Ángel como a una hora de Canaima, adonde se había mudado para pasar sus últimos años de vida.

Hay vida en los ríos negros

¿Qué pudo ser lo que Laime vio en aquel río al pie del Auyan Tepui? Las claves para resolver el enigma pasan por conocer en detalle el ecosistema del escenario en el que se desarrollan los hechos y los actores, la fauna, que hace su vida en él.

Tanto el Caroní como uno de sus principales afluentes, el Carrao, son denominados ríos de aguas negras porque, disueltas en ellas, existe un alto contenido de ácidos húmico y tánico. Estos ácidos orgánicos son el resultado de la descomposición de la vegetación de la zona, que crece en suelos muy pobres en nutrientes (granito, cuarcita, arenisca) o sobre plantas que se pudren. Es decir, el agua del río es como un gran té colado a base de vegetales y escasos sedimentos muy empobrecidos. Además, también presentan una característica coloración rojiza por el abundante hierro que transporta.

Tradicionalmente, se ha pensado que este tipo de aguas, pobres en nutrientes y escasa en fitoplancton, no albergan una gran riqueza de peces u otros animales acuáticos. Por ello, muchos ecólogos argumentan que lo divisado por Laime no puede ser una nutria gigante, ya que el pescado supone un 85% de su dieta, ni cualquier animal grande vertebrado, reptil, anfibio o mamífero. Simplemente no habría alimento suficiente como para poder sustentar grandes depredadores acuáticos. De esta manera pretenden desacreditar el caso negando contundentemente la posibilidad de que existan algunos animales cazadores que subsistan en esta agua a base de pescado.

Esta arraigada y obsoleta noción se viene abajo ante los recientes estudios ecológicos realizados en el más importante río de aguas negras sudamericano, el gigantesco Negro, donde se ha evidenciado tanto la abundancia relativa de especies como una alta diversidad de peces. El libro de M. Goulding, y otros, *Río Negro: Vida floreciente en aguas pobres* corrige la equivocada visión de muchos biólogos en cuanto a la riqueza ictiológica de los ríos de aguas oscuras. El autor analiza los ecosistemas playeros, las pozas rocosas o los lagos, obteniendo valiosos datos, demostrando que el Negro puede llegar a presentar más de 700 especies y estas se manifiestan abundantemente en todos los muestreos llevados a cabo. Los peces gatos son una de las familias más variada y cuantiosa,

con varias especies que superan el metro de longitud. La cadena trófica se ve principalmente enriquecida por el aporte en detritos llevado a cabo por los hongos que descomponen materia orgánica, esencialmente hojas, artrópodos, bacterias y algas. Muchas especies desovan río abajo, en zonas de alta productividad y abundante plancton, favorable para el desarrollo de las larvas y alevines. Por ello, el curso fluvial alto estará poblado principalmente por adultos, generalmente peces de mediano a gran tamaño y de hábitos alimenticios que pueden llegar a cambiar de especialistas a generalistas.

Aunque el Río Negro no es el Caroní o el Carrao, los parámetros observados por Goulding son extrapolables por la similitud en el tipo de química del agua y en la biogeografía general. Por ello, se puede concluir que altos niveles de ácidos húmicos, bajo pH y escasos nutrientes disueltos no son factores limitantes sobre las comunidades de peces amazónicos, pudiéndose llegar a comparar en diversidad con los vistosos y variados arrecifes coralinos.

Obviamente, estamos trabajando bajo la hipótesis de que nuestro misterioso buceador se alimenta a base de peces, pero ¿qué ocurriría si se tratara de un depredador acuático especializado en presas terrestres, principalmente mamíferos, reptiles y aves? Tal vez la criatura haya evolucionado hacia una estrategia cazadora en la que acecha y sorprende a sus víctimas desde el agua, tal y como hace el cocodrilo hoy día. Podríamos estar ante el animal acuático más especializado del mundo.

Nutria gigante brasileña, endémica del sistema fluvial del Amazonas.

Identificando a la reptiliana criatura

Tras este breve análisis del agua que da vida al Carona, y continuando con la tesis de un animal que se alimenta de peces, emprendemos el camino hacia la identificación de la misteriosa criatura que dejó totalmente perplejo a nuestro humilde protagonista allá por el año 1955. El primer candidato podría ser la Nutria Gigante de río, *Pteronura brasiliensis*. De las 13 especies catalogadas a nivel mundial es la de mayor tamaño, pudiendo alcanzar 1,80 metros de longitud, pero ¿se puede llegar a confundir con un reptil de cuello largo armado de aletas? La tupida y brillante piel, al estar mojada, le confiere al cuerpo un liso y uniforme aspecto, casi como si no estuviese cubierto por pelos. Además de esto, su pequeña y redondeada cabeza

está unida al torso por un cuello muy flexible y extensible, que muchas veces es usado a modo de periscopio para tener una mejor perspectiva de su entorno. Los dedos de sus patas están unidos por una membrana, por lo que estas, desde cierta distancia, podrían parecer aletas. También estos animales gustan de solearse en troncos o en los arenales de los lagos y arroyos que pueblan. Sin embargo, Laime tuvo tiempo más que suficiente para poder diferenciar lo que vio de los conocidos y juguetones mustélidos. Cualquiera que viva en estas regiones los ha visto en alguna ocasión por lo ruidosos, inquietos y curiosos que suelen mostrarse.

El siguiente candidato sería el caimán. Tal vez haya sido el responsable, aunque estos presentan un corto y apenas aparente cuello, además de grandes escamas, visibles a lo largo del cuerpo. La cabeza y el morro son muy alargados y está surcado de visibles dientes. Por lo tanto, si descartamos también a los caimanes nos quedan básicamente dos opciones: o un plesiosauro de reducida talla adaptado a la vida en agua dulce como debió suponer el propio Laime, o algún tipo de animal nuevo no descubierto hasta la fecha. Varios fósiles de reptiles marinos han sido hallados en depósitos de rocas asociadas a ecosistemas de agua dulce, como estuarios o deltas fluviales. Por ello, podemos aseverar que ciertas especies de plesiosauros habitaban estas zonas, tal vez atraídos por el abundante alimento o usándolas como áreas de cría.

Consecuentemente, viajarían río arriba explorando nuevos territorios y lugares por donde expandirse. Tal vez de esta manera se adentraron en los sistemas fluviales sudamericanos para luego no abandonarlos. Obviamente, estamos hablando de especies pequeñas y de reducidos tamaños poblacionales, asociados a las cabeceras y curso alto de los grandes ríos selváticos. No cabe duda de que el clima tropical, con sus altas y constantes temperaturas, ofrece la metereología ideal para cualquier reptil o criatura que necesite de termorregulación externa.

Por supuesto, no es despreciable ni mucho menos el hecho de que nuevas especies de grandes vertebrados sean descubiertas ocasionalmente, aunque con escasa regularidad. Obviamente, estos ricos ecosistemas podrían sorprendernos en cualquier momento, ya que casi a diario nuevas especies de insectos e invertebrados son catalogados. El inventario amazónico de peces de agua dulce, por ejemplo, dista mucho de ser completo, y no es descabellado aventurar que quizá no hayan nacido aún los biólogos necesarios para catalogar todas las especies de aves o anfibios que restan en Sudamérica. Quién sabe si las bestias de Laime esperan también a ser catalogadas.

La desconcertada tripulación del Zuiyo Maru inspecciona el extravagante cadáver oceánico.

El 25 de abril de 1977 el buque de bandera japonesa Zuiyo-Maru se hallaba pescando caballas a unos 60 kilómetros de la costa neozelandesa, cuando ante la mirada atónita de los avezados pescadores el cadáver de un enorme animal fue repentinamente izado a bordo. Al parecer, el voluminoso despojo subacuático de más de 2.000 kilos de peso se había enredado caprichosamente a una profundidad de unos 300 metros. Muchos miembros de la tripulación pensaron inmediatamente que se trataba de la descompuesta carroña de una ballena, mientras otras aseveraban que era el cuerpo podrido de una gran tortuga marina. Comenzaba el misterio del Zuiyo-Maru.

ZUIYO-MARU

¿Plesiosauro a la deriva?

ABORDO de aquel buque pesquero nadie parecía ser capaz de identificar con precisión la identidad de la amorfa masa marina, distrayendo de sus labores más allá de lo recomendable a la tripulación. Como nadie se ponía de acuerdo y reinaba la confusión, el capitán resolvió tirarla al mar debido al terrible olor que desprendía, además de que podía contaminar la importante captura del día. Cuando se disponían a izarla, para soltarla en pleno océano, el baboso cuerpo resbaló de las cuerdas que lo sujetaban cayendo pesadamente sobre la borda. Fue entonces cuando uno de los miembros de la tripulación, Michihiko Yano, de 39 años de edad y graduado en una escuela de estudios oceanográficos, tomó algunas anotaciones y hasta cinco fotos del extraño animal, cuyas medida estimó en unos 10 metros de largo. También pudo obtener 42 piezas de «fibras puntiagudas» de lo que parecía una aleta delantera. Dos meses más tarde realizaría un detallado boceto del cadáver, que presentaría ciertas diferencias con respecto a las medidas y observaciones que él mismo había realizado previamente en el barco.

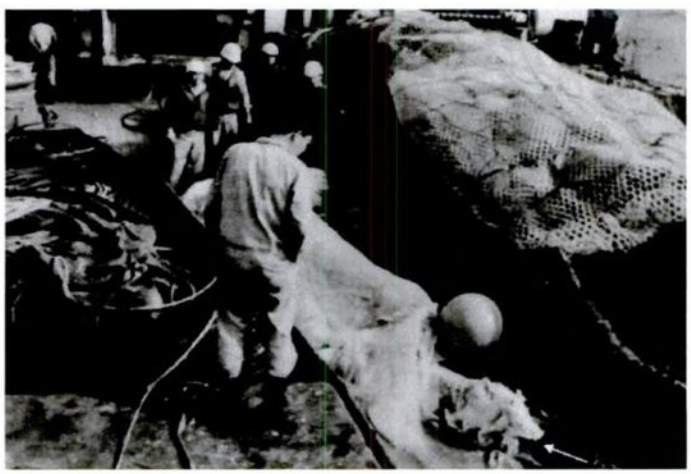
Fotos y hasta sellos del misterio

Las nítidas fotos tomadas por Yano fueron reveladas con expectación despertando un gran interés en la comundad científica. Muchos hombres de ciencia, como Tokio Shikama, de la Universidad Nacional de Yokohama, anunciaron que se trataba de algo muy similar a un plesiosauro, *que probablemente vivían y se alimentaban de peces en los ricos y productivos mares neozelandeses.* Mientras, el profesor Yoshinori Imaizumi, director de investigaciones zoológicas del Museo Nacional de Ciencias de Tokio, se aventuraría a decir que *ni se trata de un pez, ni de una ballena, ni de ningún tipo de mamífero, sino de un reptil acuático, y por el boceto y las fotos tomadas, pareciese un reptil prehistórico tipo plesiosauro.* Mientras en tierras niponas se apostaba fuerte, en Europa y Norteamérica los investigadores se mostraban mucho más escépticos. El paleontólogo Bob Schaeffer, del Museo Americano de Nueva York, recordaria que cada diez-quince años se encuentran cadáveres de este tipo, que de manera apresurada son considerados «dinosaurios», hasta que el tiempo

¿Plesiosauro de cuello largo o despojo submarino de tiburón peregrino?

resuelve el misterio o el interés de la prensa. Por su parte, otros apuntarían que se trataba de un tiburón, de algún tipo de cetáceo de pequeño tamaño e incluso de una tortuga laúd, *Dermochelys coriacea*.

Tendrían que pasar algunos meses hasta que se realizasen estudios bioquímicos de los restos recogidos por Yano. El 23 de julio de 1977 la compañía pesquera Taiyo mostró un análisis preliminar utilizando la técnica de cromatografía de intercambios de iones. Este examen indicó que las fibras puntiagudas obtenidas del cadáver eran *similares en composición a la de los radios de las aletas de los tiburones*. Ello no impidió que la prensa continuase alimentando la teoría de que el animal en cuestión era un reptil acuático prehistórico, lo que jugó a favor de que el 2 de noviembre de 1977 el Gobierno japonés expediera un sello de correos mostrando el esqueleto de un plesiosauro de largo cuello, junto a una imagen del Museo Nacional de Ciencias. La alusión al singular momento periodístico y zoológico que se vivía era indiscutible.

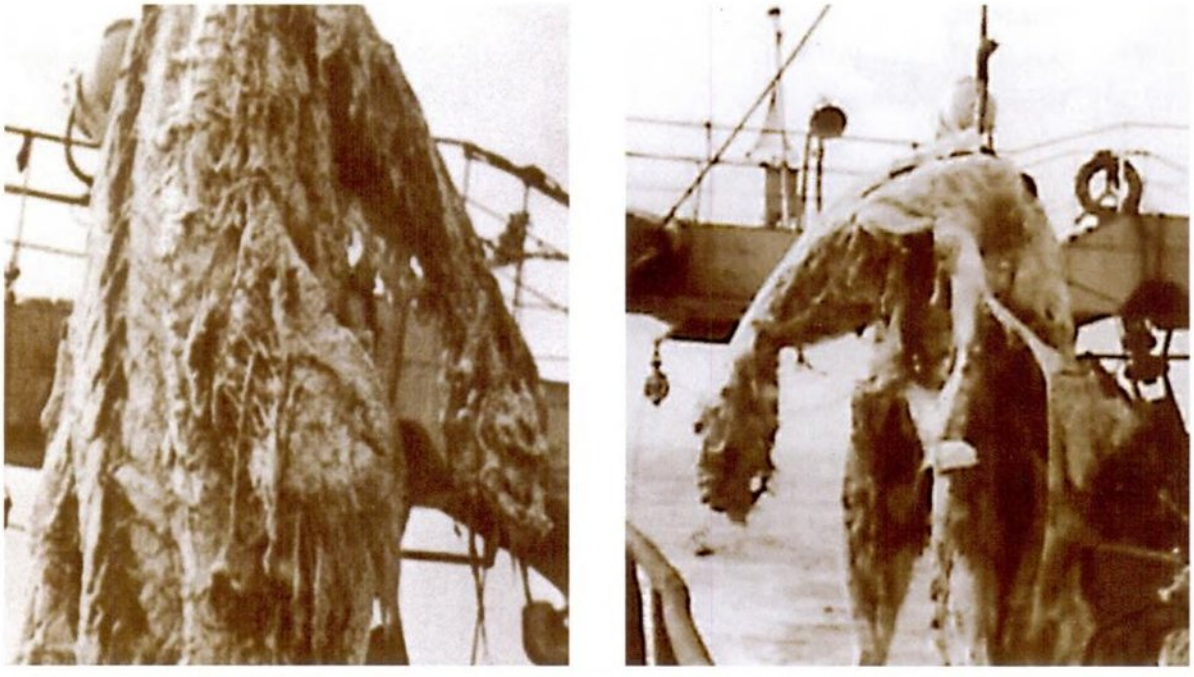


El gigantesco ser empequeñece a unos atónitos marineros.

La solidez del escualo

No obstante, muchos científicos, basándose en la manera en cómo un escualo se descompone en el agua al morir, pensaron desde un principio en este animal como explicación al misterioso asunto. El tiburón peregrino, *Cetorhinus maximus*, es el segundo pez de mayor tamaño del mundo, pudiendo llegar a medir hasta 12 metros de largo. El pez de mayor longitud y peso es el tiburón ballena, *Rhincodon typus*. Aunque su talla es ciclópea, estos tranquilos leviatanes son inofensivos para el hombre. Se alimentan principalmente de plancton al filtrar agua a través de sus enormes agallas mientras nadan lentamente cerca de la superficie con la boca abierta. Cuando el cuerpo de estos peces gigantes se empieza a descomponer, sus mandíbulas y sus frágiles arcos branquiales se des-

prenden muy fácilmente del resto del abdomen, dejando en apariencia una pequeña cabeza, el cráneo del tiburón, sujeta por un largo cuello, la espina dorsal. Casi toda la cola, especialmente la mitad inferior, que carece de soporte vertebral, y la aleta dorsal pueden desplazarse y perder su posición original mucho antes que las aletas pectorales, mejor sustentadas por apoyo vertebral. El resultado final es el esqueleto parcial y alterado de un animal que morfológicamente se asemeja mucho al perfil de un plesiosauro de largo cuello pero que no es más que el fruto de la descomposición de un cuerpo más voluminoso y menos estilizado. Estos restos, que resultan a veces muy engañosos, han sido calificados coloquialmente por algunos científicos e investigadores como *pseudo plesiosauros* o *plesiotiburones*.



En 1977 el mundo entero quedaría sacudido por estas imágenes obtenidas en Nueva Zelanda.

El varapalo final llegaría en 1978. En ese año un compendio de nueve artículos científicos sobre el misterioso plesiosauro japonés fue publicado por la Sociedad Franco-Japonesa de Oceanografía. En general todos los investigadores que redactaron dicho estudio estuvieron de acuerdo *en que los restos del animal pescado por el mercante* Zuiyo-Maru *eran el cadáver de un tiburón en avanzado estado de descomposición, y lo más probable es que se tratara de un tiburón peregrino*. Esta conclusión fue fuertemente apoyada por diversos estudios de microscopía y anatomía, así como análisis químicos y físicos de las muestras de tejidos obtenidas.

Las muestras de tejido en forma de fibras puntiagudas del cadáver eran estructuras rígidas, en forma de aguja, ligeramente aplastadas hacia

ambos extremos, de un color marrón translucido. Ambas son características de las *ceratotrichia*, las fibras cartilaginosas de los radios de las aletas de los escualos. Estas eran esencialmente idénticas, tanto en morfología como en la composición de sus aminoácidos a las del tiburón peregrino. Igualmente, las proporciones corporales del cadáver son muy compatibles con las del cadáver de un tiburón peregrino de gran tamaño, especialmente uno que hubiese perdido la cola. La ausencia de la aleta caudal se hubiese producido desde su base, la parte de menor grosor, lo que justifica el corte recto de la misma en el boceto de Yano. El *rostrum*, la punta del morro del animal, pudo también haberse perdido, pero no afectaría la longitud total o la proporción de este. Añadiendo la cola, el escualo hubiese medido unos 12,5 metros.

La información anteriormente recopilada parece indicar que el animal encontrado por el barco de pesca *Zuiyo-Maru* no fue otra cosa que el enorme cadáver de un tiburón peregrino, *Cetorhinus maximus*, en avanzado estado de descomposición. Los análisis físico-químicos parecen aseverar tal identidad. De todos modos, a fecha de hoy algunos investigadores, el propio Yano, así como otros miembros de la tripulación, discrepan de esta conclusión. Para todos ellos la enigmática captura presenta características contradictorias con la morfología de un tiburón pasadas por alto previamente. Sus valiosos testimonios, unidos a un nuevo enfoque de lo mostrado por las instantáneas de Yano, revelan unas pocas, pero no por ello menos asombrosas conclusiones.

Misterio en tres actos

El primer dato para la discusión está en el hecho de que todos los testigos, incluyendo a Yano, coincidieron unánimemente en afirmar que la criatura poseía dos aletas frontales y ninguna situada en el dorso. La derecha, al estar notablemente dañada, recortada y descolocada, es prácticamente invisible, apareciendo ladeada sobre el colgante dorso de la criatura. Solo podemos identificar con facilidad la extremidad izquierda delantera, vista en la fotografía frontal, que sí es fácilmente visible al sobresalir del deformado torso. Esta es la aleta que fue supuestamente tomada por la desplazada dorsal de un tiburón, siendo la característica clave para aproximar tal identidad. Apuntaremos que, prestando mucha atención, casi se puede observar en la aleta izquierda anterior la articulación en forma de bisagra que el húmero forma sobre el cúbito y el radio. Esta característica da movilidad en el plano vertical al miembro en sus movimientos de propulsión. Las aletas de un escualo carecen por

completo de esta división, ya que la fuerza propulsora es creada mediante poderosas ondulaciones del tronco y la poderosa cola.

El segundo elemento de conflicto apunta a las aperturas nasales. Los cuidadosos bocetos llevados a cabo por Yano, que tenía a la criatura acuática a tan solo centímetros de su bloc de notas, muestran una característica totalmente incompatible con la anatomía de un escualo. En un dibujo del extravagante cráneo se ven dos aberturas nasales en la parte superior de este. Obviamente, estamos ante un animal que respira aire, ya que, por estos orificios, este penetra hacia los pulmones de la bestia. El tiburón es un pez que respira mediante aberturas branquiales, responsables de absorber el oxígeno disuelto en el agua de mar. Por lo tanto este hecho cambia radicalmente el candidato propuesto en 1978. La identidad del seláceo ha de ser reconsiderada, inclinándonos hacía algún tipo de mamífero o reptil, ambos ávidos consumidores de O_2 atmosférico.

Finalmente, y como complemento de esta triada de elementos incómodos, se ha sugerido que el tronco de la criatura es demasiado largo para pertenecer al de algún pez. Las aletas pélvicas no son visibles en ninguna fotografía, por lo que se asume que el cadáver carecía de ellas. Otra clara característica contraria a la explicación ictiológica inicial. La polémica continúa. El misterio permanece.

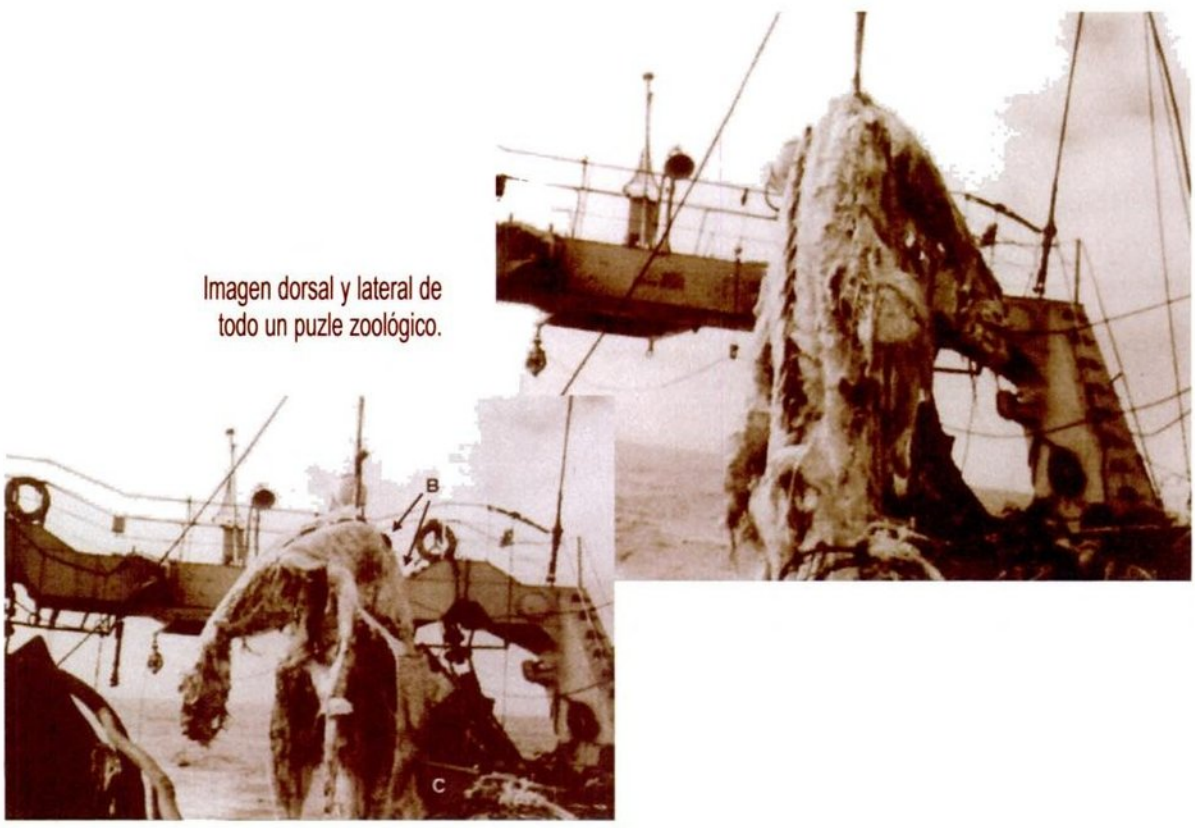


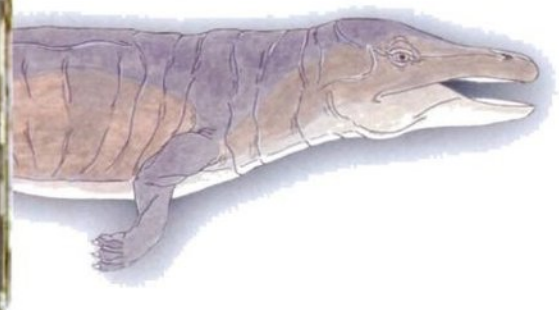
Imagen dorsal y lateral de todo un puzle zoológico.

TIBURÓN VERSUS PLESIOSAURO

El estudio anatómico de los restos y el boceto del cadáver dibujado por Yano permitieron realizar importantes observaciones. La criatura mostraba 6-7 vértebras de unos 20 centímetros de diámetro cada una en el cuello, dando una longitud de 1,50 metros, cifra acorde con el tamaño de un tiburón. Sin embargo, no encaja con el de un plesiosauro u otro reptil marino, ni siquiera con los pliosaurios, llamados ocasionalmente «plesiosauros de cuello corto», que tenían al menos 13 vértebras en la región cervical.

La cabeza de la criatura fue descrita como similar a la de una tortuga marina. Esta descripción se asemeja a la forma del cráneo del tiburón peregrino, el cual ha sido específicamente comparado con el de una tortuga oceánica. Contrariamente, los plesiosauros presentaban una estructura craneal mucho más triangular y para nada parecida al abombado y redondeado cráneo de los quelonios.

En el grado de descomposición que el animal se encontraba un plesiosauro hubiese mantenido la mandíbula superior y los dientes, de los cuales no hubo constancia. El cadáver midió 10 metros de longitud. Se han observado tiburones peregrinos de hasta 12 y 15 metros de longitud. El tamaño del cadáver sería también compatible con el de un plesiosauro, aunque sus proporciones corporales no. Nos explicamos: aunque algunas de las medidas tomadas por Yano son sorprendentemente exactas, por ejemplo, 2 metros de cola, 10 metros de longitud total, etcétera, y asumiendo que fueron correctas, entonces las proporciones corporales, aproximadamente 2: 6: 2, para cuello-torso-cola, son incompatibles con cualquiera de los plesiosauros fósiles conocidos. En muchos el cuello era la sección más larga y en ninguno de los casos el torso, entre las aletas pélvicas y pectorales, más largo que el cuello y la cabeza. El cadáver pudo perder longitud al perder la cola, pero la proporción de cuello respecto torso seguiría siendo incompatible con el esqueleto de un plesiosauro. Finalmente, una de las fotos muestra una aparente aleta dorsal presente en la mayoría de los peces y en los tiburones. Se piensa que esta no se hallaba asociada al esqueleto de los plesiosauros.



Reconstrucción artística basada en descripciones de testigos oculares. Dibujo de Gustavo Sánchez.

En los hermosos valles de Santiago, en el estado mexicano de Guanajuato, se ha descrito persistentemente la presencia en uno de los siete lagos de dicha región de una criatura desconocida. Todo el mundo acepta que algo extraño habita en las aguas del lago Alberca, morada según una creencia que algunos remontan a época azteca de Chan. De acuerdo con ciertas tradiciones, el animal era venerado como un dios mítico, que moraba en el lago protegiendo a las pobladores locales. Todos los años, en el mes de septiembre, el dios recibía sus ofrendas por parte de sus fieles.

CHAN

El colosal buceador mexicano

Ha sido el afamado investigador y peridista español Juan José Benítez quien ha logrado devolver a *Chan* la popularidad que había perdido frente a otros monstruos lacustres europeos o norteamericanos. Es digna de mención su encomiable labor recopilatoria, recabando información de primera mano sobre este críptido en sus viajes hasta Guanajuato. Allí pudo entrevistar a varios lugareños, la mayoría pescadores, barqueros o gente que trabaja en el lago, aunque también un sacerdote e incluso un policía local afirmaron haber

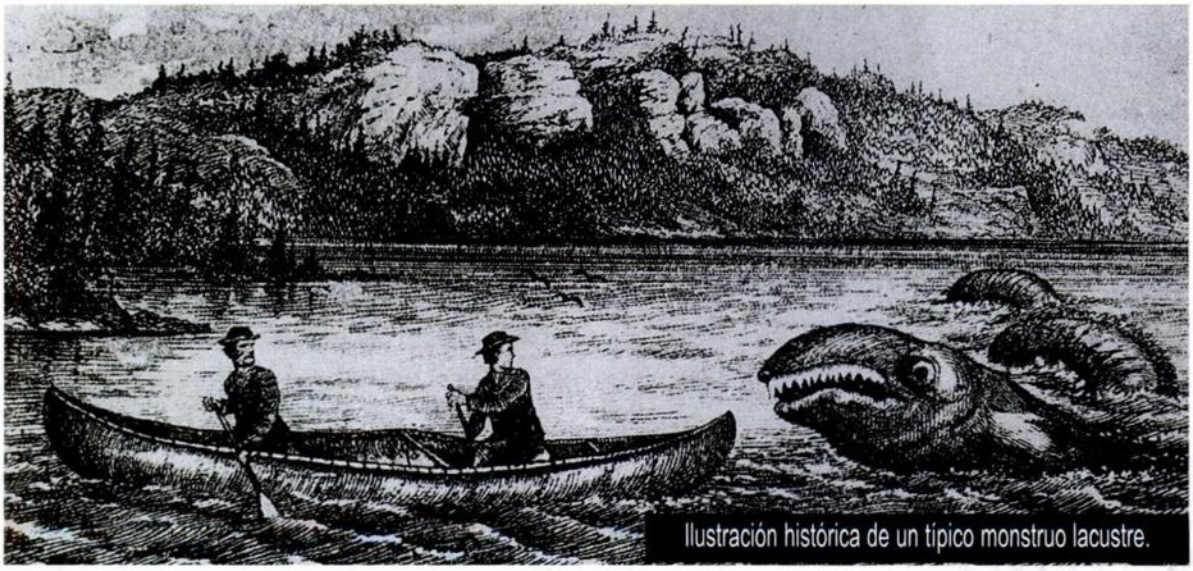
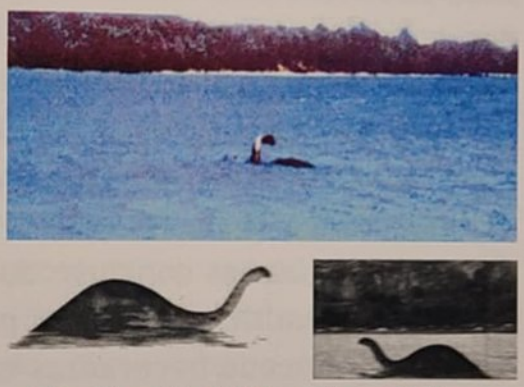


Ilustración histórica de un típico monstruo lacustre.

divisado al monstruo. Es el caso de Vicente García, quien tuvo un cercano encuentro con la bestia mientras se bañaba en el Tallacua, en compañía de un sacerdote amigo. El animal, de enormes proporciones, pasó muy cerca de los aterrados bañistas. Al llegar al pueblo de regreso, su nieto, y también médico, declaró que su abuelo se encontraba en estado de *shock*. Antes de que el increíble ser se sumergiera en las profundas aguas, García logró disparar sobre la corpulenta bestia, no pudiendo evitar su rápida huida.

Por su parte, Guillermo García Aguilar y Rafael García confesaron al periodista navarro haber presenciado a una extraordinaria criatura de unos 6 metros de longitud y de cabeza similar a la de un becerro en aguas del fantástico lago. Santiago Ramírez y varios pescadores de la zona también afirmaron haber divisado en más de una ocasión al enorme ser. Este era muy oscuro y de colosal tamaño, y bufaba como una res. Normalmente, los avistamientos vienen precedidos de grandes alteraciones o de extrañas olas en la superficie del agua.

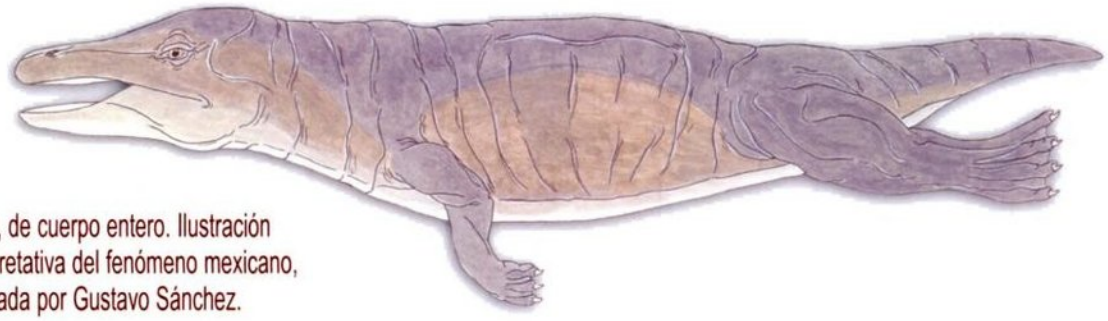


El lago Champlain, EE. UU., es el hogar de *Champ*, que presenta un desarrollado cuello.

Exploración subacuática

Uno de los casos más inquietantes fue el protagonizado por el agente de policía local Refugio Silva, que se encontraba acompañado de otros compañeros del cuerpo. El monstruo fue visto en una de las orillas del lago mientras patrullaban el lugar. Sin dudarlo un instante, Refugio abrió fuego sobre el gigantesco animal conocido por todos como *Chan*. Sin embargo, este, descrito como de voluminoso cuerpo y robusto cuello, se desvaneció bajo la superficie provocando tras de sí una gran alteración en la superficie del agua.

Benítez también llevó a cabo exploraciones subacuáticas en el lago. Con la ayuda del Escuadrón de Rescate Acuático de los Bomberos de Salamanca, localidad próxima a Santiago, sondeó las entrañas del misterioso e inundado cráter. A una profundidad de unos 20 metros se registraron poderosas corrientes de oeste a este. Esto indica la presencia de canales bajo el agua que quizá intercomuniquen este con los otros siete lagos que conforman esta enigmática región de México. Este dato ya era conocido por los lugareños, dado que a veces han arrojado troncos al lago, conocido como Rincón del Parangueo, para luego verlos



Chan, de cuerpo entero. Ilustración interpretativa del fenómeno mexicano, realizada por Gustavo Sánchez.

emerger en el Tallacua, nombre del cráter que forma el lago Alberca. Como sucede también en Escocia, donde un grupo de lagos parecen estar conectados por túneles subacuáticos, extrañas criaturas plenamente adaptadas a vivir en el agua parecen hacer de estos laberínticos ecosistemas su residencia particular.

Además de estos testimonios, poca documentación gráfica ha sido obtenida sobre este fenómeno acuático. No obstante, en 1997 un operador de cámara profesional mexicano, Juan Vicente, junto a varios amigos entusiastas de este misterio, se animaron a realizar una breve expedición al lago. En una de sus incursiones lograron fotografiar algo de gran tamaño nadando en superficie, y que dejaba una larga estela tras de sí. La instantánea fue enviada a diversos criptozooólogos de varios países del mundo, quienes concluyeron mayoritariamente que la imagen mostraba algo vivo desplazándose por la superficie del agua. Desde entonces se ha planeado hacer otras expediciones al lago con material de alta tecnología, como cámaras, sónares y otros dispositivos para determinar si existe la posibilidad que el lago este habitado por algún tipo de animal acuático o anfibio de gran tamaño.

Cuerpo abombado cual cetáceo

Como se ha podido ver en esta serie de registros, la bestia es descrita generalmente con abombado y giboso cuerpo, cuello ancho y diferenciado, siendo la cabeza similar en apariencia a la de una res o un becerro. El animal ha sido observado nadando poderosamente en el lago, descansando o soleándose en la orilla. Las apariciones del enigmático ser a veces han ido precedidas por violentas alteraciones del agua o por remolinos visibles en la superficie. Otra característica observada del comportamiento del animal, que se repite en muchos otros críptidos lacustres como *Nahuelito* u *Ogopogo*, es el sonoro bufido o resoplido que emite al emerger del agua.

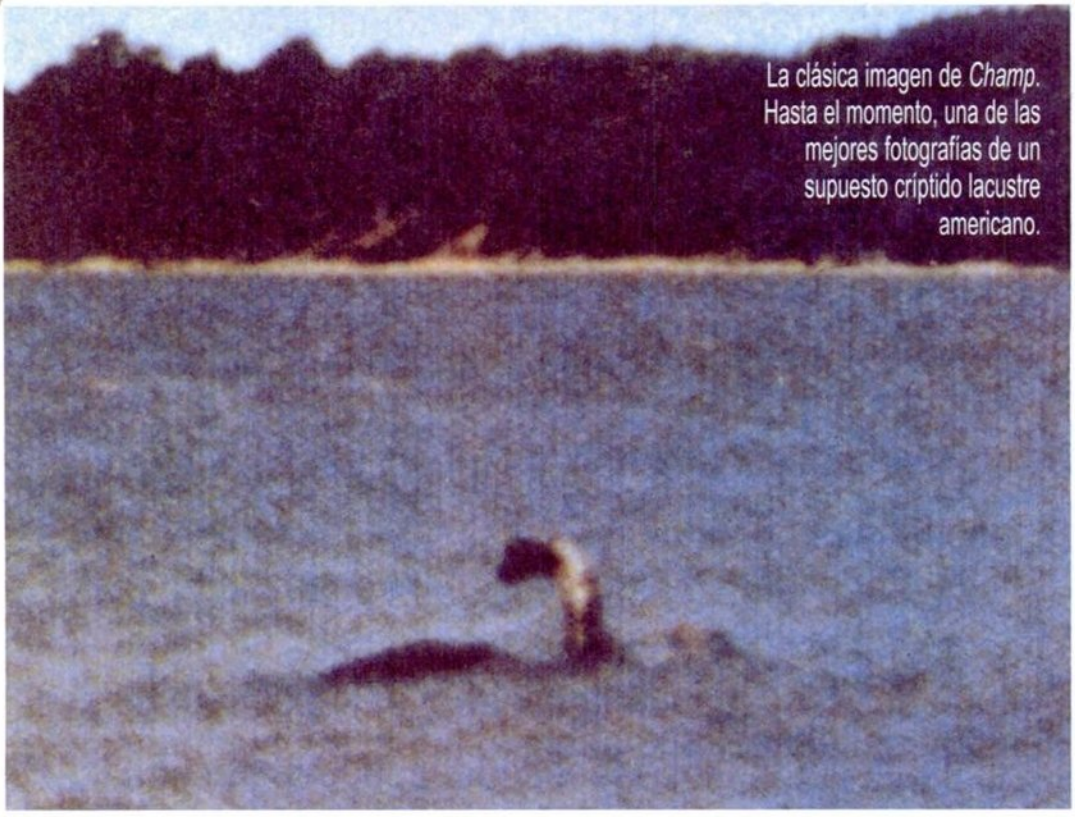
Los ecosistemas amazónicos albergan al también extraordinario miñolao, mitad pez, mitad anfibio. ¿Pez pulmonado gigante o gran salamandra desconocida? Idealización de Gustavo Sánchez.

Esta acción es común en ballenas y delfines modernos, ya que ellos no pueden respirar por la boca. El esófago, tubo que transporta comida al estómago, y la tráquea, tubo que lleva aire a los pulmones, están separados en estos animales. Por ello, solo pueden respirar mediante el orificio situado en lo alto de sus cabezas que va directamente a sus pulmones. Por el contrario, nosotros podemos respirar también por la boca, ya que tanto esófago y tráquea están unidos en la garganta. Debido a ello a veces nos hemos atragantado al comer mientras hablamos. Este rasgo quizá apunte hacia un mamífero acuático, del grupo de los cetáceos, ballenas y delfines, como identidad del misterioso animal.

Pero ¿existe alguna criatura en la fauna local que se juste a lo observado por los lugareños? La fauna de mamíferos acuáticos mexicanos se ciñe a las especies de hábitos marinos que pueblan sus ricos y variados litorales. Una nutria no se ajusta para nada al retrato robot del apacible monstruo. Además, la nutria de río sureña, *Lutra longicaudis*, no supera el metro y medio de largo, incluida la cola. Los delfines fluviales no se encuentran establecidos en México. El manatí común, *Trichechus manatus*, no posee un cuello discernible y es incapaz de salir a tierra por carecer de extremidades aptas para la locomoción terrestre, tan solo dos aletas pectorales y una ancha caudal. Asimismo el lago queda remotamente alejado del mar, sin apenas conexiones a este. ¿Qué puede ser, o, para ser más exactos, pudo parecerse a *Chan*? Como veremos en el registro fósil, hallamos un candidato hecho a medida.

Caminando entre fósiles

Los desmostilios fueron un grupo de extraños animales anfibios conocidos vulgarmente entre los paleontólogos como *Caballos de mar*. Vivieron hace aproximadamente unos tres millones de años. Sus restos han sido hallados en toda la Costa Oeste de América, incluyendo por supuesto México. Otros fósiles provienen de Florida, Alaska o Japón. El



La clásica imagen de *Champ*. Hasta el momento, una de las mejores fotografías de un supuesto críptido lacustre americano.

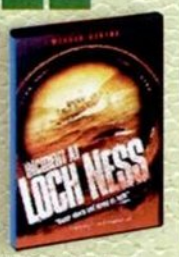
genero *Desmostylus* estaba representado por organismos de más de tres metros de largo. Eran de porte pesado y apariencia similar al de un hipopótamo moderno cruzado con una morsa y un caballo. En algunos textos ha sido descrito como una gran foca cuadrúpeda. Las patas eran gruesas y rematadas por uñas que pudiesen haber estado unidas por membranas interdigitales. El cráneo era parecido al de un caballo, con hocico largo y mandíbula profunda, recordando también en gran medida al de una res. El cuello era corto pero se hallaba presente y permitía a la criatura mover la cabeza libremente.

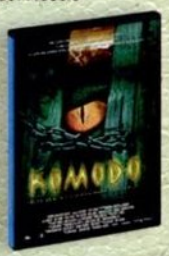
Este curioso animal seguramente se movía en tierra firme como los leones marinos actuales, mientras que en el agua se desplazaría sin problemas al impulsarse mediante sus poderosas patas. Debido a sus largos colmillos, colocados a modo de pala, este fornido mamífero debió de hurgar en el lecho de los ríos y bajíos costeros a la búsqueda de alimento. Probablemente se nutriría a base de algas, moluscos e invertebrados, tratándose casi con seguridad de un generalista en este sentido. Actualmente este insólito grupo de seres anfibios se sitúa cerca de los elefantes, *Proboscidios*, y los manatíes, *Sirenios*. La posibilidad de que puedan aún hallarse en zonas de América Central, antigua distribución geográfica de la especie, es altamente sugerente. Seguramente, si tuviésemos que elegir, los valles de Santiago serían uno de los mejores lugares del mundo para intentar espiar en superficie a estos fantásticos y huidizos caballos fluviales.

CRÍPTIDOS EN EL CINE

LOCH NESS (1996)
Director: John Henderson
Criptido: *Nessie*

EL PACTO DE LOS LOBOS (2001)
Director: Samuel Le Bihan
Criptido: *La Bestia de Gevaudan*





KOMODO (1999)
Director: Michael Lantieri
Criptido: *Reptil Gigante*

DIENTES DE SABLE 2002)
Director: James D. R. Hickox
Criptido: *Felino Dientes de Sable*

INCIDENTE EN EL LAGO NESS (2003)
Director: Walter Herzog
Criptido: *Nessie*

TERROR EN EL ABISMO (2003)
Director: J. Barrowman, J. McShane
Criptido: *Megalodón*

CHUPACABRAS (2005)
Director: John Shepphird
Criptido: *El Chupacabras*

THE MOTHMAN PROPHECIES) (2003)
Director: Mark Pellington
Criptido: El Mothman

CRYPTID (2006)
Director: Darrell Michael
Criptido: Homínido desconocido en África

ABOMINABLE (2006)
Director: Ryan Schifrin
Criptido: *Bigfoot/El Yeti*

NUESTRO PROTAGONISTAS HAN ENTRADO CON FUERZA EN EL MUNDO DE LA LITERATURA, LA PUBLICIDAD Y EL CINE. SON MUCHOS LOS TÍTULOS, PERO AL MENOS ESTOS DEBERÍAN FORMAR PARTE DE LA VIDEOTECA CRIPTOZOOLÓGICA.

LIBROS QUE HAY QUE LEER

Tras la pista de los animales desconocidos
Bernard Heuvelmans
Ed. Luis de Caralt, 1958

A la búsqueda de los supervivientes prehistóricos ¿Existen aun especies gigantes de gran tamaño?
Karl Shuker
Blandford (1990)

Criptozoología de la A a la Z
Loren Coleman
Harper Collins (1999)

Criptozoología: El enigma de los animales imposibles
Jose G. González y David Heylen Campos
Edaf (2002)

Monstruos acuáticos: Desde el Lago Ness al Okanagan
Gustavo Sánchez Romero
Benchomo (2006)

Siguiendo la estela de los monstruos marinos
Bernard Heuvelmans
Plon (1969)

Grandes huellas: Bigfoot, las pruebas
Robert Krantz
Harper (1989)

El Pies Grandes, El Yeti y el Sasquatch: ¿Mito o realidad?
John Napier
Blanford (1972)

Enciclopedia de Criptozoología
Michael Newton
McFarland (2005)

Sasquatch: La leyenda se enfrenta a la ciencia
Jeff Meldrum
Forge Books (2006)

La Gaceta C

Descubierto un nuevo fósil viviente

ABRIL
25
2002

El descubrimiento de este ejemplar de una especie prehistórica fue llevado a cabo por el entomólogo alemán Oliver Zompro en la cordillera de Brandberg, en Namibia. Este insecto, de 2,5 centímetros de longitud, es de un aspecto similar a un saltamontes y una mantis religiosa.

Ha sobrevivido aislado y sin contacto con otras especies desde tiempos prehistóricos, hace millones de años. Este descubrimiento se ha llevado a cabo dentro de la expedición al monte Inselberg (2.600 metros de altitud), financiada por la Sociedad Max Planck y el Museo Nacional de Namibia y que comenzó a principios de este año con el objetivo que ahora han alcanzado sus participantes. Antes de encontrar el ejemplar vivo, los investigadores ya habían examinado algunos fósiles de la especie, que bautizaron con el nombre de *Gladiator* porque se parece de algún modo a los antiguos luchadores romanos.

Los fósiles en cuestión son parte de colecciones privadas y se encuentran también en el Instituto de Paleontología y Geología de la Universidad de Hamburgo y en el Instituto de Paleontología del Museo de Ciencias Naturales de Berlín. Una vez más, un ejemplar del que tan solo se esperaban encontrar fósiles ha sorprendido a los científicos.

iptozoológica

Descubren una especie de marsupial que se creía extinguida en Australia del Sur

MAYO
1
2002

Una especie de marsupiales, que se creía extinguida desde hace más de un siglo en Australia del Sur, ha sido descubierta en un bosque de esta región.

«El hallazgo es de suma importancia para el estado de Australia del Sur, dado que el último ejemplar, que fue visto por última vez en 1888, está en manos de un museo británico», indicó Nick Talbot, del Ministerio de Medio Ambiente de Australia del Sur.

El descubrimiento de los marsupiales *Potoroo* fue efectuado por el ecologista Mark Bachmann cuando estudiaba las comunidades de mamíferos de la zona del parque de Glenelg, a 20 kilómetros de la ciudad de Adelaida.

Un grupo de «Potoroos»

«Bachmann localizó el pasado 23 de abril un grupo de "Potoroos" (*Potorous tridactylus*) compuesto por dos hembras, un macho y una cría en el Bajo Glenelg», señaló Talbot.

Estos marsupiales, también conocidos como «canguros con narizota de rata», fueron puestos en libertad en el mismo punto de captura tras ser medidos y pesados por las autoridades locales.

Características del marsupial.

El «Potoroo», el antepasado más antiguo del canguro, mide 20 centímetros y hace diez millones de años ya habitaba la Tierra.

El minúsculo animal, de color marrón, vive un promedio de siete años y se alimenta de raíces, insectos, hongos y larvas.

En los estados de Queensland y Tasmania existen también otras especies de «Potoroo», incluido en la lista de animales en peligro de extinción de las autoridades australianas.

La Gaceta C

Expectación ante el posible hallazgo del Orang Pendek

SEPTIEMBRE
7
2002

Los criptozoólogos de todo el mundo esperan con expectación el resultado definitivo de los análisis genéticos que sobre varias muestras de cabello procedente supuestamente del Orang Pendek está realizando el genetista australiano Hans Brunner, profesor asociado de la Deakin University de Melbourne.

No en vano, se trata de una «pieza de caza mayor» clásica que revolucionaría a esta subdisciplina científica que investiga la existencia de animales teóricamente imposibles. De momento, y basándose en los datos que han trascendido, se confirma que los pelos analizados no pertenecen a orangutanes, gorilas, macacos, tapir de Malasia, chimpancés, humanos, ni al llamado «mono de cola roja», especie está última que, junto a los langures, se ha propuesto como explicación del enigma en las últimas décadas.

«Por ahora, he deducido que los dos pelos que tenemos son diferentes a los de las especies con las que he establecido comparaciones. Si no aparece nada similar, diría que estamos ante un animal que aún no conocemos», apuntó Brunner en sus primeras declaraciones públicas, previas al comienzo de nuevos análisis comparativos con muestras de pelo de otros animales de la fauna de Sumatra.

De forma paralela, el primatólogo Colin Groves, profesor de Antropología Biológica en el Departamento de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional de Australia, en Canberra, se ha encargado del análisis de las fotografías y moldes de las huellas de esta criatura, que también han sido aportadas por el equipo de criptozoólogos británicos capitaneados por el empresario y explorador Adam Davies, junto a Andrew Anderson y

iptozoológica

Keith Townley. Estaríamos, al parecer ante las mejores evidencias de este críptido, ya que las huellas no parecen responder tampoco a la tipología conocida, punto este que se espera hacer público, junto a los resultados genéticos, tal vez en las próximas semanas. La importancia del hallazgo confirmaría, por un lado, la existencia de una criatura largamente perseguida por los criptozoólogos, hecho que reforzaría su consolidación científica, aunque la principal repercusión vendría de la propia identificación de la criatura como una nueva especie cercana evolutivamente a la humana, o incluso como un fósil viviente nada menos que de nuestro hipotético antepasado el *Homo erectus*.

NOVIEMBRE
4
2002

Avistan un pájaro gigante en Alaska

Un pájaro gigante, con una envergadura de las alas cerca de los 4,7 metros, se ha avistado en una zona del sudeste de Alaska. En opinión de los aldeanos de Togiak y de Manokotak, han observado un pájaro que consideran lo más grande que han visto jamás.

El diario de noticias *Anchorage* afirma que el piloto que llevaba pasajeros de Manokotak la semana pasada (16 de octubre) pudo avistar a la criatura con total claridad.

Los científicos no saben dónde encajar estos informes de avistamientos de un gran pájaro depredador; sin embargo, los biólogos de esta zona de Alaska son escépticos en cuanto a la envergadura del animal.

«No estoy enterado de nada que tenga más de 4,5 metros de envergadura y que esté vivo desde hace 100.000 años», afirmó el especialista federal en aves de presa Phil Schemf.

Schemf y otros biólogos, así como un oficial de la Policía y varios profesores de la escuela de Manokotak, coinciden en que los avistamientos podrían corresponderse a una especie conocida como Águila de Mar, una especia natural de la zona norte de Asia, la cual es una de las águilas más grandes del mundo. Es aproximadamente un 50% más grande que un águila calva.

La Gaceta C

Descubren un extraño animal en Nueva Escocia

SEPTIEMBRE
20
2002

Los habitantes de un pueblo denuncian la aparición de una especie de animal desconocida en la costa de Nueva Escocia.

Los habitantes de un pueblo, denuncian la aparición de una especie de animal desconocida en la costa de Nueva Escocia. Un extraño cadáver atrajo a la gente después de que apareciera varado en la bahía de Fundy, cerca de la ensenada de Parkers.

Según los primeros informes aparecidos en la prensa local, los habitantes del pueblo están convencidos de que la criatura es una especie de animal emparentado con el famoso monstruo del lago Ness.

El especímen, en un avanzado estado de descomposición, mide poco más de 9 metros de longitud, con un cuello largo y un cráneo muy pequeño. Sin embargo los primeros expertos que han analizado las imágenes y la filmacion del video del animal, aseguran que el especímen podría ser una inusual especie de tiburón.

Chris Harvey-Clark, director de la Universidad de Dalhouse en Halifax, especialista en la conservación animal, afirmó que los rasgos de la criatura –su cabeza pequeña, una agalla arqueada y una aleta dorsal grande– denotan que podría tratarse a todas luces de un tiburón.

Sin embargo, opuestamente, Parkers Cove, descubridor de la criatura, permanece un tanto escéptico en cuanto a esta afirmación. Según declaró al *Globeandmail.com*: «Creo que este animal es una especie descediente de un animal ya extinguido y muy antiguo. Desde hace muchos años los pescadores del pueblo han avistado extrañas criaturas en el mar, pero nunca han hablado para no ser ridiculizados».

iptozoológica

Misteriosa criatura diminuta causa conmoción en Chile

NOVIEMBRE
4
2002

Una extraña y esquelética criatura de apenas ocho centímetros de alto, de especie desconocida, fue hallada moribunda en un campo del sur de Chile, donde causa conmoción.

El bicho vivió ocho días después de ser recogido por un niño en la localidad de Las Lagunas, 500 kilómetros al sur de Santiago, y durante ese tiempo no quiso aceptar agua ni comida. Todavía agonizante, movía constantemente uno de sus ojos. Ya muerto, se momificó con rapidez, según informes, sin entrar en descomposición.

El cadáver del raro ser tiene una cabeza grande, desproporcionada al cuerpo, ojos a los costados, cuello grueso y cuatro patas. El veterinario, Pedro Katán, que lo examinó, se declaró incapaz de establecer de qué especie animal podría tratarse.

También se descarta que sea un feto humano, pues los distintos huesos craneanos están soldados entre sí, dijo a la AFP el médico cirujano Mario Dussuel, quien lo tuvo en sus manos. Dussuel, que también es psiquiatra, no cree que se trate de un engaño, tras hablar con cada miembro de la familia por separado y no encontrar «signos de un montaje».

La Gaceta C

¿Atacado por un calamar gigante?

ENERO
21
2003

Parece que las novelas del prestigioso Julio Verne se hacen realidad una vez más. El pasado 16 de enero, según informa la cadena Discovery Channel, un yate de origen francés que participaba curiosamente en el circuito de navegación llamado «Julio Verne Trophy» fue apresado por un calamar gigante en medio del Atlántico, según avisó por radio su capitán a la guardia costera.

El dueño del yate, Oliver Kersauson, veterano marino al timón del Catamarán *Jerónimo* afirmó que el barco fue golpeado varias veces produciendo fuertes oscilaciones en el mismo, por lo que mandó a un miembro del equipo observar debajo del casco para ver lo que producía los extraños movimientos. «Pero antes de que bajara vimos que algo se movía a estribor del barco, estábamos atónitos, ¡eran unos tentáculos! el calamar estaba tirando muy fuerte de la embarcación, por lo que colocamos el barco justo encima de él hasta que los tentáculos dejaron de tirar. Fuimos a la popa de la nave y lo vimos. Era enorme, he navegado durante 40 años y jamás había visto una cosa así. Podía medir cerca de los nueve metros de largo.»

El miembro de la tripulación Didier Regault, que descubrió al animal por el ojo de buey del casco inferior, comentó que los tentáculos de la criatura eran tan gruesos como su propio brazo y que estaban cubiertos por una piel de aspecto aceitoso. «En ese momento me di cuanta del peligro que corríamos» comento el señor Regault.

El calamar gigante cuyo nombre científico es *Architeuthis dux,* es el invertebrado más grande del planeta. Aunque los archivos históricos afirman que el animal puede alcanzar longitudes de 18 metros y una tonelada de peso, el especialista Steve O'shea afirma que el calamar más grande del que se tiene constancia hasta la fecha ha medido 13 metros y 330 kilos de peso. Esta especie es muy huidiza y vive en aguas muy profundas. Hasta la fecha se han contabilizado 250 casos fiables, la mayoría de ejemplares varados en las playas.

iptozoológica

Para el especialista O'shea, el que se encontró con el yate francés no pudo ser producido con un calamar gigante, debido a que estos viven a grandes profundidades. Según él mismo, «debió de ser cualquier otra cosa, pero no un calamar gigante».

Observan animales semejantes a osos polares en el Tíbet

AGOSTO
10
2003

Según ha informado una agencia de noticias de Pekín, los residentes de los pueblos cercanos al Tíbet afirman estar observando animales semejantes a osos polares. Los avistamientos se han registrado en condados anexos al Himalaya y podrían suponer un gran aliciente para el estudio de la evolución de las especies del Tíbet.

Un viejo ganadero llamado Puce de la aldea de Qomo en el condado de Gerze recordaba su encuentro con entusiasmo. «Estaba reuniendo a mis ovejas cuando vi al animal que en un principio asocié con un leopardo de la nieve. Sin embargo, al momento me acerqué lo suficiente como para poder observar mejor al animal y entonces, sin ninguna duda, supe que no era un leopardo. Era un oso blanco, absolutamente idéntico al que hemos visto todos en las películas o documentales.»

Al parecer, estos animales se han dejado ver también en el condado de Gyaca. Sin embargo, a pesar de la veracidad de los testimonios, Liu Wulin, especialista de la asociación regional para la protección de la fauna, ha asegurado que lo que la gente ha estado viendo no es otra cosa que una clase de osos albinos y no oso polares, que no existen en la región.

«Los denominados hasta ahora como "osos blancos" son de la misma especie que los osos marrones, pero, debido a defectos genéticos y desnutrición, estos no pueden absorber la melanina y por lo tanto parecen absolutamente diferentes a los osos marrones. Como consecuencia de las grandes variaciones en las pieles de los osos marrones en el Tíbet, donde algunos osos marrones parecen a veces de color blanco y negro o con rayas grisáceas, ha provocado que incluso en otras ocasiones y debido a confusiones se han identificado con osos pandas.»

Los misterios del mundo animal no parecen reducirse a las nuevas especies por descubrir o a las sorprendentes habilidades adaptativas que han podido desarrollar muchas de ellas, sino que incluyen en algunos casos comportamientos que aparentemente superan nuestra comprensión y se adentran en el llamado mundo de lo paranormal.

SEXTO SENTIDO ANIMAL

Inexplicables habilidades de la fauna del planeta

Los pasados y desafortunados acontecimientos ocurridos en el sudeste asiático en la Navidad de 2004 sirvieron tangencialmente para poner de actualidad un tema largamente debatido y acerca del cual existen infinidad de referencias: el denominado sexto sentido animal. Esta habilidad habría permitido a muchos animales, ante la mirada atónita de sus propietarios, predecir con bastante antelación catástrofes como la ocurrida, evidenciando con ello que su vínculo con la naturaleza es mucho más estrecho y firme que el nuestro. En diciembre de 2004 un maremoto, cuyo epicentro se situó a pocos kilómetros al norte de la isla de Sumatra, generó gigantescas olas que arrasaron casi por completo las costas de Indonesia, India, Tailandia y la propia Sri Lanka, entre otros lugares. Apenas unos días más tarde, las víctimas de la catástrofe ya se contaban por millares, sumando día tras día en un diabólico ascenso que dejaba para la historia dántescas imágenes de cadáveres flotando, apiñados por doquier o simplemente devueltos a la arena ante la atónita mirada de los turistas que habían vuelto a retomar sus vacaciones. Sin embargo, resultaba especialmente desconcertante que no se encontrara en ninguna parte ni un solo cadáver de los animales de lugar. ¿Qué había sucedido con ellos?

En Sri Lanka encontramos uno de los parques naturales más importantes de Asia, cuyas fronteras después del maremoto se vieron reducidas en 3,5 kilómetros hacia el interior. Se trata del Parque Nacional de Yala, donde viven importantes poblaciones de elefantes, ciervos, chacales y cocodrilos, siendo además uno de los mejores lugares del mundo para la observación de leopardos. En la actualidad el lugar se encuentra cerrado debido a los daños causados en las instalaciones así como por el

fallecimiento de muchos de sus empleados, pero resulta asombroso que ninguno de los animales del parque resultase muerto. Para la doctora Debbie Marter, del programa de protección de tigres de Sumatra, este hecho no debería sorprendernos tanto, ya que «los animales son extremadamente sensibles y, probablemente debido a sus agudos sentidos, pudieron escuchar el avance de la inundación, incluso es posible que variaciones en la presión del aire pueden haberlos alertado», declararía a la BBC.

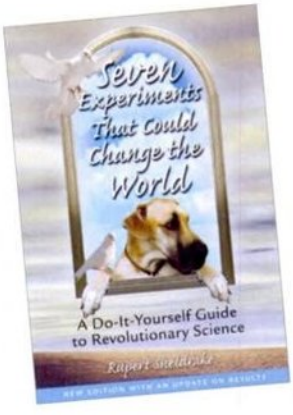
Es evidente que las explicaciones basadas en los agudos sentidos de los animales son plausibles, pero ¿podría explicar también lo sucedido a Dang Salangam? Salangam, un lugareño que ofrecía paseos en elefante por la playa de Kao Lak, relataría cómo sus animales comenzaron a emitir sonidos que solo puede describir como un consternado llanto a primera hora de la mañana, justo cuando se producía el terremoto de 9 grados en la escala Richter al sur de Sumatra. Al parecer, y según cuenta, tras el llanto los elefantes se quedaron mudos para, una hora después, volver a sollozar, momento en el cual, al «presentir» la enorme ola que se aproximaba, comenzaron a correr hacia una colina cercana. Incluso una docena de turistas que se encontraban allí lograron salvar la vida gracias al comportamiento de estos animales, puesto que además de ser alertados por ellos, se pusieron a salvo en un lugar seguro subidos a sus lomos.

Dantesca imagen dejada tras el tsunami del sudeste asiático de 2004. Sorprendentemente, los animales huyeron antes de llegar la ola.

Campos morfogenéticos

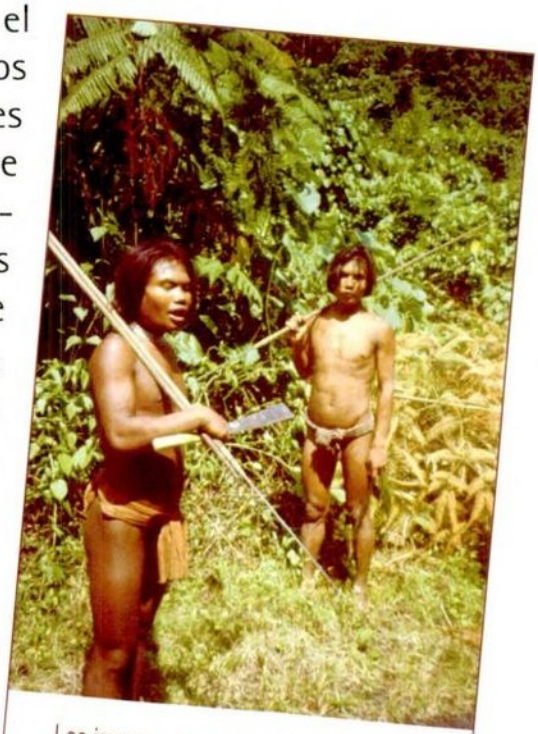
Ante sucesos como este, no han faltado investigadores dedicados a indagar en las causas subyacentes de esta peculiar habilidad precognitoria de los animales ante desastres naturales como terremotos o erupciones volcánicas. De entre todos ellos destaca especialmente el biólogo francés Rupert Sheldrake, de la Universidad de Cambridge, quien ideó un experimento que lo llevó a postular una interesante y arriesgada teoría. Bautizada como «Campos morfogenéticos» o «Resonancia mórfica», la misma se basa en la existencia de una serie de campos de memoria de la naturaleza, por los cuales fluyen y perduran las experiencias de cada individuo al margen del tiempo y el espacio, memoria esta que se alimentaría constantemente de las diversas formas de vida del planeta. *Si cierto número de individuos de una especie desarrollan un determinado comportamiento, los demás individuos lo desarrollan y lo hacen suyo de forma automática* explica Sheldrake.

Rupert Sheldrake, autor de la teoría de los campos morfogenéticos.



Desde que el hombre empezó a domesticar animales se ha percatado de que estos poseen un sistema de «alerta temprana» con la que previenen terremotos u otras catástrofes naturales. Algunos ejemplos son las vacas y ovejas que no entran es sus corrales, las serpientes salen de sus escondrijos en la roca y los osos pandas, por ejemplo, gritan y se sujetan la cabeza. A este fenómeno se le ha dado tanta importancia que los zoólogos de la Universidad de Pekín han desarrollado un sistema de alarma basado en la observación intensa de determinados animales, como es el caos de cisnes o de yaks tibetanos, debido a que estos últimos, ante una señal de peligro, se tumban en el suelo, estiran las patas y muestran una actitud despreocupada. Este sistema de prevención parece ser tan efectivo que, tras la catástrofe del sudeste asiático, los mandatarios de los países afectados se han unido para crear un sistema de alerta temprana de tsunamis utilizando tanto la última tecnología disponible como este primitivo sistema de alerta. Durante décadas ha sido utilizado y de forma

efectiva en lugares como el archipiélago indio de Andaman y Nicoba, donde poblaciones de tribus locales perciben el peligro a través de señales biológicas en los animales como el canto de los pájaros o el cambio en los patrones de conducta de los animales marinos. De hecho, es tan efectivo que en la catástrofe asiática las tribus isleñas se adentraron en el interior de las islas buscando seguridad, después de percibir dichos cambios en los animales. Con ello lograron que no hubiera ni una sola víctima en ninguna de las tribus locales como los jarwas, los shompens o los sentenaleses, comunidades todas ellas que datan del alto Paleolítico y del Mesolítico, tiempos desde los que se estima pudieron comenzar a usar estas técnicas. Cabe pensar que de todos los hijos de la Madre Tierra los humanos somos los más desvinculados de la misma, aunque como hemos visto puede haber excepciones.



Los jarwas, una de las tribus locales del archipiélago indio de Andaman y Nicoba, utilizan los sentidos de los animales para evitar las catástrofes naturales desde hace decenios.

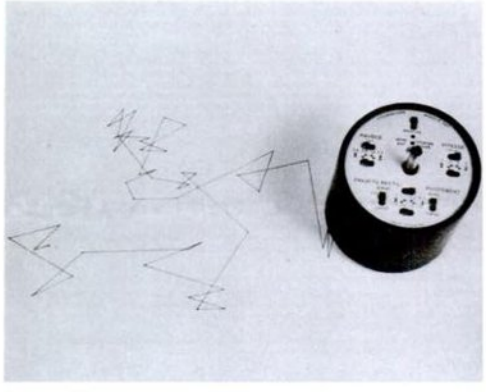
Polluelos psíquicos y delfines socorristas

Parece evidente que los animales no solo poseen un sexto sentido para la predicción de catástrofes, que tan vez esté fundamentada en una hiperestesia o mayor espectro en sus sentidos, sino que también la casuística ofrece abundantes casos en los que los animales predicen la muerte de

Imágenes de los experimentos de René Peoch.

sus dueños, o bien algunas mascotas localizan a sus dueños a cientos de kilómetros tras ser abandonados o perdidos sin tener referencia alguna del itinerario. Queriendo investigar este tipo de habilidades aparentemente paranormales en los animales, otro biólogo francés, René Peoch, elaboró un interesante experimento con polluelos que a su juicio demostró la existencia de otra singular facultad en dichos animales.

Peoch reunió y clasificó un total de 80 grupos de animales compuestos cada uno por 15 ejemplares, criándolos en estado de absoluta oscuridad. Como es sabido, los polluelos aborrecen la oscuridad, especialmente durante los momentos en los que la luz del día está presente, dejando constancia de su malestar con un incesante piar. Peoch comprobó que, tan pronto como encendía una luz, los polluelos dejaban de piar. Lo



Peoch utilizó diferentes animales para probar sus facultades «psíquicas».

siguiente que hizo fue colocar una vela como única fuente de luz sobre un robot que se movía de forma aleatoria por la habitación donde había colocado a los grupos de polluelos en jaulas transparentes. Las jaulas, en ocasiones, se movían también según la posición del robot, pero todo de forma fortuita y aleatoria.

Peoch observó que, en 57 de las 80 ocasiones, el robot siempre se dirigía hacia las jaulas con los polluelos. Lo cual para el investigador no podía ser fruto de la casualidad; de hecho, en las pruebas de control sin polluelos, la dirección del desplazamiento del robot se situó exactamente dentro de una probabilidad aleatoria del 50%. Peoch determinó que los pollos pueden influir «psicoquinéticamente» sobre el robot que portaba la vela. Es decir, y por muy sorprendente que pueda parecer, gracias a una *fuerza desconocida* los polluelos atraían la fuente de luz de la vela hacia ellos.

Experimentos como estos no solo evidencian que los animales, sobre todo determinadas especies, poseen ciertas facultades que desconocemos, sino también que en ocasiones muestran elaborados comportamientos aparentemente inteligentes y emocionales que solo atribuimos a los humanos, como el sentido del deber y de la protección hacia especies ajenas a ellos, tal y como constatarían un grupo de salvavidas que entrenaba en una playa de Nueva Zelanda.

Los hechos tuvieron lugar en noviembre de 2006 cuando un grupo de socorristas realizaba prácticas en la playa de Whangarei en North Island. Al parecer, en la zona de entrenamiento se coló un ejemplar de tiburón blanco de más de tres metros de longitud, que se situó a escasos metros de los socorristas. Sin previo aviso, y sin saber de dónde habían salido, un grupo de media docena de delfines apareció en el lugar rodeando a los cuatro bañistas amenazados por el gran escuálido blanco. Según cuentan los implicados, los delfines formaron una especie de cadena defensiva durante los 40 minutos que estuvieron en el agua presas del pánico, y no solo protegieron a los tres socorristas y a la hija adolescente de uno de ellos, sino que además los condujeron hasta la orilla sin separarse de los mismos hasta que no se encontraron a salvo en tierra firme. Los cuatro neozelandeses implicados en el suceso no dudaron al afirmar que los delfines actaron deliberadamente para salvaguardar sus vidas.

Para los especialistas, biólogos y naturalistas, sigue siendo una misteriosa fuente de controversía el motivo por el que los animales son capaces de desarrollar conductas como las descritas, o por qué modifican de forma deliberada sus pautas de comportamiento en determinadas ocasiones tanto para beneficio propio como para proteger a otra especie que en ocasiones puede ser una amenaza. Sin embargo, en lo que sí coinciden todos los especialistas es en destacar como parte del comportamiento de los animales la memoria y la capacidad de aprendendizaje, lo que, unido a otras habilidades, apuntan a un nada despreciable grado de inteligencia y conciencia en los mismos.

¿Tienen conciencia los animales?

Sucesos como los descritos dejan entrever que los animales actúan con premeditación, que no responden solo a reglas de conducta establecidas por sus genes o por la adquisición de conductas observadas en otros ejemplares. ¿Es posible que exista premeditación, un patrón de vida interior que sugiera la existencia de conciencia en los animales? La pregunta es arriesgada y de una trascendencia tal que no faltan vesti-

Algunas pinturas de estos elefantes «pintores» se han vendido en subastas de arte.

duras que se rasguen sin remedio ante su mero planteamiento. Pero algunos indicios apuntan en esa dirección. Se ha observado en nuestros parientes más cercanos comportamientos que dejarían entrever cierta conciencia de lo que hacen. Por ejemplo, cuando un chimpancé de rango inferior se aparea con una chimpancé de rango superior, el macho es consciente del adulterio que está cometiendo, pues si el macho dominante pasa en ese oportuno momento, se ha observado cómo el de rango inferior tapa con sus manos sus partes pudientes para no ser descubierto en evidente estado de celo. ¿Denota este comportamiento inteligencia y conciencia de lo que se hace? Parece obvio que la habilidad para el engaño –que requiere un conocimiento de lo correcto o esperado y la conciencia de no hacerlo y por tanto ocultar ese comportamiento– denota cierto grado de inteligencia. Para los especialistas, este comportamiento en cada especie viene determinado por su genoma, aunque también se rinden a la evidencia de que no existe un gen especifico para el comportamiento y que este interacciona con la vida del individuo. A esta interacción se la denomina fenotipo, que para que nos entendamos es el resultado de la información genética y la vida única del individuo. Con esto podemos entender que pueden existir individuos que sobresalgan por encima de los demás de su especie, y desarrollen una inteligencia y una conciencia como la que sería observada por la etóloga Irene Pepperberg en su loro africano.

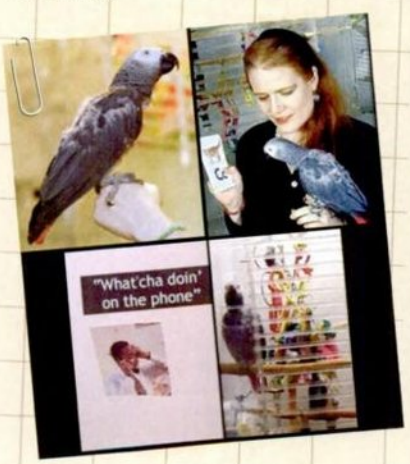
Durante años, Irene ha trabajado con su gárrulo amigo y ha descubierto que el loro no solo habla por repetición, sino que hace comentarios acerca de lo que ve. Advierte «caliente» cuando ve a su dueña tomar un café, o solicita una uva de un cuenco lleno de todo tipo de fruta. Incluso en una ocasión, cuando llevó al loro a un veterinario para someterlo a una operación de pulmón, el ave, al ver como su dueña salía de la habitación sin él, le balbuceó: «¡Ven. Te Amo. Lo siento. Quiero volver!». De dicho comentario expresado por el loro se podría deducir no solo un sentimiento de abandono, también una expresión de amor, e incluso, si nos apuran, la manifestación de cierta ¿culpabilidad?

Es evidente que lo expuesto y muchos otros casos no convencen ni pone de acuerdo a todos los científicos, pues para la mayoría estos ejemplos no son más que anécdotas, o en todo caso, responden a un acto que ha sido reiterativamente ejecutado y aprendido, con lo cual no podríamos hablar de conciencia. Lo que parece claro es que aún nos queda un largo camino por recorrer, un trayecto que hemos de realizar con los animales y en el que no tiene cabida la ceguera que durante miles de años nos han generado nuestra autoproclamada condicion de reyes de la creación. Hemos estructurado nuestras observaciones, y especialmente el análisis de las mismas, con la idea preconcebida de que entre ellos y nosotros hay una distancia insalvable, dándole la espalda a nuestra naturaleza animal y negándoles a ellos cualquier atisbo de comportamiento que insinuara «humanidad». Y es que la historia siempre la escriben los vencedores.

"EL PROYECTO N'KISI"

Durante años, Aimée Morgana notó como tenía una comunicación especial con su mascota, un precioso loro gris africano llamado N'Kisi. Al parecer, la señorita Morgan advirtió en más de una ocasión que el loro parecía adelantarse a sus pensamientos antes de que estos salieran de la boca de su dueña, lo que llevó a Morgana a pensar en algo aparentemente absurdo: ¿era el loro capaz de leer los pensamientos?

Intrigada, Morgana contactó con Rupert Sheldrake, y este, junto con un grupo de científicos, llevaron a cabo una serie de experimentos para comprobar si el loro tenía algún tipo de «poder» para comunicarse telepáticamente. Durante días aislaron al loro de su dueña y le mostraron a esta última imágenes que correspondían a palabras específicas del vocabulario del loro. Su mascota debía de averiguar esas palabras de forma «telepática» e increíblemente el índice de aciertos superaba lo que se podía considerar una probabilidad producto del azar. Las investigaciones se publicaron en el «Diario de Exploración Científica» n.° 17 de 2003.



Un terrorífico tiburón blanco sonríe ante las cámaras del equipo de Cousteau.

Escasamente conocida fuera del mundo francófono, la fantástica historia del encuentro del prestigioso oceanógrafo Jacques Cousteau con una monstruosa criatura jamás ha podido ser confirmada o desmentida, convirtiéndose tal vez por ello en una de las singulares y modernas leyendas urbanas del campo de la criptozoología. Cuando menos, vale la pena conocerla.

EL MISTERIO DE COUSTEAU

La increíble historia jamás confirmada

La historia procede de un reportero que se hacía llamar Stéphane Swirog (www.djibuotiweb.com), quien a su vez aseguraba al difundirla que le había sido facilitada por uno de sus colegas militares afincado en Yibuti, región que hace frontera con Etiopía. Todo habría comenzado el 26 de junio de 1995. Al parecer, el comandante Jacques Cousteau habría realizado un gran descubrimiento mientras llevaba a cabo unas inmersiones en una fosa marina de la costa del país. Por la propia naturaleza desestabilizadora del hallazgo, el célebre científico habría confirmado que su hallazgo no podría ver la luz, pues comprometería las actuales leyes sobre biología, evolución y paleontología.

Todo comenzó con las primeras pruebas para intentar filmar tiburones en la zona. Según relata Swirog, se estaba utilizando en el lugar una jaula con un cebo a base de carne de camello, que sin lugar a dudas atraería a los tiburones a la zona. Sin embargo, la robusta estructura, a los pocos minutos de haber sido sumergida, emergió a la superficie totalmente hecha añicos. «Algo» increíblemente fuerte y poderoso había reducido a chatarra la aparentemente impenetrable barrera de metal. Era solo cuestión de tiempo que los rumores de una auténtica bestia marina circularan

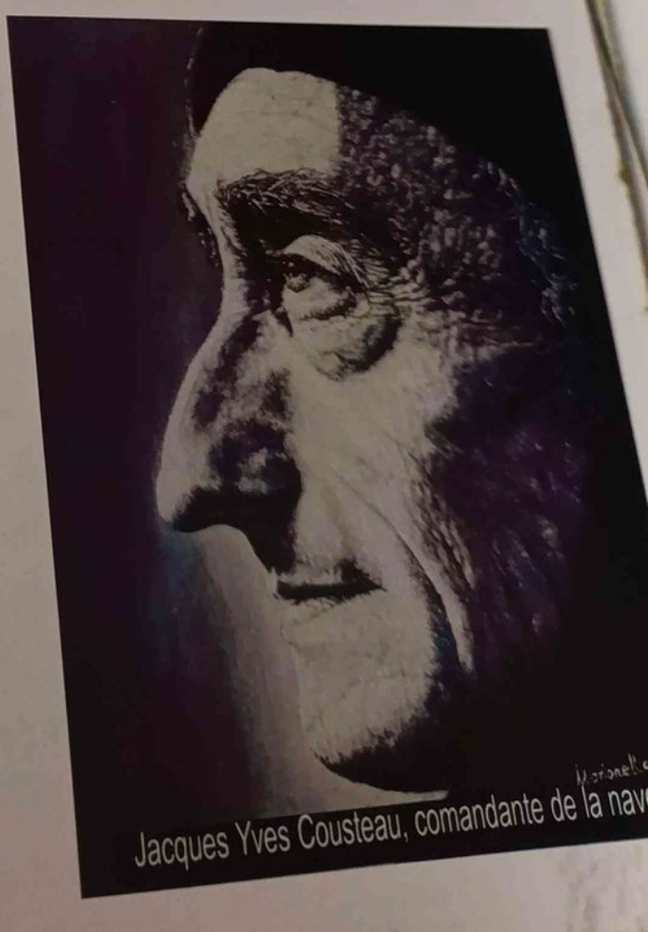
El Calypso en plena campaña científica de exploración oceánica.

de boca en boca por toda la República de Yibuti.

La cosa habría podido acabar ahí, sin mayor importancia, de no haber sido por la aparición de otro testimonio que el reportero rescataría un año más tarde. Según su relato, y como era de esperar, el equipo del *Calypso* regresó al año siguiente a la zona con muchos más medios para realizar una expedición en la zona para tratar de localizar a la desconocida criatura. La intención del comandante era obvia, quería captar con mucha mejor calidad de imagen a la descomunal bestia que allí habitaba. Ya tenía en su poder una pésima grabación del animal obtenida en la primera ocasión que visitó la fosa, pero esta vez quería una grabación de calidad.

¿Qué oculta Cousteau?

¿Qué habría descubierto el francés de generosa nariz, para que se tomara tan en serio su ocultamiento? No cabe duda de que el estudio de los grandes fondos marinos y de las profundidades abisales es un tema sobre el que se han hecho pocas investigaciones a gran escala. ¿Tal vez los insondables y oscuros abismos marinos sean el lugar perfecto para que un superviviente prehistórico permanezca inadvertido en perfecto aislamiento? ¿Qué increíble criatura pudo pulverizar una pesada jaula antitiburones en cuestión de minutos?



Jacques Yves Cousteau, comandante de la nav

Los candidatos podrían ser varios, pero pocos o inexistentes los que se podrían situar en dicho lugar y en nuestro tiempo. En un principio se planteó que la bestia no fuera más que un gran tiburón blanco, *Carcharodon*

Parte del equipo de buceadores listo para zambullirse en aguas del mar Rojo.

carcharias. Esta formidable bestia marina tendría, en principio, serios problemas para destruir una gran jaula, pero más complicado aún lo tendría para engañar al aventajado y experto Cousteau en su identificación. Por lo tanto, se hacía necesario ampliar los horizontes en pos de identificar al misterioso animal.

Casi tres veces mayor que el blanco fue su antepasado el Megalodón, *Carcharodon megalodon*, un descomunal depredador del Mioceno cuyos aserrados dientes podían medir los 20 centímetros de longitud. Este depredador se habría extinguido hace unos 25 millones de años, pero aun hoy circulan historias que intentan situarlo entre nuestro días tal y como hemos visto páginas atrás. Con todo, el Megalodón no sería el último de los candidatos. Otros como el *Mesasaure*, de la época del Cretácico, o el *Kronosaurus* del Cretácico inferior, podrían encajar en la visión del Cousteau. Ambos ejemplares son más bien reptiles acuáticos con poderosas fauces que podrían alcanzar los 15 metros de longitud y cuya apariencia se acerca más a los actuales cocodrilos que a los propios dinosaurios.

Más ficción que realidad

Ante tal falta de datos es imposible verificar, en primer lugar, la veracidad de estos acontecimientos, y en segundo, en el caso de ser ciertos, la identidad del espécimen. En cuanto a la autenticidad del incidente, cabe señalar que en la revisión de 1996 del libro *Monstruos de los lagos y oceanos*, Richard D. Nolane apunta que, según Jean Jacques Barloy, doctor en Zoología, contemporáneo y amigo de Bernard Heuvelmans, el comandante Cousteau habría conseguido tomar imágenes del monstruo, las cuales permanecerían ocultas para que nadie las utilizara para desacreditar y desmitificar la imagen del investigador, algo tan absurdo como incomprensible.

El monstruo de Yibuti viviría en el Koubé, que es una especie de mar interior de impenetrables y oscuras aguas flanqueadas por acantilados verticales. Al parecer, la antediluviana criatura habría ido a parar allí para después instalarse de manera permamente en dicho refugio subacuático. Algunos pobladores locales asocian al inusual ser con una gigantesca manta-raya. Según se ha constatado, todos los años se celebra una especie de macabra ceremonia en honor del reverenciado y misterioso *Dios Marino*. Al parecer, un abultado cebo de carne de camello es enviado al fondo del mar en una jaula a modo de religiosa y fúnebre ofrenda. Normalmente, la sangrienta festividad termina casi siempre aderezada por llantos y por una sonora algarabía, con la total destrucción de la estructura metálica, donde no queda rastro del desventurado animal jorobado. Este mortífero ritual fue supuestamente filmado por Cousteau que logró obtener algunas imágenes de muy mala calidad al incluir una pequeña cámara en la jaula.

No se puede decir que precisamente acuda en socorro de la credibilidad del asunto la afirmación de que las imágenes del leviatán se encuentren bajo llave en una ubicación secreta, motivada por la decisión de Cousteau de no arriesgar su trabajada reputación por una noticia tan sensacionalista. No obstante, y supuestamente, el diario de a bordo recoge en algunas de sus páginas el increíble momento en el que al parecer, un supuesto animal extinto de titánicas proporciones era inmortalizado en el frágil celuloide submarino. ¿Habría más detalles en las precisas notas del *Calypso* sobre este sorprendente incidente? Evidentemente, la respuesta más lógica desde este escenario de ocultación es que no.

«El misterio de Cousteau», o «La bestia de Cousteau», constituye un buen ejemplo de cómo una historia, con algunos tintes de verdad como la existencia real de los personajes que se citan, acaba convirtiéndose en los mentideros de Internet en toda una leyenda urbana que no resulta muy difícil de evidenciar. Por citar algún dato, digamos tan solo que, por ejemplo, el autor Richard D. Nolane no es más el seudónimo de Olivier Raynaud, célebre escritor de... cómics y novelas de ciencia ficción.

La historia de la zoología, y por supuesto de su hermana la criptozoología, contiene abundantes ejemplos de portentosos hallazgos animales que finalmente no fueron otra cosa que fraudes más o menos elaborados. Como en toda disciplina científica, las ansias por pasar a la historia, la búsqueda de la fama, o el simple lucro personal, han generado pintorescos episodios de cuerpos de sirenas momificados, diablos de mar disecados o vísceras de chupacabras olvidadas por el campo, de todo lo cual nos ocupamos en el presente artículo.

PSEUDOCRÍPTIDOS

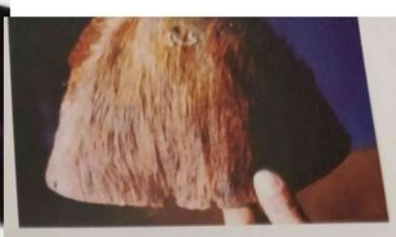
O los fraudes de la criptozoología

La historia de la ciencia está repleta de fraudes, algunos simpáticos y pintorescos al no provocar daños a terceros, y otros realmente detestables por suponer auténticas estafas económicas, o bien un claro abuso de poder en el ámbito laboral o académico.

La mayor parte de los episodios que se pueden rastrear en la historia de la zoología y su hermana la criptozoología pertenecen al primer grupo, aunque no deja de ser cierto que en ocasiones el abuso de la credulidad de la gente y la búsqueda de pingües beneficios han terminado por ensombrecer lo que posiblemente surgía como una broma. Episodios como estos pueden incluso ser utilizados para manipular a la opinión pública y ofrecer una imagen distorsionada del rigor y *modus operandi* empleado por los criptozoólogos en su búsqueda de criaturas animales desconocidas para la ciencia.

Monos salvajes, balsas y patas de escayola

Los fraudes, que a veces surgen como simples confusiones convertidas en auténticas bolas de nieve por los medios de comunicación, pueden ser de diferente índole. Quizá en criptozoología los más frecuentes sean aquellos relacionados con la toma de fotografías, filmaciones, huellas e incluso restos de presuntos críptidos. Es bastante conocido el caso de los restos de yetis momificados que se conservan en algunos monasterios del Tíbet, y que una vez analizados han resultado ser pellejos de cabras, osos y otros animales convencionales. La escasa o nula nitidez de



Imágenes de supuestos restos de un Yeti, entre ellas un supuesto dedo y un cuero cabelludo que finalmente se demostró ser parte de un animal típico del Himalaya.

La mayor parte de las fotografías de animales misteriosos, ya sean del tipo de los hombres salvajes o de los monstruos lacustres, genera que con frecuencia sean tenidas en su mayor parte como dudosas, cuando no directamente como fraudulentas. La conocida como *Filmación Patterson*, rodada en 1967 en Bluff Creek, California, por Roger Patterson y Bob Gimlin, es hasta el momento la película más clara y larga en la que se observa a un presunto *bigfoot*, a plena luz del día y andando entre el bosque. Las opiniones sobre la autenticidad de la misma se mantienen enfrentadas hasta la fecha, no porque se piense que el material haya sido manipulado, sino porque para los más críticos es altamente sospechoso que un ferviente partidario de los hombres bestias como Patterson saliera al campo con su filmadora y grabara un ejemplar con tanta facilidad. Para el director de cine John Landis lo que muestra la filmación no es otra cosa que a un ser humano con un disfraz de los diseñados por John Chambers para la película *El planeta de los simios*.

Con el más famoso de los monstruos lacustres, nuestro querido Nessie, habitante escurridizo de las aguas escocesas del lago Ness, ocurrió algo similar años atrás. Al margen del eterno debate sobre la identidad de la criatura, un jarro de agua fría cayó sobre una de las pruebas más antiguas de la existencia de *Nessie*, la foto de su cuello emergiendo de las aguas tomada en 1934. Reproducida como cierta frecuencia hasta la saciedad, hace unos años Lambert Wilson afirmó haber sido él mismo el autor de la famosa instantánea en blanco y negro, que no era otra cosa que un artilugio de madera flotando preparado al efecto. Patas de escayola o madera para imitar las zarpas de los monstruos lacustres no han faltado a lo largo y ancho de los lagos estadounidenses y canadienses, como forma rápida de atraer la atención de los medios de comunicación y con ellos del turismo. Incluso en un capítulo de la serie *Expediente X* se llegó a reflejar esta práctica, aunque otras evidencias se

La conocida como Sirena de Fidji, o Jack el niño cocodrilo, fueron atracciones itinerantes por los circos que presentaba la mezcla de un ser humano con un reptil.

encargaban de alimentar las dudas de Mulder y Scully. Un escándalo relativamente reciente fue el vivido en la India el pasado año, cuando las supuestas apariciones de un extraño mono salvaje, deforme y agresivo, crearon una psicosis colectiva que indirectamente llegó a tener víctimas humanas. Lógicamente, se trató de un caso extremo, pero sin duda a tener en cuenta.

Un ofidio gigante con colmillos de molusco

Bothrodon pridii fue el nombre científico asignado a la colosal especie de serpiente descrita por John Graham Kerr en 1926, basándose tan solo en una parte del titánico ofidio: un descomunal y curvo colmillo hasta el momento desconocido, que trajo de cabeza a los especialistas del tema. Es fácil imaginar la cara de asombro que debieron poner quienes se encargaron de medir la muestra y contemplar cómo la cinta métrica marcaba para el borde externo nada menos que cinco increíbles centímetros. De hecho, era unas nueve veces más grande que los colmillos de una de las más venenosas serpientes del planeta, la temida *Dispholidus typus*, especie que puede llegar a alcanzar una talla superior a los dos metros de longitud. Tras estos cálculos se estimó que el propietario de tan formidable armamento dentario mediría en torno a los 18 metros de largo, ¡un aterrador y ponzoñoso monstruo de pesadilla!

Este auténtico puñal venenoso había sido obtenido por un amigo del profesor Kerr, Andrew Pride, que lo había logrado recolectar de los sedimentos fangosos localizados en la región del Gran Chaco, Paraguay. El material depositado aquí, perteneciente al Pleistoceno, dataría de entre 10.000 años y dos millones de años, lo que en principio daba credibilidad a la historia.

El análisis de Kerr recoge detalles importantes como es el surco que recorre toda la longitud del diente. A través de esta hendidura el veneno fluye cuando la presa muerde a su víctima, para de ese modo inyectar el mortal líquido. Asimismo, y debido a la forma de este, el animal quedaría enmarcado en el grupo de los *Opistoglifos*, gran división que acoge a casi todas las serpientes modernas. Por la gran curvatura que el diente presentaba, Kerr llegó a especular que la serpiente usaría estas poderosas armas para sujetar, inmovilizar y envenenar a sus presas. Una réplica basada en

un molde del original, gentilmente donado por Kerr, pasaría a las salas de la Universidad de Glasgow en 1933 y hasta pasados seis años su verdadera identidad no sería desvelada, para desasosiego de los criptozoólogos.

El doctor Quenstedt, afiliado al Museo de Paleontología de la Universidad de Berlín, fue el responsable de reordenar el puzle. Personalmente recibió de Kerr una copia reconociendo inmediatamente al verdadero dueño de tal fenomenal arma. Se trataba de una de las seis puntas calcáreas que adornan el vistoso caparazón de la caracola araña de Chiragra. Este gran molusco gasterópodo se halla ampliamente distribuido actualmente en todo la región del Indo Pacífico. Tanto la forma, el tamaño, así como la coloración que el fragmento presentaba, encajaba positivamente con las características de este caracol de mar. La monstruosa serpiente *Bothrodon pridii* dejaba de existir como especie animal reconocida.

Este ejemplo describe claramente la increíble metamorfosis que una temible serpiente puede llegar a sufrir, convirtiéndose en cuestión de días en inofensiva concha marina. También ilustra de buena manera las dificultades que a veces ciertos organismos presentan a la hora de ser catalogados, así como la severidad con que las reglas de este sistema de clasificación (taxonomía) operan dentro del campo de la zoología.

La serpiente de mar, y de circo, del doctor Koch

El número montado por el excéntrico coleccionista alemán Albert C. Koch resultaba inaudito: este teutón aseveraba exhibir en la Sala Apolo de Broadway un genuino y completo esqueleto de gran serpiente marina. Corría el año 1845, y los excelentemente ilustrados panfletos que describían al increíble animal circulaban por las calles a vertiginosa velocidad. La criatura, que poseía incluso nombre científico como es de rigor, *Hydrarchos sillimani*, podía ser admirada por todos. El pequeño pero informativo boletín que difundía la noticia por todo Nueva York describía la manera en la que el inusual ser había sido descubierto. El esqueleto fue supuestamente recuperado de un estrato de roca caliza amarilla en Clarksville, Alabama, tras una violenta erupción volcánica. Las vértebras, así como los demás restos óseos de

Durante los 90, los «garadiábolos» pulularon por los medios como criaturas del abismo con apariencia humana que recordaban al demonio. No era más que un conocido animal especialmente «retocado».

la criatura, fueron excavadas, preparadas y montadas según el orden y la posición original del animal en la roca, aseguraba Koch.

En la exhibición se podía contemplar un esqueleto serpentiforme de unos 30 metros de longitud, sobre el que descansaba un gran cráneo de mandíbulas abiertas. Además, la criatura presentaba varios pares de arqueadas costillas y un par de extremidades frontales tipo aleta. Koch, que no paraba de desafiar a las voces escépticas esgrimiendo el argumento de que tenía la prueba definitiva para probar la existencia de tales bestias, se aventuraba incluso a describir el comportamiento del fabuloso ser. Supuestamente, mantenía su sinuoso cuello en alto debido a la robustez de sus vértebras, y no solo para poder respirar fuera del agua. De ese modo alzaría en alto a sus presas, tiburones o cualquier otra criatura, a las que de un bocado engulliría mediante sus potentes mandíbulas.

Las fanfarronadas de Koch no superarían el inmediato análisis llevado a cabo por el anatomista Jeffries Wyman. Perteneciente a la Universidad de Harvard, Wyman quería examinar personalmente los restos de tan fantástica bestia, para por sí mismo desvelar la identidad de aquel armazón óseo. Meses atrás había publicado la primera descripción científica del recientemente descubierto gorila africano, y quería enfrentarse a un nuevo reto biológico tras cubrirse de gloria con aquel hallazgo. El breve pero minucioso escrutinio al que sometió Wyman los huesos de Koch pronto echó por tierra el espectáculo sensacionalista montado por el alemán. Wyman comprobó que el fabuloso monstruo marino había sido artísticamente construido a base de huesos de al menos cinco esqueletos de *Zeuglodon*, una ballena prehistórica que podía medir más de 12 metros de largo. Además, el anatomista apuntó que los dientes alojados en la mandíbula pertenecían a un animal de sangre caliente, y no a un reptil.

Algunos dijeron ver a Koch embarcar en un carguero con destino a Europa, llevando consigo grandes cajas en las que supuestamente viajarían los huesos de la fabulosa serpiente de mar, con la intención de hacer un nuevo intento en el Viejo Continente.

Diferentes iconografías de pseudocriptidos, el Mothman a la izquierda y el demonio de Dover a la derecha.

LA FÁBRICA DE FRAUDES

El padre de la criptozoología, Bernard Heuvelmans, con su rigor habitual, desveló en sus trabajos algunos episodios de fraudes premeditados de criptidos que nunca pudieron ser tales. El Moka-Moka o Chelosauria lovelli fue uno de ellos, una especie de híbrido entre una serpiente, una tortuga y un pez, que al parecer había sido avistado en 1890 en las costas australianas de Queensland por una maestra identificada como Miss S. Lovell. Al parecer, se trataba de una deformación de una leyenda indígena con la que la presunta testigo quiso pasar de los periódicos a la historia. Otro caso muy similar fue el del Rau, otro extraño bicho fabricado en la imaginación de un matrimonio apellidado Miller con trozos de todos los dinosaurios que conocían, y que según estos habían visto nadando e incluso filmado cerca de Nueva Guinea, a finales de los años sesenta. El prolífico escritor y especialista en fauna fantástica Jesús Callejo nos brinda en su obra «Bestiario mágico» algunos ejemplos más que harán las delicias del lector interesado en conocer otros casos. Además de los fraudulentos cuerpos de sirenas que llegaron hasta las vitrinas de algunos museos, destaca el caso de los diablos de mar o garadiábolos, unas criaturas de sobrecogedor aspecto que se hicieron muy célebres hasta épocas recientes, pertenecientes a una supuesta raza desconocida que habitaba los mares. Mal que nos pese, y con independencia del pataleo de muchos, estos especímenes no eran otra cosa que mantas-rayas y otras criaturas similares, a la que se les hacían unos hábiles cortes dándoles un aspecto humanos antes de disecarlas. Hace años pudimos ver una de esas reliquias en la colección del incansable periodista y aventurero Miguel G. Aracil.

Otro autor como John Keel nos narra en su clásico «El enigma de las extrañas criaturas» el caso de la serpiente de mar de Silver Lake, en Nueva York, un pintoresco episodio ocurrido en 1858 que resultó ser un monumental fraude que incrementó el turismo y generó gran número de testigos. A. B. Walker fue el encargado de promoverlo mediante una serpiente de mar de goma de color verde oscuro, que echaba al agua junto a sus cómplices insuflándole aire. Años después se descubrió el fraude, pero para entonces muchos habían garantizado su futuro.

Las historias son muy abundantes, pero para ejemplos bastan los ya expuestos. Quizá, como último apunte, resulte necesario señalar que la fabricación de evidencia sobre la existencia de extrañas criaturas se ha centrado en los últimos años en el famoso y polémico Chupacabras, del que se han presentado todo tipo de fotografías, huellas y restos que hasta el momento no han superado la más elemental criba.

Tipo de fraude muy común sobre todo con pterodáctilos. Aquí un armadillo.
Muchos periódicos sacaron esta foto en portada. Finalmente, fue un montaje de dos imágenes reales.
Esta foto del Sucurijú fue tomada en Brasil. Se desconoce si es real o no. Media 35 metros.
¿Un gigantesco cangrejo cacerola? Ni mucho menos, un buen elaborado fotomontaje. El real alcanza solo los 50 centímetros.

El nivel en la técnica del retoque fotográfico alcanza cotas increíbles. Un ejemplo esta falsa necropsia.

Esta radiografía pertenecía presuntamente a un Bigfoot, evidentemente es falsa.

Gigantesco oso cazado en Alaska, su peso sobrepasó los 500 kilos y alcanzó más de 3 metros.

En la década de los 40, Bob Petley engañó a mucha gente con su historia del Jackalope. Sin duda, un fraude original.

¿Gatos con alas?... No, es una extraña mutación llamada astenia cutánea .
¿Es real este enorme toro? Muchos afirman que sí, que es tan real como sus dueños. ¿Tú qué opinas?
Elsa Cabrera analizó en Santiago en el año 2003 los restos de un presunto Globster.
Celacanto disecado en Museo de Nueva York. Creído extinto hace 70 millones de años, se redescubrió en 1938.

¿Fue Azzo el último neandertal vivo? Fue descubierto en 1931 en Marruecos. Sigue siendo un misterio.
Buen intento de falsificar un pterodáctilo donde lo importante es la ubicación.
Descubierto en la Cueva Burrows en 1982. Aún se discute si es un fraude o no.
En 1920 François Loys tomó esta imagen de lo que parecía un

Críptidos Alados

¿Sobreviven en África miembros del antiguo grupo de los pterodáctilos?

A comienzos de 2007 México vivió una auténtica oleada de avistamientos de insólitas aves de color marrón parduzco, de un tamaño considerable similar al de pequeñas avionetas. Una de los testigos, Liliana López Sánchez, afirmó ante la prensa local que era frecuente observar el vuelo de enormes aves en una zona conocida como Tlalplan. Según su relato, tanto ella como otros testigos habían presenciado a primeras horas de la mañana a gigantescas aves, de aspecto similar a lo que ellos denominan murciélagos o «pterodáctilos», abandonando las cuevas da la escarpada zona montañosa del Cerro de la Estrella.

KONGAMATO

El reptil volador africano

DESDE luego, testimonios como estos pueden parecer sacados del guion de *Parque Jurásico*, pero lejos del séptimo arte estos relatos se vienen publicando desde hace siglos en diversos lugares del planeta, algo que añade extrañeza y credibilidad al asunto. Uno de esos lugares recurrentes es el extenso continente africano, donde esta ave gigante recibe el nombre de *Kongamato*.

Varios son los relatos de viajes que recogen referencias a este reptil volador cuyas tradiciones se extendienden por África subsahariana, encontrándose quizá entre los primeros los de Frank H. Melland, quien en su obra de 1923 *En el África embrujada* plasmó las primeras reseñas escritas acerca del mítico animal. *El Kongamato* –escribiría por entonces– *no es un pájaro, ni siquiera un ave, es más bien una especie de lagarto volador con las alas como las de un murciélago, tiene un enorme pico lleno de dientes y su tamaño es enorme.*

Así de contundentes fueron las palabras de los indígenas al describir el *Kongamato* a Melland, quien a pesar de no lograr

ver uno con sus propios ojos quedó plenamente convencido de que la criatura que describían los indígenas era sin lugar a dudas algún tipo de animal similar a los extintos pterodáctilos.

También en la misma década otro explorador, James Stany, suministra en su obra *Lejos de los caminos trillados* indicaciones más amplias, si cabe, del animal. Stany llegó incluso a situar el hábitat del *Kongamato*, que, según los indígenas, se localizaba en los alrededores de la zona pantanosa de Jiundu, próxima al afluente de Zambeze. Allí relataban que podía verse en ocasiones una bestia a la que todos temían, devoradora de hombres y capaz de hacer zozobrar una canoa. *Su color rojo sangre y su mirada aterradora eran suficiente para helar la sangre del guerrero más valiente*, le explicaron.

Algunos pterodáctilos tenían una envergadura alar de unos 7 metros de largo y vivieron en Europa, África y Norteamérica.

¿Pterodáctilos vivos?

Los pterodáctilos fueron unos gigantescos reptiles voladores que desaparecieron de la faz de la Tierra hace 70 millones de años, situándose el auge de su existencia durante el Jurásico. Sus restos fósiles se han encontrado principalmente en depósitos marinos, lo que ha llevado a pensar, reforzado por la forma de su pico, que esta inverosímil ave pudo ser ictiófaga, es decir, alimentarse de peces. Por lo tanto, ¿cómo puede existir un pájaro de este aspecto en el interior del continente africano hoy en día? La respuesta es muy simple, es imposible. Sin embargo, los avistamientos de este tipo de animal se siguieron registrando más allá de los primero relatos de comienzos del pasado siglo. Uno de los más celebres y cercanos a nuestro tiempo fue el recogido por aquel entonces reconocido naturalista del British Museum, Iván T. Sanderson, convertido con el paso de los años en un criptozoólogo y editor controvertido, que viajaba por entonces de expedición con cargo a la citada institución.

Su experiencia la vivió en Camerún, de nuevo en el continente negro, pero a miles de kilómetros de distancia de los primeros casos, concretamente por las montañas de Asumbo. Según contaba el propio Sanderson,

El murciélago de cabeza de martillo habita en África y puede llegar al metro de envergadura alar.

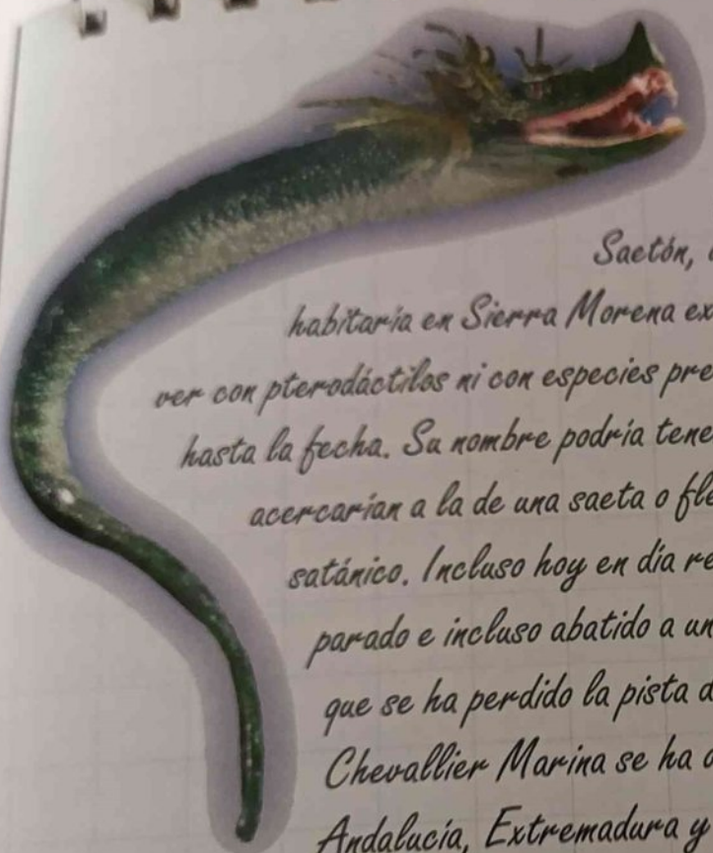
a punto estuvo de perder la vida por el ataque de una criatura descomunal que no pudo describir más que como un gigantesco murciélago. Intentando eludir el ataque de una enorme ave cuando intentaba salir de un río tras buscar una presa abatida y en presencia su compañero George, Sanderson viviría un impactante momento: *No me dio tiempo más que a echar un rápido vistazo a su cara, pero ¡fue más que suficiente!; pude distinguir perfectamente sus fauces abiertas, en las que rebrillaban unos dientes blancos y acerados, separados unos de otros por una distancia similar, más o menos, a la de su propia anchura. Cuando saqué la cabeza, unos instantes después, el animal ya había desaparecido.* La diferencia con las descripciones de Melland y Stany apenas afectaban al nombre, ya que los cameruneses llamaban a la criatura *Olitiau*.

Cabe señalar que el murciélago de mayor tamaño que encontramos en África es el Bermezijo, o Zorro volador; posee una envergadura de 1,7 metros, lo que, aunque impresionante, se acerca tímidamente a las dimensiones ofrecidas por los testigos. Incluso para descartar aún más a este sospechoso, baste decir que, a pesar de su tamaño, el zorro volador es bastante inofensivo e inclusive se alimenta de fruta. Por lo tanto, el *Hypsignathus monstrosus* –su aspecto hace honor a su nombre con una cabeza similar a la de un perro o un asno– podría quedar descartado como presunto agresor de Sanderson, y ya de paso de observaciones similares acaecidas en otros lugares del mundo.

Otro criptozoólogo que estuvo a punto de dar con estos especimenes fue el bioquímico de la Universidad de Chicago Roy Mackal, quien decidió en 1988 seguir la pista en Namibia de los testimonios recogidos desde hacía décadas por diferentes investigadores. Incluso la célebre naturalista y descubridora del celacanto, Marjorie Courternya-Latimer, se topó en la región de Keetmanshoop con el relato de una serpiente alada que tomó tierra junto a un joven que perdería el sentido de la impresión. Mackal viajaría junto al documentalista belga Douchan Gersi y el cazador profesional James Kosi, reuniendo valiosos testimonios sobre un ave sin plumas, reptiliana, con una cornamenta en la parte posterior del cráneo, de color oscuro y una envergadura alar de hasta 9 metros. Kosi ase-

guraría haber visto a menos de 300 metros de distancia a uno de estos seres, cuando la expedición había finalizado

Se trate de un murciélago o de un hipotético pterodáctilo de la época jurásica, lo cierto es que los relatos de aves gigantes en el continente negro se han venido sucediendo con cuentagotas, y nunca han desaparecido del todo. Incluso siguen existiendo tribus de indígenas que creen rotundamente en su existencia. Para estos indígenas, el no encontrar restos de los mismos no es motivo para dejar de creer en ellos, pues, según dicen, estos monstruosos pájaros nunca salen de los pantanos en los que habitan y por lo tanto sus restos son tragados por las cenagosas aguas que los han ocultado durante milenios. El tiempo les dará o quitará la razón.



EL SAETÓN

Aunque tiene toda la pinta de ser un reptil, no podemos pasar por alto las historias españolas del Saetón, una criatura no catalogada por la ciencia y que habitaría en Sierra Morena exhibiendo su capacidad para volar. Nada tiene que ver con pterodáctilos ni con especies prehistóricas, al menos nadie ha sugerido tal cosa hasta la fecha. Su nombre podría tener tanto que ver con su velocidad y forma que la acercarían a la de una saeta o flecha, o bien a su aspecto aparentemente demoniaco, satánico. Incluso hoy en día resulta sencillo localizar a testigos que han visto, disparado e incluso abatido a un ser que parece sacado de los viejos bestiarios y del que se ha perdido la pista de tres décadas para acá. El investigador Carlos Chevallier Marina se ha ocupado durante años de recopilar incidentes por Andalucía, Extremadura y Castilla-La Mancha, reuniendo una casuística que ya quisieran para sí muchos criptozoólogos. Estamos ante una serpiente voladora, de no más de 2 metros largo y unos 5 kilos de peso, que parece sentir debilidad por atacar a los caballos. Posee un cuerpo pequeño, verdoso y una larga cola acabada en punta; su cabeza es muy gruesa y, tras los ojos, presenta unas agallas que es capaz de inflar durante sus vuelos y ataques, tal vez como mecanismo disuasorio. La tradición y los innumerables testigos aseguran que es venenosa, mortal para los animales, y que tiene una mirada paralizante, casi hipnótica. Biólogos ambientales como Juan Relaño, según las conjeturas realizadas por Chevallier, apuntan a que pueda ser una especie introducida de serpientes voladoras de oasis subtropicales, un reptil atrofiado e incluso un paso evolutivo entre anfibios y reptiles.

EL MISTERIO ROPEN

Las aves prehistóricas parecen tener otro reducto inexplorado, al menos en función del enorme número de testimonios recopilados. Se las conoce como ropen o ave del demonio y su observación no parece extraña para los naturales de la isla de Umboi, en Papúa-Nueva Guinea. Así lo afirma el analista de imágenes Jonathan Whitcomb, quien en el año 2004 viajó a la zona para indagar en los testimonios que desde 1994 habían ido recabando diferentes expediciones. Se alimentan de pescado, presentan unas grandes colas y en algunos casos se las ha descrito una cresta, existiendo testimonios que apuntan a algún tipo de bioluminiscencia que las ayudaría a pescar de noche. La criatura que más se asemeja a lo avistado por los testigos desde hace más de 50 años es el Pterosaur Rhamphorhynchoidea, aunque esta ave se extinguió para la ciencia hace más de 65 millones de años. El resultado de sus investigaciones con casos de Estados Unidos, Australia y Nueva Guinea lo hace público en «Buscando Ropens», un libro en el que reconstruye, a partir de los testimonios publicados, a una criatura que parece sacada del Mesozoico. Uno de los episodios más interesantes lo proporciona el psicólogo de la Universidad de Ciencias Médicas de Chongqing, China, Brian Hennessy, quine confesaría a Whitcomb que en 1971 había sido testigo de una observación inusual. «Realmente lo oí antes de verlo: un lento y fuerte aleteo. Nuestro camión se había detenido en la cumbre de una colina situada junto a la costa y allí lo vi. Era muy grande, con una envergadura de dos metros de separación entre los extremos de sus alas, probablemente más, muchos más.» Su color era oscuro, cola larga y estrecha, sin plumas y una protuberacian a modo de cuerno en la parte posterior de la cabeza. Es significativo que una vieja tradición de Nueva Guinea hable del Duah, el aviador del demonio, una bestia mucho mayor, pues alcanza los 9 metros de envergadura alar y con similar aspecto prehistórico.

Pteranodon ingens, de Kansas, EE. UU., podía superar los 7 metros de largo entre las puntas de las alas.

Solo pensar en pterodáctilos vivos en la actualidad puede parecernos una barbaridad, pero para los cientos de testigos que afirman haberlos visto en el continente americano no es una idea tan descabellada. En los años setenta unas misteriosas aves fueron vistas a lo largo y ancho de Texas, extendiendo la creencia de la supervivencia de especies prehistóricas. El recuerdo nativo de los Thunder Birds, las míticas Aves del Trueno, reapareció.

PTERODÁCTILOS

El regreso de los Thunder Birds

Hacia mediados de la década de los 70 del siglo XX comenzaron a surgir una notable cantidad de casos procedentes del condado de Texas, en Estados Unidos, que a cada cual más increíble describía la observación de aves imposibles. Una de las primeras observaciones se produjo a comienzos del año 1976 en Harlingen, con dos adolescentes como protagonistas, Jacke David, de catorce años, y Tracey Lawson, de once. La descripción que hicieron del «pájaro» fue sorprendente: *Media al menos un metro y medio y era realmente oscuro, pero sus ojos tenían un rojo intenso. La cabeza no tenía ni plumas ni pelo y su cara era semejante a la de un gorila, pero con un pico del tamaño de un palmo.* Ante tal descripción, y a pesar de su incredulidad, se cuenta que los padres fueron a investigar el lugar del avistamiento y se encontraron con cinco huellas con tres dedos o garras de unos 20 centímetros de largo y 4 centímetros de profundidad, lo que convertía al animal en un ser muy pesado.

El pájaro más grande del continente americano es sin lugar a dudas el cóndor, un gigante de los cielos cuya envergadura alar puede alcanzar los tres metros de longitud; sin embargo, el hábitat del cóndor se encuentra muy al sur de Texas, en concreto en las escarpadas cumbres de los Andes. Además, algunas características del cóndor coinciden con la descripción de los adolescentes como la «cabeza calva» o el color, de

ahí que de manera recurrente se regrese al ave sagrada de las culturas andinas como responsable de las observaciones. Probablemente, la historia de los jóvenes podría haberse explicado con este tipo de ave y mucha imaginación por parte de los adolescentes, pero sorprendentemente aparecieron más casos. Otros testigos y vecinos del condado tejano fueron Joe Suárez de Raymondsville, quien perdió a una cabra cuando un pájaro gigantesco la atrapó entre sus garras afiladas y se la llevó por el aire. También otro testigo llamado Alverico Guajardo, de Brownsville, tuvo un encuentro el 7 de enero con una criatura enorme con alas como las de un murciélago y un pico repleto de dientes con una longitud de 60-80 centímetros de longitud. Alertado por el «choque» de algo contra el remolque de su caravana, se llevó el susto de su vida al ver aquel pajarraco de 1,2 metros.

Las historias sobre aves gigantes en estas regiones son realmente antiguas y algunas muy precisas. Los indios yakis describen en un mito evocador de la creación la historia de un pájaro devorador de hombres y de descomunal tamaño que moraba en la colina de Otan Kawi. Tras acabar con toda una familia, el único superviviente lo abatió con las flechas de su arco, matándolo al caer a tierra y surgiendo del mismo las aves y los animales del campo. En febrero de 1699 el capitán Juan Mateo de Manje y los jesuitas Eusebio Francisco Kino y Adamo Gil exploraban el desierto de Sonora en compañía de varios guías de la tribu Pima cuando tuvieron conocimiento de las historias de un ave gigantesca que se alimentaba de humanos. Los nativos incluían en sus relatos cómo lograban matar a estas bestias asfixiándolas con humo, taponando sus cuevas y prendiendo fuego con madera.

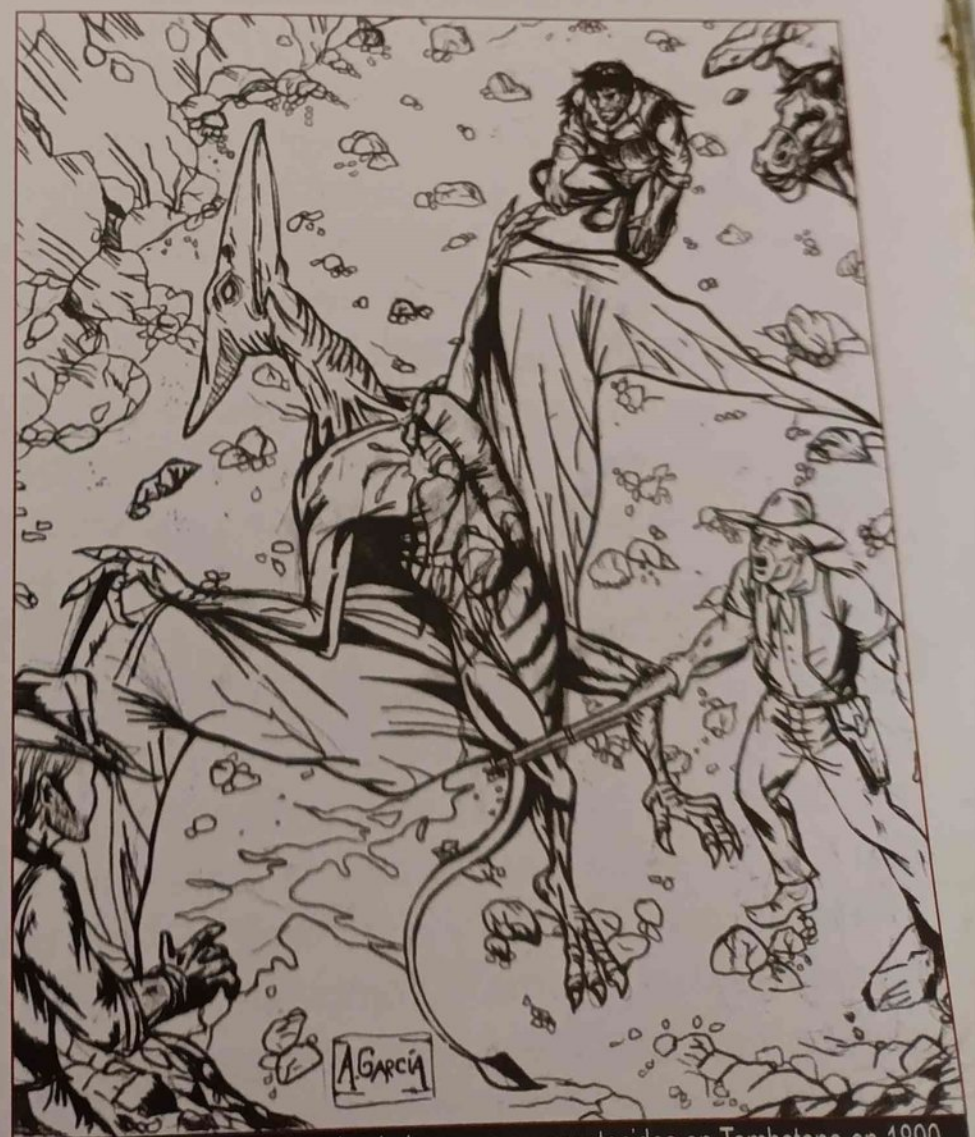
Pero, sin lugar a dudas, el caso más espectacular, aunque hoy en día imposible de comprobar fue el protagonizado por el granjero Armando Grimaldo el 14 de enero de 1976. La casuística nos demuestra que la existencia de aves misteriosas, de gran envergadura y comportamiento muchas veces depredador, parece ser una realidad que va más allá de meras confusiones, y que, aunque difíciles de observar, deben existir. Eso al menos le debió quedar claro a nuestro protagonista, quien vivió en carne propia la agresividad de un encuentro con un ave descomunal. Todo ocurrió en torno a las diez y media de la noche, cuando paseando por el jardín de la casa de su suegra en Raymondville, Grimaldo fue atacado por la espalda por un «animal» con garras y alas, ojos rojos, un cuerpo de 1,80 metros, y una envergadura de casi 4 metros. El color del animal era oscuro, parecía emitir un silbido y no pudo apreciar que tuviera

plumas. Presa del pánico huyó escapando varias veces de las garras del animal, logrando refugiarse bajo un espeso árbol desde donde vio cómo su misterioso atacante se alejaba. A pesar de todo, Grimaldo salvó su vida y la experiencia quedó en un mal recuerdo, aunque solo fue la primera de una serie de casos que se sucedieron unos tras otro en esta región norteamericana, y que fueron estudiados por la Sociedad Internacional de Criptozoología.

Tiros contra la criatura en Tombstone

Salvando pequeños detalles, todos los testigos coincidían en la descripción del animal, incluso afirmaban sin tapujos en concretar que el ser no podía ser otra cosa que un pterodáctilo como el de la época de los dinosaurios. Es lógico pensar que las probabilidades de supervivencia de estos reptiles voladores sean extremadamente remota, pero ¿cómo se explican entonces estos avistamientos? Otros dos sucesos en Texas podrían arrojar luz a cerca de la «epidemia» de avistamientos; en Texas, uno queda lejos en el tiempo, pero el segundo prácticamente coincide con estos últimos casos.

Existe en el terreno de la criptozoología una evidencia que vendría a ser algo así como el *Santo Grial* o el *Arca de la Alianza* para nuestra disciplina. Se trata de una imagen que más de medio centenar de personas afirman haber visto pero que nadie sabe dónde está realmente. En muchos aspectos se parece a una leyenda urbana, tan sólida y al mismo tiempo tan endeble como las que con frecuencia pasan de bo-



Idealización, según A. García, de los sucesos acontecidos en Tombstone en 1890.

Imagen retocada mediante ordenador que coloca a un grupo de soldados tras el cadáver abatido a tiros de un reptil aéreo del Cretácico.

ca en boca. Según aquellos que afirman haberla visto alguna vez, en la fotografía se observa a un grupo de vaqueros que habrían abatido a tiros a un reptil volador en el condado texano. Al parecer esta fotografía estaría directamente relacionada con una noticia aparecida en la portada del periodico *Epitaph* en su edición del 26 de abril de 1890. El lugar del incidente fue la legendaria Tombstone, conocida mundialmente por el suceso de «OK Corral». Aquel día sus habitantes y los lectores del *Epitaph* se levantaron con un titular espectacular: *Descubren en el desierto un increíble monstruo alado y lo abaten a tiros en Huachuca.*

La noticia hacia referencia al encuentro en pleno desierto con una criatura alada parecida a un reptil con la cola alargada y enorme alas, por parte de unos vaqueros que, desconcertados, la emprendieron a tiros con el animal. Según relataron los vaqueros, cuando vieron al animal les dio la impresión de que el mismo estaba exhausto, tanto que apenas podía levantar el vuelo. Desconcertados, y como se estilaba en aquellos tiempos, los vaqueros desenfundaron sus armas y comenzaron a descerrajar tiros sobre la desconocida y horrenda criatura. Tras varios kilómetros de persecución, lograron darle caza y abatirla hasta hacerla caer. Con precaución, descendieron de sus caballos y se acercaron al ser volador para verlo con detalle y medirlo cual precisos científicos. Atestiguaron que el animal media más de 28 metros de longitud y 49 metros de envergadura alar, algo verdaderamente grande en exceso. El monstruo tenía solo dos patas muy cercanas al lugar donde las alas se fundían con el cuerpo. Solo su cabeza media casi dos metros, con una boca llena de dientes afilados y poderosos. Todavía con el miedo en el cuerpo, los vaqueros regresaron a Tombstone para contar lo sucedido. Evidentemente, nadie los creyó, así que regresaron al lugar con varias personas del pueblo dignas de todo crédito para que dieran fe de lo sucedido, lo

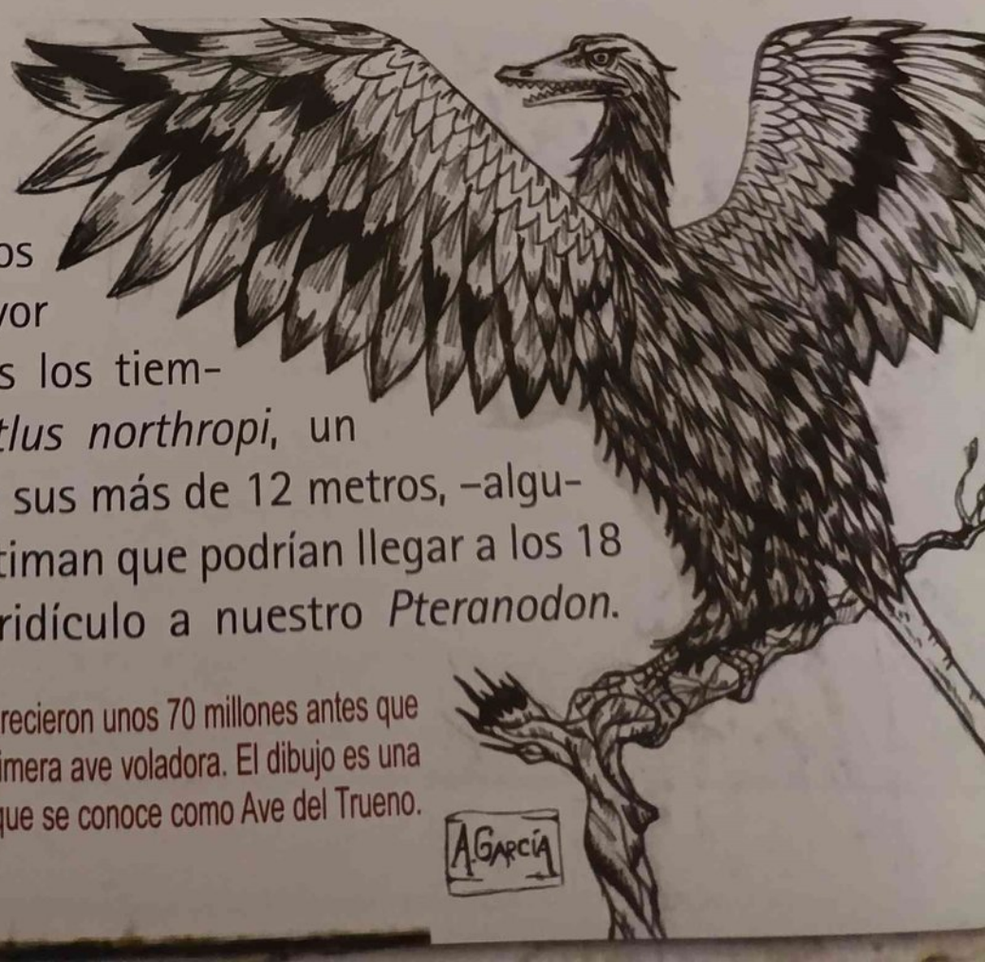
que finalmente ocurrió, momento en el cual, al parecer, se obtuvo la tan mencionada fotografía del ser con sus captores posando junto a su trofeo.

Sobra decir que la foto nunca ha aparecido. En su momento se atribuyó la publicación a revistas ya desaparecidas como *Collier's* o *Argosy*, e incluso el director de esta última, Iván T. Sanderson, afirmó poseer una copia de la misma que perdió tras haberla prestado a un amigo en 1960, pero en ambos casos la búsqueda resultó infructuosa y la historia parece demasiado sospechosa. Con el paso del tiempo y las nuevas tecnologías se aprovecho esta circunstancia para que muchos «avispados» trucaran fotos de la Guerra Civil para hacer creer que esa era la mítica y tan buscada foto, por lo que hoy Internet esta plagada de falsas fotografías que hacen referencia a esta historia. En un principio se cree que la noticia sí pudiera ser real, pero la fábula de la imagen se ha convertido en una leyenda urbana.

Curiosos descubrimientos fósiles

Mucha gente piensa que el mayor pterodáctilo que existió sobre la faz de la Tierra fue el *Pteranodon*, que con sus casi 9 metros de longitud es ya de por sí todo un gigante. Los restos de este dinosaurio volador fosilizado extinguido hace 150 millones de años, han sido localizados por los paleontólogos en la misma zona, llevando a los criptozoólogos a aventurar que la región de Sierra Madre Oriental de México puede ser el hipotético hábitat de los observados en nuestra época. Sin embargo, otro descubrimiento paleontológico podría arrojar luz a cerca de la fiebre por los pterodáctilos en Texas.

Justamente en este condado estadounidense se descubrieron en 1975 los restos fósiles del mayor pterosaurio de todos los tiempos, el *Quetzalcoatlus northropi*, un increíble ser que con sus más de 12 metros, –algunos paleontólogos estiman que podrían llegar a los 18 metros– dejaba en ridículo a nuestro *Pteranodon*.



Los pterodáctilos aparecieron unos 70 millones antes que *Archaeopteryx*, la primera ave voladora. El dibujo es una idealización de lo que se conoce como Ave del Trueno.

Indudablemente, este descubrimiento debió de tener mucha relevancia en su momento y es posible que las imágenes y la descripción de este animal salieran en los medios de comunicación de forma repetitiva, generando algo que nunca sucedió o distorsionando sucesos más simples. ¿Pudo este descubrimiento tener una influencia en la oleada de avistamientos de Texas? La existencia de un precedente como el caso de los vaqueros de 1890, unido a este hallazgo paleontológico con las mismas coordenadas espacio-temporales que los reportes modernos, nos debe hacer reflexionar sobre la naturaleza de lo que afirmaron ver los testigos y la manera en la que describieron sus experiencias.

Sin embargo, esto no explica los avistamientos anteriores a esta fecha, y mucho menos los ocurridos en épocas tan recientes como la moderna oleada de México entre los años 2006 y 2007.

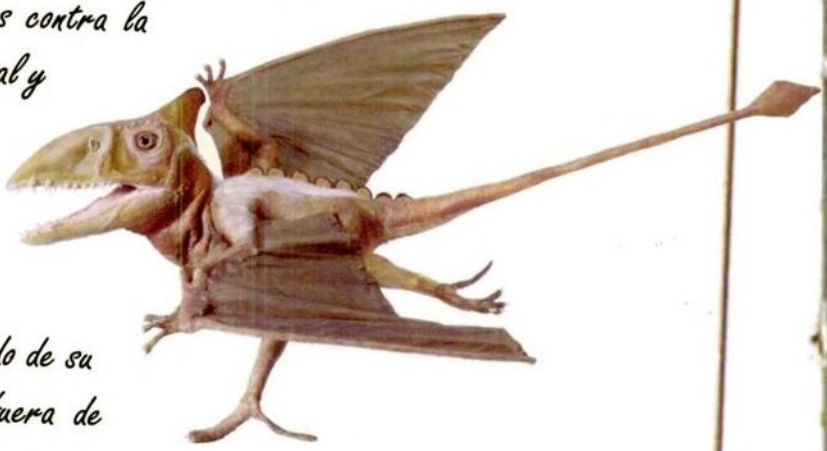
THUNDERBIRDS Y PIASA

Las historias del Thunderbird o Ave del Trueno son muy numerosas dentro de la mitología de las tribus nativas de Norteamérica, ubicándose con frecuencia su apogeo en los primeros tiempos de la Creación. Muchas historias hablan de la lucha de titanes que mantenían estas gigantescas aves contra los monstruos de ríos y lagos, batallas que explicaban los frecuentes hallazgos de huesos fosilizados de pterodáctilos, reptiles marinos y mastodontes en los desiertos, lechos de ríos, lagos, etc. Dentro de la mitología de los indios ojibwa, de Ontario, Canada, se encuentra el «Ave del Trueno», un pájaro gigantesco que podía superar perfectamente los 20 metros de largo y los 40 de envergadura.

Todas las tradiciones recogidas a lo largo y ancho del continente describen al Ave del Trueno con aspecto de reptil prehistórico. Su tamaño resultaban imponente que era capaz de ocultar el sol cuando aparecía, provocando su aleteo los truenos y expulsando por sus ojos los rayos. Lo mismo se alimentaba de ballenas que de hombres. De hecho, una leyenda muy popular recogida entre los indios de

Vancouver, Canadá, describe la lucha entre un Thunderbird y una ballena asesina o monstruo de agua, y cómo los nativos adoptaron la costumbre, dibujarse pájaros del trueno sobre el cuerpo para evitar los ataques de las bestias acuáticas que volcaban sus canoas.

La hipótesis que vincula esta mítica criatura con la observación de fósiles de teranodón la encontramos en historias como la que narradas por los sioux, quienes aseguran que mucho antes de la llegada del hombre blanco a sus tierras un grupo de indios se alejó de la aldea en busca de caza. De repente contemplaron cómo el cielo se oscurecía y un estrepitoso trueno ensordecía el ambiente, observando como un enorme pájaro caía a la tierra. Durante días caminaron hasta alcanzar la zona en la que situaron el desplome de la bestia alada, de la que solo encontraron sus huesos fundidos contra la roca a consecuencia del fatal y estrepitoso impacto. Tan grande como cuatro hombres, el ave mostraba feroces garras en pies y alas y un largo pico saliendo de su huesuda cabeza. Parece fuera de toda duda que la inmensa mayoría, por no decir la totalidad, de estos relatos describen leyendas surgidas de la observación de fósiles de reptiles alados y reptiles marinos.



Por su parte, los indios illinois describen al Piasa, el «ave devoradora de hombres». Solían disparar flechas o balazos contra su imagen como medio exorcizante, desapareciendo la pintura a pesar de haber sido vista por exploradores misioneros en el siglo XVII antes de que la superficie de la roca fuese destruida por la erosión. En 1970 se pintó de nuevo una imagen del Piasa, imitando la tradicional. Conviene, no obstante, aclarar que este ser mitológico se describe y representa de manera muy distinta a los pájaros del trueno y, por descontado, a la apariencia de los pterodáctilos. De gran tamaño, su cuerpo está cubierto de escamas, con una larga cola y suele presentar una amplia cornamenta, así como ojos rojos. Se narra la historia de un Piasa abatido por veinte guerreros illini, cuando tomó gusto por la carne humana. También se asegura que un tal John Russell, escritor, localizó en 1848 las cuevas donde se asegura habitaba el Piasa, descubriendo en una de ellas una enorme masa de huesos humanos.

Boceto preliminar de un ave *Moa*.

Que un ave no pueda volar parece contra natura, pero realmente no debería de extrañarnos demasiado si pensamos en nuestras familiares gallinas. Sin embargo, cuando hablamos de aves más grandes que los propios avestruces y que además están oficiosamente extintas, la cosa se complica y las escenas se convierten en menos domésticas. El Moa, probablemente el ave más grande que nunca haya existido, no «camina» sola en esta clasificación criptozoológica; los Roa-Roa o el Makalala son compañeras de viaje.

MOAS, ROA-ROA Y MAKALALA

Los pajarracos más extraños

Si hubiera un lugar en el planeta que pudiésemos considerar patria de las aves no voladoras, ese lugar sería sin duda alguna Nueva Zelanda. Esta idílica y gigantesca isla, lugar de rodaje de la célebre adaptación cinematográfica de *El Señor de los Anillos*, es el hogar de especies como la gallina maorí *Ocydromus*, o el *Takahe*, *Notornis*, e incluso en sus parajes coexisten aves corredoras que carecen de alas y de cola, como sería el caso de los kiwis, que poseen una especie de alas atrofiadas bajo su plumaje, y los Moas, *Dinornias robustus*, la primera de las criaturas en las que centramos nuestra atención y sobre la que tal vez resulte aventurado asegurar que sigue viva. El motivo de esta carencia de alas se debe al «aburguesamiento» de estas criaturas, que, al carecer de depredadores en estas regiones, no se molestaban en emprender el vuelo atrofiándose paulatinamente sus alas. Este déficit de depredadores se mantuvo hasta que la isla fue colonizada por los humanos y los animales que arribaron con él. Un claro ejemplo de lo desastrosa que fue la incursión en la isla de las nuevas especies fue la desaparición del Dodo, *Didus ineptus*, una especie de gallina de gigantesco pico que acabó diezmada por los humanos y sus acompañantes en menos de un siglo.

El increíble Moa

Reconstrucción artística del *Moa*, ave que prácticamente alcanzaba los 3 metros de altura.

Los moas, emparentados con los avestruces y dentro del orden de las Ratites, poblaron Nueva Zelanda hace 500 años. Con unas medidas de casi tres metros y un peso aproximado de 200 kilos ha sido el ave más grande que ha caminado sobre la faz de la Tierra junto al hombre, e incluso antes, ya que restos fósiles pertenecientes al *Moa*, confirman que hubo una importante población hace la friolera de 11,2 millones de años. La desaparición del *Moa* está según la mayoría de los especialistas, directamente ligada al hombre, aunque muchos se empeñan en que su desaparición fue debida a causas naturales. Se asevera que su condición aparentemente «estúpida» impidió al ave adaptarse a la falta de recursos y sobrevivir ante fenómenos naturales como erupciones volcánicas o crecidas del nivel de agua. A pesar de esta evidencia científica, la desaparición del *Moa* ha sido puesta en entredicho desde 1838. Ese año Richard Owen adquirió un hueso que, debido a su dimensiones, creyó pertenecía a un buey o a un animal parecido. Sin embargo, tras su análisis descubrió que el desmesurado hueso pertenecía a algún tipo de ave. Ante tal hallazgo Owen escribió un informe para la *Zoological Society* en el que decía textualmente: *Ha existido –o existe aún– en Nueva Zelanda una rara especie de ave corredora que supera en tamaño al avestruz y mayor también que cualquiera de las aves conocidas.*

Vivos en la Isla Sur

Ese mismo año, otro autor, esta vez el israelita J. S. Polack, dejaba claro en los dos tomos de sus libros la existencia de «una especie de emú o gran ave», de la que él mismo había tenido la oportunidad de ver sus restos durante una estancia de dos años en la conocida como Isla Norte. Durante esa instancia, los indígenas de la isla le contaron a Polack que el ave había desaparecido debido a la escasez de alimentos y a la facilidad con la que el animal se dejaba cazar. Le dijeron que, antes de esto,

Un *Moa* se mide con una avestruz africana, que queda empequeñecida por el colosal pájaro forestal.

los animales se concentraban en las faldas de la montaña Hikurangi. Sin embargo, aquí no terminaba el relato de Polack, él mismo afirmaba que en la Isla Sur, una especie de ave gigante similar al avestruz aún sobrevivía en aquellos lugares en los que el hombre todavía no había logrado poner el pie.

Precisamente en esta isla, la situada al sur del complejo neocelandés, es donde se han recogido el mayor número de supuestos avistamiento del ave *Moa*. Allí, los marineros y cazadores de focas afirman que a comienzos del siglo XIX podían verse a lo largo y ancho de las orillas de la bahía Cloudy unas aves gigantescas que podían alcanzar los cuatro metros de altura. Tanto es así que la revista *New Zeland Magazine* recogió en sus páginas, en el año 1850, el relato de un cazador de focas llamado Meurant que afirmaba haber reunido en las inmediaciones del Puerto Molyneux huesos de moas con carne aún adherida a su superficie.

Un poco más tarde, otra revista, la *Nelson Examiner*, en su edición del 12 de enero de 1861, recogía el descubrimiento de unas enormes huellas de un ave gigante en las montañas de la bahía Blind. Las huellas tenían unas medidas de unos 35 centímetros de largo por 27 de ancho. Durante años, poco más se supo de la supuesta existencia o no de ejemplares vivos de *Moa* en Nueva Zelanda. Era evidente, por tanto, que si durante el siglo XIX pudieron quedar algunos ejemplares vivos, debieron de ser los últimos de su especie. Nadie dudaba ya de esta afirmación hasta que en 1993 saltó la noticia de una supuesta fotografía de uno de

estos gigantes. El 20 de enero de ese año, en las cordilleras neozelandesas de Craigieburn, tres hombres aseguraron ver y fotografiar lo que ellos describieron como un *Moa. No era un Emu, un Ostrich, o un ciervo rojo, estamos seguros de que era un Moa*, aseguraron los tres jóvenes.

Un importante avistamiento

Los tres testigos se identificaron como Paddy Freaney, antiguo instructor del Ejercito Británico del Aire; Sam Waby y Rochelle Rafferly, ambos tramperos y cazadores.

Media aproximadamente 2 metros –describieron los testigos–, *de los cuales uno de ellos era solo cuello, un cuello muy delgado que acababa en una cabeza pequeña con relación al resto del cuerpo. Las patas eran gruesas y parecían muy fuertes, y unas plumas de color gris le cubrían el cuerpo incluso más abajo de las articulaciones, que serian algo así como nuestras rodillas.*

De la descripción que hacen los testigos de este animal podemos extraer una curiosa apreciación, que apostillaría una teoría que planteó Heuvelmans y que rompería un tópico en las descripciones del *Moa*. Según Heuvelmans, el *Moa* perfectamente podría tener las patas cubiertas de plumas y no desnudas como se cree normalmente. De hecho, es factible pensar que los moas no tuvieran plumas en las patas si estas vivían en los bosques, las patas desnudas solo tendrían un beneficio en las aves que vivieran en las llanuras como las de los avestruces, donde esta características sí les servirían para desplazarse más rápidamente.

Las fotografías que logró tomar Freaney fueron concienzudamente analizadas incluso por un equipo de la Universidad de Ingeniería Electrónica de Canterbury. Los resultados fueron totalmente contradictorios; mientras el equipo de la Universidad de Canterbury, encabezado por su portavoz Kevin Taylor, afirmaba que lo que se observaba en la borrosa fotografía era un ave, un estudiante de posgrado de Zoología de la misma Universidad, que habría tenido la oportunidad de analizar también la imagen, afirmaba que lo observado había sido un ciervo rojo, ya que lo que parecía el cuello era demasiado grueso para pertenecer a un *Moa*.

Los resultados fósiles

Pese a que no se han obtenido pruebas de la supervivencia del *Moa*, los científicos sí han obtenido importantes resultados de las pruebas efectuadas a fósiles de esta ave. Los investigadores de la Universidad de

Oxford-Brithis Museum necesitaron más de dos años para ensamblar los más de 200 fragmentos de ADN que se extrajeron de dichos fósiles, con el fin de hacer una reconstrucción genealógica definitiva del grupo de las ratites. Sin embargo, lo que más asombró a la comunidad científica fue el hecho de disponer por primera vez de la secuencia completa de un genoma mitocondrial –el ADN mitocondrial es un pequeño genoma de unos 16.500 neuclótidos, que son las letras que conforman la cadena de ADN, las cuales se hallan en el interior de las mitocondrias, que son las encargadas de producir la energía para la célula– de una especie extinta.

Podríamos afirmar que estos descubrimientos abren la puerta a la creación-recuperación de un ejemplar de *Moa* en el futuro, pero aunque gestadores no parecen faltar, sí faltaría algo primordial para su supervivencia. Según los científicos, sería necesario un hábitat para ellos y una dieta alimenticia que en la actualidad se desconoce y que probablemente ya no exista.

Euryapteryx, el ave de patas de elefante, perteneciente a la familia del Emú.

LOS MISTERIOSOS ROA-ROA

Otro tipo de avistamientos que se relacionan con el Moa provienen también de estas islas sureñas. Aunque de menor tamaño, las evidencias de esta desconocida ave a la que los maoríes llaman Roa-Roa son más sustanciales. Se han encontrado huellas en varias ocasiones, además de unos trocitos de piel recubiertos de plumas que adornaban un sombrero ritual de los indígenas maoríes. Estos restos se han atribuido a un presunto kiwi gigante, al que incluso, pese a no tener evidencia certeras de su existencia, han llegado a bautizar como Apteryx máxima. Sin embargo si tomamos en consideración las descripciones del Roa-Roa que hacen los maoríes, estos tienen espolones, atributo que no poseen los kiwis, pero que sí poseían los moas.

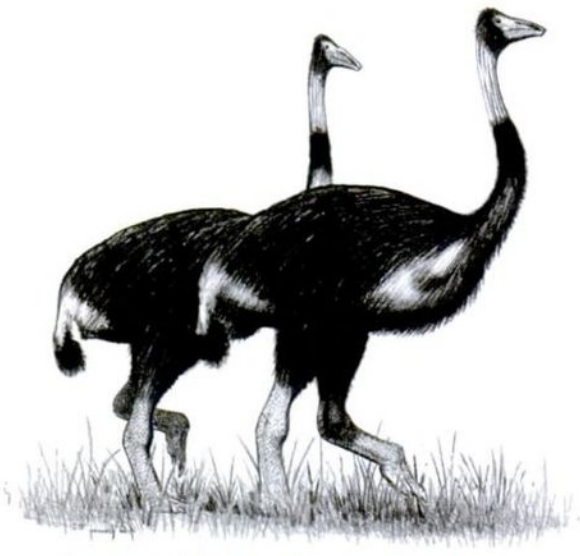
El catálogo de aves singulares incapaces de volar y oficialmente inexistentes incluye criaturas como el Makalala, originaria del África Central, un ratite carnívoro tanto o más misterioso que el Pingüino Gigante de Florida, divulgado por Iván T. Sanderson.

DOS SUPERVIVIENTES

Existen en Nueva Zelanda otras dos especies que han sido objeto de polémica por su descubrimiento, posterior extinción y luego, aunque suene a broma, redescubrimiento. Una de ellas es la conocida como «Takahe», de un tamaño no superior al de una oca o un pato. Durante décadas, los investigadores solo contaban con las descripciones de este animal proporcionadas por los maories; es más, se descubrían más huesos del extinto Moa que de esta criatura que se suponía debía estar viva. Hubo que esperar hasta 1850 para obtener un ejemplar de takahe, Notornis mantelli, pero tan rápido como se capturó se la dio por extinta. Hasta 1948 solo se habían recogido cuatro referencias nuevas de la persistencia del Takahe, siendo ese año cuando se tomaran las primeras imágenes del Notornis vivo y en libertad. El protagonista de tal importante hallazgo fue el audaz doctor Geoffrey Orbell, quien descubrió a las aves en un remoto lago en lo alto de las montañas que circundan el lago Te Anau.

El otro superviviente es el cahow, Pterodroma cahow, un petrel de las Bermudas que se creía extinto desde 1609 por la caza furtiva de los colonos, pero que fue redescubierta de nuevo por parte del doctor Robert Cusham Murphy en 1951.

El Takahe herbívoro de Nueva Zelanda se creía extinto hasta su redescubrimiento en 1948.



Reconstrucción idealizada de un pájaro elefante.

Las condiciones medioambientales de Madagascar han cambiado mucho en los últimos siglos, como consecuencia principalmente de la depredadora actividad humana. Sin embargo, de cuando en cuando desde este paraíso natural nos llegan noticias sorprendentes acerca de nuevas especies y ecosistemas en miniatura localizados a lo largo de sus fronteras, alimentando la esperanza de poder encontrar con vida al mítico Vorompatra.

VOROMPATRA

¿Sobrevive el pájaro elefante?

AUNQUE dado por extinguido desde el siglo XVII, algunos criptozoólogos albergan la esperanza de poder encontrar en algún recóndito lugar de la inmensa Madagascar al espectacular *Aepyornis maximus*, el gigantesco Ratite o ave corredora no voladora que, al parecer, inspiró numerosas leyendas árabes y una de las más célebres escenas de *Simbad el marino*, la del ave gigante capaz de alzar en su vuelo a un elefante. En el listado de críptidos, nuestra ave misteriosa aparece predominantemente bajo el nombre de *Vorompatra*, término malgache que vendría a significar «ave del pantano», aunque la voz francesa *vouronpatra*, o los nombres «vurupatra», «pájaro elefante» e incluso «ave roc» también se le asignan. Con exactitud, no nos podemos referir a esta criatura como el ave más grande conocido por la ciencia, pues parece que el no menos mítico y real *Moa* le sacaba algunos centímetros, pero desde luego sí que es considerada la más robusta y de mayor envergadura y la responsable de poner los huevos más grandes que se conocen. Hablamos, a partir del estudio de sus huesos y de la extrapolación a partir de los huevos localizados, de un animal que podía alcanzar los tres metros de altura y llegar a pesar hasta media tonelada, un ave capaz de poner huevos de 30 centímetros de longitud, 12 kilos de peso y más de ocho litros de capacidad, o lo que es lo mismo, eran

hasta ocho veces mayores que los de un avestruz. De hecho, esas dimensiones le resultaban tremendamente prácticas a los nativos, que, una vez vaciados, los solían usar como recipientes.

Habitantes de los pantanos

Una de las referencias más antigua que podemos vincular con nuestro ratite parece proceder nada menos que de Marco Polo, a quien en el siglo XIII el mismísimo emperador mongol Kubilai Khan le mostró plumas de hasta 20 metros de longitud y un par de huevos descomunales. El célebre militar, que tuvo a su servicio al aventurero genovés en tierras chinas, le aseguró que aquellos restos eran las pruebas de la existencia de un ave descomunal que, según le indicó, procedía del entorno de Madagascar, criatura a la que Polo denomina *ave roc* dotándola de todos los atributos imposibles que abundaban en la narrativa oriental. Sobre ella escribe en sus *Viajes: Los habitantes de la isla de Madagascar dicen que en determinada estación del año llega de las regiones australes una especie extraordinaria de pájaro, que llaman Roc. Su forma es parecida a la del aguila pero es incomparablemente mayor. El Roc es tan fuerte que puede levantar en sus garras a un elefante, volar con él por los aires y dejarlo caer desde lo alto para devorarlo después. Quienes han visto el Roc aseguran que las alas miden dieciséis pasos de punta a punta y que las plumas tienen ocho pasos de longitud.*

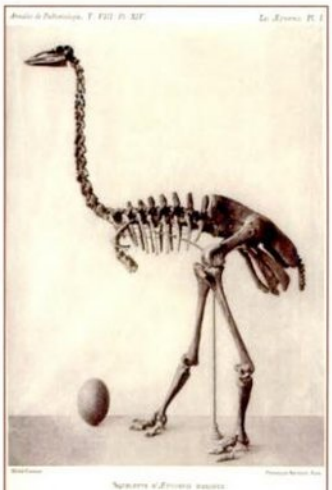
Reconstrucción paleobiológica del *Aepyornis* comparado con un humano.

Cierto o no, los hallazgos reales de sus restos realizados a partir de la primera mitad del siglo XIX permitieron confirmar la existencia de la especie y catalogarla, al mismo tiempo que se sentenciaba su extinción. Sin embargo, como el lector habrá adivinado y en contra de lo que cabría esperar de un ave incapaz de volar y de tres metros de alto, las cosas no parecen tan sencillas. Hasta

Los gigantescos huevos del *Aepyornis* junto a los de una codorniz y una gallina, respectivamente.

1658 podemos afirmar con certeza que nuestro pájaro elefante sobrevivía, puesto que fue descrita en un catálogo de especies ordenado compilar por el gobernador de la isla, el almirante francés Etienne de Flacourt. Este se refirió a ella, tal vez por confusión o desconocimiento, como del tamaño de un avestruz, situando su hábitat en los pantanos del sur de la isla, en los Ampatres, conservándose en las tradiciones de los malgaches los encuentros con la pesada ave, capaz de hacer temblar el suelo, golpear con sus patas e intentar descabezar con el pico a los nativos que se acercaban demasiado. Uno de los relatos más recientes que apuntarían a la supervivencia del *Vorompatra* más allá del siglo XVII lo proporciona M. Humbert, botánico de la Facultad de Ciencias de Arder, quien recogería en 1924 el testimonio de M. de Chazotte, un colono francés afincando en las inmediaciones de Tuléar, que a su vez habría escuchado de labios de una nativa cómo hacia 1890 la gente de Tompomana había logrado matar en un pantano interior a un pájaro gigante cerca de Manombo, al norte de Tuléar. Veincuatro hombres había tenido que cargar con el gigantesco trofeo. ¿Se trataba acaso del último *Vorompatra*?

Los bosques pantanosos de Madagascar eran el hábitat del *Vorompatra* y es precisamente en ellos donde se focalizan la mayor parte de los hallazgos.



El esqueleto del formidable pájaro elefante.

Las causas de su extinción no parecen claras y probablemente radique en una combinación de factores: el más importante, señalado ya por Heuvemans, fue el cambio climático sufrido por la isla a consecuencia de la acción del hombre. La deforestación trajo consigo la desecación de pantanos y lagos y una reducción considerable del territorio habitable; básicamente, aquellos enclaves en los que nidificaba y vivía se fueron deforestando y secando. En segundo lugar cabría señalar el robo sistemático de sus huevos por parte de los nativos, ya fuese para proveerse de alimento y materia prima para recipientes, o bien en épocas más tardías como recuerdos para los foráneos que frecuentaban esas tierras con mayor frecuencia. Un tercer factor nada despreciable puede haber sido la caza del propio animal, que por su envergadura podía ser una presa relativamente fácil.

De este género se admiten hasta cuatro especie, *Aepyornis gracilis*, *Aepyornis medius*, *Aepyronis maximus* y *Aepyornis hildebrandti*, estimándose que tal vez la *Aepyornis hildebrandti* pueda seguir existiendo.

EL AVE ROC

Tal vez, como parece suceder en el caso de los Thunderbird, cuando hablamos del Ave Roc realmente lo estamos haciendo de un ser mítico reconstruido por los antiguos a partir de la observación de fósiles prehistóricos. No obstante, comúnmente los criptozoólogos han aceptado que pueda ser una referencia sobredimensionada del Vorompatra. Sea como sea, el Ave Roc es descrito con cuerpo de águila o buitre, muy poderoso y devorador. De hecho, arrastraba elefantes para devorarlos en su nido y alimentar a sus crías, o bien podía hacer naufragar un barco como le ocurrió a Simbad el marino. Al héroe de las sagas lo terminaron situando junto a un gigantesco huevo y volando atado a las patas del ave.

La Gaceta C

Un mono comienza a caminar como un humano

JULIO
23
2004

Un primate de una parque zoológico israelí comenzó a caminar erguido como los humanos después de recuperarse de una grave enfermedad.

Al parecer, *Natasha*, un macaco negro del Safari Park cerca de Tel Aviv, camina ahora exclusivamente con las patas traseras y de forma erguida. Hace tan solo unas semanas, antes de este curioso comportamiento, *Natasha* sufrió una gripe severa de estomago que casi acaba con su vida, pero se estabilizo de forma rápida y milagrosa y se le dio el alta de la clínica del zoológico.

Fue en ese momento, cuando se le dio el alta, según los trabajadores del zoo, cuando *Natasha* comenzó a andar de forma bípeda exclusivamente. Aunque los monos alternen su forma de andar, y en ocasiones seamos capaces de verlos andar a dos patas, no es común que se decanten exclusivamente por esta última postura para andar. Los veterinarios del centro afirman no estar seguros del motivo de la modificación de la conducta, pero creen que la enfermedad puede haber «estropeado» su cerebro.

A excepción de su forma de andar, el comportamiento de *Natasha* es extremadamente normal.

iptozoológica

Ave desconocida en el Pacífico

AGOSTO
16
2004

Una expedición internacional de ornitólogos descubrió una variedad de ave completamente nueva en una isla remota del norte de Filipinas.

El «rascón calayano» –tal el nombre propuesto para este pájaro– fue visto por primera vez por los científicos a principios de este año en el interior boscoso de una de las islas Babuyan. Al realizar la disección de un ejemplar capturado para poder catalogarlo y registrarlo como una nueva especie, se descubrió que los músculos del ave son demasiado débiles como para permitirle levantar vuelo.

Los especialistas filipinos y británicos que hicieron el hallazgo estiman que, como mucho, hay unas 200 parejas de la especie. El ave, de pico rojo y plumaje negro, pertenece a la familia de las pollas de agua y emite un sonido fuerte y áspero. Genevieve Broad, codirectora de la expedición, dijo que esperaba que el lugar fuera preservado como un sitio importante debido a su diversidad biológica. «Estaba segura de que las islas Babuyan encerrarían interesantes descubrimientos, pero no esperaba encontrar una especie completamente nueva», dijo la científica. La expedición fue financiada por la organización británica Club de Aves Orientales y el Comité de Pequeñas Becas Rufford. La mayoría de las variedades conocidas de rascones –generalmente incapaces de volar– ya se han extinguido debido a su vulnerabilidad a la presión demográfica. Los naturalistas temen que esta nueva especie también resulte amenazada por la eventual destrucción de su hábitat o la introducción de depredadores, como los gatos domésticos.

La Gaceta C

Avistamiento del Ogopogo

Una vecina de Vernon, ha afirmado ver la legendaria criatura conocida como Ogopogo, que viene a ser un símil del monstruo del lago Ness escocés, pero en este caso en el lago Okanagan.

JUNIO 11 2004

Debie Welter afirma que durante la primera semana del mes de junio, escuchó un fuerte estruendo en el agua que le llamó poderosamente la atención. Al dirigir la vista hacia el lago, observo «tres largas chepas o jorobas que juntas deberían de medir unos cinco metros de longitud». Según afirma la testigo, no había ningún barco en la zona en ese momento, y además asegura que no es la primera vez que ve cosas extrañas en el lago en las últimas semanas. De hecho, antes de esta observación también vio algo similar a «una cabeza seguida de un largo cuello como el de los dinosaurios» que se movía a través del agua.

Los primeros avistamientos del *Ogopogo* se remontan a principio de 1800, siendo ya una celebridad como lo es *Nessie* en Escocia.

¿Dinosaurios en Papúa-Nueva Guinea?

Así al menos lo afirman los habitantes de una lejana isla de Papúa-Nueva Guinea llamada New Britain. Al parecer, desde hace días se vienen recogiendo informes de docenas de personas que han visto una criatura que no dudan en calificar como un dinosaurio.

AÑO 2004

Según los informes recogidos, la criatura ha sido vista cerca de un pantano situado en Kokopo, la capital de New Britain, que se encuentra en extremo este de la isla. Las descripciones de la misma son de lo más extrañas; al parecer, tendría una altura de al menos tres metros. Su cabeza, según los testigos, es similar a la de un perro y su cola igual a la de un cocodrilo.

La psicosis ha llegado a tal punto entre la población que las autoridades han tenido que intervenir después de ser avisadas de que la mencionada criatura había atacado y devorado a tres perros.

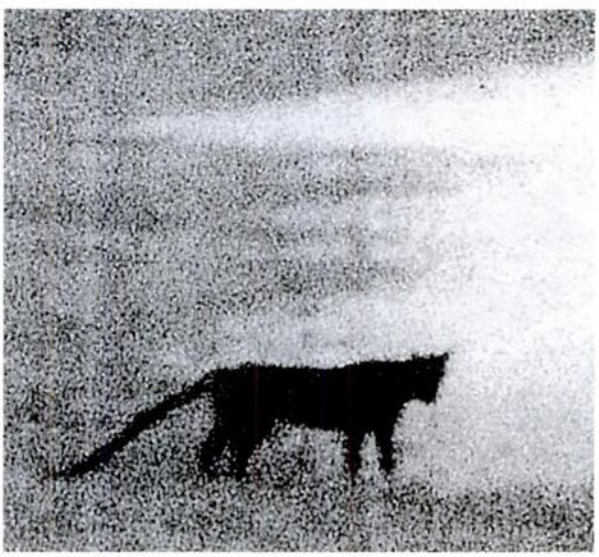
La Policía, que portaba armas de fuego y algunos vecinos, se unieron en una búsqueda de la criatura en los alrededores del lago, pero los resultados de la búsqueda fueron infructuosos.

iptozoológica

Avistan a la bestia de Rosslyn

AGOSTO 16 2004

Los gatos grandes siguen apareciendo por tierras inglesas y escocesas, y en esta ocasión se ha dejado ver cerca de la famosa capilla de Rosslyn, un «gato grande» de color negro azabache y del tamaño de un puma.



Evelyn McRae, de 53 años de edad, vio al animal en su jardín trasero de su hogar ubicado en Rosslyn, hace tres semanas. «Nada más verlo supe que era demasiado grande para ser un gato doméstico», expresó McRae a los medio de comunicación, «bebía de una charca que se encontraba a unos cinco metros de donde yo me encontraba. La noche era calurosa, por lo que seguro que el animal intentaba refrescarse con el agua. Me resultó una experiencia aterradora, así que corrí a refugiarme al interior de mi casa y lo observe por la ventana».

La señora McRae vive a tan solo 100 yardas de la famosa capilla y afirma sentir miedo debido a las grandes extensiones de terreno que circundan su casa. De hecho, en Wallace, no muy lejos de su hogar, fue visto durante años una criatura que llego a bautizarse como «la bestia de Rosslyn». Otro testigo que confirma el avistamiento, fue el fotógrafo de fauna animal Alastair Ross, quien expresó que el animal debía de medir algo más de un metro, incluida su cola y una altura de unos 40-50 centímetros. Más recientemente, exactamente el viernes pasado, John Doran, de 47 años de edad, y encargado de mantenimiento, pudo observar con sus prismáticos sobre las 17 horas, en la localidad de Lasswade, lo que describió como un puma con el rabo y las orejas muy definidas.

La Gaceta C

Experimento en el lago Ness

AGOSTO
17
2005

El Canal 5 británico se ha gastado nada más y nada menos que 100.000 libras en la construcción de un engendro animatrónico (en la imagen) con la forma de un plesiosauro que han soltado en el famoso lago Ness, para filmar y estudiar el comportamiento de la gente ante semejante criatura.

Se logró filmar a más de 600 personas que se quedaron perplejas al ver a la criatura de unos cinco metros de longitud y muy bien lograda exteriormente. El resultado del experimento será mostrado en el canal el próximo día 28 de agosto en un documental titulado «El monstruo del lago Ness: El último experimento». Según los productores del programa, la gente reaccionó de muy diferente manera entre aquellos que se percataron de la broma, y aquellos que creyeron que era la criatura real.

«Algunos se preguntaron simplemente: ¿qué era aquello?, otro creyeron que simplemente era un efecto de las olas, y algunos afirmaron vislumbrar un joroba verde sobre el agua. Yo, personalmente, creo que la gente todavía quieren creer que el mito es real», expresó el portavoz de la cadena.

La criatura, que se ha bautizado como Lucy, fue creada por una compañía de efectos especiales propiedad de Jez Harris, que colaboró en la creación de Jabba de Hut, personaje emblemático de la saga *La Guerra de las Galaxias*. Entre las curiosidades de la criatura, destaca que debajo de la misma se encuentran buzos que ayudan a al criatura en sus movimientos.

«Conseguir que el propio monstruo flotara por sí mismo era muy complicado y costoso, por lo que se optó por buzos como una opción» explicó Harris. Ronald Mackenzie, que efectúa cruceros en barco por el lago, se sorprendió cuando vio a la criatura, pues no se percató cuando los técnicos de Canal 5 lo introdujeron en el agua. «Si yo me sorprendí y veo el lago cada día, imagínense el grupo de americanos que se encontraban en el lago en ese momento. Muchos se lo creyeron.»

iptozoológica

¿Quién identifica a esta criatura?

ENERO
17
2006

Una criatura extraña ha aparecido varada en las costas de Cayman Brac el pasado día 13 de enero.

Layman Scout encontró a la criatura mientras caminaba por la playa el domingo por la mañana. Tiene una piel áspera y un tamaño de 76 centímetros, de los cuales la mitad se corresponde al largo cuerpo como el de una anguila, acabando en una cola como la de un pescado. Las escamas son rosadas, y posee aletas pectorales y una dorsal, así como una aleta en su vientre.

Al verla, los pescadores locales han afirmado que jamás habían visto una criatura como aquella en la vida. Tiene como protuberancias huesudas a lo largo de toda su espina dorsal y una fila de afilados dientes por todo el borde de la boca curvados hacia dentro.

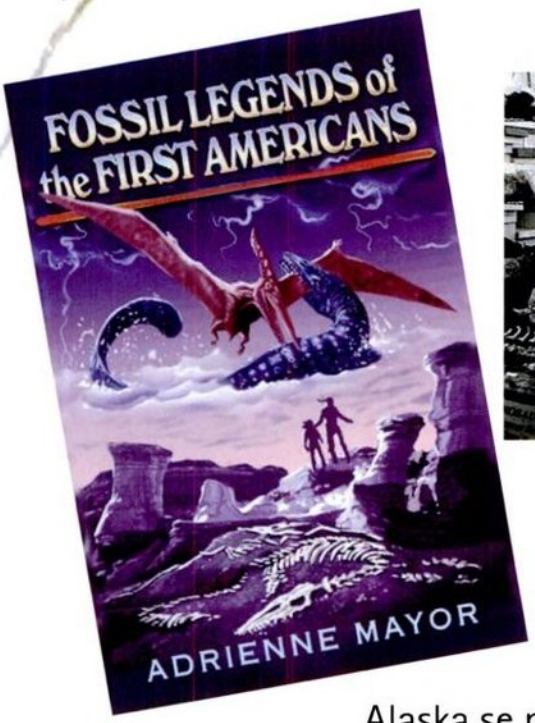
El Ministerio de Medioambiente ha sido avisado del descubrimiento, pero el rotativo ha querido que sus lectores vean las fotografías para ver si alguien puede identificarlo.

En ocasiones, una idea apenas curiosa termina convirtiéndose en una nueva, genial y enriquecedora aportación científica. Esto es lo que le sucedió, casi por casualidad, a la investigadora norteamericana Adrienne Mayor, una apasionada de la mitología clásica, que un buen día leyó en clave paleontológica algunos pasajes antiguos sobre héroes, gigantes y criaturas míticas. En ese momento intuyó que en el primitivo hallazgo de los grandes huesos fósiles de dinosaurios y animales de la Era Glaciar podía encontrarse la clave real de dichos relatos fabulosos.

CRIPTOPALEOZOOLOGÍA

Los fósiles del misterio

El secreto de las ánforas de Adrienne Mayor reúne un buen número de originales aportaciones multidisciplinares, convirtiéndose en una bocanada de aire fresco para paleontólogos, mitólogos, expertos en el mundo antiguo e incluso criptozoólogos. La doctora Adrienne Mayor asumió hace varias décadas el reto de demostrar que culturas clásicas como la griega y la romana tuvieron un contacto relativamente frecuente con restos de grandes animales fósiles, interesándose seriamente por ellos, hasta el punto de coleccionarlos, venerarlos como reliquias de sus héroes, plasmarlos en su arte e incluso gestar las primeras hipótesis sobre su formación. Paralelamente descubrió que, a partir de la observación de estos restos, pudieron surgir o reforzarse leyendas sobre la existencia de criaturas míticas como los cíclopes, los gigantes, los grifos e incluso los orientales dragones, realizando originales aportaciones al estudio de la cripto-paleozoología. De hecho, ha terminado por acuñar la expresión *leyenda fósil* para referirse a estos relatos –Edward Burnet Tylor se refirió a estos relatos como «mitos de la observación», y el geólogo Dorothy Vitaliano habló de geomitología–, definiéndola como el recuerdo o la creencia que relaciona a criaturas mitológicas extraordinarias con las observaciones de animales extintos fosilizados, incluyendo las tentativas de los observadores de explicar los rastros fósiles de especies prehistóricas, incluyendo fósiles de criaturas marinas y plantas, huesos, dientes, garras, madrigueras, huevos e incluso sus huellas fosilizadas. Desde entonces no ha parado ni un momento, extendiendo su revolucionaria hipótesis a la mitología de



los pueblos precolombinos y de las tribus nativas norteamericanas, cuyo conocimiento de los fósiles permite entrever una incipiente paleontología y también el origen, o elementos reforzadores, de criaturas como los thunderbirds, gigantes, hombres de piedra y monstruos lacustres. Los informes acerca de aves rapaces gigantes en Texas y Alaska se podrían relacionar con los restos petrificados de cóndores gigantes ya extinguidos o de los enormes pájaros Teratorn de la época del Pleistoceno. Las historias sobre los perezosos gigantes de la Edad de Hielo que todavía vivirían en cuevas en Sudamérica podrían haber surgido porque se han observado sus restos muy bien conservados, con pelo y excrementos, en cuevas muy secas. Sus investigaciones, qué duda cabe, han animado a bastantes criptozoólogos a considerar que algunas criaturas legendarias pueden haber surgido inspiradas por la malinterpretación de evidencias de fósiles de animales extintos hace mucho tiempo.

Fósiles griegos

La idea de que criaturas legendarias, tales como gigantes y monstruos, podrían estar inspiradas en las observaciones de los fósiles de grandes animales ya extinguidos se le ocurrió durante su primera visita a Grecia. En la isla de Samos, Mayor visitó un pequeño museo de fósiles observando algunos huesos enormes de miembros casi tan altos como ella, algunos de los cuales habían sido sacados a la superficie recientemente por los campesinos de la isla. Entonces *se me ocurrió que la gente en la Antigüedad también debía de haber descubierto fósiles similares y decidí recopilar todas las referencias de la Antigüedad griegas y romanas sobre el hallazgo de fósiles gigantes. Recogí más de 100 pasajes y referencias sobre restos de notable valor en más de 30 autores antiguos. Después estudié informes modernos de paleontología y aprendí que existen depósitos ricos en fósiles en casi todos los lugares en donde los autores antiguos vieron los huesos de gigantes y de monstruos.*

De acuerdo con las investigaciones de Mayor y otros autores, los antiguos griegos recogieron, midieron, transportaron y exhibieron los enormes fósiles de elefantes extintos, de jirafas gigantes y de rinocerontes del Mioceno y el Pleistoceno. Colocaron estos huesos en templos y capillas y los veneraron como las reliquias de héroes y de gigantes míticos. Algunos ejemplos que demuestran esta incipiente paleontología de tintes ceremoniales se ven claramente en los descubrimientos arqueológicos de grandes huesos fósiles, por ejemplo, en las ruinas del templo de Hera (siglo VII a. de C.) en la isla griega de Samos y en la Acrópolis de la antigua Nichoria en Grecia, o a través del diente de mastodonte localizado como reliquia en el templo de Asclepio en la isla griega de Cos.

Cabría preguntarnos si estas leyendas surgen tras el hallazgo de los huesos con el fin de darles una explicación, o, por el contrario, los hallazgos se adaptan a unas leyendas anteriores. Para este dilema, Mayor no tiene una respuesta definitiva. *No podemos saberlo* –asegura–, *hay abundantes mitos alrededor del mundo acerca de gigantes y monstruos en lugares donde no hay huesos fósiles visibles. Pero creo que algunos mitos sobre tales criaturas, en ciertos lugares, deben haberse visto influenciados por la observación de huesos de formas misteriosas y notable tamaño.*

Lo cierto es que con los datos que proporciona la doctora Mayor no cuesta mucho imaginarse un escenario en el que la aparición de estos huesos fuese vinculada con mitos y episodios épicos. Pausanias narra cómo en los tiempos de la guerra de Troya (1200 a. de C.) se veneraba el gigantesco omóplato del héroe Pélope, bisabuelo de Hércules y uno de los fundadores de los Juegos Olímpicos. Su traslado desde Olimpia a Troya, por consejo de un adivino, posibilitó la victoria de los griegos en la guerra troyana. Se trata posiblemente de la primera referencia documentada a la veneración y uso como talismán de grandes huesos, cuyo apogeo se alcanzaría hacia el siglo VII a. de C., aunque el interés se prolongase hasta al menos el siglo V d. de C. El asunto se convirtió en tema de debate y prestigio político, y oráculos como el de Delfos reforzaron su celebridad presagiando el hallazgo de huesos e identificando al personaje al que pertenecían. Los huesos de héroes como Orestes, Teseo y su hijo Tisámenos, los de la esposa de Pélope, Hipodamia, y los de su padre el gigante Tántalo, los del poeta Hesíodo, los de Arcas, Aristómenes, Edipo y Melapino, así como los Gerión y sus bueyes, o Héctor y otros héroes troyanos también fueron identificados según las reseñas recopiladas por la doctora Mayor con los restos fósiles de grandes mastodontes y mamíferos extintos. Las

gigantescas dimensiones de los huesos se trasladaban a los héroes, cuya estatura oscilaba entre los tres metros de Orestes a los 26 metros de Anteo, gigante fundador de Tingis, en Marruecos, que murió a manos de Hércules y cuyo esqueleto llegó a ser desenterrado por Quinto Sertorio.

El dinosaurio grifo

Uno de los hallazgos más reveladores de la investigación de nuestra protagonista ha estado relacionado con el intento de identificación en el contexto paleontológico de bestias fabulosas, siendo el Grifo, con cuerpo de fornido león, patas con afiladas garras, alas y un poderoso pico su primer objetivo. Además, se los describe como incapaces de volar, aunque habilidosos en sus saltos gracias a unas hipotéticas membranas palmeadas que tenían en sus patas, con tendencia a escarbar en suelo, hacer madrigueras en torno a yacimientos auríferos y vivir muchas veces en solitario. De ellos se llegó a escribir que solo podían ser vencidos por los tigres, que tenían el cuerpo moteado o, como de forma mucho más extensa escribió Eladio, hacia el siglo III d. de C., *tiene el plumaje del lomo negro, el pecho rojo y las alas blancas. Ctesias explica que el cuello está veteado de plumas de color azul oscuro, y que tiene la cabeza y el pico como un águila, exactamente de la manera que lo representan los artistas. Los grifos anidan cerca de las montañas y, aunque es imposible cazar un grifo adulto, a veces la gente captura polluelos.*

El origen de la leyenda del Grifo, criatura que tenía la desafortunada costumbre de custodiar frente a los nómadas los ricos depósitos de oro dispersos por las estepas de Asia central, fue meticulosamente rastreado por Mayor, quién situó el nacimiento de la misma en el seno de la cultura nómada saka-escita, dispersa hace unos 3.000 años desde el mar Negro a los montes Altai. Los saka-escitas no conocieron la escritura y es gracias a su contacto con los griegos, especialmente intenso hacia el siglo VII a. de C. como ha llegado hasta nosotros su forma de vida y folclore. Fueron los isedonios, una de las tribus más importantes de Escitia –región que hoy incluiría parte de Mongolia, China, Siberia y Kazajstán–, los que proporcionaron al viajero griego Aristeas la información que posibilitó una de las primeras referencias escritas sobre los grifos, recogida dentro de un relato épico no conservado pero muy referenciado por otros autores y datado hacia el 675 a. de C., en el que se hace referencia a las duras luchas de los jinetes isedonios con las feroces criaturas. La doctora Mayor destaca que ese momento coincide con una eclosión de representaciones artísticas de grifos que perduró durante nada menos

Un grifo representado en el centro de fauna salvaje de Central Park, Nueva York.

que un milenio, aunque advierte que el conocimiento de las historias sobre estas criaturas puede ser muy anterior, incluso del segundo milenio antes de Cristo. La conclusión, en cualquier caso, es que el Grifo y sus legendarios atributos fue muy conocido y popular, siendo referenciado por diversos autores griegos en sus crónicas, epopeyas y obras de teatro, y representado hasta la saciedad de las maneras más diversas, la mayoría de las veces en contextos que hacían verosimil su existencia, aunque no exista ni un solo relato en el que alguien afirmara haber visto alguno vivo.

Tras numerosas pesquisas, dio con la clave, al establecer una más que fiable correlación entre los realzados depósitos fósiles del desierto del Gobi y la leyenda del mítico animal gestada en esta zona hace tres milenios. La precisión fue tal que incluso ha propuesto como fuente de inspiración de los nómadas la observación de los esqueletos fósiles de Protoceratops y Psittacosaurus, habitantes muy abundantes de la región en el Cretácico, hace más de 65 millones de años, y que cuenta entre sus características con un cráneo en el que parece distinguirse un pico. Sus repetidos hallazgos, coincidentes con las rutas o las cercanías de los depósitos de oro, las vincularon con el codiciado metal, mientras que la fortaleza y peculiar forma de sus estructuras óseas darían lugar a su «carácter» y singular morfología. Finalmente, parte de su ferocidad se la deban a las duras condiciones de la zona, donde la supervivencia sigue siendo hoy en día un lujo al que diariamente tenían que enfrentarse los escitas, con el permanente y crudo retrato de la muerte siempre presente en las estériles arenas de su territorio.

historias
do mile-
l Grifo y
erencia-
de tea-
rsas, la
stencia,
er visto

ás que
to del
mile-
e ins-
es de
egión
e sus
Sus
los
e la
su
la
ue
os
n-

Conviene matizar que esta correlación entre fósiles de dinosaurios y leyendas no implica en absoluto que los creadores de estos relatos pudieran haber llegado a observar ejemplares vivos de tales criaturas prehistóricas, es decir, supervivientes en las inmediaciones de Altai y el Gobi. Mayor es contundente: *No, esto es imposible. Los nómadas antiguos de la cultura saka-escitia vivieron más de 60 millones de años después de que desaparecieran todos los dinosaurios. Ningún ser humano ha visto jamás dinosaurios vivos en ningún lugar de la Tierra. Pero lo que resulta fascinante en la leyenda del Grifo es que los nómadas primitivos percibieron, a través de la cuidadosa observación de los fósiles de Protoceratops y de Psittacosaurus, que estas extrañas criaturas combinaron las características de mamíferos y de pájaros. ¡Esa apreciación se anticipó a la ciencia moderna en 2.500 años!*

Otras correlaciones interesantes se pueden establecer entre la imagen de los cíclopes con un solo ojo y la más que posible influencia de las observaciones antiguas de los cráneos fósiles del elefante, que son comunes en las islas mediterráneas. Para una población que desconocía ya a los elefantes, la gran apertura de la trompa parecería el orificio en el que el cíclope tenía su único y gran ojo. También parece probable que en China, por ejemplo, los descubrimientos de los misteriosos fósiles de dinosaurios contribuyeran decididamente a la formación y pervivencia de las leyendas sobre el dragón.

También con Nessie, Champ...

A tenor de lo expuesto, ¿cabría la posibilidad de que criaturas como los monstruos de los lagos norteamericanos, o *Nessie* en el lago Ness, se expliquen también por la observación de restos fósiles de animales ya extinguidos? Para Mayor la idea merece ser considerada, dado que es una coincidencia *muy interesante que haya fósiles de Plesiosaurios, criatura marina de cuello largo del Cretácico, en Escocia, no muy lejos del lago Ness. En Norteamérica, los legendarios monstruos acuáticos de varios lagos, como por ejemplo el del lago Champlain, en la frontera entre los EE. UU. y Canadá, podrían estar relacionados con el hecho de que con frecuencia emergen en las orillas del lago los huesos y los colmillos fósiles de mastodontes.* Personalmente ha podido encontrar muchas tradiciones de los indígenas americanos sobre monstruos del agua con cuernos, vinculadas a los lagos, ríos y pantanos en los que se encuentran sumergidos los cuerpos fósiles de mastodontes. La idea de que estos esqueletos sean los restos de esos monstruos acuáticos es por tanto bas-

tante lógica y de ello ofreció innumerables ejemplos en su libro *Fosil Legends of the first americans*. La redacción del mismo la llevó a viajar a muchas reservas indias en el oeste de EE. UU., Arizona, Montana y Dakota del Sur, entrevistándose con ancianos e historiadores nativos. *Aún cuentan las viejas leyendas sobre el hallazgo de los grandes huesos de los monstruos acuáticos matados por los Thunder Birds, los pájaros del trueno. En los desiertos y tierras inhóspitas, sus antepasados encontraron los fósiles de enormes dinosaurios y pterosaurios, reptiles voladores de la Era Cretácica, creando sus propias historias para explicarlos.*

CRIATURAS DEL PANTANO Y PTERODÁCTILOS

La tradición de los nativos abenaki, en Canadá, también describe a un terrible monstruo acuático al que se refieren como Meskag-Kwedemos, la "criatura del pantano", habitante de los lagos, los ríos y los pantanos. Estos monstruos abundaban en determinados días y suponían un gran peligro para las canoas, riesgo del que solían advertir a los colonos franceses en el siglo XVII, disuadiéndolos de que hicieran ruidos demasiado fuertes o que disparan sin motivo sus mosquetes si no querían ser el alimento de aquellas bestias, capaces de volcar las canoas. De cuando en cuando, los indígenas encontraban dientes fosilizados de grandes mastodontes en estos entornos acuáticos, que ineludiblemente atribuían a los citados monstruos. Los ejemplos son muy numerosos. Los cherokees llamaban al valle de Ohio, «la tierra de los monstruos acuáticos carnudos», y el investigador Hyatt Verrill ha propuesto también que en el arte precolombino se pueden encontrar representaciones paleocriptozoológicas, señalando, por ejemplo, que el demonio de la cultura azteca Izpuzteque, representado en el Códice Vaticano, «es asombrosamente similar a un terodáctilo». Ello no implica la observación de esas aves prehistóricas, sino de sus fósiles por parte de quien dio apariencia física a esa entidad demoniaca. También identifica como pterodáctilos algunos motivos decorativos de cerámica de la cultura Coclé, en Panamá. "Alas largas, dientes agudos, dos garras curvadas y cortas, cola acentuada, cresta principal reptiliana, patas traseras fuertes con cincos dedos-garras..." son a su juicio demasiadas y precisas coincidencias como para no tomarse en cuenta la observación de fósiles.

DRAGONES, LOS HUESOS DE OSIRIS Y OTRAS CURIOSIDADES

El trabajo de Mayor es rico en referencias insólitas y curiosidades, que desde la perspectiva que propone cobran un nuevo significado. Resulta revelador descubrir que el emperador romano Augusto fundó el primer museo paleontológico de la historia en la isla de Capri, en una labor que su sucesor Tiberio continuaría, o que la primera representación artística de un fósil está en un jarrón del 560 a. de C. conservado en Boston, en el que se representa a un monstruo de Troya que muere a manos de Hércules y que recuerda de forma muy clara a un gran mamífero del Terciario. En las tradiciones de la India sobre dragones recogidas por Apolonio de Tiana en el siglo I d. de C. se vislumbra también la pista de fósiles, especialmente en la región de los montes Simalik. Allí se contaba cómo en el pasado habían existido unos seres gigantescos conocidos como Rakshas, de los que tras su destrucción solo quedaron los llamados huesos de relámpago, auténtico fósiles identificados con grandes cocodrilos y tortugas, elefantes, jiráfidos y mastodontes.

Según la tradición, estos dragones tenían gemas guardadas en sus cráneos, algo que para Mayor tendría una explicación en los cristales de calcita y selenita que aparecen en los fósiles de estas regiones. Dragones y reptiles voladores parecen haber habido también, además de en China y en los relatos griegos como el de Andrómeda, en los mitos de Egipto, habitando concretamente en una región aún no localizada y mencionada como Buto. Allí, el mismo Herodoto vio «esqueletos y púas en número incalculable; estaban apilados en montones, y algunos eran grandes y otros más pequeños», huesos que bien podrían haber sido los restos de pterosaurios o de dinosaurios espinosáuridos del Cretácico. Sin abandonar las tierras del Nilo, es reseñable la veneración de los huesos negros de Set en el segundo milenio antes de Cristo, concretamente en los santuarios de Qau y Matmar, investigados inicialmente por Guy Brunton en 1922. Se trataba de toneladas de huesos fósiles de color negro pulimentados por el agua atribuidos a esta deidad egipcia, cuya extraña cabeza podría responder a la observación del cráneo de algún gran jiráfido, como el Libytherium. Curiosamente, también se veneraron los huesos del desmembrado Osiris en varios santuarios, destacando sobre todos ellos el culto que recibía en el ámbito griego en una pequeña isla situada enfrente de Ática, donde se había localizado el esqueleto de Macrosiris (Osiris el Grande), de 42 metros de largo.

A medio camino entre la criptozoología y la ufología, y con detalles que recuerdan vivamente a los mitos zoológicos de las culturas antiguas, los archivos de lo extraño incluyen entre su variada casuística la eventual aparición de seres de aspecto desconcertante, con características a priori imposibles que combinan rasgos animales con una morfología en su mayor parte humana. Su observación desata el temorcon frecuencia, y su estudio parece relegado a lo marginal. Son los parias del misterio, difíciles de aceptar pero reales.

CRIPTOHÍBRIDOS

Las criaturas del misterio

Representación del *Hombre rana de Loveland.*

La carretera comenzaba a descongelarse facilitando el rodaje de los vehículos, pero a pesar de ello los agentes Williams y Johnson querían asegurarse de que los pocos conductores que se aventuraran a transitar por ella no corrían más riesgos de los habituales. Era la noche del 3 de marzo de 1972 y el coche patrulla circulaba con ceremoniosa precaución cuando de repente una extraña figura se dejó ver fugazmente ante los haces de luz del vehículo. *Aquello* parecía estar sentado o de cuclillas, por lo que en un principio los agentes de Policía confundieron a la criatura con un perro de gran tamaño. Sin embargo, al poco del ser iluminado por los faros del coche, el animal se incorporó con aparente dificultad, mostrando con pavorosa claridad su verdadero aspecto a los atónitos policías.

La criatura medía entre 1 y 1,5 metros de estatura, presentando una morfología casi humana y una piel grisácea y de aspecto rugoso. Si su cuerpo no resultaba lo suficientemente anómalo para los testigos, cuando aquel ser descubrió su cara fue suficiente para que los testigos se mostraran evidentemente atemorizados. Su rostro era exactamente igual al

El *Hombre rana de Loveland* se ha convertido en todo un icono para la población.

de un lagarto o una rana, tenia los ojos grandes y rasgados, y en su boca no se apreciaban labios de ningún tipo. Fue el comienzo del que sería conocido como el incidente del *Hombre rana de Loveland*, unos de los casos más insólitos de los archivos de hechos forteanos.

Hombres reptiles

El fugaz encuentro de los agentes, que apenas duró unos segundos ya que la criatura huyó sumergiéndose en las aguas del río Little Miami, encontró una confirmación adicional al día siguiente, cuando localizaron las huellas que el animal había dejado cuando se arrastró ladera abajo, justo en el lugar por el que los agentes lo vieron huir. Los agentes se limitaron a redactar su informe sin airear nada del asunto, lo que incrementaría el valor del nuevo testimonio aportado por otro compañero del cuerpo que unos días después se topó, cara a cara y a plena luz del día, con nuestro singular protagonista. Mientras realizaba su patrulla, el testigo vio a un animal tumbado en la carretera, deteniendo el vehículo para retirar el cuerpo al pensar que se trataba de un perro u otro animal recientemente atropellado. Pronto salió de su error al contemplar de cerca y con indescriptible asombro a una criatura que presentaba el cuerpo de un hombre pero cuya cabeza y extremos de brazos y piernas se asemejaban a las de un reptil o una rana, completando el espeluznante cuadro unos ojos saltones y una minúscula boca sin labios.

Sin esperarlo, la criatura se revolvió sobresaltada escapando de nuevo hacia las inmediaciones del río. A pesar del sobresalto, o quizá a consecuencia del mismo, el policía saco su arma disparando sin éxito al extraño ser, que no obstante daba la impresión de estar herido. En las sema-

nas siguientes nuevos testimonios de lugareños se vendrían a sumar a este expediente, articulando un caso que cesó espontáneamente y al que jamás se encontró una explicación satisfactoria. Sin duda, corrió la misma suerte que el extraño incidente ocurrido varías décadas antes, en mayo de 1955, al oeste de Cincinnati. En esa ocasión un lugareño que conducía en su coche de regreso a su casa se tropezó en la carretera con lo que describió como tres extrañas criaturas parecidas a ranas o reptiles. Tenían aspecto reptiloide y caminaban de forma bípeda. Lo más absurdo es que sobre sus cabezas portaban una especie de tubos metálicos de los que salían chispas. Las estuvo observando por espacio de unos tres minutos, transcurridos los cuales se perdieron en la espesura de una gran extensión de matorrales.

El Hombre Búho

Uno de los episodios más extraños de la casuística criptozoológica es el de la *Criatura de Mawnan* u *Hombre Búho de Cornualles*, un «expediente X» cuyos extraños componentes sitúan este caso más cerca de la parazoología que de la propia criptozoología. Como si de una pequeña oleada se tratara, las observaciones se concentraron entre 1976 y 1978 en la región inglesa de Cornualles, concretamente en Mawnan, describiendo a un ser mitad hombre mitad pájaro cuyas alas se presentaban cubiertas de plumas. June Melling, de doce años, fue la primera, junto a su hermana de nueve, Vicki, de una serie de testigos que lo describieron con ojos rojizos brillantes y orejas puntiagudas, plumaje gris oscuro y garras en las «piernas». Fue el 17 de abril de 1976. El hecho de ser niñas o bien adolescentes hizo que la mayor parte de los testigos restase credibilidad al asunto, pero

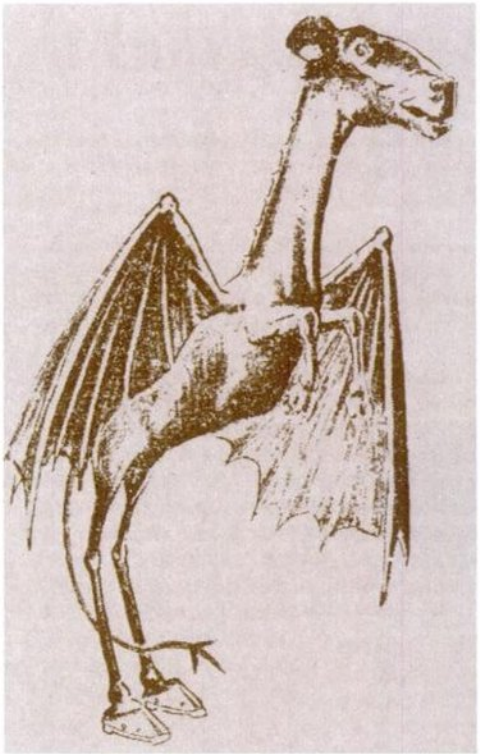
Diferentes interpretaciones de un fenómeno que sucedió entre 1976-1978 en Cornualles, donde se sucedieron las apariciones de una criatura con un aspecto entre un búho y un humano.

la coincidencia en los detalles descritos por parte de los observadores, a pesar de no ser divulgados y no conocerse entre sí, dieron verosimilitud al caso. Una de las descripciones más detalladas fue la publicada a principios de julio de ese mismo año por la joven Jane Greenwood, quién acompañada de su hermana lo observó junto a la iglesia de Mawnan, narrando con todo lujo de detalles su experiencia a la prensa local: *Estaba de pie entre los árboles, como un hombre adulto, pero con las patas dobladas hacia atrás como las de un ave. Nos vio y rápidamente saltó y se elevó entre los árboles. Tiene unos ojos oblicuos y rojos, y una boca muy grande. Las plumas son de un gris plateado, así como su cuerpo y sus patas. Sus pies son como grandes pinzas negras de cangrejo.* La cuestión por resolver sigue siendo qué era realmente aquella criatura descrita como un hombre-búho.

El Diablo de Jersey

Medía unos dos metros y medio, con una figura muy delgada y una cabeza de forma extraña, provista de un hocico prominente. Lo que más me llamó la atención fueron sus alas plegadas hacia el suelo y terminadas en unas puntas que sobresalían por encima de sus hombros. Su color era gris parduzco, aunque no puede observar el resto del cuerpo al quedar oculto por la maleza. Esta es parte de la descripción que realizó Sheila A. Fabi a los investigadores de la extraña observación que protagonizó el jueves 31 de agosto de 2000, cuando a las ocho de la mañana se disponía a arrancar su coche para acudir a su trabajo.

Ocurría en las cercanías de Jersey, EE. UU., y según pudo apreciar, «daba la sensación de que aquella criatura me observaba con cierta curiosidad». Su relato, aunque es uno de los más recientes, se pierde entre los más de 2.000 testimonios recogidos desde que hace 270 años hiciera acto de presencia una criatura de grotesco aspecto que fue bautizado como el *Diablo de Jersey*. Las leyendas locales atribuyen el origen de la historia al nacimiento de una criatura monstruosa en la región de Leeds, que en unas versiones es el decimotercer hijo de una familia que, nacido deforme, termina escapando al bosque tras ser repudiado y abandonado, y en otras un híbrido diabólico concebido por el propio demonio y la misma mujer, que la tradición apellida también como Leeds. Como sí de una gárgola viviente se tratará, reapareció tras los cien años de destierro a los que lo sometió un exorcismo, contándose entre los testigos que lo avistaron en pleno siglo XIX al propio José Bonaparte o al héroe naval Stephen Decatur, quien, a pesar de hacer diana cuando la



Representación clásica del *Diablo de Jersey*.

criatura lo sobrevolaba, no logró abatirla. Sin embargo, la gran eclosión de este caso, que por méritos propios lo haría pasar a la historia, tuvo lugar entre el 16 y el 23 de enero de 1909, cuando se dieron a conocer más de un millar de observaciones tanto en Jersey como en el sur de Filadelfia, Pennsilvania y Nueva York.

Los testimonios llegaban por docenas con desconcertante similitud de zonas como Bristol, Burlington Columbus, Hedding, Kinhora o Rancocas. El 19 de ese mes, el matrimonio Nelson Evans, de Gloucester, tendría el privilegio de observar a la pintoresca criatura por espacio de diez minutos, con la serenidad que les proporcionaba el contemplarla a través de una ventana desde el interior de su casa, tras ser alertados de su presencia por unos ruidos. «Medía poco más de un metro, con la cabeza como la de un perro y la cara de un caballo. Su cuello era largo y tenía unas alas que casi le llegaban a los pies. Sus patas traseras eran como las de una grulla, con pezuñas de caballo. Caminaba erguido sobre esas patas traseras, con las extremidades delanteras más cortas levantadas, que tenían garras. No las utilizó en ningún momento mientras lo observamos.» A la oleada de avistamientos de aquel año, que motivó infructuosas cacerías colectivas, le siguieron años de absoluta sequía, con observaciones puntuales en 1927, principios de los cincuenta y en los años 1981 y 1987, aglutinando casos que van desde descripciones visuales similares a las citadas, a la escucha de sus chirriantes gritos o al hallazgo de animales mutilados. ¿Cuáles fueron las explicaciones barajadas ante toda esta casuística? Junto a la de que se trataba de un ser diabó-

lico o un niño deforme, las hipótesis incluyeron a una invasión de patos y a colonias de pterodáctilos vivos, aunque la que contó con más adeptos fue la que explicó el misterio como fruto de la observación de grullas, cuyo tamaño y aspecto coincidía parcialmente con el retrato robot, aunque al no explicar los ataques, la cara de caballo ni la forma de su patas traseras, el misterio sobre su naturaleza se mantiene vivo.

La sombra del Mothman

La historia del Mothman es realmente curiosa, ya que como sucede con otros críptidos, de los que también nos ocupamos en este artículo, el patrón que sigue su aparición, auge y declive parece estar más cerca del seguido por una leyenda urbana que el que habríamos de esperar para unos sucesos aparentemente reales. Es bastante probable que la primera observación de nuestro protagonista tuviera lugar entre 1960 y 1961, cuando una extraña figura humanoide, grisácea y alada, de considerable envergadura, se dejó ver por espacio de unos segundos en medio de la solitaria Ruta 2 de Cornstalk en Virginia, ante los atónitos ojos de una mujer y su padre que, nerviosos y con miedo, optaron por pisar el acelerador y olvidar el asunto.

Tan solo lo recordarían años después, cuando a mediados de noviembre de 1966 comenzó a correr como la pólvora un relato sorprendente, según el cual cuatro vecinos de Point Pleasant habían podido observar una criatura bastante similar a la que fugazmente se dejó ver ante los primeros y anónimos testigos. Los protagonistas de tan singular historia fueron dos jóvenes matrimonios, integrados por Roger y Linda Scarberry, y por Steve y Mary Mallette, quienes la noche del 15 de noviembre de 1966 conducían en busca de unos amigos por un lugar conocido como la «zona TNT», un reducto solitario para las parejas alejado de miradas indiscretas, que durante la Segunda Guerra Mundial había tenido usos igualmente explosivos pero de naturaleza muy diferente.

Debían de ser poco más de las 11.30 de la noche cuando, al pasar cerca de un viejo generador eléctrico, nuestros testigos contemplaron junto a la puerta abierta del viejo

La historia del Mothman ha traspasado las fronteras del mito para convertirse en uno de los episodios más controvertidos de la parazoología. Se lo conoció como el Hombre Polilla.

edificio dos círculos de un rojo intenso, brillante y definido, unas formas que parecían ojos que acechaban en la oscuridad y que, al moverse descubrieron que formaban parte un ser de apariencia humana, de color gris, con piernas, alas plegadas y una altura de casi 2 metros. *Fueron aquellos dos grandes ojos rojos, como faros de automóvil, lo que nos sobrecogió*, declararían poco después.

Menos de un eterno minuto de observación bastó para que Roger pisara a fondo el acelerador de su viejo Chevy y saliera a toda velocidad de la zona por la carretera 62. De inmediato, Linda Scarberry se percató de que, a pesar de la escapada a 160 km/h, la criatura los seguía muy de cerca y sin aparente esfuerzo, a unos metros del coche y sin agitar sus enormes alas de más de tres metros de envergadura. Solo un fino chirrido, percibido por Mary Mallette y descrito como similar al emitido «por un ratón grande», acompañaba a aquel extraño ser alado hasta que desapareció a la entrada de Point Pleasant.

Ya en la oficina del *sheriff* de Mason, el suplente Millard Halstead escuchó a los excitados testigos, cuyo convincente relato le hizo desplazarse inmediatamente hasta la zona TNT, donde tan solo puedo detectar una extraña interferencia de radio. Los norteamericanos son como son, y con su particular estilo, al día siguiente el *sheriff* George Jonhson convocó una rueda de prensa en el Palacio de Justicia en la que los cuatro testigos narraron su experiencia a los periodistas, que muy pronto la difundieron por todo el país.

Había comenzado la odisea del Mothman, el *Hombre Polilla*. Cientos de testigos coincidentes en los meses siguientes, infinidad de medios de comunicación haciéndose eco de los mismos, equipos de cacería apostados por la zona TNT... El investigador John Keel lo reflejó con todo lujo de detalles en sus artículos y libros, que servirían de inspiración en el año 2002 para la película *La profecía del Mothman*. Y como si de un mal sueño se tratara, la oleada conformada por cerca de medio millar se observaciones se cortó bruscamente con el trágico hundimiento el 15 de diciembre de 1967 del Silver Bridge, el puente que cruzaba el río Ohio a la altura de Point Pleasant, causando la muerte a 38 personas. La crudeza del accidente desvió la atención de los ciudadanos, fuerzas de seguridad y medios de comunicación hacia esta tragedia, quién sabe si motivando el final de las apariciones de nuestro protagonista. La única explicación propuesta y descartada es que se trataba de una grulla canadiense. De nuevo las grullas.

El Demonio de Dover

Como hemos comprobado, nuestras criaturas adoptan formas extrañas, difíciles de aceptar para una mente racional, pero las evidencias están ahí, desconcertantes y desafiantes. Nuestra última parada por esta casuística forteana nos lleva a Dover, en Massachusetts, una zona que recibió en 21 de abril de 1977 la visita más extraña que sus habitantes recuerdan. El primero de los testigos fue el joven de diecisiete años Bill Bartlett, quien, junto a dos amigos de su misma edad, regresaban a su casa en Walpole. Eran aproximadamente las 22.30 cuando desde su Volkswagen escarabajo Bill percibió que algo se movía en un muro de piedra que se encontraba un poco más adelante, en el lado izquierdo del camino por el que conducía. Extrañado, redujo la marcha y, sin parar, maniobró hasta que los faros lograron iluminar la parte del camino donde había percibido el extraño movimiento. Su sorpresa fue mayúscula cuando descubrió frente a los faros de su vehículo a la criatura más extraña que jamás hubiera visto. *Parecía tener el cuerpo de un bebé, con las extremidades exageradamente largas. Su cabeza era desproporcionada en relación con su tamaño, era grande y con una extraña forma como de sandía. Su color, además, era muy pálido, casi blanquecino, y su piel parecía papel de lija mojado. Los dedos de sus manos eran largos y finos, y al ser deslumbrada la criatura se quedó mirando con unos penetrantes, grandes y vidriosos ojos de color anaranjado, que además era lo único que podía distinguirse en su rostro.* Sus dos acompañantes no tuvieron la misma suerte y no pudieron contemplar al extraño ser. Sin embargo, dos horas después otro joven, John Baxter de quince años, sí lo pudo ver claramente cuando se dirigía hacia la casa de su novia por Miller Hill Road. Tras ver su silueta sobre una colina y acercarse lo más que pudo, la contempló subida a una roca proporcionando una descripción similar y destacando el color anaranjado de sus ojos. Un tercer testigo, Will Taintor, de dieciocho años, también la observó 24 horas después, con la única diferencia de que los ojos de la criatura fueron descritos como verdes. Sin fisuras notables, el incidente jamás pudo ser explicado ni se volvió a repetir.

El Demonio de Dover hizo de las suyas en 1977 en Massachusetts. El ser tenía una apariencia más propia del típico extraterrestre que de criatura animal.

El camaleónico Chupacabras

Ninguna criatura catalogada como misteriosa han logrado saltar a la popularidad en las últimas décadas como lo ha hecho el Chupacabras, criatura singular donde las haya, que más que remitirnos a una posible nueva especie, parece hacerlo a un nutrida y variada casuística sin un origen definido. En marzo de 1995 se registraron los primeros casos del fenómeno del Chupacabras en las localidades portorriqueñas de Orocovis y Morovis, pequeños municipios en los que sus vecinos apenas podían imaginar la repercusión que tendrían sus denuncias. Cansados de ver morir a sus animales de granja desangrados, en el anonimato de la noche y en el más absoluto e inexplicable de los silencios, decidieron presionar para que las autoridades tomaran cartas en el asunto y apresaran a un depredador sigiloso que apenas abría un pequeño orificio en las gargantas de sus presas para dejarlas sin una gota de sangre. La ausencia de desgarros y señales de lucha, así como la absoluta tranquilidad con la que al parecer se desarrollaban los episodios añadían misterios a un asunto que desde entonces ha seguido esa pauta. De esta forma y en poco tiempo, las actividades de la bestia se extendieron por todas la isla, y por doquier aparecían nuevas víctimas que presentaban paralelismos asombrosos. Aunque la mayor parte de los casos incumbía a una o a lo sumo a media docena de víctimas, en poco tiempo se asistió a auténticas masacres en las que durante una sola noche eran matadas decenas de cabras y animales de corral como pollos y gallinas. Pronto se pudieron realizar análisis forenses de algunos cuerpos que, aunque nunca fueron demasiado claros y concluyentes, posiblemente por el temor de los veterinarios a no hacer el ridículo o bien despertar una innecesaria alarma social, pusieron de manifiesto la extrañeza de los sucesos, principalmente por no presentar los desgarramientos típicos que dejarían un animal salvaje al atacar a las víctimas, así como por no hallarse señal alguna de lucha, como sí los animales desangrados no hubieran reaccionado bajo la influencia de algún tipo de efecto hipnótico o narcótico ejercido por el depredador. Curiosamente, en algunos casos se certificó la ausencia de *rigor mortis* en cadáveres días después de haber muerto, circunstancia especialmente llamativa en una tierra con clima tropical donde los procesos de descomposición se aceleran.

Con el incremento de los casos también comenzó a trazarse un retrato robot del sospechoso, en especial a raíz de los casos vividos en otoño del 95 por Madelyne Tolentino y Luis Guadalupe, vecinos ambos del pueblo de Canóvanas, que fueron entrevistados, junto a decenas de testigos más, por

el periodista de Puerto Rico Jorge Martín. La criatura tendría entre 1 y 1,5 metros de altura, con manos y pies provistas de tres dedos unidos por una especie de membrana y dotados de fuertes garras. Tendría la morfología aproximada de un canguro, aunque su rostro guardaría enorme similitud con la imagen prototípica de los llamados *grises* –una tipología clásica en la imaginería ufológica–, aunque con la diferencia de presentar una boca poblada de afilados dientes. Los ojos serían rojos y, junto a unas piernas musculosas como las de los animales saltadores, tendría también en el arranque de sus brazos lo que ha sido descrito como alas de murciélago. Partiendo de su cabeza y hasta la base de su espalda, el Chupacabras tendría también una especie de cresta compuesta por afilados picos, señalándose en ocasiones la presencia de plumaje, pelo corto y escamas sobre su cuerpo, así como un olor que recordaba al azufre. Muy pronto su retrato robot rivalizaba en popularidad con el de cualquier estrella de Hollywood, y no era para menos, ya que se emprendieron en apenas un año cerca de trescientas batidas en su búsqueda y captura, se promovió una investigación gubernamental en la Cámara de Representantes de Puerto Rico y se desató una chupacabramanía sin precedentes. Camisetas, gorras, llaveros y todos los productos imaginables fueron acuñados con la imagen del Chupacabras, que dio nombre a restaurantes, comercios, portales de Internet y a un grupo de música salsa cuyo mayor y posiblemente único éxito era precisamente un tema titulado *El Chupacabras*. Tiras cómicas y tebeos, cine, columnas de opinión, reportajes en prensa, radio y televisión, centenares de fotos fraudulentas, hasta una línea telefónica para «platicar con el chupacabras», una estrella espectacular de la lucha libre tomó su nombre como apoyo, o simplemente escuchar como hablaban entre sí fueron varias más de las manifestaciones del fenómeno desatado. El fenómeno no ha desaparecido, más bien al contrario. Se ha extendido por todo el continente americano y ya es un clásico que por sus características poco parece tener que ver con la zoología. Seguramente, el Chupacabras, que cuenta con una casuística esporádica de casi cuatro décadas, sea cualquier cosa menos un animal.

Representación exagerada de un supuesto *Chupacabras*.

Intruso Esporádico Asesino, el enigma chileno

El misterio también ha elegido a Chile como escenario para sus manifestaciones más desconcertantes y contundentes, siempre en la fronte-

ra de la criptozoología que abordamos en este capítulo. Además de campar por su territorio el popular *Chupacabras* que analizamos en su propio espacio, los chilenos se han enfrentado a otra insólita criatura bautizada con un nombre tan explícito como *Intruso Esporádico Asesino*. La divulgación de esta historia se la debemos al investigador chileno Raúl Núñez, quien con su trabajo permitió que tan interesante episodio no se perdiera.

Los hechos sucedieron en torno a la 1 de la madrugada de la noche del sábado al domingo 4 de julio de 2005, cuando Juan Robinson Acuña Pereira, un vecino de la localidad de Parral, de parcas palabras, modos y costumbres típicas del campesinado chileno, regresaba a pie a su casa después de participar en una celebración familiar. En un momento del trayecto se vio atacado por dos pequeñas criaturas, de gran ferocidad, que parecían perros negros «con grandes colmillos». Uno de ellos le atacaba las piernas mientras que el más pequeño se lanzaba sobre su pecho y cuello, ambos con inusitada ferocidad y una gran destreza. Defendiéndose como pudo y tras levantarse herido del suelo huyó hasta el llamado Canal Fiscal, un afluente de agua en el que se sumergió buscando protección, comprobando cómo aquellos «seres» lo atacaban incesantemente en cuanto asomaba, volando desde la orilla con alas perfectamente visibles como elemento más desconcertante de una fisonomía que llenó de pavor a la víctima.

No tenía colmillos, (era) igual que perro no ma' y las orejas cortitas, igual que un perro, y se para así pu' en dos patas y ojos brillantes. Finalmente, y tras algunos minutos en esta situación, los animales parecieron desistir de su empeño, momento que Juan Acuña aprovechó para huir llegando a casa de su hermano presa del pánico. Tras cambiarse la ropa y recibir unas curas de urgencias de manos de su cuñada fue llevado hasta la Tenencia Reina Luisa de Carabineros, cuyos agentes abrieron un informe de la denuncia y comenzaron las diligencias oportunas trasladando a un hospital al testigo. El personal médico y los especialistas del Servicio Médico Legal que interviene en caso de agresiones certificaron la autenticidad de las heridas en pecho, brazos y piernas, provocadas por las garras o dientes de algún tipo de animal que no pudieron identificar y respondiendo al tipo de heridas que se sufre cuando se intenta repeler un ataque protegiéndose con los brazos.

El estado de pánico en el que vivió este campesino parralino desde entonces fue absoluto, con pesadillas nocturnas y la incapacidad para estar solo en cuanto caía la noche. Raúl Núñez confirmaría al detalle

todos los hechos, asegurando que los especialistas Alberto Urquiza, de la Corporación GEO, y Roderick Bowen, del Instituto de Investigaciones Exobiológicas en Chile, siguieron de cerca el caso colaborando en el tratamiento psicológico del testigo. Aunque Núñez prefiere la terminología de «Intruso Esporádico Asesino» para referirse a estas criaturas, reconoce que la población y los medios de comunicación relacionaron el caso con el famoso Chupacabras.

¿DE DÓNDE PROCEDEN?

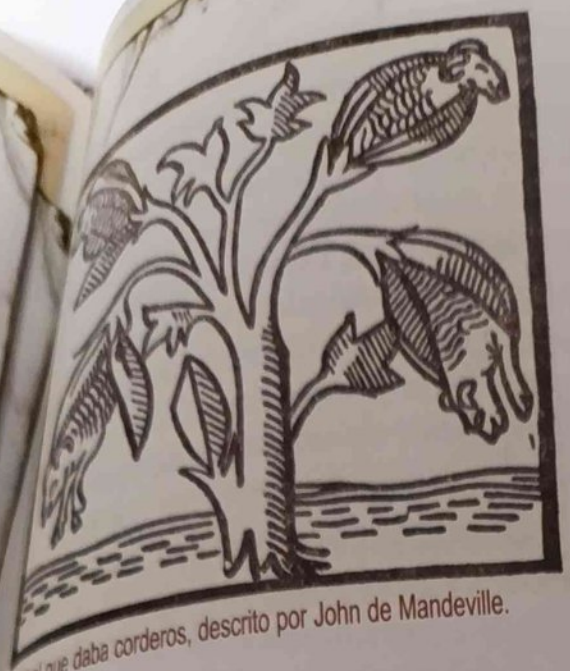
Si descartamos un cierto porcentaje de casos atribuibles a confusiones, fraudes e incluso a bromas dentro de las oleadas de observaciones que generan estas criaturas, la inmensa mayoría de los casos carece de una explicación racional. Quizá los casos más antiguos, aquellos con varios siglos de historia, nos recuerdan algún hecho real deformado por el tiempo y la superstición. Pero lo cierto es que se dan en nuestros días con demoledora claridad. Surgen y desaparecen espontáneamente, dejando tras de sí numerosos testimonios que, sin fisuras, suelen ser coincidentes al describir a criaturas imposibles, cuya morfología muchas veces semihumana y comportamiento no exento de elementos sobrenaturales, los aleja de la criptozoología y de cualquier otra vertiente de estudio que no sea el folclore. Algunos expertos aseguran que proceden de otras dimensiones, que se cuelan en nuestro mundo por determinadas circunstancias, pero esas dimensiones y circunstancias no son más que conjeturas. Otros apuestan por experimentos sociológicos realizados bien por otras civilizaciones o por oscuros organismos militares, explicación que no encaja en casos antiguos, incluso hay quien opina que son imágenes arquetípicas que materializan miedos colectivos. La realidad es que hasta el momento no tenemos ningún resto o fotografía que atestigüe su condición. Solo hipótesis y testimonios.

MÁS PARIAS, MÁS IMPOSIBLES

¿Dragones? Más allá de los mitos, ocasionalmente se ha publicado la observación de criaturas que parecen sacadas de la imaginería del mismísimo Tolkie, incluso dragones. En Forlì, Italia, una criatura alada y reptiloide, de potentes garras, atacó a un agricultor y fue vista por otros tres testigos en 1970. Se trataba de un espécimen similar al observado años atrás en Inglaterra, en Henham, al que en ese caso se le estimaron unos 2,5 metros de altura. En la India, muchos creen en la existencia de Buró, un gigantesco reptil de más de tres metros, habitante de los pantanos de Assam, de color azul y blanco, con púas a lo largo de su espinazo. Athol, es el nombre que recibe el hombre-murciélago de Java, de cuerpo menudo y peludo aunque con gigantescas alas y fama de gritón. Se dice que vive en las cavernas próximas a los ríos y que se alimenta de peces, lo que desconcierta a quienes piensan que puede ser un murciélago gigante. No parece ser el único de su especie. En Camerún se habla también de murciélagos gigantes de color negro conocidos como Olitiau, mientras en Zambia se teme por su carácter agresivo al Kongamato, una criatura a medio camino entre los vampiros y un ave-reptil. Por su parentesco con el pterodáctilo ha merecido capítulo aparte en esta obra.

En 1934 una criatura que parecía un canguro gigante atemorizó a la población norteamericana de Cambur, Tennessee. Grande y ágil, aquel ser acabó con numerosos animales de corral y con varios perros guardianes, que devoró en parte descartando junto a otros detalles que pudiera ser uno de esos marsupiales. John Keel llamó a este tipo de criaturas «los incompresibles», proporcionando como ejemplo extremo el hallazgo en 1883 en Adelaida, Australia, el cuerpo de un ser que sin cabeza tenía el aspecto de un cerdo aunque las extremidades posteriores parecían las de una langosta. ¡Sobre su sabor nunca se dijo nada!

¿Entidad biológica extraterrestre? No, un pez sapo actual.



El árbol que daba corderos, descrito por John de Mandeville.

¿Se imagina un árbol que mata serpientes con solo tocarlas o semillas con más de tres mil años capaces de germinar? Podría parecer increíble, pero tales prodigios de la naturaleza son tan reales como el aire que respiramos. Las plantas son seres vivos y, como tales, también pueden depararnos sorpresas que la ciencia ni tan siquiera puede imaginar. Estos sucesos inexplicados o desconocidos en el mundo vegetal han sido bautizados bajo el nombre de Criptobotánica. Por su parte, la botánica fantástica describe incluso a árboles que engendran aves o corderos.

CRIPTOBOTÁNICA

El desconocido mundo de las plantas misteriosas

HASTA hace unos pocos siglos, las historias de vegetales sorprendentes, en ocasiones descritos como auténticos hacedores de prodigios cuando no como singulares híbridos, abundaban en los viejos libros de viajes, especialmente sí estos se referían a Oriente. Plantas carnívoras capaces de devorar a mamíferos y hombres, árboles que daban por fruto agua o panes, e incluso otros capaces de generar patos o corderos. Una historia muy curiosa es sin duda la de las bernaclas, unas aves con aspecto de gansos que crecían de los árboles inicialmente en territorio irlandés y luego en las islas Orcadas. El médico y caballero inglés John de Mandeville, tal y como recoge Willy Ley en su incunable *El Pez Pulmonado, el Dodó y el Unicornio*, los describe como auténticos, no ahorrando en detalles en su obra *Libro de las maravillas del mundo y del viaje de la Tierra Santa...* más conocido como *The Travels*, escrito hacia 1356. *Una maravilla tan grande para ellos como lo es para nosotros; y era la de las bernaclas. Pues le dije que en nuestro país existían árboles que producían frutos que se volvían pájaros rápidamente, y que estos caían sobre la tierra muriendo pronto y pudiendo ser comidos perfectamente por los hombres. Y aquí se maravillaban tanto que la mayoría pensaba que era una cosa imposible de creer.*

Fueron muchos los autores que siguieron difundiendo la creencia en estas aves vegetales, e incluso no faltaron personajes que los vieron de cerca siguiendo todo su ciclo vital. Alguno llegó incluso a encontrar los árboles de los que nacían, cercanos al mar, repletos de larvas o de aves ya semiformadas.

Bastante antes que Mandeville, entre 1154 y 1189, Giraldus Cambrensis los había incluido en su *Topografía Hibernia*, refiriéndose a ellos como *gansos de pantano, pero algo más pequeños. Son producidos por la madera arrojada al mar, y al principio son como de goma. Después se cuelgan por sus picos, como una maleza marina ligada al madero, recubiertos con conchas para crecer con más seguridad. Cubriéndose así, en el transcurso del tiempo, con un extraño plumaje, o caen al agua o vuelan libremente a lo lejos, por el aire.*

No deja de ser anecdótico que muchos clérigos aceptaran la existencia de estos pájaros y por tanto que en Cuaresma o en día de abstinencia de carne no faltaran en su mesa estas aves vegetales, o al menos aves que se decían tenían tal procedencia. Ley sugiere que, junto a la fantasía, la explicación a las observaciones puede estar parcialmente en algún tipo de crustáceo que en las orillas aprovecharan la madera como cobijo, cuyo caparazón y algas adheridas al mismo podrían dar la impresión del una pequeña ave con el plumaje empapado.

Igualmente curiosa y citada también por John de Mandeville es la historia del Barometz, el cordero vegetal, que también crecía de un árbol, por supuesto en el Lejano Oriente. Se alimentaba la creencia de su existencia, entre otras cosas, para justificar el comercio de la carne y las pieles de las crías de cordero, y el origen de la leyenda podría haber estado según el propio Ley en un helecho, cuyas raíces serían de tal forma y envergadura que simularían un cordero.

La Mataserpientes

Los botánicos se enfrentan en las selvas de Konnie Range, en la India, a un singular misterio que prácticamente se desconoce más allá de las fronteras del estado hindú de Kerala. Sus gentes presencian al internarse en el bosque un extraño fenómeno que se produce a los pies de un árbol que crece en la zona, en torno al cual parecen acumularse infinidad de cadáveres de serpientes venenosas. Sin excesivo esfuerzo, aseguran que se pueden hallar también decenas de esqueletos de estos reptiles en los alrededores del árbol, fruto de la parálisis y la posterior muerte que con apenas un mínimo roce es capaz de provocar en un lapso que

no supera unos pocos minutos. El árbol es conocido por las tribus con el nombre de *Analivega patta*.

Este ejemplar es altamente tóxico para las víboras, aunque en la actualidad no existe ninguna confirmación científica de tan contundente afirmación, por la sencilla razón de que el fenómeno no se conoce más allá de las fronteras del Kerala. Sin embargo, esta no es la única propiedad especial del árbol. Las tribus ven al árbol como un almacén viviente de una sustancia que sirve como cura a la mordedura de las propias serpientes. Tal es el poder de este milagroso bálsamo que la gente del lugar asegura que la misma ha salvado la vida de decenas de personas mordidas por ofidios venenosos. Es evidente, por tanto, que, ante tal poder curativo, las tribus veneren al árbol y lo consideran un regalo de la madre tierra. Al parecer, incluso algunos funcionarios de medioambiente de la zona han confirmado con sus propios ojos estos aspectos «curativos» que ofrece el árbol, así como sus efectos mortíferos contra las serpientes, con lo cual el número de testigos fiables aumenta considerablemente. Sin embargo, el árbol es difícil de encontrar en el interior de la espesa selva. Tanto es así que las tribus solo conocen una veintena de ejemplares de este tipo, y los mismos, al parecer, están muy dispersos entre sí, lo cual parece obedecer a un comportamiento inteli-

Estupenda recreación de A. García, del que se dio a conocer como el árbol mataserpientes, pues las tribus locales aseguraban que las serpientes que rozaban su corteza morían instantáneamente. El caso sigue sin ser investigado.

gente de la naturaleza, de tal manera que si hubiera demasiados juntos, la población de serpientes disminuiría considerablemente. La historia de este árbol no debería sorprendernos, tanto si tenemos en cuenta la gran cantidad de plantas potencialmente nocivas e incluso árboles tóxicos o directamente venenosos. *Canella winterana*, *Comocladia dodonea*, *Hippomane mancinella*, *Euphorbia láctea* o el *Blighia sapida* son algunos de ellos.

Volviendo con el *Analivega patta*, en su corteza parece residir el antídoto, que no se desarrolla hasta que el árbol alcanza cierta edad, algo que los ancianos de las comunidades se han especializado en determinar observando signos como la anchura del tronco o la altura total del ejemplar. Haciendo uso de astillas de madera perfectamente afiladas, o incluso piedras cortantes, se desprende la corteza, que no puede entrar en contacto con el metal, pues, según cuentan, hace que el remedio pierda sus propiedades.

Al parecer, es tan efectiva que casi todas las chozas de la colonia tribal de Chempanaruvi, en el distrito de Kollam, poseen una pequeña colección de la corteza del *Analivega patta*.

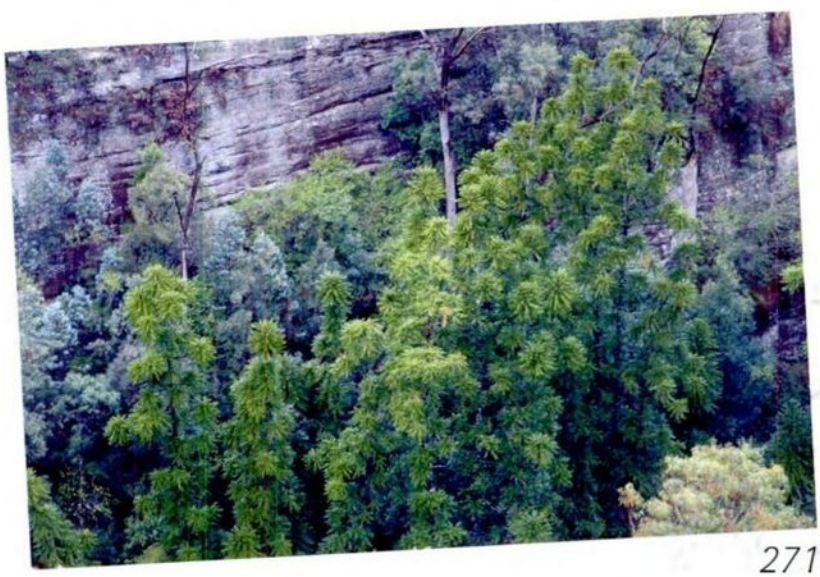
Hace tan solo un par de años, Achuthan, miembro de una de las tribus que reside en la zona, encontró un pequeño ejemplar del *Analivega* en el bosque y decidió trasplantarlo al pequeño patio de su casa. Con el tiempo, el árbol ha crecido despacio pero con fuerza y en la actualidad lo exhibe orgulloso y explica a los lugareños cómo extraer la corteza sin dañarlo, todo ello porque el mencionado árbol le salvo la vida tras la mordedura de un ofidio letal. El señor Achuthan explica cómo la corteza ha de ser molida en una piedra, mezclada con agua fresca y tragarse. A los pocos minutos el veneno se neutraliza. También asegura que llevar una pequeña corteza del árbol encima aleja a las serpientes.

A no ser que se realice una concienzuda investigación por parte de especialistas en botánica, es muy difícil que lleguemos a confirmar las peculiaridades y propiedades de este maravilloso árbol.

Plantando un árbol extinguido hace 200 millones de años

Muchos pensarán que es imposible plantar un árbol extinto hace 200 millones de años, pero el reconocido naturalista David Attenborough realizó este entrañable gesto en los Jardines Reales de Kew en Sussex. La especie en concreto fue un pino de Wollemi (*Nobilis de Wollemia*), creído extinto hace más de 200 millones de años, del que se descubrió especímenes vivos en Australia. Esta especie es tan antigua que se cree que los mismos poblaron «Gondwana», el antiguo supercontinente sobre el que caminaros los antiguos dinosaurios. *Es extraordinario encontrar una especie tan antigua y sin ningún cambio durante más de 200 millones de años*, expresó David a los medios de comunicación londinenses en mayo de 2005.

El mismo día de la plantación de este árbol también se guardaron sus semillas en un banco de preservación denominado «Semillas del Milenio». El pino de Wollemi es una conífera de gran tamaño con un patrón inusual en su ramificación. El follaje adulto del árbol presenta dos filas de hojas a lo largo de sus ramas. En la actualidad existen menos de 100 ejemplares adultos y su emplazamiento es desconocido para el público en general, solo unos pocos botánicos conocen su ubicación exacta. Kirkham Tony, jefe de los jardines de Kew, es uno de los pocos privilegiados que ha visto a los Wollemi en su estado natural. *Es importante que la gente conozca la existencia de este árbol fuera de Australia, y de esta manera probamos su resistencia fuera de la isla continente*, manifestaría a la BBC. Hasta el momento han sido varios los ejemplares plantados fuera de Australia, en Estados Unidos y Europa, comprobándose que en todos los casos los árboles han evolucionado favorablemente acomodándose al nuevo hábitat. La evolución es tan favorable que incluso se plantea que el Wollemi pueda ser ofrecido al público en un futuro no muy lejano.

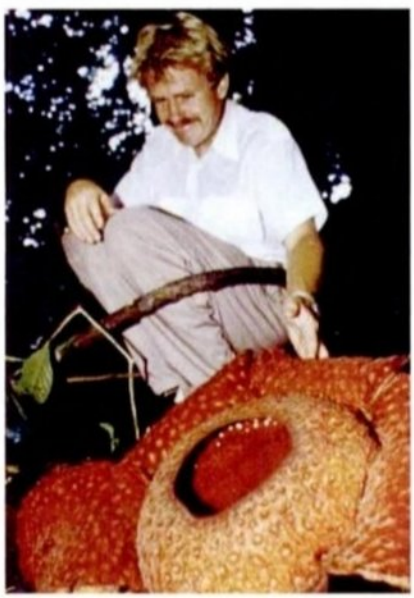


Resucitando de su letargo

Seguro que más de una vez habrá escuchado historias sobre ranas descubiertas en el interior de rocas que, tras letargos de cientos de años, vuelven a la vida. Probablemente esas historias no sean más que leyendas urbanas, pero existen unos sucesos muy similares que, por el contrario, son reales y palpables aunque protagonizados por vegetales. Se trata de unas resistentes semillas que, aunque en un principio parecían prácticamente fosilizadas, pudieron brotar tras más de 3.500 años ocultas en el interior de la tumba del célebre rey egipcio Tutankamón. Sin embargo, a pesar de que este periodo es inusitadamente largo para que unas semillas resistan el paso del tiempo y que además broten, no es ni mucho menos el récord en este campo. Ese honor lo tienen unas semillas de una especie de leguminosa encontradas congeladas en el Ártico en 1954 por parte de un minero canadiense. Una vez descongeladas, las semillazas fueron plantadas y brotaron de ellas unas perfectas y bellísimas plantas adultas.

Amorphopallus titanum, Sumatra, presenta un espádice de unos dos metros. Su pestilente olor atrae a los insectos que la polinizan.

Rafflesia arnoldii.

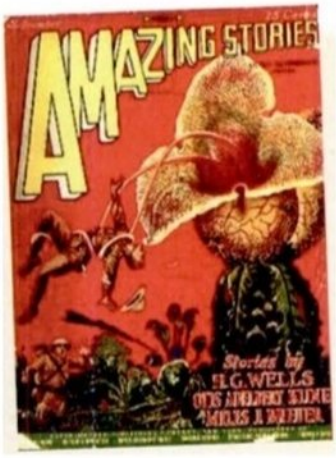


Flores gigantes

Existen en botánica dos plantas cuyas características las hacen especiales y únicas. Curiosamente, ambas comporten similitudes en su «fragancia» pero su aspecto difiere mucha la una de la otra. La primera de nuestras gigantes es la conocida con el nombre de «Flor de Cadáver», *Amorphopallus titanum*, nombre que recibe por su olor a carne podrida, que para los humanos es un olor desagradable pero cuyo aroma es un poderoso afrodisiaco para los insectos que se ocuparan de la polinización de la planta. La última floración de esta planta se observó en el Jardín Botánico de la Universidad de Bonn, Alemania, entre el 22 y el 25 de mayo de 2003. En tan solo tres días, la planta alcanzó una altura de 2,74 metros –1 metro de diámetro y 75

kilos de peso–, convirtiéndose en la planta más grande del planeta. La planta proviene del interior de las selvas de Sumatra, Indonesia, y su floración es todo un evento, puesto que solo lo hace unas tres o cuatro veces en la vida de la planta. que suele rondar los cuarenta años. Una vez la flor se ha desarrollado solo sobrevive unos tres días.

Otra gigante es la *Rafflesia arnoldii*, cuya principal característica es su insoportable olor a carne podrida que incluso puede olerse a varios metros de distancia. Ostenta el récord de ser la planta con el olor más desagradable del planeta. Al igual que su homónima, la floración de la *Rafflesia* solo se produce cada varios años y tiene como característica principal ser una planta parasitaria, que se adhiere sobre las raíces de los árboles alimentándose de estas. Aunque se han anunciado especies con vestigios de hojas, lo cierto es que no existen en la planta tejidos para que la misma realice la fotosíntesis, ni siquiera raíces, o tallos de algún tipo conocido. Sin embargo, la flor se desarrolla perfectamente, naciendo de debajo de las raíces del árbol infectado con una estructura gruesa, carnosa y de cinco lóbulos que en conjunto puede llegar a pesar los 11 kilos y alcanzar hasta cinco metros de diámetro. La flor permanece abierta entre cinco y siete días tras lo cual muere. Durante esos días la planta desprende un olor fétido



ESTRELLAS DEL CELULOIDE

Aunque poco recurrentes, las plantas o vegetales monstruosos han inspirado en determinadas ocasiones la mente de los cineastas, como ya ocurriera con hormigas o arañas gigantes. Quizá la planta, o más bien la flor gigante más conocida del celuloide sea la protagonista de «La tienda de los horrores», una «parlanchina» y gigantesca planta carnívora que saciaba su sed con los cuerpos de las víctimas humanas que su dueño le proporcionaba.

Más antigua aun es el clásico «El día de los trífidos» que versaba sobre la invasión a la Tierra por parte de unos vegetales gigantes capaces de desplazarse para atrapar a sus víctimas. Y más recientemente hemos podido comprobar cómo el cine ha rescatado en forma de adaptación en «La invasión», la obra basada en la famosa novela de Don Siegel «La invasión de los ladrones de cuerpos», donde unos alienígenas clonan a los humanos utilizando una especie de vaina vegetal con un aspecto más bien de crisálida.

que atrae a los insectos, que se cree actúan como polinizadores. Al igual que la «Flor Cadáver», la *Rafflesia* también se encuentra en las selvas de Sumatra.

LONGEVIDAD SORPRENDENTE

El árbol más grande del planeta, y por tanto el ser vivo también más grande es la secuoya, una conífera de la que se conocen dos especies la Roja y la Gigante y que pueden alcanzar, respectivamente, los 95 y 80 metros de altura. Pueden vivir hasta 4.000 años y superar, en el caso de la Roja, hasta los 110 metros. El tejo es el árbol más longevo de Europa. Menos espectacular, pero igual de interesante, fue el descubrimiento en julio de 2005 de un árbol del Sial con más de 3.500 años. Los investigadores concluyeron que este fue plantado en 1554 antes de Cristo. El árbol es el más antiguo encontrado en Egipto. El árbol milenario, que los beduinos de la región llaman «sial», fue encontrado en «Wadi Feran», en el centro de la península del Sinaí, a unos 350 kilómetros al noreste de El Cairo. Los beduinos que pueblan la región en varios oasis utilizan su madera fibrosa como combustible para cocinar y con sus flores fabrican remedios contra el dolor de estómago. Un triste episodio de longevidad fue protagonizado por un ejemplar de Pino de Bristlecone, Pinus longaeva, localizado en el Pico Wheeler, en el Parque Nacional de Great Basin. Al parecer, en 1964 un estudiante de geología, Donald R. Currey, realizaba en la zona estudios de datación mediante muestras de aquellos singulares pinos de aspecto reseco, quedando atascada su herramienta en uno de ellos. La única manera de extraerla era talando el árbol, algo que hizo tras obtener el permiso pertinente. Al contar los anillos del tronco, comprobó que aquel ejemplar que acababa de derribar tenía 4.844 años, una edad que fue matizada poco después por un dendrocronólogo elevándola a 4.862 años. Actualmente en las Montañas Blancas de California existe un ejemplar de la misma especie al que se le atribuyen 4.790 años, bautizado con acierto como «Matusalén».

Nuestro catálogo de especies animales imposibles se enriquece con la peculiar historia de la «culebra cornuda». Conocida también como Hoop Snake, «culebra aro», su ejemplarizante periplo histórico se remonta a casi tres siglos, asegurándose que era capaz de secar un árbol con el veneno de su acorazado aguijón. Un depósito de 10.000 dólares espera en un banco de Nueva York a quien presente un ejemplar.

LA CULEBRA CORNUDA

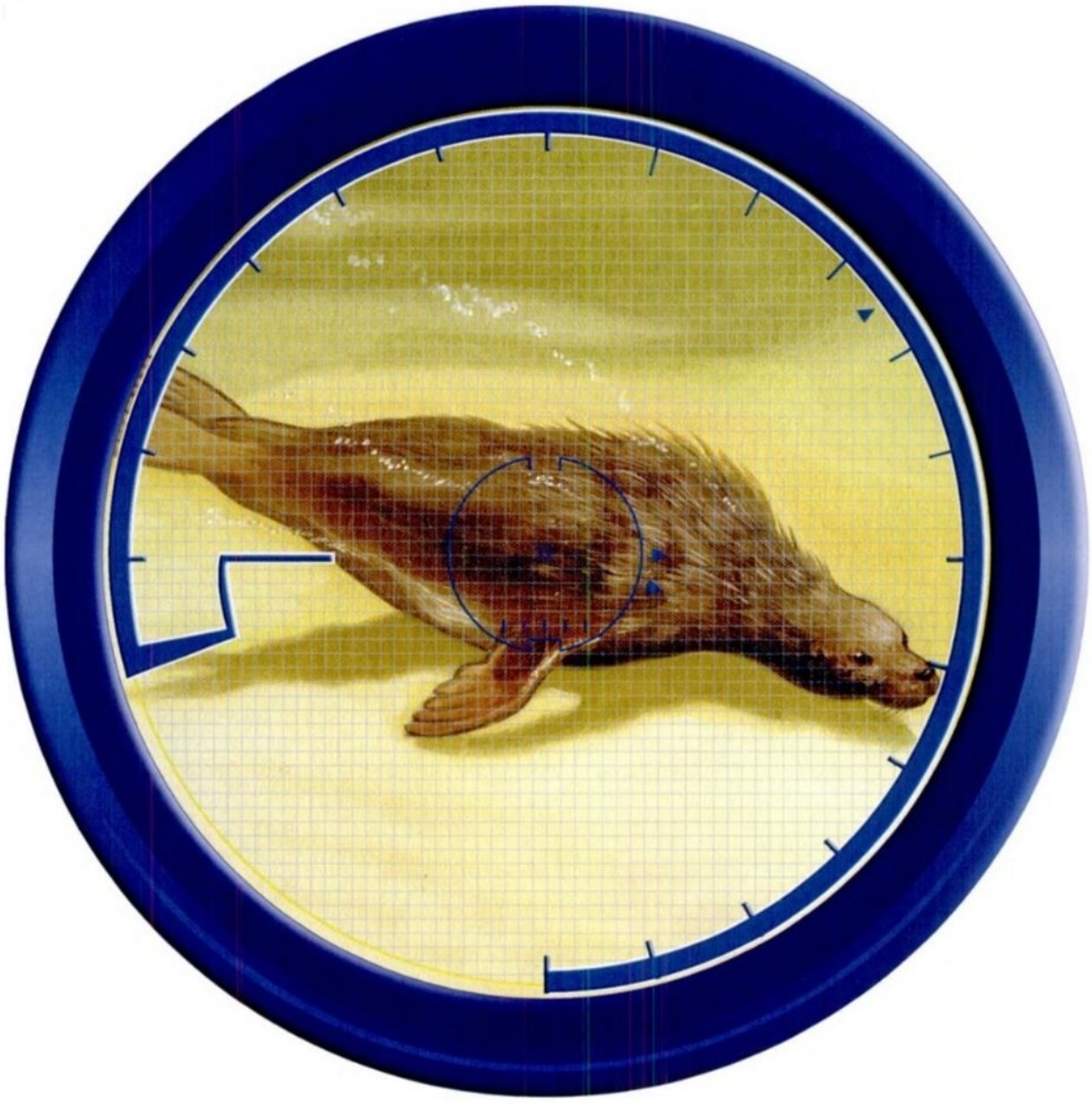
Historia de un mito

Fue Willy Ley quien popularizó esta culebra, aunque la deuda real la tiene la zoología con el herpetólogo Kart Patterson Schmidt, quien en 1925 publicó en *Natural History* un detallado informe con infinidad de relatos y un preciso intento de identificación de la misma. *Por «culebra cornuda» se entiende* –explica Ley– *una culebra cuya cola no se adelgaza hacia su extremo en la forma ordinaria, sino que termina en algo parecido al cuerno de una vaca. Se supone que este cuerno recubre un aguijón venenoso, que es el arma principal de esta culebra asombrosa, pues, en lugar de embestir con la cabeza, la culebra cornuda lo hace con su cola.*

Schmidt localizó una carta escrita en 1688 por John Clayton a la Royal Society de Londres, donde reseña su existencia y haber conocido a personas que la habían visto; incluso él describe los restos de un ejemplar al que le faltaba precisamente el cuerno. Una de características es su forma de atacar, golpeando con su cola e inyectando veneno con un aguijón, algo inaudito en las serpientes y que junto a las dimensiones que se le atribuyen sitúa la sitúa más cerca del reino de la leyenda que de la realidad. Alexander Hewatt en su *Registros Históricos de Carolina del Sur y Georgia*, publicado en 1779, asegura que los nativos «cuando son heridas por ella, suelen amputar las partes heridas lo antes posible a fin de evitar que la infección se propague por todo el cuerpo». Por su parte J. F. D. Smyth, en *Viaje por los Estados Unidos* publicado en 1784 añade más detalles: *Si logra penetrar su aguijón a través de la corteza de un arbusto joven, alcanzando su savia vital, en pocas horas se hinchará y se rasgará la corteza, pereciendo el árbol.* La criatura también tenía por costumbre enrollarse y formar una especie de aro, de tal manera que se desplazaba rodando a mayor velocidad. Descartando que haya existido alguna vez, se han barajado como candidatas a la serpiente del lodo, la serpiente toro, la sidewinder e incluso serpientes de cascabel deformes; sus observaciones erróneas y la imaginación harían el resto.

Famosa aleta de *Nessie* tomada con sonar. Aún genera polémica.
Esta imagen pertenece a una postal de 1908-10, en ella aparece un pez aún no identificado por nadie.
¿El cadaver del Mothman? ¿Hombre alado? No, solo un bonito fraude.
Este Chlamydoselachus, un autentico fósil viviente también llamado tiburón anguila, se dejó ver en las costas de Japón en enero de 2007

¿Un dragón en el Tíbet? Nadie ha desmentido con argumentos lo que aparece en la esquina inferior.
Este «Bufo marinus» es más grande de los normal, cuando lo descubrierón en 2007 lo llamaron Toadzilla.
Última supuesta foto del Thylacine tomada por Klaus Emmerich en febrero 2005.
En enero de 2007 se capturó este inmenso calamar gigante que



Críptidos Terrestres

Material protegido por derechos de autor

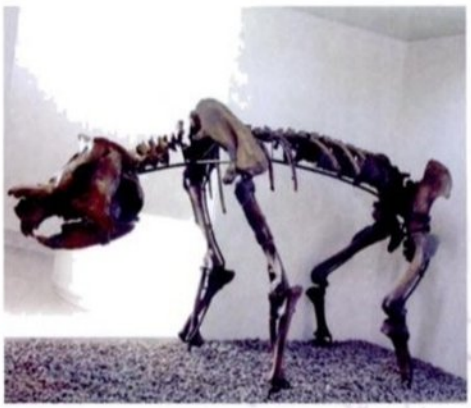
El macizo cráneo del Diprotodón está adornado por una cresta ósea que da soporte a una pequeña trompita.

¿Pueden existir hoy en día criaturas con aspecto de conejo de hasta tres metros de largo en tierras australianas? Lo que en apariencia tiene una fácil y lógica respuesta negativa, se complica ante la evidencia que supone que cientos de testigos aseguren sin ningún género de dudas haberlas visto a lo largo de los últimos dos siglos. Los criptozoólogos opinan que puede tratarse de ejemplares supervivientes de Diprotodón, un macizo marsupial gigante que terminó oficialmente sus días hace más de diez mil años.

DIPROTODÓN

El marsupial gigante australiano

La fauna de Australia es absolutamente fascinante, empezando por la propia existencia de los mamíferos marsupiales, frente a la presencia casi testimonial de mamíferos placentarios, y llegando al terreno virulento de los reptiles, donde las áridas planicies australianas albergan el dudoso honor de acoger a siete de las diez especies de serpientes venenosas más peligrosas del planeta. No es extraño, por tanto, que también la criptozoología haya puesto sus ojos en esta isla-continente, buscando en su particular geografía pistas sobre animales desconocidos o que oficialmente no debieran existir por considerárselos extintos. Buenos ejemplos los constituyen el gigante hombre salvaje australiano o *Yowie*, los célebres y multiformes *bunyips* o el más cercano *Tylacine*, en vías de recuperación a través de la clonación. No obstante, no son los únicos críptidos de cuya existencia hoy en día se sospecha, siendo



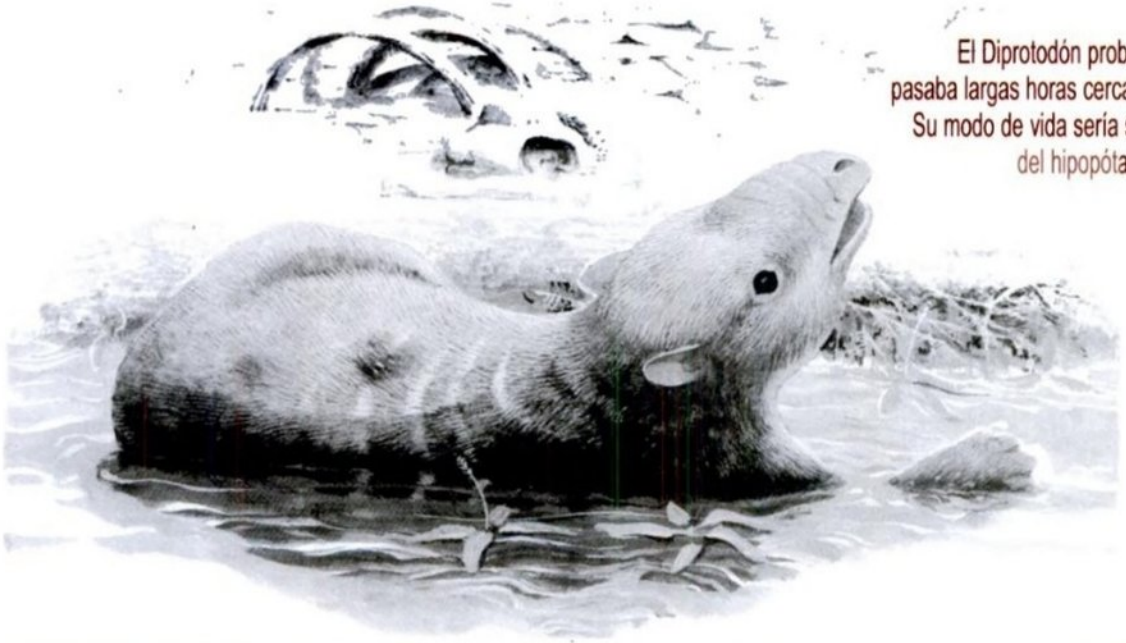
Reconstrucciones esqueléticas de uno de los mayores marsupiales del planeta.

el Diprotodón uno de los más contundentes ejemplos de las sorpresas que aún pueden aguardan a la zoología de esta región del planeta.

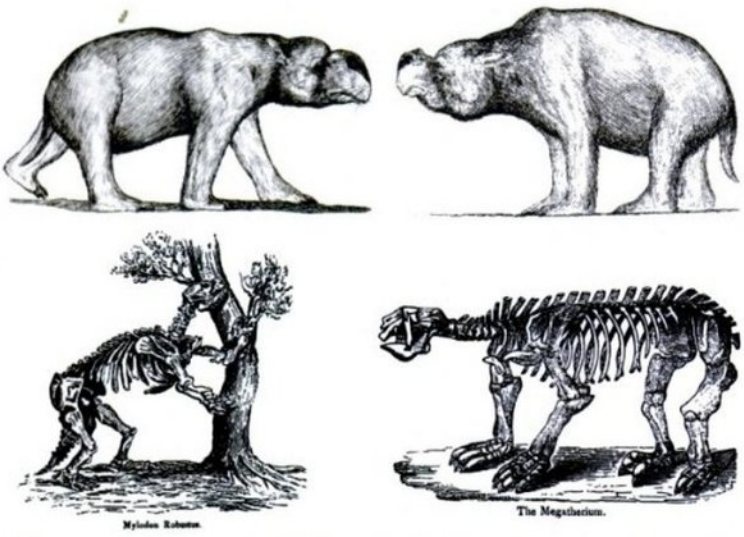
Un conejo de tres metros

La historia moderna de esta criatura comienza, como tantas otras en criptozoología, con la llegada de colonos a nuevas y desconocidas tierras, que permite el conocimiento de las más variopintas leyendas indígenas y los primeros contactos visuales con una fauna lógicamente desconocida. Australia no fue ajena a la fiebre del oro, de tal manera que cientos de buscadores hacían vida en sus áridos desiertos centrales y en su inmensas mesetas, de donde regresaban tras largos y duros periodos de tiempo con un sinfín de historias sorprendentes, entre las que se encontraba la de la observación de unas extrañas criaturas con aspecto de conejo, pero de nada menos que tres metros de largo, como si de rinocerontes se tratara. Los relatos dejaron de ser ocasionales y objeto de descrédito convirtiéndose en moneda común y zoológicamente fiables bien entrado el siglo XIX, describiéndose entre sus características la presencia de dos grandes incisivos en su mandíbula superior y una desconcertante agilidad que, pese a su aparentemente descomunal peso, les permitía huir a gran velocidad hasta prácticamente desaparecer como por arte de magia.

Descartada la posibilidad de que se tratara de criaturas ya conocidas o de exageraciones de los buscadores de pepitas de oro, los naturalistas comenzaron a barajar hipótesis sobre la naturaleza de tal criatura, planteándose como principal candidato para explicar los persistentes casos al Diprotodón (*el que tiene dos dientes delante*), un marsupial gigante de cuerpo robusto extinto al final de la última Era Glaciar. Al igual que ocu-



El Diprotodón probablemente pasaba largas horas cerca del agua. Su modo de vida sería similar a la del hipopótamo actual.



Dos reconstrucciones paleobiológicas del animal en vida comparadas con el esqueleto de dos perezosos prehistóricos (*Mylodon* y *Megatherium*).

rrió con otros animales, como los tigres de diente de sable o los mamuts, los diprotodontes fueron víctimas del cambio climático operado a nivel planetario hace unos diez mil años, y que en el caso de Australia provocó la desecación de buena parte de su territorio. Hoy en día es posible encontrar decenas de «cementerios» de estas criaturas en los desiertos australianos en los que se apilan los huesos de centenares de ejemplares que sucumbieron al calor y a la falta de agua, factores a los que sin duda fue especialmente sensible el Diprotodón al considerarse que su hábitat era semiacuático, como el de los rinocerontes y tapires, con los que probablemente estuvo emparentado tal y como ya apuntó el célebre Bernard Heuvelmans.

Supervivientes, una hipótesis plausible

De este gigante herbívoro, con un cráneo que podía alcanzar hasta un metro, se localizó en la primera mitad del siglo XX un ejemplar en buenas condiciones, conservado en las saladas aguas del lago Callabona, por lo que su morfología es bien conocida. Y tal vez su antigüedad no tenga que ser necesariamente demasiado grande. Algunas tribus australianas conservan el recuerdo de cómo sus antepasados los cazaban, y si bien tales tradiciones son tomadas con cautela, los zoólogos no ven inconveniente en aceptar que hasta hace tres mil o incluso dos mil años dichas criaturas pudieran sobrevivir, comportándose como nómadas en busca de agua a través de un territorio hostil cada vez más seco, pero con ocasionales «oasis». Esa posibilidad, aún vigente, la barajó ya el naturalista australiano Ambrose Pratt, padre de la hipótesis del Diprotodón para explicar la existencia de tan desconcertante criatura, defendiendo también la hipótesis de su supervivencia el profesor John Walter Gregory y el naturalista Ludwig Leichhardt, aventurero este último que pagó con su vida su pasión por localizar un ejemplar vivo de nuestro protagonista. Desde su llegada a Australia en 1841 y hasta su desaparición en abril de 1848 no descansó en su intentó por cazar al Diprotodón, de cuya existencia no albergaba la menor duda tras años de recopilación de testimonios y evidencias.

El *Nunda* haciendo gala de su habilidad como asesino implacable.

Pocas personas pueden albergar dudas acerca del importante número de especies animales que potencialmente pueden ser aún descubiertas en el vasto continente africano. Tal vez entre ellas se localice el Nunda, un gigantesco felino que durante más de ocho siglos ha sembrado el terror en las riberas del lago Tanganica. Relatos populares y una sangrienta casuística parecen dar sobrada cuenta de su existencia.

NUNDA

El felino gigante africano

DURANTE los años 20 y 30 del siglo pasado, la mención de un único nombre causaba pavor entre las poblaciones asentadas a lo largo de los cientos de kilómetros de costa del lago Tanganica, en tierras africanas. Mentar al «Mngwa» –que en vocablo kiswahili se traduce como *el extraño o el misterio*– era para los pescadores como nombrar al diablo, extendiéndose su sangrienta fama hasta los parajes más remotos de Kenia, Uganda y Tanzania. Su tangibilidad era de tal calibre que el propio Bernard Heuvelmans se llegó a referir al mismo como *el misterio africano por excelencia*. Conocido también como el nunda, los testigos lo describían como un gigantesco felino de color gris, mayor que un asno y con la piel cubierta de rayas negras como un tigre. Pocas veces Heuvelmans se mostró tan expresivo como cuando abordó la existencia de este animal: *Una mecánica silenciosa* –escribía en *Tras la pista de los animales desconocidos*– *de músculos exactos y precisos que, al aprestarse para el asalto, vibrando como resortes del más templado acero, convierten al animal en un impresionante instrumento de muerte, erizado de garras y de colmillos.*

Una larga tradición

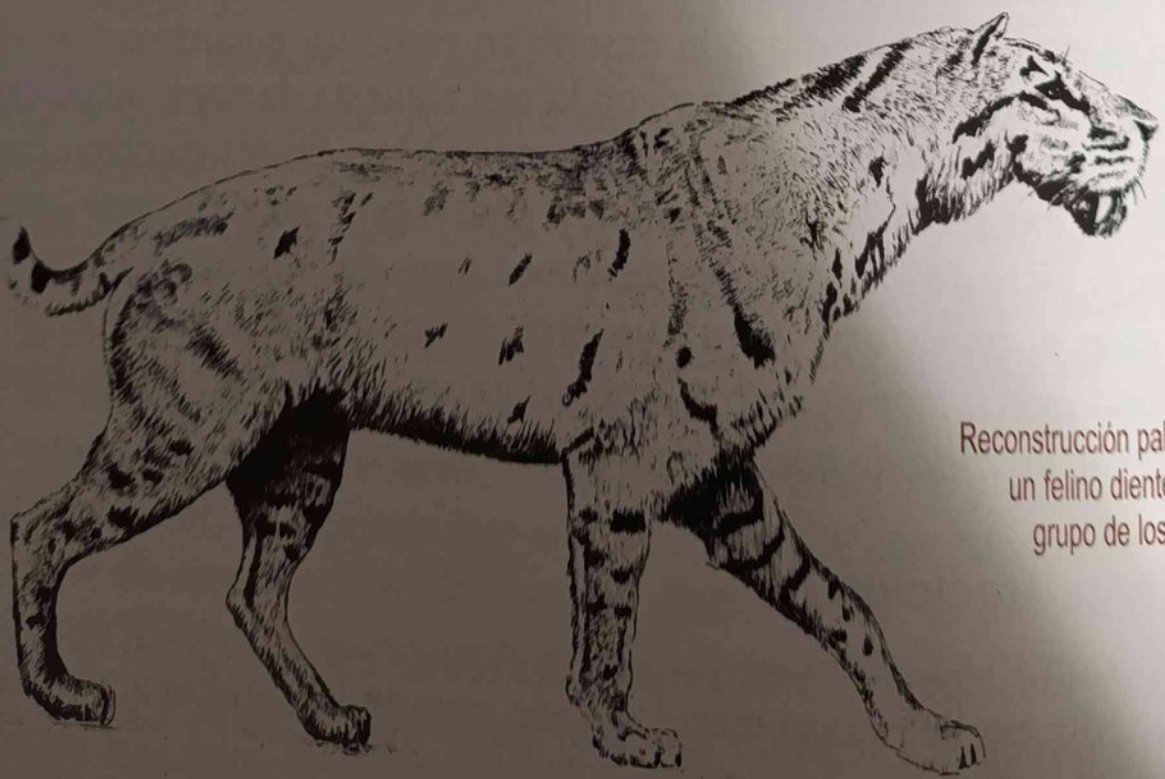
Uno de los aspectos más sorprendentes de este peligroso felino es que su rastro puede ser seguido hasta al menos ocho siglos atrás, pervivien-

do la creencia en su existencia hasta nuestros propios días. Un viejo cántico atribuido al héroe suajili Liongo Fumo wa Ba-Uriy, datado hacia el año 1150, constituye uno de los más precoces testimonios de su existencia, al tiempo que demuestra cómo para entonces estaba plenamente integrado en el folclore local.

Sikae muyini kewa duni. Nangia mwituni haliwa na mngwa.
Yo no vivo en el poblado para no hacerme allí perezoso; yo me interno en las selvas donde puede ser devorado por la bestia extraña.

Por su parte, las tradiciones nativas habían recreado el surgimiento de tan singular bestia a través de una leyenda de tiempos medievales, la del *Sultán Magnún*, que fue recopilada en 1869 por Edgard Steere en su obra *Swahili tales*. La misma narra cómo el gato del sultán comenzó a devorar pequeños animales de corral ante la impasibilidad de su dueño. Aumentando de tamaño y voracidad, el gato atacó a ganado y animales de carga, sin que el gobernante se inmutara, hasta que mató a tres de sus hijos y los devoró. *Esto no es un gato; su nombre es «el nunda»*, exclamó. La historia continúa describiendo cómo su séptimo hijo se lanzó a la caza y captura de la bestia, logrando atraparla al cabo del tiempo tras haber dado caza previamente y de forma equívoca a otras criaturas que la madre del joven iba pertinentemente identificando.

No obstante, es al capitán británico William Hichens, agregado colono a los Servicios Administrativos de Kenia, a quien debemos una buena parte de los mejores testimonios. Su labor recopilatoria de abundante



Reconstrucción paleobiológica de un felino dientes de sable del grupo de los *Homotherium*.

material cultural suajili es reconocida todavía hoy por instituciones diversas, sesenta años después de su muerte, aunque también fue destacable su interés por la fauna misteriosa local. De ello dan cuenta dos de sus obras, *Undiscovered animals* y *African mystery beasts*, así como algunos artículos en el *Chamber's Journal*, en los que recoge incluso casuística por él protagonizada asegurando haber auxiliado a varias víctimas del *Nunda*, incluyendo un afamado cazador local que se vio abordado por el voraz felino. Destacan de forma especial los acontecimientos acaecidos en 1922 en el poblado de Lindi, donde se vivieron semanas de terror ante los mortales ataques de un gigantesco felino que los nativos no duraron en identificar con nuestro protagonista. La oleada comenzó con la muerte de un *askari*, un agente de la policía indígena que por las noches tenía junto a otros la misión de vigilar las mercancías que al día siguiente serían puesta a la venta en la plaza-mercado del poblado. La infortunada víctima estaba mutilada, manteniendo entre sus dedos un puñado de pelos grisáceos, arrancados con seguridad a la bestia durante el ataque. Hichens cuenta cómo al día siguiente, mientras discutían la extrañeza del caso con algunos lugareños que coincidían en señalar que durante años no se habían observado leones en la zona, se personó en el lugar el gobernador indígena del distrito: *irrumpió en nuestra oficina llevando tras de sí, literalmente pegados a sus talones, dos espantados y temblorosos hombres. Por la noche, ya muy tarde* –decían estos– *se habían deslizado ellos, algo furtivamente, a lo largo de la plaza del mercado, temiendo que el askari los viese y los pudiera tomar por ladrones. Cuando pasaban así, muy sigilosamente, por aquellos lugares presenciaron horrorizados cómo un gigantesco gato moteado –el misterio viviente, el temido nunda– salía de la oscuridad y se lanzaba, en portentoso salto, sobre el desgraciado askari.*

Nuevas muertes

Al día siguiente otro guardia resultó mortalmente atacado y durante semanas fueron goteando las muertes sin que las batidas, las trampas y las patrullas especiales pudieran hacer nada para evitarlo, cesando los ataques de manera tan caprichosa e impredecible como habían comenzado. Los incidentes posibilitaron el análisis de los pelos, que en todo caso, y con los medios de la época, no permitieron otra cosa que dictaminar su pertenencia a un «gran gato». Interesante fue también el hallazgo de huellas en el escenario de uno de los ataques por parte del experimentado cazador Patrick Bowen, quien, tras atribuirlas inicialmente

Ilustración artística que reúne varias de las características observadas para estos criptofelinos africanos. Cedida por Philippe Coudray.

a un león, siguió su rastro junto a un joven nativo llegando a una zona donde el terreno de arena húmeda y compacta permitió observar unas impresiones de gran nitidez. *Las huellas que veníamos siguiendo* –le contaría más tarde al escritor inglés Frank W. Lane– *parecían haber sido dejadas por un leopardo que fuese aún mayor que el mayor de los leones.* El propio Lane propondría en su obra *Nature Parada* que algunos de los ataques de otra bestia local misteriosa, pero con bastante más casuística conocida como *Oso Nandi* o *Chisimet*, podrían haberse debido al *Mngwa.*

Entre las explicaciones propuestas destacan la de que se tratara de un espécimen con una coloración anormal perteneciente a una especie conocida, tal vez debido a algún cambio evolutivo en curso, o que estuviéramos ante una subespecie del *Profelis aurata* o *Gato Dorado Africano*, tesis esta última que sostuvo Heuvelmans y que encajaría con el radio de acción del *Nunda.*

Reconstrucción idealizada de un *Mapinguary*, o perezoso gigante amazónico.

Si la criptozoología tiene en el Amazonas su reino pérdido, el Mapinguary tiene que ser por méritos propios su rey indiscutible. A esta extraña criatura, de andar bípedo y cuerpo peludo superior a los dos metros, se la respeta con auténtico temor en algunas regiones brasileñas, ganándose la fama de agresivo a fuerza de zarpazos. Esta es su historia.

MAPINGUARY

El grito amazónico

Lo realmente curioso del *Mapinguary*, así como de otros crípticos de aspecto humanoide o semihumano de tierras americanas, es que junto a las descripciones físicas y de comportamiento que nos los presentan como seres temibles, y cuyos encuentros con los humanos terminan, en el mejor de los casos, en una trifulca, encierran al mismo tiempo una serie de características pintorescas, e incluso, a ojos profanos, hasta un punto ridículas, que hacen más compleja su identificación zoológica llevando su misterio al terreno de la etnografía y el folclore popular. De esta manera nos encontramos ante la imagen clásica de un *Yeti* o un *Bigfoot*, evasivo con el ser humano e incluso de hábitos vegetarianos, pero con la peculiaridad de tener los pies invertidos, una gran boca en su estómago, un solo ojo o un gusto casi sibarita por la carne humana. ¿Hasta dónde llega la realidad física del *Mapinguary* y comienza la leyenda?

El rey amazónico

En torno a un territorio salvaje y rico en biodiversidad como el Amazonas, con inmensas regiones inexploradas debido principalmente a su inaccesibilidad, es lógico e inevitable que abunden las historias y leyendas sobre todo tipo de animales y plantas enigmáticos, de formas y hábitos de lo más variados y extravagantes. El Amazonas es la gran reserva del misterio y una esperanza especialmente para los criptozoólogos, quienes como si de un reino inexplorado se tratara, lo rastrean en

busca del que probablemente sea uno de sus monarcas, el *Mapinguary*. Nombrarlo entre los lugareños del suroeste brasileño y las fronteras boliviana y peruana es casi como mencionar a una especie de demonio, ya que aunque su comportamiento ha sido descrito como evasivo al contacto con los humanos, lo cierto es que los encuentros fortuitos han dejado un recuerdo de agresividad imborrable debido a su robustez, resistencia a las fechas y afiladas garras.

Con unos dos metros de estatura, nuestro protagonista que camina erguido y tiene un rostro con rasgos entre humanos y simiescos, presenta varias características que lo hacen inconfundible, como, por ejemplo, los pies invertidos, con los dedos gordos hacia fuera. Aunque se ha comunicado que los tiene al revés, es decir, con los talones hacia delante y los dedos hacia detrás con el fin de desorientar a sus enemigos, este dato no parece sino fruto de la leyenda, ya que su destacada fuerza y resistencia hacen innecesario ese detalle como recurso de defensa. La adaptación evolutiva al medio es siempre práctica, por lo que resulta mucho más lógico una «simple» y quizá tan solo aparente inversión, que no unos pies literalmente del revés. También los pies del revés son una característica de algunos animales fabulosos, propios de la mitología y muy abundante en el folclore latinoamericano, por lo que no sería descabellado pensar que dicho atributo sea un añadido.

En cualquier caso, y debido a su rara planta, se le conoce también como Pie de Garrafa o como Mano de Mortero, según recoge el infatigable investigador Pablo Villarrubia aludiendo a la forma redonda de sus huellas. Está cubierto de una densa capa de pelo rojizo y quizá a ello se deba otro de sus nombres, Capa de Lobo, con unos fuertes brazos y unas manos dotadas de poderosas y peligrosas garras cuyas marcas se han podido encontrar profundamente señaladas en algunas especies de árboles, de los que se supone obtiene su alimento y que ha permitido a diversos especialistas esbozar hipótesis sobre su parentesco con otros animales.

Maloliente y ¿vegetariano?

Con hábitos vegetarianos y huidizos, el mítico pavor que despierta se encuentra en tres de sus características: su potente y desgarrador grito, el mortal zarpazo que según parece han recibo algunos indígenas, y en tercer lugar el nauseabundo olor que parece emanar. Aunque el olor desagradable es una característica común entre los hombres salvajes, en el *Mapinguary* alcanza según todos los indicios cotas desproporciona-

das, ya que es capaz de hacer perder la conciencia a los animales y humanos que se acercan demasiado. Al igual que las mofetas, es posible que tenga alguna glándula que genera sustancias químicas con efecto narcótico y fines defensivos, situada según las descripciones en pleno ombligo, donde se abre una especie de boca vertical que da a su morfología un aspecto más aterrador si cabe. Como es lógico, esa abertura o boca estomacal, que al mismo tiempo parece ser uno de sus puntos débiles, ha sido fuente de todo tipo de fabulaciones, incluida la de tragar a sus víctimas, reforzando aún más su «monstruosa» fama.

Además de su envergadura, los nativos piensan que posee una coraza ósea bajo su piel que lo hace inmune a las flechas, salvo a la altura precisamente del ombligo, aunque quizá se trate de una gruesa y endurecida piel, siendo un dato más propio de la leyenda que de la realidad su condición de cíclope, es decir, de tener un solo ojo en medio de la frente. Una de las últimas historias que ha circulado entre los trabajadores del caucho fue el abatimiento durante el año 2000 de un *Mapinguary,* al que se le disparó una fecha a su ombligo, que previamente se le había atraído con un trozo de carne. Teniendo en cuenta los hábitos vegetarianos, el relato parece tener más de ficción que de realidad.

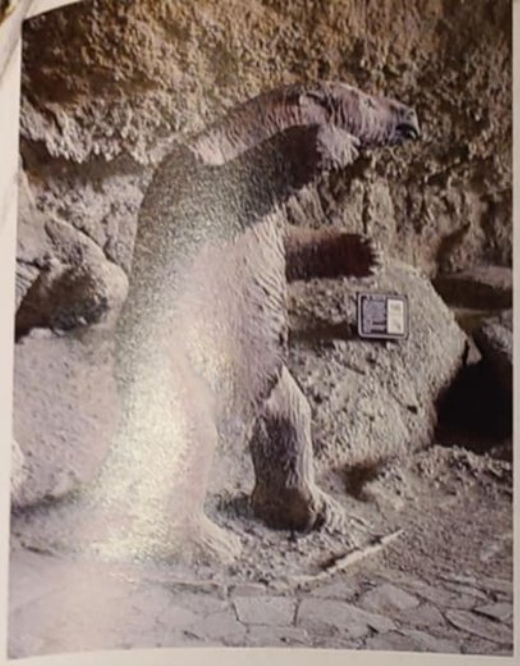
El cazador del Mapinguary

Tal y como narramos en nuestro libro *Criptozoología, el enigma de los animales imposibles* (Edaf, 2002), cualquier mención del *Mapinguary* debe incluir una reseña a la figura del norteamericano David Oren, doctor en Biología por la Universidad de Harvard. Especializado en ornitología, en la década de los ochenta llegó a la cuenca amazónica con el objetivo de estudiar aves tropicales, dejándose cautivar por el canto de sirena del *Mapinguary*. Tras más de veinte años de estudio, decenas de expediciones, algunas de ellas patrocinadas por el *National Geographic*, centenares de testimonios, algunas huellas, pelos, heces y marcas en los árboles, Oren no ha tenido aún un encuentro *face to face* con nuestro aromático animal, lo que no le ha impedido dar a conocer sus avances en una pequeña monografía y en algunos artículos y documentales. Cuando Villarrubia lo visitó a finales de los noventa en el Museo Emilio Goeldi, en la ciudad brasileña de Belém, partía rumbo a una nueva expedición, revelándole que el temor que produce entre los indígenas esta criatura ha provocado que los terratenientes presionen a los testigos para que no hablen con el fin de que los trabajadores se mantengan en las plantaciones de caucho.

Como hipótesis, Oren propone que el *Mapinguary* sea un descendiente de los perezosos gigantes de tierra o milodones que abundaron en América del Sur hace 10.000 años, capaces de levantarse sobre sus patas traseras para coger ramas de los árboles. La supervivencia de esa especie en unas condiciones como las que ofrece el Amazonas son altamente probables, aunque también es posible que nos encontremos antes una especie de hominido hasta el momento no catalogada.

Reconstrucción artística, a cargo de G. Sánchez, basada en fósiles de perezosos gigantes y testimonios de testigos presenciales.

Modelo a
terrestre,
fenómen



Modelo a tamaño real de un perezoso gigante terrestre, posible identidad zoológica para el fenómeno *Owhuama y Mapinguary*.

Las historias sobre el Mapinguary no se detienen en territorio brasileño, evidenciando que los criptidos, al igual que la fauna convencional, no conoce de fronteras artificiales. El Owhuama constituye una referencia inédita recopilada entre los indígenas de la amazonia venezolana que refuerza la teoría de una extraña criatura habitando estas regiones que habría sobrevivido a las extinciones de la última glaciación. Esta es la crónica de nuestra particular expedición a sus dominios.

OWHUAMA

Un Mapinguary en Venezuela

VISITAR una comunidad indígena de las múltiples etnias que pueblan el Amazonas central venezolano es, fuera de cualquier duda, una gran experiencia. Estas entrañables gentes, que viven en contacto con la naturaleza y preservado muchos aspectos de un modo de vida ancestral, poseen un conocimiento de su entorno tan amplio y profundo que los más avezados científicos se ven abocados a investigar los datos que los indígenas son capaces de proporcionar. Y es que los piaroa, los yekuana (maquiritares), baré, kurripacos, kariñas, hotis, waraos o yanomamis son una fuente inagotable de información, que en ocasiones resulta aparentemente increíble.

En casa del chamán

Al llegar a la amplia vivienda comunal o *shabono*, a orillas del Casiquiare, nos topamos por vez primera con un auténtico chamán yanomami. Llevábamos varios días remontando el Orinoco y no podemos ocultar que nuestros molidos huesos, castigados por el esfuerzo que supone rastrear en estos parajes nuevas y también conocidas especies de peces, agradecen el corto descanso. Una breve bienvenida sirve de fugaz preámbulo a nuestra conversación con el brujo, acomodados en minúsculos taburetes. Inicialmente está solo, puesto que el grueso del grupo pesca en un riachuelo cercano, pero le bastan unos breves aullidos, con-

testados desde la espesura de la selva, para verse rodeado en apenas un instante de su clan al completo, que nos observa con curiosidad. Nuestro guía, gran conocedor de los integrantes de esta y otras muchas etnias, intercede por nosotros. Los numerosos niños, panzones y alegres, deambulan y sonríen, mientras los adolescentes se mantienen distantes. Los guerreros portan arcos y flechas de más de 1,80 metros, y están tranquilos. Las mujeres hacen como si no existiésemos mientras un viejo ríe con su nieto entre los brazos. Nuestra visita es de cortesía aunque nos sirve para intercambiar algunos productos. Trocamos abundante carne, pescado y frutas por azúcar, aceite, café molido y otros bienes escasos en estas remotas áreas. La gente se va relajando y entablamos cortas conversaciones. El español que hablan los adolescentes es perfectamente claro, mientras los mayores mezclan el portugués y su propia lengua con el castellano, haciendo difícil la comunicación. Irremediablemente acabamos hablando con dos de los hijos del chamán de la fauna local y de sus nombres indígenas.

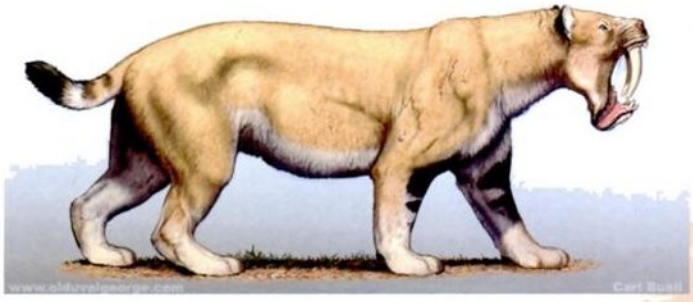
El perezoso Owhuama

En nuestro equipaje no falta una completa guía de animales amazónicos así como unas breves fichas que muestran ilustraciones de animales conocidos, como serpientes, tapires, loros y tucanes. Pronto los muchachos, así como algunas mujeres curiosas, se disputan las bonitas hojas ilustradas mientras identifican a los animales retratados allí. *Shoko* es la tamandúa arborícola; *Aroami* la temible serpiente mapanare; *Eeeri* una especie de tucán. Unos pocos son muy diestros a la hora de diferenciar animales muy similares. Es entonces cuando nuestro pequeño experimento criptozoológico entra en su fase más determinante. Una de las fichas muestra un dibujo de un perezoso gigante prehistórico seguido de un tapir y un armadillo gigante. La mayoría no reconoce al primero y polifémico animal. No obstante, los dos hijos del chamán, algún guerrero y una mujer exclaman de manera coincidente la palabra *Owhuama*. Rápidamente tomamos nota de lo que dicen conteniendo nuestro asombro y excitación a la vez. No queremos parecer demasiado interesados en el asunto, ya que de esa manera tal vez la información sea distorsionada, aumentada o falseada. Todos sabemos que podemos estar ante uno de los descubrimientos más importantes en el campo de la biología evolutiva. El Amazonas venezolano pasaría a ser una reserva biológica inimaginable.

El animal, solamente visto en contadas ocasiones, desata una gran conmoción. Unos añaden datos mientras otros escuchan asombrados. El *Owhuama* no es carnívoro. Solo ataca o se muestra agresivo, pero no devora a sus atacantes ni los caza, más bien siempre se defiende. Posee garras muy fuertes, por lo que la identidad de un antropoide va quedando descartada. Sus huellas suelen estar orientadas hacia atrás, tal como ocurre con el grupo de los osos hormigueros y perezosos. En estos animales la articulación del tobillo y muñecas se halla posicionada en sentido contrario de la marcha, lo que también ocurría en especies prehistóricas de gran tamaño, tipo *Megatherium* o *Scelidotherium*. La hirsuta criatura puede ser bípeda o cuadrúpeda, no trepa a los árboles y posee una gran potencia en sus brazos, capaces de derribar un árbol o aventar por los aires a un jaguar. Disimulamos cuanto podemos nuestro entusiasmo, mientras tomamos notas de manera frenética y lanzamos una pregunta tras otra.

El *Owhuama* gusta de dormitar en cuevas profundas y frescas, comunicándose por una especie de aullido o berrido. Los indígenas muestran un gran respeto hacia la bestia, especialmente por su fornida constitución. La asombrosa disertación criptozoológica termina con un dedo apuntado al sur, es decir a Brasil. *Owhuama* vive preferentemente por allá, justo en el margen opuesto de la elaborada choza circular yanomami. La impenetrable jungla, los remansos selváticos interminables, ocultan la identidad de una criatura de otro tiempo.

Diprotodón y Megaterio son dos clásicos de la mega fauna del pleistoceno.



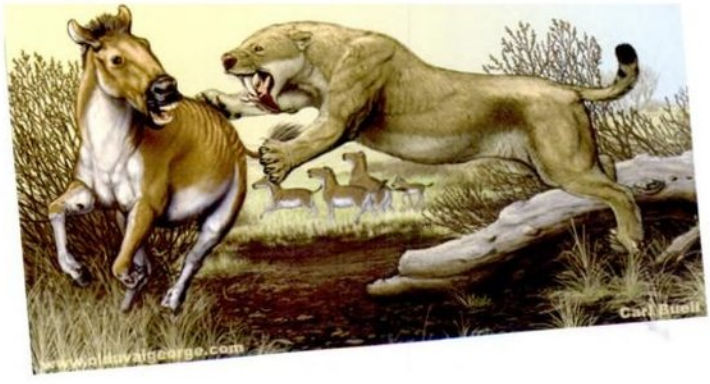
Uno de los nombres con el que es conocido el bello y no del todo explorado Valle de Nahanni, al noroeste de Canadá, es el de «lugar de los sin cabezas», una denominación muy descriptiva que evoca las matanzas humanas que la tradición nativa sitúa en su recónditos parajes. En el ranquin de sospechosos ocupa el primer puesto el Waheela, un animal que en las descripciones más coloristas ha sido dibujado como atributos de lobo y de oso.

WAHEELA

El temible devorador de cabezas

La tranquilidad del atardecer se interrumpió inesperadamente. El joven inuktituk apenas tuvo tiempo de darse cuenta de lo que ocurría. Una mole blanca lo derribó y acto seguido su cabeza rodó unos metros, resquebrajando con su sangriento trazo el inmaculado blanco de la nieve. Para cuando los miembros de la comunidad dieron con los restos desmembrados del adolescente, el rastro del temible *Waheela* ya era imperceptible, engrosando con una nueva víctima la leyenda del robusto decapitador del Valle de Nahanni.

La escena descrita en nuestra lacónica introducción no deja de ser más que una suave recreación de las andanzas que los pueblos nativos que habitan las tierras fronterizas de Canadá y Alaska atribuyen a un robusto depredador, de pelaje blanco, impoluto y largo, con aspecto de lobo gigante. Con frecuencia lo describen también con aspecto de oso,



¿Se esconde tras la identidad del *Waheela* un solitario felino dientes de sable o bestia similar?

como una suerte de híbrido entre estos y cánidos salvajes, debido sobre todo a su fuerza y envergadura, ubicando su hábitat en el mismo espacio geográfico y mítico de los espíritus y de criaturas monstruosas de su folclore fantástico. Pero más allá de esa visión mítica, tramperos, viajeros y expedicionarios han encontrado un final similar e igual de horripilante al descrito anteriormente. Son varios los casos archivados por la Guardia Montada del Canadá en los que las víctimas no vuelven a ser vistas nunca más, o por el contrario son halladas en el interior de sus refugios de montañas recostadas en el piso mostrando sus cuerpos decapitados. Por lo tanto, el *Waheela* tiene bastantes probabilidades de existir e incluso de poder ser emparentado parcialmente con una especie viva y bien conocida, el bello Malamute, aunque de momento no conviene adelantar acontecimientos.

Piernas cortas, gran cabeza, solitario...

En contra de lo que sucede con los lobos, a nuestro protagonista se le atribuye una actitud solitaria, no siendo descrito en manada, ubicándose su hábitat en zonas deshabitadas y casi inexploradas donde el frío resulta más extremo y en el que la probabilidad de localizar especies no catalogadas se incrementa. No obstante, Loren Coleman aporta casos en estados como Indiana o Michigan. Al parecer, estos sangrientos incidentes se hallarían registrados en la biblioteca central de la Universidad Estatal de Indiana. Físicamente, estaríamos hablando de un animal con un tamaño sensiblemente mayor que el de un lobo, con 1,30 metros hasta los hombros frente a 65-85 centímetros que presentan estos. No obstante, llama la atención que esa altura no se la den las patas al ser descritas más cortas que las de un lobo, sino su cuerpo macizo, que además es el responsable de la descomunal energía que se le atribuye. Su pelaje es largo y blanco, con una cabeza grande, orejas más cortas y una huella que evidencia una separación entre los dedos más amplia que la mostrada por los lobos.

Criptozoólogos como el popular Iván Sanderson barajaron la posibilidad de que el *Waheela* fuese un superviviente del grupo de los Anficiónidos, carnívoros prehistóricos cuyo parentesco con los osos y los canes no está del todo delimitado y que también es conocido como «raptor de perros». Estas criaturas aparecieron sobre la faz de la tierra hace unos 30 millones de años, extinguiéndose aproximadamente en el Mioceno, hace unos diez millones de años. Las características del *Waheela* parecen haber sido cortadas a la medida de un anficiónido. Estos compactos perros-osos

El poderoso *Waheela* según una representación de A. García. La preferencia por las cabezas de sus presas es evidente.

habitaron Norteamérica, así como Europa, donde supuestamente fueron lentamente suplantados por competidores mamíferos más eficientes. No obstante, en la helada e inhóspita tundra, inexplorada y prácticamente desconocida por el ser humano, donde además la competencia con los grandes carnívoros modernos es nula, cabe la posibilidad de que poblaciones aisladas de bestias tipo anficiónidos hayan evolucionado en perfecto anonimato. Estas regiones, tal vez las únicas en la Tierra, son las perfectas para que estos colosales depredadores/carroñeros hayan pervivido, indetectados por la ciencia, alejados del mundanal ruido y perfectamente separados de la fauna contemporánea.

El *Canis dirus*, especie de lobo ancestral también extinto hace unos 10.000 años e integrante de la megafauna del Pleistoceno, se plantea como otro posible candidato, de manera similar a como ocurre con el *Shunka Warakin*, otro criptocánido del que nos ocupamos en capítulo aparte. Una explicación más convencional es que las historias sobre nues-

tro temible depredador ártico tengan su origen en lobos más grandes de lo habitual, en el Lobo Blanco de Ontario o incluso en el Malamute, un perro utilizado por su robustez y fuerza con preferencia para los trineos pesados, que puede llegar a medir, hasta la cruz de los hombros unos 70 centímetros, pesando entre 30 y 40 kilos. Por su pelaje y aspecto en general se asemeja al husky siberiano, pudiendo estar la clave de nuestro críptido en un cruce entre el malamute y el lobo. Estos híbridos se conocen en estado salvaje y responderían a varias de las características físicas atribuida al *Waheela*, entre ellas la destacada envergadura de su cuerpo, su cara ancha y las peculiaridades de sus huellas.

LOBOS EN LA MITOLOGÍA INUIT

Además de un reproductor multimedia y del título de un álbum del afamado Mike Oldfield, los esquimales del Ártico canadiense incluyen en su mitología al Amarok, un lobo gigante de la tradición inuit que podría contextualizar los relatos sobre el Waheela y otros criptocanes. La figura del Amarok puede haber surgido a partir de la observación en las primeras etapas del poblamiento americano de lobos prehistóricos gigantes, o bien de sus restos fosilizados. El lobo, enviado por el totémico Amarok, fue encomendado a mantener la tierra de los inuit (esquimales) limpia y saneada de caribúes enfermos, débiles o indeseables. Por ello es el principal depredador de estos cérvidos, cumpliendo así su función en tan delicado ecosistema. Aquí vemos cómo la mitología de estos sabios pueblos primitivos nos enseña una importante lección sobre ecología y respeto a la madre naturaleza.

Ilustración artística de A. García de una de las criaturas míticas más conocidas de Australia, el *Bunyip*.

A mediados del siglo XIX mencionar al Bunyip en tierras australianas era como nombrar al demonio. Su acorazado cuerpo y su boca llena de dientes ayuda a reforzar esa idea. Hoy, las historias sobre estas extrañas criaturas de los pantanos han pasado a ser cuentos para asustar a los más pequeños, pero antaño eran la explicación más apropiada para dar sentido a desapariciones y muertes. La existencia de los Bunyip se encuentra en algún punto difícil de determinar entre la realidad y la ficción.

BUNYIPS

Entre la leyenda y la realidad en tierras australianas

En 1848 un granjero, que después del encuentro se mostró aterrorizado, relató su encuentro con una de estas criaturas describiéndola de una manera sorprendente. Se encontraba en el río Eumeralla, cerca de Port Fairy, Victoria, cuando se cruzó ante sus ojos una de estas peculiares criaturas a la que describió de color marrón, con cabeza de canguro, cuello largo con crines, tan pesado como un buey y con la boca llena de amenazantes dientes. Durante los años posteriores los colonos continuaron aportando testimonios de avistamientos de extrañas criaturas que, a falta de un "sospechoso" mejor, eran identificadas como *Bunyip*, al que los nativos se referían con otros nombres como «Yahoo» o «Wowee Wowee». Periódicos y panfletos diversos publicaban historias de encuentros con estas criaturas, incluso algunas parecían deambular por zonas bien concretas adoptando su nombre, como era el caso del *Bunyip de Kine Patrie* o el *Bunyip de Lismore*. Este

último fue visto por ultima vez en el año 1970, siendo descrito como un animal tan peludo como un perro y con orejas similares a las de un cerdo; este bicho sería acusado de la desaparición de dos ganaderos en las inmediaciones del lago Lismore.

Las descripciones eran tan variopintas que no faltaban quienes afirmaban que se trataba de algo semejante a una figura humana, aunque con rasgos y detalles horripilantes o desconcertantes como, por ejemplo, pies vueltos del revés, una característica que curiosamente se señala también en casos como el del *Mapinguary* y el *Sisemite* hondureño. El concepto de «pies al revés» puede parecer descabellado y fuera de contexto, pero quizá este detalle pudiera dar una nueva pista para identificar a nuestro sospechoso críptido.

Durante los años 70 del siglo XIX se comunicaron una serie de avistamientos en el lago Barrumbeet. Los avistamientos se habían realizado en la mayoría de los casos desde embarcaciones y en todos ellos se hacía referencia a que el animal tenía el tamaño de un perro de grandes proporciones, en concreto hablaron de un perro de raza «retriever», que curiosamente no presentaba ni el menor rastro de las orejas. Los encuentros con el animal fueron tan habituales que incluso le dieron el nombre de «wee-waa». El año 1873 fue especialmente activo en avistamientos, y fue precisamente entonces cuando sucedió un encuentro que aportó una interesante característica del animal; la testigo afirmó que en Queensland había logrado ver una criatura que *surgía del agua, con pelo y dientes en la boca, y cuya cabeza era como la de una foca.*

«Pies del revés y cabeza de foca»

A pesar de que tanto los hábitats donde habían sido vistos como las descripciones de los testigos hacían pensar que el misterioso animal pudiera ser algún tipo de foca o marsupial desconocido en la zona, lo que realmente prosperó en torno al *Bunyip* fueron las leyendas de terror en la que estos eran criaturas horrendas que atacaban al ganado. Incluso los nuevos colonos difundieron auténticas historias de miedo como si hubieran ocurrido realmente. Un ejemplo fueron las misteriosas desapariciones en el lago Galilee en 1872 que, cómo no, se atribuyeron a la aparición de un misterioso y temido *Bunyip* depredador. En el lago se difundió el chisme de la desaparición de un granjero de la localidad que un buen día salió a pescar en el citado lago para jamás regresar. Solo pudo encontrarse su embarcación hecha pedazos. También el ganado de los colonos asentados en la zona, que calmaban su sed en las orillas del

Reconstrucción idealizada del acuático *Bunyip* en la que observamos paralelismos con los leones marinos y nutrias actuales. Es una obra cedida por Philippe Coudray.

lago, empezó a desaparecer, mientras simultáneamente se incrementan los testimonios de personas que avisaban de extrañas huellas en las orillas. Un análisis objetivo de toda esa casuística ambigua y oportunista invita a pensar que pobablemente estas historias no respondieran más que al producto de alguna mente calenturienta, que quizá pretendía evitar el paso de los niños, las personas o el ganado por la zona. A bastante distancia de estas patrañas, historias y leyendas más o menos ingenuas están los avistamientos que seguían describiendo al animal con el tamaño de un perro, pelo negro, con carencia de orejas o apenas vestigios de las mismas, y sobre todo con cabeza de foca.

Hoy en día sabemos que hasta diez especies de focas y leones marinos de la orden de los *Pinnipedia* habitan en la costa oeste. De estos, el de mayor tamaño es el león marino australiano, *Neophoca cinerea*, cuyos parientes más cercanos son curiosamente los osos y los perros. La presencia en la isla de este tipo de animales es por tanto algo confirmado, pero ¿podemos hablar de estos animales en regiones del interior como lagos o ríos?

Animales que cambian sus costumbres

Efectivamente, la historia natural ha confirmado que este tipo de desplazamientos ocurren: muy extrañamente y de vez en cuando, pero ocurren. Centrándonos en Australia, es bien conocido el hecho de que focas y otarias se adentran en la cuenca de Murria y sus afluentes. En su libro *Tras las huellas de los animales imposibles*, Bernard Heuvelmans relata un caso descrito por el doctor Charles Fenner en el que una foca es cazada en Conargo, cerca de Nueva Gales del Sur, a nada menos que casi un kilómetro y medio de la desembocadura del río. A este interesante dato habría que añadir que si reunimos los casos de avistamientos de supuestos *bunyips*, la mayoría de ellos se centran sobre todo en el sudoeste australiano, justo el lugar donde se hallan las cuencas de los dos ríos más importantes de la isla continente. ¿Podríamos, a tenor de estos datos, concluir que los míticos *bunyips* australianos o «demonios acuáticos» no eran más que pinnípedos fuera de su entorno común?

La respuesta, como sucede tantas veces en criptozoología, no puede ser concluyente. Para muchos, esta explicación es la más plausible, pero ciertamente reconocen que no termina de explicar las apariciones de *bunyips* en zonas donde resulta imposible el acceso a un pinnípedo, o también la divergencia de tamaños que describen los testigos. Tal vez por ello debamos tener en cuenta a otros investigadores más aventurados, quienes apuntan que estas observaciones podrían responder quizá a algún tipo de marsupial desconocido. A esta teoría se apuntan los zoólogos Tim Flanery y Michel Archer, quienes afirman que las leyendas del *Bunyip* tienen su origen en un tipo de herbívoros muy grandes, una especie marsupial muy parecida al tapir y que serían conocidos como Palorquestidos. Aunque fueron vistos hace mucho tiempo habitando en terrenos pantanosos, en la actualidad están extintos. Otros como Heuvelmans apuntan a la supervivencia de alguna criatura también extinta como el Diprotodón, y no faltan quienes relacionan las historias más violentas sobre el *Bunyip*, como los ataques al ganado o a los granjeros, con un antiguo reptil que habitó en Australia y del que hoy se siguen recogiendo testimonios e incluso huellas de su existencia actual, el «Megalania». La cosa no parece estar después de todo tan clara.

El elefante pigmeo, hoy día considerado una variante morfológica del elefante africano de bosque.

Zoólogos y criptozoólogos encuentran en la historia del conocido como elefante pigmeo uno de sus más firmes puntos de encuentro. No en vano, el interrogante planteado gira en torno a la existencia de un animal terrestre, de más de dos metros de altura y con una fisonomía bien conocida, habitando determinadas regiones africanas. Una robusta mole que, por sus características, difícilmente podría pasar desapercibida para los nativos. Los hechos apuntan precisamente en esa dirección.

EL ELEFANTE PIGMEO

La historia del tercer elefante

La mayoría de las veces los cazadores de animales ocultos no persiguen engendros extraños ni especímenes que vulneren las leyes de la zoología. Por el contrario, la inmensa mayoría de los críptidos tienen una alta probabilidad de existir, y tan solo cuando se trata de criaturas identificadas con saurios prehistóricos esa probabilidad desciende vertiginosamente. Nuevas especies o subespecies, o bien criaturas extinguidas hace miles e incluso cientos de miles de años, pueden ser la respuesta buscada por los criptozoólogos. Por ello, al gran público puede llegar a sorprenderle que esta disciplina también se encargue de localizar elefantes, principalmente por el voluminoso tamaño del mismo y la inconfundible fisonomía del mismo. ¿Cómo puede existir hoy en día un elefante no catalogado, aún por descubrir? Si tenemos en cuenta que la principal diferencia observable de este escurridizo paquidermo sería el tamaño, y a un nivel más detallado su ADN, la respuesta es fácil de intuir, ya que la observación de los mismos simplemente podría pasar por la de ejemplares juveniles de cualquiera de las dos especies de elefantes comunes conocidas. Y es que oficialmente así siguen siendo las cosas para África, donde encontramos al ele-

fante de la sabana (*Loxodonta africana oxyotis*), con orejas de contorno triangular, color gris claro y un tamaño de poco más de 3,5 metros de altura, y el llamado elefante de bosque (*Loxdonta africana cyclotis*), gris oscuro, piel lisa, unos 2,75 metros y con orejas redondas.

Pequeño, peludo y ¿acuático?

Una de las mejores evidencias de una tercera especie de elefante en tierras africanas la proporcionó en el año 1906 el zoólogo alemán Theodore Noack. El pequeño ejemplar había sido atrapado en Ndjolé, en la República del Congo, y presentaba un peculiar color rojizo, siendo bautizado por Noack como *Loxodonta a. pumilio*. El criptozoólogo español Ángel Morat explica el destino de «Congo», el nombre familiar con el que habían bautizado a aquella criatura, «pasó diez años cautivo en el zoo del Bronx, en Nueva York, y murió habiendo alcanzado los dos metros de altura; por contra, tanto los elefantes de bosque como los de sabana superan con creces esa altura».

Las referencias de otros zoólogos sobre estos elefantes eran ya muy numerosas cuando Bernard Heuvelmans escribió en los años cincuenta del siglo pasado su clásico *Tras la pista de los animales imposibles*, dedicando varias páginas al mismo. Así, en la misma zona congoleña, especialistas como Hornaday describirían al pigmeo en 1923, Phole en 1926, el Mayor Offermann en 1932 describió la captura de dos ejemplares de 1,30 y 1,45 metros, y los profesores Bourdelle y F. Petter en 1948. Mientras L. Blancou llegó a recopilar entre los indígenas el nombre que recibía el elefante pigmeo, conocido como *Assala* y *Essa-gabon*, el padre que es pequeño. Otros expertos señalaban como una característica especial de nuestro protagonista su gusto por los espacios acuáticos. Un testigo identificado como Le Petit divisó en 1911 un grupo de cinco pequeños elefantes en el lago Leopoldo III, en las por entonces colonias belgas del Congo. Heuvelmans recogía el caso asegurando que «la trompa y las orejas de esos animales eran extremadamente cortas, el cuello, por el contrario, era más largo que el de los elefantes corrientes y no parecían pasar de los dos metros de altura. Los pequeños elefantes, al darse cuenta de la presencia de los hombres, se lanzaron bruscamente al agua y con buen cuidado de que esta no sobrepasase la parte alta de la cabeza ni el extremo de la trompa, emprendieron la huida por esta húmeda vía». Incluso un teniente belga apellidado Franssen llegó a capturar un ejemplar de 1,66 metros y unos colmillos de 65 centímetros para el Museo del Congo de Tervueren, Bélgica.

Controvertidas evidencias

Ante tales evidencias, ¿pueden existir dudas? Lo cierto es que sí, y que para la mayoría de los expertos en elefantes, los llamados pigmeos son realmente elefantes de bosque juveniles, que ya cuenta con unos considerables colmillos, o bien ejemplares de esta misma especie afectados de enanismo. En apoyo de esta tesis es de reseñar el estudio que en 1989 realizaron los biólogos alemanes Wolfgang Böhme y Martin Eisentraut, quienes a partir de cráneos –la existencia de restos en Creta y otras zonas del Mediterráneo dio origen a la creencia en los cíclopes–, testimonios y fotografías determinaron como real la existencia del elefante pigmeo. Todo lo contrario a lo que afirmaron el pasado verano cuatro investigadores del Museo Nacional de Historia Natural de París, Regis Debruyne, Arnaud Van Holt, Veronique Barriel y Pascal Tassy, quienes tras analizar el ADN mito-

El especializadísimo criptopaquidermo acuático africano: un elefante, al parecer, completamente ligado a sistemas fluviales. Es una obra cedida por Philippe Coudray.

condrial de nueve especímenes de supuestos pigmeos y comparándolos con muestras de elefantes del bosque, sabana y asiáticos, llegaron a la conclusión de que los llamados «pigmeos» no pueden ser considerados una especie aparte. Por contra, cabría la posibilidad de evoluciones adaptadas al medio de poblaciones de elefantes de bosque, que desencadenasen colonias de elefantes más pequeños. Tal vez lo mismo que parece haber ocurrido con el elefante asiático en Malasia.

Y es que, en el verano de 2003, la universidad estadounidense de Columbia realizó pruebas de ADN en elefantes de Borneo a petición del Fondo Mundial para la Naturaleza y el Departamento de Fauna de Malasia, descubriendo a la criatura como una subespecie genéticamente diferente. Estos paquidermos son más pequeños y dóciles que sus parientes de Asia, de los que permanecen aislados desde hace unos 300.000 años, con un cuerpo más pequeño y una cola y orejas más grandes. ¿Puede ser esta la explicación que resuelva el enigma del *Loxodonta a. Pumilio*? Ciertamente no lo sabemos, pero las evidencias siguen apuntando a la posibilidad de que en muchas regiones africanas una tercera especie de elefante continúe pasando desapercibida a los ojos de la ciencia en pleno siglo XXI.

EL ELEFANTE ENANO DE LOS PANTANOS

Este particular elefante enano proviene de la zona del Congo y del mismo solo contamos con un avistamiento ocurrido 1911. Ese año algunos afortunados vieron una manada de cinco ejemplares en el agua, describiéndolos con orejas y trompas extremadamente cortas, así como con un cuello más largo que el de los elefantes corrientes, si bien su talla global no superaba los dos metros de altura. Al percatarse de que estaban siendo observados, los elefantes corrieron al agua y se adentraron hasta donde el río les cubría todo el cuerpo, a excepción de la cabeza y la frente, reapareciendo a varios cientos de metros de donde se encontraban originalmente.

Aunque el director del Museo del Congo en Bélgica, el doctor Henri Schouteden, pensó en un primer momento que los testigos literalmente alucinaban, no tuvo más remedio que cambiar de opinión al tener en sus manos nada menos que a un ejemplar. Ese «milagro» fue posible gracias al teniente Franssen, un oficial belga que viajo al Congo con la promesa de capturar uno de esos ejemplares y traerlo de regreso a Bélgica. Y aunque le costó la vida muriendo poco después de la cacería por una infección, lo consiguió, homenajeándose al cazador al bautizar a la nueva especie en 1924 con el nombre de Loxodonta franssseti, aunque los indígenas le continuaron llamando waka-waka.

El ejemplar capturado era de los mayores de la manada y solo alcanzaba los 1,65 metros de altura, siendo sus colmillos de unos 65 centímetros. Es decir, medían y pesaban más que los de un elefante corriente con esas medidas y peso. El científico belga afirmó que incluso las orejas eran diferentes a las del elefante enano, y que el final de la trompa, en lugar de tener un solo apéndice digitiforme, tenía dos. En su momento, Heuvelmans observó las fotografías de este ejemplar y no halló diferencias entre el Franssetí y el Pumilio, por lo que habría que determinar si realmente se trata de una especie diferente o tan solo un ejemplar de los ya conocidos. Como anécdota, cabe reseñar que incluso en otras regiones del Congo belga se habla y se han visto ejemplares de elefantes enanos de 1,45 metros de altura, pero no se ha vuelto a citar su característica anfibia.

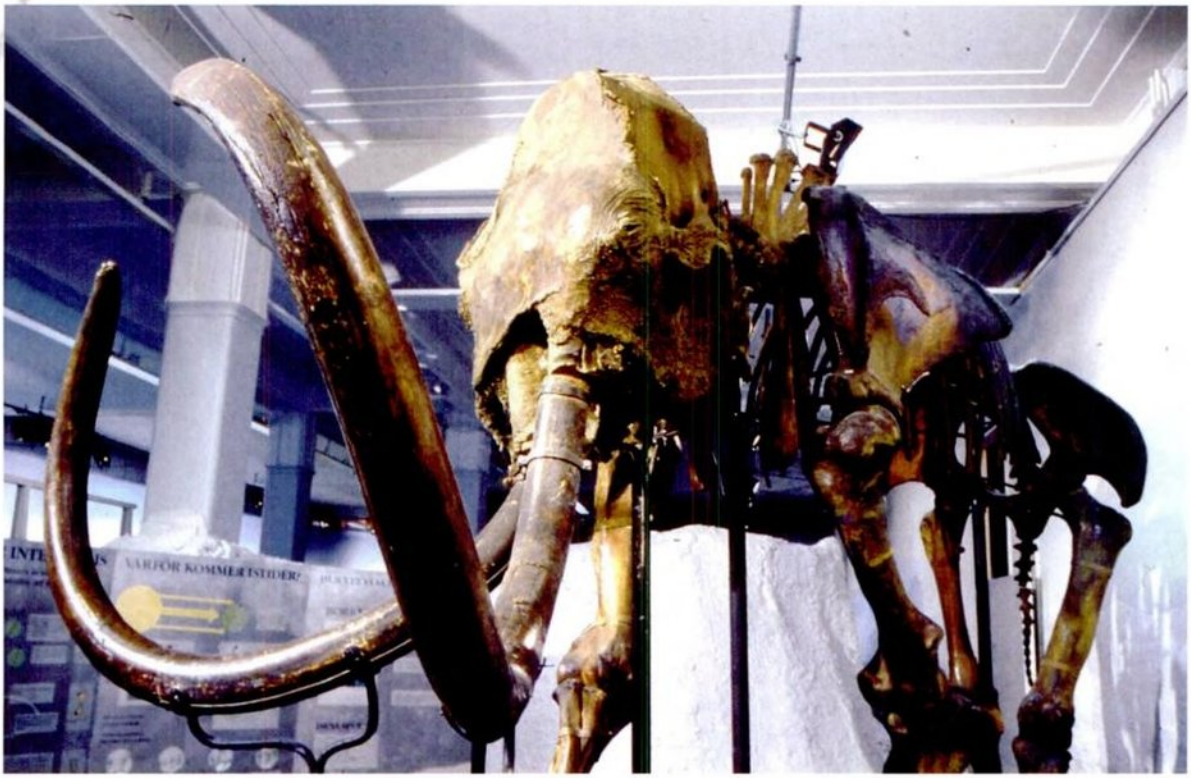
Hay que ser justos. Pocos animales de nuestro pasado resultan tan evocadores como los mamuts, los gigantescos paquidermos lanudos que, como auténticas fortalezas, recorrieron el planeta hasta hace menos de 5.000 años dejando su impronta grabada en la historia de la evolución. El hallazgo de sus cuerpos en magníficas condiciones mantuvo viva la llama de la esperanza de su supervivencia.

MAMUTS

Entre la extinción y la clonación

MAMMUTHUS PRIMOGENIUS es el nombre científico de una de las varias clases de mamuts –o topos de tierra en el dialecto yakuta– que la ciencia tiene catalogados, todos ellos extintos oficialmente hace miles de años, al menos 10.000 años para la mayoría y menos de 4.000 años para los que quedaron aislados habitando la isla de Wrangel, al norte del Círculo Polar Ártico en la Siberia oriental. Incluso se especula con la posibilidad de que el elefante sirio, extinto hace 2.000 años, fuera también un mamut, de acuerdo con las representaciones que del mismo han llegado hasta nosotros.

Reconstrucción completa del imponente esqueleto de un mamut prehistórico.



Existieron unas cinco especies de mamut que poblaron Europa, Asia y Norteamérica.

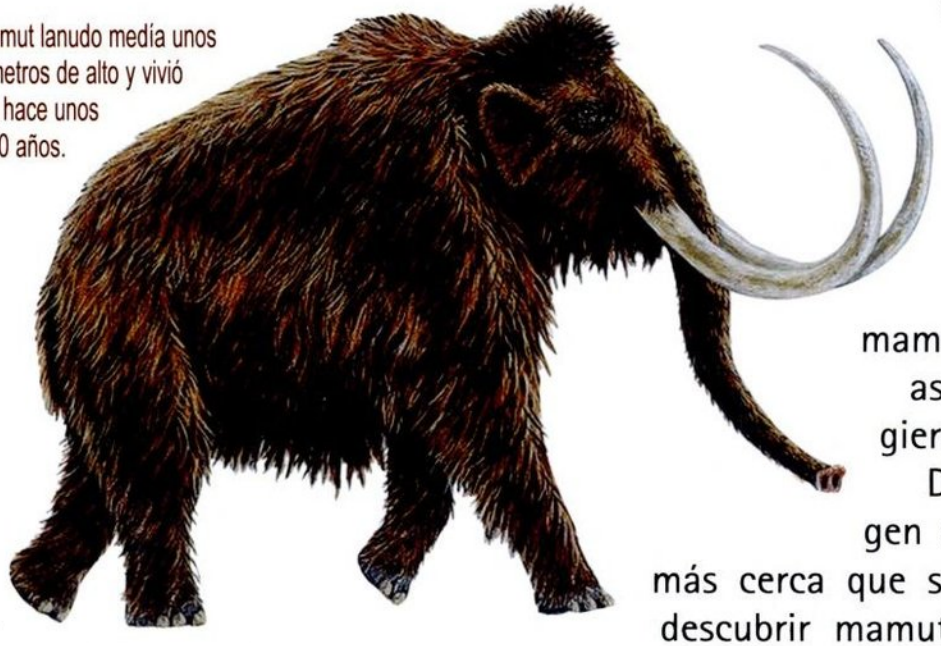
No es necesario describir físicamente a este proboscídeo lanudo de hasta cuatro metros que sucumbió con toda probabilidad víctima del cambio climático de la última glaciación, ya que su frondoso pelaje, grandes dimensiones, enormes colmillos de más de tres metros curvados hacia dentro, pequeñas orejas y protuberancias en la cabeza y joroba de grasa son sobradamente conocidos, toda vez que además contamos con los actuales elefantes como patrón para imaginarlos. En todo caso, el frecuente hallazgo de restos en buen estado, incluso cuerpos enteros en los helados parajes siberianos, ha sido una fuente frecuente de especulación científica acerca de la posibilidad de que ejemplares vivos continuaran habitando algunas regiones remotas, como indicaban algunos pueblos nativos siberianos, o que al menos la especie se pudiera recuperar gracias a las nuevas técnicas de reproducción e incluso a la clonación. Esto último al menos es lo que quieren hacer desde hace décadas personajes como el veterinario Kazufumi Goto, de la Universidad de Kagoshimay, aunque de momento las técnicas no lo permiten.

Desde el año 1799 vienen apareciendo con cierta periodicidad los despojos orgánicos de estos gigantes de la Edad de Hielo, restos de pelaje, algunos huesos y sus colmillos, dándose la circunstancia de que el buen estado de algunos de ellos había generado la creencia nativa de que habitaban bajo la superficie helada muriendo al salir a la superficie, de ahí su nombre. El primer hallazgo espectacular se producía en 1901,

cuando aparecía un ejemplar en Beresovka que conservaba nada menos que once kilos de comida relativamente fresca en su estómago, entre hierbas, flores, ramas y hojas de árboles, semillas y musgo. El estudio de ejemplares como este y otros bien conservados como la pequeña de apenas seis meses *Dima*, hallada en 1977 en Yakutsk, o *Masha*, descubierta en 1998, con 40.000 y 10.000 años de antigüedad, respectivamente, ha puesto de manifiesto que hasta el momento los mejores ejemplares conservados sufrieron una muerte traumática, quedando atrapados en fosas heladas que favorecieron su preservación.

¿Ejemplares vivos?

La ciencia ignora cuáles fueron las razones exactas de la extinción de esta especie, toda vez que las condiciones ambientales y la vegetación que componía la dieta de estos gigantes siguen vigentes hoy en día en Siberia. Tal vez por ello la idea de que continuaran vivos hoy en día no resulta tan extraña, teniendo en cuenta que esta zona es literalmente un desierto helado y deshabitado, con regiones inexploradas. En 1581 el general cosaco Yermak Timofeevich observó junto a sus hombres al cruzar los Urales *un gran elefante peludo*, al que los nativos llamaban «montaña de carne». Ya en el año 1920 sería el cónsul francés en Vladivostok, de apellido Gallon, quien observa durante una cacería en Siberia varios ejemplares de elefantes lanudos de enormes colmillos curvados, aunque la observación más espectacular tuvo lugar supuestamente en octubre de 1981, cuando un grupo de cazadores aseguró avistar en Yakutsk nada menos que una manada de mamuts, de la que se aseguró que recogieron huellas.

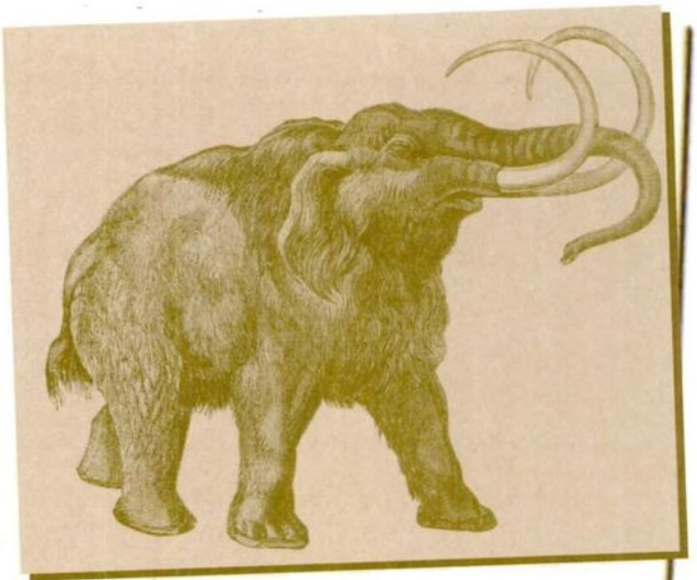


El mamut lanudo medía unos tres metros de alto y vivió hasta hace unos 10.000 años.

Dejando al margen estos relatos, lo más cerca que se ha estado de descubrir mamuts vivos ocurrió en el año 1987 y tuvo como escenario Nepal. Allí, junto al río Karnali en el Parque Nacional de Bardia, fueron observados dos ejemplares de ele-

fantes con extrañas características prehistóricas, hombros caídos, rabos gruesos, protuberancias en la cabeza, etc., que los nativos habían bautizado como *Raja Gaj*, rey de los elefantes, y *Kancha*, el más joven. Efectivamente, fueron localizados 1991 por el naturalista y coronel inglés John Blashford-Snell, quien los estudió junto al paleontólogo Adrian Lister. Tras barajarse que fuesen mamuts, ejemplares de un antecesor de los elefantes, el estegodonte, e incluso un fósil viviente de *Elephas hysudricus*, los análisis pusieron de manifiesto que se trataba de elefantes asiáticos, tal vez una subespecie, que por razones desconocidas presentaban esas deformidades, tal vez como adaptación al medio, e incluso como una posible regresión.

INCREÍBLE DESCUBRIMIENTO ABRE EL CAMINO A LA CLONACIÓN



Según informó la Academia Rusa de Ciencias, los restos congelados de un mamut de seis meses de edad desenterrado del permafrost de Siberia constituirían el espécimen mejor preservado hallado hasta la fecha. El animal descubierto en mayo último mide 1,3 metros de largo, pesa 50 kilos y posee intactos los ojos y la trompa, incluso parte de su cuerpo aún se encuentra cubierto de pelo. «El mamut no tiene ningún defecto, excepto que su cola está un poco mordida», comentó a la cadena inglesa BBC Alexei Tikhonov, vicedirector del Instituto Zoológico de la Academia Rusa de Ciencias. «En términos de su estado de preservación, este es el hallazgo más valioso del mundo», agregó. Los mamuts son miembros extintos de la familia de los elefantes. Este ejemplar siberiano tendría unos 10.000 años de antigüedad y habría vivido a fines de llamada Era del Hielo. Algunos científicos esperan hallar en él células que contengan ADN viable o espermatozoides que ofrezca la posibilidad de obtener un ejemplar por clonación.

Información provista por el diario «La Nación».

El polémico animal disecado que, al parecer, es la única prueba tangible del criptocánido conocido como *Shunka Warakin*.

Entre los felinos y canes misteriosos que habitan Norteamérica ocupa un lugar destacado el conocido como Shunka Warakin, una criatura descrita por los nativos americanos con rasgos de hiena y lobo y del que se llegó a exhibir un ejemplar disecado. Una polémica foto avalaría su existencia en las tierras de Iowa.

SHUNKA WARAKIN

El enigma Ringdocus

CARRIES OFF DOGS es la expresión en inglés –en castellano sería algo así como *el que se encara a los perros o les causa la muerte*– que más se aproximada al significado nativo de *Shunka Warakin*, nombre con el que se conoce en las vastas regiones que separan a Montana de Nebraska a un mamífero cuyo aspecto ha sido asimilado al que resultaría de un cruce entre una hiena y un lobo. Estamos ante un ejemplo muy significativo de lo que sin duda representa uno de los principales problemas de la criptozoología, al tener que identificar a un animal acerca del cual se tienen testimonios y referencias creíbles pero escasas posibilidades de que aún siga existiendo. Y es que con toda probabilidad, si el *Shunka Warakin* existió alguna vez, probablemente se extinguió hace más de medio siglo.

Cazando un Ringdocus

La criptozoología siempre estará en deuda con Ross Hutchins, el zoólogo que en 1977 describió la experiencia que a finales del siglo XIX había tenido su abuelo mormón en el condado de Broadwater, en las inmediaciones del río del Valle de Madison. En su libro *Trails to Nature´s Mysteries: The Life of a Working Naturalist*, Hutchins cuenta cómo hacia 1899 por el rancho de esta familia de colonos comenzó a merodear un extraño animal, cuya presencia alteraba a los perros. *Una mañana de invierno* –escribe Ross– *el ladrido de los perros despertó a mi abuelo. Él descubrió que una bestia tipo lobo de color oscuro perseguía a los gansos de mi abuela. Disparó al animal con su arma, pero falló. Aunque escapó*

río abajo, fue visto varios días más tarde, también en torno al amanecer. Apareció varias veces por el rancho y también por otros ranchos situados a diez o quince millas río abajo. Fuera lo que fuera, era un gran viajero.

Los que consiguieron verla bien describieron a la bestia de color negro y con los hombros altos y la parte posterior inclinándose hacia abajo como una hiena.

Ilustración interpretativa de uno de los más feroces criptidos que han eludido el escrutinio científico. ¿Hasta cuándo?

La extraña criatura tentó demasiadas veces a la suerte y terminó cayendo ante el fuego del rifle del mayor de los Hutchins, que una mañana, tras ser nuevamente despertado por sus perros, logró hacer blanco. El cuerpo fue desecado y rellenado por un taxidermista local, regalándose a un comerciante llamado Sherwood, que poseía en la ribera del lago Henry, en Idaho, una tienda de comestibles y un museo-almacén. *Allí fue exhibida por muchos años, llamándola Ringdocus* concluye Ross, una exhibición que se mantuvo hasta 1980, año en el que desapareció y posiblemente pasó a formar parte de la colección privada de algún adinerado aficionado a la fauna exótica. Resulta muy sorprendente que tras 80 años de exposición solo se conserve una fotografía en blanco y negro de aquella singular pieza. La imagen tampoco aparece completa, pues el final de las patas es imperceptible, siendo imposible verificar que pudiera ser un montaje en el que se usara el cuerpo de un verraco y la cabeza de una hiena, un lobo o incluso un perro. No obstante, en 1995 el criptozoólogo Loren Coleman aportaría un dato interesante que permitiría adjudicarse antecedentes fol-

clóricos a este caso. El nativo Lance Foster, artista y comprometido protector de la cultura indígena, le narró cómo sus antepasados hablaban de un animal parecido a una hiena conocido como *Shunka Warakin*, una criatura que había cazado y cuya piel se conservaba en algún lugar. El extraño ser merodeaba por la noche en los campos y se llevaba los perros, capaz de gritar como un humano cuando lo mataban.

Un mamífero prehistórico

De pelaje negrusco, aunque ocasionalmente rojizo y con un tamaño que oscilaría entre 1,50-1,80 metros el *Ringdocus* podría ser, o haber sido, un can emparentado con especies prehistóricas de más de un millón de años o bien extinguidas hace menos de 10.000 años. Entre las posibilidades planteadas para explicar su identidad está la de que pueda tratarse de un hienodóntido, un hipercarnívoro casi cosmopolita del orden de los extintos *Creodontos*, lobos calamitosos, un descendiente de los borafaginos, los macizos perros-hiena norteamericanos. Tampoco se descarta que estemos ante un descendiente del *Chasmaporthetes*, una robusta hiena prehistórica africana que llego a Europa y a Norteamérica mediante el estrecho de Bering, hipótesis todas ellas más sugerentes que las que apuestan por un coyote deforme, una mutación o simples confusiones.

LA REAPARICIÓN DEL SHUNKA

Ciento veinte años después de los sucesos protagonizados por el colono mormón Israel Ammón Hutchins, el cuerpo disecado de aquella criatura que durante casi un siglo estuvo expuesto en una tienda en la ribera del lago Henry ha reaparecido. A finales de 2007, otro de los nietos del cazador, Jack Kirby, intrigado por el destino de aquella singular pieza, logró localizarla en los sótanos del Museo de Historia Natural de Pocatello. Justo cuando este libro esté viendo la luz por vez primera, en octubre de 2008, el hipotético Shunka Warakin será expuesto públicamente en el Museo de Historia de Madison Valley. Pero lo más interesante es que con toda seguridad se intentará obtener ADN en condiciones para realizar estudios comparativos que arrojen luz definitiva sobre la identidad de este criptido.

Jack Kirby junto al cuerpo disecado, una exclusiva publicada por el Bozeman Chronicle Daily.

Ubicada al sur de Australia, Nueva Zelanda es una isla que conforma por sí misma una pequeña nación. Esta tierra de contrastes lleva aislada de las grandes masas continentales unos 80 millones de años. En sus ricos ecosistemas varias especies prehistóricas perviven contra todo pronóstico; las ranas del genero Leiopelma mantienen hoy día características compartidas con los peces; el Tuatara, Sphenodon punctatus y Spehodon guntheri, es un antiquísimo reptil que ha permanecido inalterado durante unos 200 millones de años, y por tanto, no es tan descabellado pensar que quizas más supervivientes del pasado puedan encontrarse ocultos en regiones inexploradas.

WAITOREKE

El misterioso buceador

Los bosques aquí presentes son de los más antiguos del planeta y su fauna de grandes vertebrados es bastante reducida. Los únicos mamíferos autóctonos son algunos murciélagos, los pequeños roedores y también dos especies de pinnípedos, el león marino neocelandés, *Phocartos hooker*, y la foca de Nueva Zelanda, *Arctocephalus forsteri*. La estabilidad ecológica de este territorio cambió con la llegada de los primeros indígenas maoríes hace unos dos mil años. Bastante después, hacia el año 1700, los exploradores blancos trajeron animales domésticos e introdujeron otros foráneos durante su proceso de colonización, lo que explica que hoy en día existan en la isla siete especies de ciervos, además de opossums, wallabies, cerdos salvajes, perros, gatos, ratas, ratones... animales todos ellos que han puesto en serio peligro la supervivencia de la fauna local original y muy probablemente tam bien a nuestra increíble y rara protagonista. Y es que desde hace más de 200 años se han venido acumulando los rumores e informes que describen con mayor o menor precisión las actividades de un elusivo mamífero acuático que habita en recónditas regiones de la isla. Conocido por los nativos bajo varios nombres, como *Kaureke*, *Waitoreke* o *Waitoreki*, estos dos últimos con el significado del «buceador de espuelas», su colorista descripción incluye características que lo acercarían a animales tipo nutria, castor o foca.

Avistado por los ngatimamoes

Los avistamientos comienzan a recogerse como alusivos a algo no identificado en el siglo XIX. En 1838 el explorador neocelandés Walter Mantell obtuvo la siguiente descripción del *Waitoreke* por parte de un indígena llamado Tarawhatta, miembro de la tribu de los ngatimamoes:

El tamaño del animal, desde la punta del morro a la base de la cola, es de unos 60 centímetros de largo; su pelaje es marrón grisáceo, presentando patas cortas y cola gruesa. La cabeza se asemeja a la de un perro y, en cierto modo, a la de un gato. Se alimenta principalmente de pescado, aunque también de anfibios y serpientes.

Treinta años más tarde, en 1867, Ferdinand van Hochstetter escribe sobre el reservado animal en su libro sobre Nueva Zelanda, anotando que de *algunos términos usados por los maoríes, así como de algunas observaciones de campo, podemos asegurar que Nueva Zelanda alberga algún tipo de mamífero esporádicamente visto y que por ahora ha escapado al escrutinio de la ciencia moderna...* Unos años antes, el doctor Julius Haast había descrito a Van Hochstetter en sus epístolas las observaciones que personalmente registró sobre un supuesto mamífero de extraña apariencia. Hacia 1861 escribía *A la altura de unos 1.000 metros sobre el nivel del mar he observado frecuentemente las huellas del supuesto animal conocido como Waitoreke. Estas son muy iguales pero ligeramente más pequeñas que las de la nutria Europea (Lutra lutra). Dos señores que tienen ganado ovino en el lago Heron (a unos 650metros sobre le nivel del mar) dicen haber visto a la criatura, descrita de color marrón oscuro y del tamaño de un robusto tejón. El animal, al ser golpeado con el extremo de un látigo, emitió un estridente sonido y luego desapareció rápidamente entre las plantas ribereñas del lago.*

Reconstrucción artística del *Waitoreke*. ¿Estamos ante una nueva especie de nutria en Oceanía? Ilustración de Gustavo Sánchez

Casi un siglo después, la casuística continuaba incrementándose con casos como el ocurrido en 1957 a una mujer que avistó un desconocido animal cerca del río Aparima. Descrito con pequeños y saltones ojos, el increíble animal presentaba unas planas y redondeadas orejas. El cuello no era visible, su pelaje era parecido al de un gato y tenía bigotes en el morro.

Encuentros en época moderna

Otro testigo observó en 1970 al animal comiendo pescado, pudiendo detallar que las patas de la criatura estaban rematadas por pequeños dedos palmeados. En 1971 huellas del tamaño de una caja de cerillas, en las cuales se apreciaban claramente membranas interdigitales, fueron registradas en el pantano de la llanura de Tairei, donde unos quince años antes se habían observado animales parecidos a castores. Ese mismo año un cazador bastante familiarizado con la fauna local dijo haber visto una criatura deslizarse por una de las riberas del rió Hollyford, para luego nadar en él durante unos quince minutos. Su pelaje era liso, corto y de color marrón, tenía una pequeña cabeza sin cuello ni orejas visibles, además de presentar una cola gruesa y fusiforme. El animal media entre 91-107 centímetros de longitud total.

Como hemos visto, los testimonios no faltan y la convencionalidad en los rasgos del animal descrito disipan las sospechas que despiertan otros críptidos menos «normales», pero ¿contamos con pruebas físicas sobre la existencia del singular *Waitoreke*, o apenas disponemos de un puñado de identificaciones, quién sabe si erróneas, de animales desconocidos?

Parece que la suerte nos sonrie. En junio de 1868 el señor Julies von Haast obtuvo lo que parecía la piel de un animal totalmente ignoto en Nueva Zelanda. Aunque el cuero de la criatura se hallaba en mal estado era posible apreciar el cremoso color oscuro adornado de manchas circulares casi blancas. Las patas estaban en peores condiciones al haber sido violentamente separadas del esqueleto. En primera instancia no presentaban las uniones entre los dedos asociadas al escurridizo ser. No obstante, el tamaño y el patrón de coloración eran similares a lo relatado por los escasos testigos que habían visto al *Waitoreke*. Por lo que sabemos, la prueba más sólidas para demostrar la existencia de animales desconocidos en Nueva Zelanda desapareció años más tarde sin dejar rastro. Por lo tanto, las preguntas siguen siendo legítima: ¿qué es el *Waitoreke*?, ¿qué animal se puede ocultar tras este nombre aborigen?

¿Una nutria desconocida?

La teoría que expone que alguna especie de nutria es el animal supuestamente identificado como el *Waitoreke* es una de las más aceptadas para explicar este fenómeno acuático. Prácticamente todas las características registradas en los testimonios anteriores sobre la descripción de nuestro protagonista encajan con de muchas nutrias de agua dulce; el hábitat: lagos, ríos y márgenes de estos; alimentación: pescado, anfibios, reptiles pequeños y aves; locomoción: nadar y correr; y características físicas:

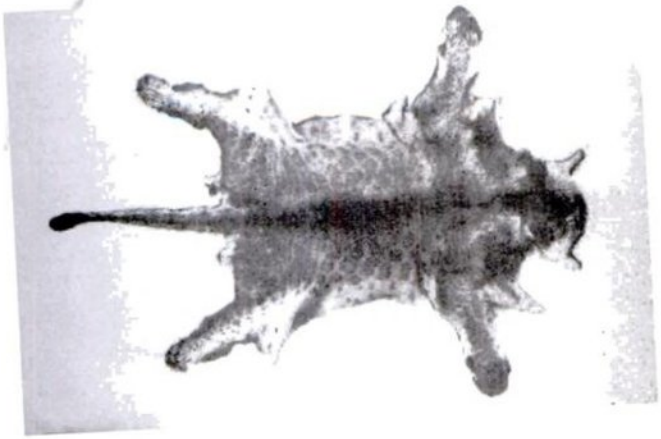
¿Puede ser la rata de agua australiana la responsable del puzle zoológico Waitoreke?

coloración y tamaño, presencia de patas palmeadas, bigotes, cabeza y orejas pequeñas, etc.

En total existen trece especies en el mundo, de las cuales solamente una es totalmente marina, la *Enhydra lutris*, siendo la docena restante especies dulceacuícolas. De estas, tres especies habitan amplias zonas del Indo Pacífico, Indonesia, India, Sumatra, Borneo, Papúa-Nueva Guinea, etc. Heuvelmans atribuyó a alguna de estas especies la posible identidad del *Waitoreke*. El padre de la criptozoología expuso que quizá los animales llegaron hasta la isla viajando desde el Pacifico hasta Nueva Guinea y de allí a las costas occidentales de Nueva Zelanda, ayudadas por la fuerte corriente ecuatorial. Una vez en aguas neocelandesas les hubiera sido imposible hacer el viaje de vuelta, ya que tendrían que haber nadado contracorriente. Supuestamente estas nutrias semimarinas se habrían nuevamente adaptado a la vida en lagos, ríos y arroyos como hicieran sus antepasados de agua dulce.

No obstante, un grupo de investigadores defiende la hipótesis alternativa de identificar al *Waitoreke* con la nutria marina. Cuando se analiza esta hipótesis, aunque no totalmente errada, se descubre que posee dos puntos débiles. Estos tienen que ver principalmente con las características físicas de la nutria marina; la misma no posee patas palmeadas, siendo sus miembros delanteros pequeños y provistos de reducidos dedos. Los posteriores sí son muy grandes, hasta tal punto que parecen aletas. A esta primera carácterística hay que añadir, además, que su redondeada cola es la más corta de todas las nutrias, a veces tanto que hasta puede llegar a pasar desapercibida. Claramente sendos detalles no encajan con las descripciones de los animales anteriormente presentados.

Una última propuesta planteada sostiene que quizá etnias indonesas, que como es sabido eran expertos marinos y hábiles constructores de embarcaciones, visitaron Nueva Zelanda mucho antes que los navegantes europeos. Las mismas, debido a que usualmente entrenan nutrias para pescar en ríos y lagos, trajeron a estos animales a bordo de sus botes. De este modo un macho y una hembra de alguna especie de nutria del Indo Pacífico pudieron generar la leyenda del *Waitoreke*, el hasta el momento imposible mamífero neocelandés.



La piel curtida de uno de los dos ejemplares de *Marozzi* abatidos por el granjero Michael Trent en 1931.

Desde principios del pasado siglo hasta nuestros días se viene hablando y estudiando con firmeza la posible existencia de un extraño animal que, aunque emparentado con los leones, presenta un tamaño sensiblemente menor y una singular peculiaridad que lo haría único y exclusivo: unas extrañas manchas moteadas en su piel. Se trataría del Marozzi y su reino estaría en Kenia.

MAROZZI

¿Existe un felino moteado en África?

AUNQUE el primero en tener conocimiento sobre el animal fue el capitán M. Meinertzhagen en 1908, la leyenda del *Marozzi* no cobró fuerza hasta 1931, año en el que el director de la Unidad de Pesca del Centro de Conservación de Caza de la Colonia de Kenia, el capitán R. E. Dent, tuvo la oportunidad de ver con sus propios ojos tres ejemplares que cruzaron un sendero próximo a las fuentes del Kathita, más allá del Meru, a más de 3.000 metros de altitud. Poco después, el capitán se enteraría, que se había capturado, en una de las infinitas trampas para leopardos que sus trabajadores colocaban cerca de los montes de los Aberdares, un extraño animal que sin ser un leopardo tampoco presentaba las características propias de un león. Más bien parecía un cruce entre ambas especies. Por desgracia, para cuando llegó el capitán Dent al lugar de los hechos ya se había deshecho del animal.

Poco tiempo después se produjo un hallazgo que convertiría la leyenda del *Marozzi* en algo más cercano a la realidad. Un granjero europeo llamado Micheael Trent fue el responsable de uno de los hallazgos más controvertido a la vez que impagable en la historia de este críptido. Impulsado por las historias del ya famoso león moteado colocó como cebo un antílope en la zona de los Aberdales, a unos 3.000 metros de altitud, lugar donde se cree habita nuestra inquietante criatura. Y, al parecer, dio resultado, pues en la trampa cayeron dos pequeños leones dotados con un extraño pelaje moteado. Comoquiera que el citado gran-

Ejemplar juvenil de leona que aún no ha perdido del todo el típico patrón moteado de manchas.

jero no tenía conocimientos zoológicos, no dio importancia a esta serie de detalles. Sin embargo, el rumor de la valiosa caza se extendió tan pronto como el fuego por un reguero de pólvora, lo que provocó que un funcionario del Game Departament se acercara hasta el lugar de residencia de nuestro granjero para poder contemplar las pieles que este había conservado como trofeos.

Al verlas, quedó tan impresionado por su coloración que se las solicitó encarecidamente al granjero para que alguien con más experiencia y mejor cualificado expresara su opinión al respecto de las mismas. Ese hombre era A. T. Ritchie, conservador en jefe de Caza de Nairobi.

Ni un león ni un leopardo

El investigador reconoció enseguida detalles que no concordaban con animales por él conocidos. Al parecer, las pieles pertenecían a dos ejemplares de diferente sexo a los que, según su tamaño, les adjudicó una edad aproximada de tres años –edad de pubertad de un león–, lo cual concordaba con el hecho que fueran capturados en pareja. Pero no pudo explicar el porqué de la extraña coloración de las pieles, ya que estaba plenamente moteadas en toda su extensión. Si bien es cierto que las crías de león nacen con ciertas coloraciones en su piel, es sabido que dichas coloraciones o motas suelen desaparecer antes de la llegada de la pubertad, y en el caso que nos ocupa, las manchas en la piel no solo estaban bien diferenciadas, sino que no tenían aspecto de que fueran a desaparecer.

Ante la escasez de pruebas, los funcionarios del Game Departament no pudieron pronunciarse en un sentido u otro, lo que no impidió que otros investigadores iniciaran sus propias incursiones para capturar un ejemplar de este animal. Fue el caso del naturalista Kenneth Gandar Doler, quien en 1933 inició una expedición que no aportaría más prue-

Reconstrucción artística de una pareja de *marozzis* en su ambiente natural.

bas que los moldes de algunas huellas mayores que las de un leopardo, aunque no tan grandes como las de un león. Esta circunstancia no desanimó en absoluto al naturalista, que en 1937 escribió una de las pocas obras que existen sobre el felino. El resultado de su libro fue el resurgir de nuevos relatos sobre el animal. El mejor de ellos fue, sin lugar a dudas, el protagonizado por el señor Hamilton Snowball, quien en 1923 pudo presenciar junto a sus porteadores indígenas una pareja de marozzis en la zona boscosa de los Aberdares.

Estando a unos 3.500 metros de altitud pude ver, a unos 200 metros de donde yo me hallaba, unos animales a los que, en un primer momento, tomé por leopardos de color leonado y cuya piel parecía algo así como deslavazada. Al parecer, los indígenas, al ver a la pareja de animales, exclamaron en voz alta su nombre: «¡Marozzi, marozzi!».

El naturalista les preguntó de qué animal se trataba y estos les respondieron que era una especie algo menor que un león, que andaban en parejas y que debían ser bastante escasos pues solo se encontraban raramente cuando se subía a las zonas más altas de montaña. Extrañado, el naturalista mostró su disconformidad ante la posibilidad de que los leones abandonaran las zonas cálidas de la sabana para trasladarse a zonas más frías de las grandes alturas, a lo que los indígenas respondieron: *los leones no, pero sí los marozzis.*

Evidentemente, los nativos distinguían perfectamente entre una especie y otra. Hasta el momento, el estudio por parte de zoólogos y naturalistas, así como sus opiniones y conclusiones sobre el mismo, suele ser

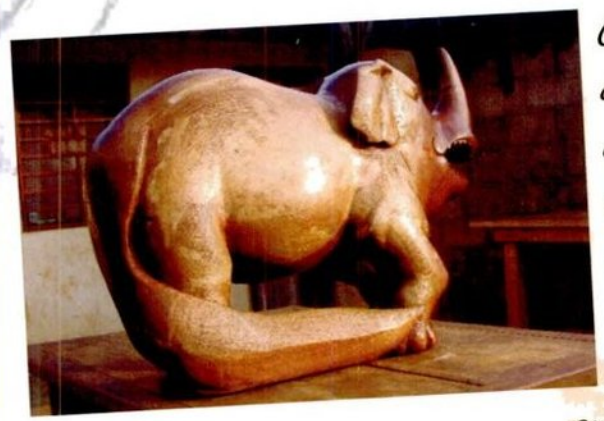
ambiguas o más bien reservadas, siendo apenas unos pocos los que se han pronunciado abiertamente a favor de alguna de las teorías para explicar el fenómeno. Según el coronel C. R. S. Pitman, conservador de caza y eminente zoólogo, *aunque los testimonios sean pocos, vagos y en realidad poco concluyentes, yo personalmente me inclino por la teoría según la cual existe, en efecto, en la parte oriental de Kenia, una raza de pequeños leones de montaña.*

Esta teoría explora la posible adaptación y evolución al medio de ciertos leones que hubieran huido de la sabana al refugio de las selvas y montañas. Quizá su menor tamaño les sirva para desenvolverse mejor entre la maleza y sus motas en el pelaje sean empleadas como mecanismo de camuflaje.

Las otras teorías

Ya en su obra *Tras la pista de los animales imposibles*, Bernard Heuvelmans, armándose de valor y arriesgándose a sufrir la mofa de sus compañeros de profesión, bautizó al león moteado como *Leo maculatus*. Se basaba en que las diferencias entre las especies son tan claras y concretas que van más allá no solo de su tamaño o la coloración en la piel, sino que podemos encontrar diferencias en su hábitat, costumbres y comportamiento. Todo podría responder, según Heuvelmans, a un efecto clásico de segregación, donde una raza de leones se habría trasladado y adaptado a las selvas de altura sufriendo las consabidas modificaciones. Según el eminente criptozoólogo, el animal habría adoptado un considerable efecto de enanismo, puesto que encuentra a medio camino entre un leopardo y un león. De hecho, los indígenas europeos lo comparaban en tamaño con una onza y decían que no debía de superar en longitud los 1,3 metros. Esto lo pondría en semejanza con otras especies que han sufrido el mismo proceso, como el hipopótamo enano. Y si estos son considerados en el rango de especies distintas, ¿por qué no el *Marozzi*?

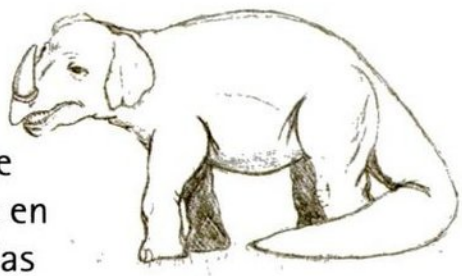
Otra teoría, si cabe más interesante, propone la hibridación como respuesta. Sobradamente conocido es el cruce exitoso de felinos de gran tamaño como el tigre y el león. Es posible quizá por tanto que el cruce de un leopardo y una leona –en caso de que fuera al contrario, el tamaño del feto resultante acabaría por desgarrar a la madre, algo que sucede a menudo con los gatos siameses al quedarse preñadas de gatos callejeros de mayor tamaño– pudiera ser la solución al misterio. Un misterio que solo se resolverá certeramente con la captura en el futuro de uno de estos ejemplares, si es que han logrado sobrevivir a la era de Internet.



Los nativos dibujaban al Emela-Ntouka o Chipekwe como una descomunal bestia acuática con la envergadura de un elefante, dotada de un inmenso cuerno en su cabeza que usaba para atacar y defenderse. Este singular «rinoceronte» trajo de cabeza durante décadas a los exploradores y cazadores del continente negro, aventureros que no pudieron descargar sus fusiles sobre un animal que tal vez pudo seguir viviendo hasta hace menos de cincuenta años.

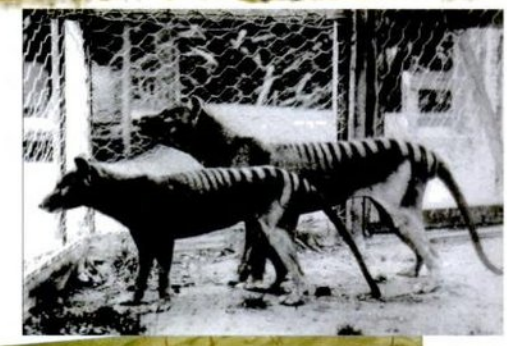
EMELA-NTOUKA

La bestia acuática africana



CARL Hagenbeck es el primer autor occidental que se refiere a sus andanzas, describiéndolo en 1909, en *Von Tieren und Menschen*, con características de elefante y dragón, llegando a localizar su hábitat en el interior de Rodesia. Junto a varias referencias testimonilaes, llegó a describir pinturas rupestres, hoy ilocalizables, en las que aparecía representado. Hagenbeck encabezaría una expedición al lago Bangweolo, escenario de frecuentes observaciones, aunque a la fortuna la tuvo de espaldas al morir la casi totalidad de sus integrantes. El escritor británico J. E. Hughes, afincando en torno al citado lago durante tres lustros, recogió por las mismas fechas testimonios ricos en detalles de las tribus de la zona, destacando el del jefe de una tribu Wa-ushi sobre la caza de un ejemplar: *Según me contaron tenía un cuerpo robusto y oscuro y sin pelos. Estaba armado con un único cuerno de color blanco como el marfil, que además era extremadamente largo y liso.* En 1950, Luciel Blancou, inspector del África Ecuatorial francesa, decía sobre la bestia: *Ocasionalmente destripa elefantes, pero no parece prevalecer allí tanto como en los distritos mencionados.*

El cazador y escritor Denis Lyall apuntó a que posiblemente se tratara de un gran paquidermo de costumbres similares a las de un hipopótamo, poseedor de un gran cuerno en lugar de los dos de los elefantes. Roy Mackal apuntó a que pudiese ser una especie arcaica, siendo factible que se tratase de un rinoceronte de costumbres acuáticas desconocido. En Angola, el *Coje Ya Menia*, o león de agua, es una bestia similar, capaz de emitir un potente rugido.



Si existe una criatura que, buscada con ahínco por la criptozoología, sea además el ejemplo más dantesco de la actitud depredadora del hombre, esa es sin lugar a dudas el Thylacine. Este peculiar marsupial desapareció de la faz de la Tierra en la década de los años 30 del siglo pasado, y desde entonces no ha dejado, con sus repetidas apariciones, de castigar la conciencia de sus verdugos.

THYLACINE

La extinción más reciente

ALGUNOS podrían imaginar al *Thylacine* como una especie de canguro al tratarse de un marsupial, pero nada más lejos de la verdad. A simple vista, este animal se pasea entre el reino de los felinos y el de los grandes canes, pero una pequeña bolsa bajo el vientre donde transporta a sus crías, delata su singular condición. Con el tamaño de un perro de grandes dimensiones, en torno a 2,90 metros desde la punta de la cola al hocico, y un peso que podía rondar entre los 15 y los 35 kilos, su coloración marrón suave contrastaba con unas vistosas rayas encima de sus cuartos traseros, que oscilaban entre 13 y 21. Se distribuían por la cola y los muslos de las patas traseras. Su vientre de color cremoso y su cola sin pelo no eran precisamente las que cabría esperar de un "perro normal". La cola parecía una extensión del cuerpo, bastante similar a la de un canguro pero de menor tamaño. Sin embargo, una de sus características más curiosas era un pedazo de piel entre la plantilla y el tobillo del pie. Su cabeza estaba dotada de un hocico prominente con mandíbulas capaz de abrirse en un ángulo cercano a los 180 grados.

Su desaparición está vinculada con los colonizadores australianos, quienes trajeron consigo animales de corral como ovejas y gallinas que se convirtieron en una presa fácil, lo que generó una caza indiscriminada de este depredador. En 1935 ya no quedaran thylacines en libertad, muriendo el último de los ejemplares censados en el Hobart Zoo en el año 1936. Desde entonces sus apariciones no han cesado; hasta 1980 se sumaban 320 informes fiables que avalaban su supervivencia. Incluso en 1994, el entonces ministro de Medioambiente, Kevin Minson, daba como un hecho real su supervivencia. Fotos, huellas, alguna filmación y cientos de testigos aseguran que el *Thylacine* sigue vivo.

Falso esqueleto perteneciente al *Tatzelwurm*, presentado en 1999.

Otra representación del *Tatzelwurm*.

Entre el mito y la realidad, ese es el espacio del que se resiste a ser sacado el Tatzelwurm; la extraña criatura proviene de la cordillera de los Alpes que es descrita indistintamente con rasgos de reptil y felino. Los numerosos ríos y lagos que comparten Alemania, Austria y Suiza parecen ser la guarida del rey de los criptidos europeos. Una foto obtenida en 1934 avalaría su existencia, que podría tener que ver con salamandras o lagartos venenosos.

TATZELWURM

Misterio en los Alpes

DESCRITO como una especie de «corto y rechoncho lagarto», sus 90 centímetros parecen haber sido vistos con frecuencia aunque nunca se ha dado cuenta de una captura. Una obra alemana de 1841 incluye ya un caso ocurrido en la localidad de Solothum en 1828, en el que un campesino encuentra un ejemplar muerto en un pantano seco. La ilustración que acompaña la reseña muestra un alargado cigarro puro con escamas; formidables dientes y pequeños muñones a modo de patas añaden desconcierto al retrato. Los relatos han sido relativamente frecuentes desde entonces, pero no sería hasta 1930 cuando el doctor Gerhard Venzmer y el ingeniero Hans Flucher, realizaran un compendio de al menos 60 informes. Ratificaron su forma más o menos cilíndrica, asignándole entre 30-90 centímetros de largo, un vientre pálido, dorso marrón y cola corta y gruesa. Sin cuello visible posee una cabeza chata provista de grandes y redondeados ojos. Sus patas eran pequeñas y un reducido número de testigos declaró que no tenía miembros posteriores. Algunos también detallaron que la criatura presentaba escamas y que emitía un sonido parecido al de una serpiente. En 1908 un cazador que sufrió sus inusuales ataques lo describió como una monstruosa lombriz de 50 centímetros de largo y ocho de ancho, lo que ha inducido a pensar que pueda ser alguna especie de lagarto venenoso, similar al lagarto escorpión mexicano o al monstruo de Gila. Otra hipótesis es que pueda tratarse de una salamandra gigante fuera de su hábitat, de la familia *Cryptobranchidae*, originarias de Norteamérica, China y Japón. En 1934 un tal señor Balkin obtuvo en Meiringen la única foto *fiable* que existe, la testa de un reptil o anfibio de grandes dimensiones. A pesar de las dudas, la revista *Berlín Ilustrado* financió sin éxito su búsqueda. El misterio sigue vivo.

En las junglas y sistemas fluviales centroafricanos parece vivir un auténtico animal monstruoso. Conocido por los pigmeos con el nombre de Mokele Mbembe, traducible en lingala como «el que detiene ríos», su apodo haría honor a su innegable poderío. Este coloso habita un área que engloba seis países y toda la cuenca del río Congo, que ocupa unos dos millones de kilómetros cuadrados: unas 10.000 especies de plantas, 1.000 de aves y unos 400 mamíferos habitan la región

MOKELE MBEMBE

Señor del Amazonas Africano

En torno a un 80% de los lagos y afluentes de esta zona no han sido explorados ni cartografiados aún, siendo este prodigioso bosque pluvial africano tan desconocido para la ciencia como lo sería un nuevo planeta. El nutrido grupo de tribus que lo habitan hablan del *Mokele-mbembe* como de algo real, situándose los avistamientos más recientes en la región ribereña del lago Tele y la zona pantanosa del río Likouala.

Abbe Lievain Bonaventure publicó en 1776 *Historia de Loango, Kakongo y otros Reinos de África*, libro en el que describe el hallazgo de sus huellas, con casi un metro de circunferencia, hendiduras a modo de gruesas garras o uñas y una separación de 2,1 metros. Aunque fue la referencia pionera, es en 1913, y de la mano del capitán Freiherr von Stein, cuando obtenemos los primeros datos pormenorizados. La criatura es casi como un elefante, de color marrón oscuro y herbívoro. Con cuello largo muy flexible y una especie de cuerno. Su cola es grande, gruesa y musculosa, como la de un cocodrilo. En los años 30, Iván T. Sanderson y el experto en fauna salvaje Gerald Russel se toparon con él en el río Mainyu; una cabeza de saurio oscura y brillante que partía de un grueso y curvo cuello, emergió removiendo las aguas y su canoa. Se le estiman de 4 a 8 metros de largo y entre 6.000-8.000 kilos, piel recia y coriácea, cresta carnosa y un cuerpo abombado y voluminoso. ¿Podría ser algún dinosaurio herbívoro, tal vez un saurópodo?; Roy Mackal apunta a una nueva especie de varano acuático muy grande y similar a un cocodrilo, mientras que para otros es solo un mito, un mito visto y temido por muchos.

Los Autores

Gustavo Sánchez Romero emerge en la Tierra un 7 de noviembre de 1972. La banda sonora del programa de Félix Rodríguez de la Fuente quedaría grabada en su mente durante mucho tiempo. En la escuela dibujaba calamares gigantes, plesiosauros y yetis. Luego estudiaría Ciencias Biológicas. Ahora hace radio y escribe artículos y libros divulgativos, como su ópera prima *Monstruos acuáticos. Desde el lago Ness al Okanagan*. Además, investiga los sistemas fluviales amazónicos y sus esquivos peces. En sudamérica ha recopilado valiosa informaón criptozoológica.

Delineante de profesión, **David Heylen Campos** compagina su profesión con la pasión por la escritura y el mundo natural. Coautor junto a José Gregorio González de *Criptozoología: El mundo de los animales imposibles*, publicado por ésta misma editorial, a sus 30 años y con dos libros a sus espaldas (*Mentiras Oficiales*, Edit. Nowtilus) colabora con el programa radiofónico «Esencia de Medianoche» desde hace más de diez años, además de mantener la web y el blog de noticias de «Esencia21.com», referencias imprescindibles en habla hispana para los amantes de las anomalías en general y la criptozoología en particular.

Una decena de libros, centenares de artículos, miles de horas de radio y una notable experiencia televisiva avalan la dilata trayectoria de **José Gregorio González** en el ámbito de la comunicación, en cuya rama institucional desempeña su trabajo desde hace más de una década. Firma habitual en las revistas nacionales del sector, González ha destacado también por el intenso y meticuloso trabajo que ha desarrollado en el terreno de la investigación y divulgación de los enigmas canarios, en cuya tierra su sección en el periódico *El Día* «Claves del Camino» y su espacio radiofónico «Esencia de Medianoche» son una referencia incuestionable. En el ámbito de la criptozoología publicó en 2001, junto a David Heylen, la que hasta la fecha fue la primera obra editada en habla hispana sobre la materia.

EL GRAN LIBRO DE LA CRIPTOZOOLOGÍA

Aunque parezca increíble, según afirman viajeros, geógrafos y naturalistas, todavía existen en la Tierra grandes extensiones prácticamente inexploradas en las que es posible que existan animales desconocidos hasta la fecha o que se descubran otros, como así ha ocurrido, que se creían extinguidos.

En cuanto al mar, son aún más las incógnitas que rodean a los habitantes de sus profundidades.

Calamares gigantes, simios desconocidos, aves voladoras de enorme tamaño, felinos que se creían extintos o restos de especies sin clasificar son solo algunos ejemplos de animales sobre los que existen un sinnúmero de testimonios y pruebas de su existencia a pesar de su rareza.

Pero ¿qué pasa con el Yeti y otros esquivos humanoides, o con el monstruo del lago Ness y similares criaturas lacustres, o con los extraños seres que viven ocultos en las selvas impenetrables del planeta?, ¿es posible que existan?, ¿son solo leyendas o narraciones fantásticas?

Este libro muestra todo el caudal de información existente sobre los críptidos, explorando en profundidad hasta donde llega lo real y desmitificando todo aquello que es falso.

El resultado es una obra apasionante, sorprendente y llena de datos que nos muestran cómo la naturaleza y, sobre todo, el reino animal tienen muchas razones para sorprendernos y fascinarnos.

ISBN: 978-84-414-2057-1
29056
9 788441 420571
EDAF